



El Bebé Desconocido del **MULTIMILLONARIO**

SERIE HOMBRES RENDIDOS - LIBRO 1

ALINE DAMASCENO

El bebé desconocido del multimillonario

Serie Hombres Rendidos – Libro 1

Aline Damasceno

Portada

Almeidadesigner

Adaptación portada: romance studio

Maquetación:

Katherine Salles

Revisión y edición de texto:

Ana Roen

Traducción:

Gustavo Henrique

Libro digital

1.ª edición

Aline Damasceno

Todos los derechos reservados © Aline Damasceno.

Queda prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra, por cualquier medio —tangible o intangible, incluida la fotocopia—

sin autorización escrita del autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres de personas, sucesos y lugares que existan o hayan existido en algún momento se han utilizado únicamente para ambientar la trama. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Sígueme en Instagram



<https://www.instagram.com/autoraalinedamasceno/>

Nota I

Desafío.

Escribir este libro fue un verdadero desafío.

Riccardo, sin duda, será un hito en mi carrera como autora y será mi primer personaje con discapacidad, y muchos más vendrán.

Desde hace mucho tiempo deseaba arriesgarme, pero siempre dudé, no sé por qué.

¡Finalmente ha llegado el momento!

El deseo de escribir un personaje con discapacidad surgió de mi trayectoria académica en museología, en la que adquirí una nueva percepción sobre el entorno en que vivimos. No fue sorprendente descubrir que los espacios culturales, como muchas otras cosas en la ciudad, no son accesibles, ya sea en términos de información o de movilidad.

Estoy agradecida por la nueva mirada sobre el mundo que adquirí durante las dos asignaturas que cursé, ya que fue gracias a ellas que os traje a Riccardo.

He tomado algunas decisiones de omisión al abordar el tema; al fin y al cabo, se trata de una novela romántica, una que espero de corazón que te haga reír, llorar, emocionarte.

Cada experiencia es única, y la de mi personaje, fruto de mi imaginación y de algunas investigaciones, también es única.

Por lo demás, permítete, como Riccardo, tener una nueva mirada sobre el entorno que nos rodea y sobre cuánto pueden cambiarle la vida a otra persona las modificaciones en el entorno físico y en el comportamiento, por pequeñas que sean...

Como esta es la primera traducción del libro al español, es posible que este libro contenga algunos errores gramaticales o que ciertas expresiones puedan causar extrañeza, ya que hemos optado por traducir al español de España.

Si detecta algún error, puede contactarnos en:
escritoralinedamasceno@gmail.com

*Para Juliana y su Ricardo, solo con una 'c',
con mucho amor.*

Voy a esperarte
Cuando se ama de verdad, no existe el tiempo
Y te juro que no es el final del cuento
El destino no nos puede separar

Como mirarte – Sebastian Yatra



Índice

[Nota I](#)

[Parte I](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Parte II](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo veintiséis](#)

[Capítulo veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)

[Capítulo veintinueve](#)

[Capítulo treinta](#)

[Capítulo treinta y uno](#)

[Epílogo](#)

[LEE TAMBIÉN](#)

[Agradecimientos](#)



I

Capítulo Uno



Seattle, Washington

—*Cazzo*^[1]! —Apenas si oí mi propia voz por culpa de la música alta, que me hería los oídos.

No sabía por qué había aceptado la invitación de mi socio para venir a una discoteca que lo peta.

Sabía que sería una gran pérdida de tiempo. Primero, porque odiaba los ambientes tan cerrados y oscuros, que me parecían tremendamente asfixiantes. Segundo, no sabía bailar ni tenía ganas de andar restregándome con las chicas. Tercero, quería una relación seria, estable, algo que dudaba mucho encontrar en una discoteca.

—¡Que se joda! —solté. Ya estaba harto de observar a la gente bailando mientras esperaba a que llegara mi amigo.

Edgar llevaba media hora de retraso. No respondía a mis mensajes. Conociéndolo, solo contestaría a la mañana siguiente, diciendo que había decidido quedarse en casa con sus hermanos gemelos, Jaxon y Spencer, además de su perro, Patata.

Debí haberlo imaginado. Edgar jamás cambiaría a sus hermanos por una fiesta. Había asumido por completo el papel de padre de los pequeños desde que los progenitores de los chicos decidieron dejarlo todo para “vivir”, tomándose la responsabilidad muy en serio.

¡Mierda!

Era irritante haber caído en esa tontería de hacer algo que no tenía nada que ver con ninguno de los dos solo para intentar relajarnos y escapar de la rutina.

Ceñudo, con la garganta seca, decidí ir al bar que estaba anexo a la “discoteca”. Atravesar la multitud fue un verdadero infierno, solo me confirmó que odiaba aquel pequeño caos de cuerpos apiñados y que necesitaba irme. Me dieron ganas de soltar una maldición cuando alguien terminó pisándome el pie.

—*Dio*^[2]! —Pasé la mano por mi pelo, despeinándome, cuando por fin llegué al otro ambiente, que era una especie de pub y que, considerando el movimiento de la discoteca, estaba prácticamente vacío.

Mientras caminaba hacia el camarero, pasando entre las mesas, sin saber por qué, mi mirada recayó en una mujer sentada en un rincón cercano a la barra, que sorbía su bebida con una pajita, atrayendo mi atención hacia su boca. Tenía unos labios que, incluso desde la distancia, podía ver que eran carnosos y anchos. Seductores. Igualmente sexy era su melena ondulada y oscura, que le caía un poco por debajo de los hombros, creando un bello contraste con su piel morena. El vestido ceñido delineaba todas sus curvas, y el largo dejaba parte de sus muslos gruesos al descubierto. No pude evitarlo: mis ojos recorrieron toda la extensión de sus piernas torneadas, solo para luego desandar el camino, explorando cada centímetro de aquella mujer.

Cuanto más la miraba, más agitado me sentía.

El deseo era como un volcán a punto de estallar, erupción que alcanzó su punto máximo cuando, como si supiera que alguien la observaba fijamente, sus ojos castaños intensos, enmarcados por largas pestañas, se posaron sobre mí. Tal vez fuera exagerado, pero

se me erizó la piel, la respiración se me aceleró y quedé hipnotizado. Una sonrisa tonta empezó a dibujarse en mis labios, pero murió en el acto cuando ella desvió la mirada hacia su bebida.

—*Stronzo*^[3] —murmuré, cuando por fin me di cuenta de que, mientras la observaba, me había quedado parado en medio del salón.

Hice el ridículo otra vez, solo que aún peor, porque fue delante de una mujer. La más atractiva que había visto jamás.

Si Edgar hubiera estado conmigo, no dudaba de que se habría reído en mi cara.

Acostumbrado a tener el mundo entero en mis manos, estuve tentado a dar la vuelta y salir de aquel lugar, pero me habría comportado de una forma aún más ridícula, lo cual era inaceptable.

Sintiendo cómo el deseo se enfriaba, me obligué a caminar hacia la barra, con pasos que se sentían pesados.

—Buenas noches. Un bourbon añejo sin hielo, por favor —pedí al camarero tras echar un vistazo a la carta.

Aunque el whisky no fuera a saciar mi sed ni tuviera la calidad a la que estaba acostumbrado, necesitaba un poco de alcohol para aliviar la tensión repentina e injustificada.

Vi al empleado introducir el pedido en el sistema.

—Buenas noches. ¿Doble, señor?

—Simple.

—De acuerdo... ¿Algo más?

Negué con un gesto de cabeza y enseguida me extendió un tique.

—Solo tiene que pasar por caja —indicó, señalando hacia un lado.

—Vale.

Tardé menos de un minuto en pagar y volver, sentándome en el taburete alto mientras esperaba. Sin nada que hacer, sabiendo que solo tres asientos nos separaban, acabé mirando de nuevo hacia la desconocida, y mi cuerpo volvió a sumirse en esa espiral furiosa cuando nuestras miradas se cruzaron otra vez, contacto que solo se rompió cuando el camarero me habló al entregarme la bebida.

—Gracias.

—Nada, señor. —Se fue a atender a otra persona.

Tomé el vaso y lo llevé a los labios, sorbiendo un poco del líquido, descubriendo que el destilado era inferior a lo que imaginaba. Hice una mueca y, mirando de reojo a la mujer, vi que parecía divertida, una sonrisa jugueteando en sus labios.

iCazzo! Era yo quien la entretenía. Sonriendo, aquella mujer era más que guapa. Debería haberme sentido incómodo por ser motivo de diversión, pero acabé dando otro trago largo del destilado, que bajó ardiendo por mi garganta y provocó una expresión aún más cómica en mi cara. La risa femenina alcanzó mis oídos, devolviéndome de lleno a ese estado agitado. Giré el cuello para mirar abiertamente a la morena.

El hecho de que siguiera sonriendo alimentó aún más mi confianza, y eso hizo que, aunque pudiera acabar siendo rechazado por imbécil, cogiera mi vaso y me pusiera en pie.

—Buenas noches —dije al acercarme a la mujer, dejando que la fragancia dulce de su perfume me invadiera las fosas nasales.

Joder. Guapa y con buen olor.

—Buenas noches —respondió con voz suave mientras giraba la pajita dentro del vaso, y, ahora que estaba más cerca, vi cómo sus ojos castaños oscuros brillaban.

—¿Puedo sentarme? —Hice un gesto hacia el taburete.

—¿Por qué no? —Me guiñó un ojo, juguetona, y, como si fuera posible, me sentí aún más atraído por aquella mujer.

Con el corazón acelerado, dejé que mi mirada recorriera rápidamente su cuerpo esbelto y estilizado, deteniéndome un poco

más en la curva de sus pechos, y me senté a su lado, posando el vaso sobre la barra.

—¿Esperas a alguien, señorita? —pregunté al venir a mi mente la posibilidad de que estuviera aguardando a otra persona, lo cual me desagradó. No me involucraba con mujeres comprometidas, y no iba a empezar ahora.

Ella soltó una risa y fruncí el ceño, confuso.

—No hace falta que seas tan formal en un bar... —empezó a explicar—, aunque tu ropa no tenga nada de informal...

Su mirada descendió lentamente por mi cuerpo y, por más absurdo que pareciera, sentí que mi polla se me podría poner dura fácilmente sin que ella me tocara, solo por ver sus ojos brillar, llenos de lujuria.

¡Cazzo!

Se me puso la piel de gallina, ya excitado con la mera perspectiva, con el cuerpo ardiendo de deseo, sin importarme una mierda el lugar en el que estábamos.

—Salí directo del trabajo, *sirena*^[4] —mi voz sonó ronca al intentar justificarme, incapaz de disimular el deseo que sentía por ella.

Nos quedamos mirándonos, la tensión sexual crepitando entre los dos, consumiéndonos, hasta que ella desvió la mirada hacia algo detrás de mí.

—Ya lo veo.

—¿Y qué puedo hacer si me gusta estar siempre elegante? —
Puse una expresión burlona, aunque el deseo dentro de mí, y en ella, pareciera latente.

Nos echamos a reír.

—Me llamo Juliana, pero todo el mundo me llama Ju.

Extendió la mano y, sin resistirme, se la tomé. Una corriente eléctrica recorrió mi cuerpo al sentir el contacto de piel con piel, y dejé un beso en el dorso. El leve estremecimiento de ella reverberó en mí. Debería haber temido la intensidad de aquella sensación, pero no podía contenerme.

—Riccardo, con dos ces. Encantado.

—Diferente —dijo, bajando la mano, rompiendo el contacto, dejándola sobre su regazo, y yo sentí la ausencia de su toque—.
¿Tus padres pensaron que añadirle una “c” extra sonaba elegante?

Negué con la cabeza.

—Fue un homenaje a mi abuelo, que siempre quiso un nieto con su mismo nombre.

—Ya veo —dijo, tomando un sorbo de su bebida—. Yo tuve suerte de que a mi madre no se le ocurriera homenajear a ninguna de mis abuelas.

—¿Por qué? No puede ser tan malo...

Frunció los labios en una mueca y no pude evitar soltar una carcajada.

—Ginger^[5] e Dove^[6] ya dicen bastante, ¿no?

—Son nombres preciosos...

—¡A mí me parecen horribles! —Volvimos a reír—. Nada en contra de quienes los llevan, pero...

Hizo un gesto con las manos y los dos estallamos de nuevo en risas.

—Si lo pienso bien, tuve suerte. Antes de decidirse por Riccardo, mis padres querían poner *Genesio*.

—¡Dios, terrible!

—Bien italiano... —me encogí de hombros—, y tengo una tatarabuela que se llamaba *Genesisia*.

—*Okay*, no volveré a quejarme de mi nombre nunca más.

Levantó la mano con un gesto dramático que contrastaba con la sonrisa maliciosa, y me perdí en la curvatura seductora de sus labios cubiertos de *gloss*. El deseo de acortar la distancia entre

nosotros y ceder al impulso de besarla era una locura. Quería rozar mis labios con los suyos, comprobar si eran tan suaves como parecían e infiltrar mi lengua, saborear su gusto, hacer gemir a Juliana.

—Tu nombre es precioso, Juliana, no tienes por qué quejarte de él —me obligué a decir antes de que realmente la besara.

Por más que fuera amable y pareciera desearme, eso no me daba derecho a besarla sin su consentimiento. Eso me convertiría en un imbécil. ¡Pero que se joda! Aunque me rechazara, iba a pedirle un beso. ¿Quién sabe si tendría suerte?

—Eh... —pareció algo incómoda—. ¿Naciste en Italia o solo creciste allí?

—Nací y también crecí en la región de los Montes Apeninos. ¿Tan obvio es? —Fingí sorpresa, pero terminé sonriendo al ver cómo arqueaba ligeramente una ceja.

—Tu acento es muy marcado, Riccardo.

—Y yo que pensaba que lo disimulaba bien...

—¡Imposible! —Volvió a reír, y yo me quedé allí, simplemente apreciando ese sonido tan placentero que era su risa.

—Pero no respondiste a mi pregunta —cambié de tema.

—¿Cuál?

Deslizó la punta del dedo índice por el borde del vaso, y ese trazo lento e inconsciente empezó a hacerme endurecer, sobre todo cuando mi mente perversa imaginó ese mismo dedo jugando con la cabeza de mi polla.

Bebí un trago del whisky malo sin quejarme, agradeciendo el ardor de la bebida por impedir que la erección se hiciera evidente.

iMaledizione^[7]!

—Si estás esperando a alguien... —meforcé a que mi voz sonara neutra.

Sentí sus ojos sobre mí y me obligué a mirarla al rostro.

Cualquier efecto que el destilado pudiera tener sobre mi excitación se desvaneció ante el gesto de morderse los labios.

Era inútil luchar contra mí mismo.

Tenía todos los nervios a flor de piel; cualquier movimiento suyo, por mínimo que fuera, parecía arrastrarme directo a mi perdición.

iCazzo!

Deseaba poseer a aquella mujer como jamás había necesitado tener a nadie.

Necesitaba hacer que su cuerpo se estremeciera bajo el mío.

Yo... Yo estaba jodido.

—La verdad, ya no... —respondió, rompiendo el contacto.

—Entiendo... ¿Fue una cita que salió mal? —Estaba siendo un tonto al preguntar, pero el hombre que aún quería besarla necesitaba saber si ella tenía a alguien.

—En realidad, había quedado con dos compañeras de la universidad para disfrutar la noche juntas, pero una terminó cancelando y la otra se topó con su ex en la pista... Recáidas, ya sabes cómo es... —Puso los ojos en blanco.

—¿Lo desapruebas?

—Es una adulta, puede hacer lo que quiera —tomó un sorbo de la bebida, que parecía caliente—, pero se merece algo mejor que un imbécil machista cuyo pasatiempo es prometer que esta vez será distinto, pero siempre termina poniéndole los cuernos...

—Estoy seguro de que sí, *sirena*...

—Solo quisiera que se diera cuenta de que no lo necesita... — Pareció desanimada.

Sin saber qué decir, posé mi mano sobre la suya. De inmediato, el corazón se me aceleró y la piel que rozaba la de ella empezó a hormiguear. Me di cuenta de que se le erizaron los vellos del brazo. Nos miramos, e imaginé que Juliana se apartaría cuando comencé a acariciarla, pero solo dejó escapar un suspiro.

—¿Y tú? —preguntó. Por un momento, vi incertidumbre en sus ojos castaños—. ¿Qué te hizo salir directo del trabajo y venir hasta aquí, Riccardo? ¿Una novia...? ¿Una cita, tal vez?

—Siendo honesto, Ju... Ni yo lo sé.

—No lo entiendo. —Frunció el ceño y parecía que iba a apartarse, pero la detuve, alzándole la mano y dejando un besito en cada uno de sus dedos finos.

Juliana se estremeció, y todo mi cuerpo reaccionó a esa respuesta instintiva, tensándose, imaginando cómo sería rozar mis labios por zonas más sensibles de su cuerpo: la curva del cuello, la punta de los pechos... su sexo excitado, humedeciéndolo aún más, y sobre todo ese punto exacto que haría que Juliana se retorciera contra mi lengua en busca de alivio.

¡Joder!

—Un amigo había quedado en encontrarse conmigo aquí para tomar unas copas, pero al final me dejó esperando —dije con voz ronca. Dejando un último beso en la falange, solté su mano—. Nada de cita, novia ni nada por el estilo.

—Entiendo.

—Ya me estaba yendo, solo venía a comprar agua.

—Y acabaste pidiendo whisky —dijo con tono divertido, pareciendo relajarse.

—Uno de los muy malos. —Le guiñó un ojo, haciendo que riera.

—El whisky es malo de por sí.

—No un buen escocés. —Arqueó una ceja, y sus labios se curvaron hacia arriba.

—Muy italiano... —provocó.

—Tengo buen gusto, qué le vamos a hacer...

Moví la mano con displicencia, en tono de broma, arrancándole una sonrisa preciosa y sexy.

—Además de los whiskies escoceses, ¿qué más te gusta, Riccardo?

—Hablar contigo, *sirena*...

Fue su turno de arquear una ceja. Empezó a reír.

—Sabes que eso fue malísimo, ¿no?

—Sí, lo sé... pero es verdad, Juliana.

—Es muy tierno de tu parte decirlo.

Negué con la cabeza.

Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Me alegro de no haberme ido. Estoy seguro de que me habría arrepentido de no haberte conocido.

—¡No puedes asegurarlo!

—De alguna forma, siento que sí puedo.

Pareció pensativa y, de forma inconsciente, acaricié su antebrazo con las yemas de los dedos, haciendo pequeños trazos, mapeando cada centímetro de su piel suave, sintiendo un placer inmenso en el acto.

Fijé la mirada en su escote, y ver la parte superior de sus pechos, adornada por un pequeño colgante, subiendo y bajando con una cadencia rápida, hizo que mi cuerpo pareciera hecho solo de fuego.

Estaba en llamas.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres un hombre muy encantador?

—Es la primera vez.

—Mmm. ¿Por qué lo dudo?

—No lo sé —hice una pausa—, pero no tengo dudas de que tú sí estás acostumbrada a que te digan que eres preciosa. Seductora.

—¿Estoy seduciéndote, Riccardo? —preguntó, mirándome fijamente.

—Desde el momento en que te vi, *sirena*.

—Realmente muy encantador... y también galante —me provocó.

Negué con la cabeza y, aun sabiendo que no debía hacerlo, me incliné hacia ella, de modo que mi aliento cálido la rozara. Inhalé profundamente, aspirando su perfume, sintiendo unas ganas intensas de frotar mi nariz contra su cuello delicado.

—Lo último que soy en este momento es un hombre galante —susurré en su oído.

—¿De verdad? —Su voz salió cargada de lujuria.

—Sí.

—¿Y qué eres ahora?

—El hombre que va a devorarte, Juliana —fui arrogante al rozar mi boca contra su mejilla—, solo tienes que decir que lo quieres.

—Riccardo —jadeó.

—¿Sí? —pregunté.

—Quiero —murmuró.

Sus labios se entreabrieron en una invitación silenciosa mientras su mano se posaba sobre mi muslo.

El calor se expandió en forma de excitación, dejándome levemente erecto.

Sin perder más tiempo, la sujeté por la nuca, firmemente. Escuchando un suspiro bajo entre mi respiración entrecortada, acorté la distancia entre nuestras bocas, rozándolas, contrariando toda la urgencia que corría por mis venas. Mientras acariciaba su cuero cabelludo y notaba cómo sus ojos castaños se oscurecían por la lujuria, jugueteé con cada uno de sus labios, dejando pequeñas mordidas antes de inclinar ligeramente su cabeza. Sin contener mi propio jadeo, usé la punta de la lengua para recorrer toda la línea de su boca bien definida, y Juliana se abrió para mí, con otro suspiro placentero escapando de ella al sentir cómo la invadía.

No estaba preparado para las innumerables sensaciones que me recorrieron cuando, tras explorar cada rincón de su cavidad cálida, nuestras lenguas se encontraron, deslizándose lentamente una contra la otra, conociéndose. Nunca un beso me había hecho tan consciente de mi propio cuerpo, de mis propios deseos y de todos los impulsos que me arrastraban hacia aquella mujer deliciosa, cuyo beso parecía convertirme en prisionero de una especie de hechizo.

Presioné más mis labios contra los suyos, exigiendo más de Juliana, y ella respondió a mi beso. Sus dedos se aferraron a mi muslo, apretándolo, provocando una mezcla de dolor y placer que expresé con un gruñido profundo, absorbido por su boca suave. Dejándome llevar por una espiral de irracionalidad, solté el mechón de cabello que hasta entonces sostenía y comencé a acariciar su espalda, recorriendo con los dedos toda la línea de su columna, haciéndola arquearse instintivamente hacia mí, interrumpiendo el beso.

Olvidándome de dónde estaba, rozando mi barba contra su piel sensible, comencé a trazar un camino de besos por su mandíbula, pero, con más sensatez que yo, ella me detuvo:

—Vamos al baño, Riccardo —susurró.

Levanté el rostro para mirarla.

—¿Baño? —Tardé en procesarlo.

—Privacidad.

Fruncí el ceño.

—¿En el baño?

—Sí.

—Te mereces algo mejor que un sitio sucio que probablemente huele a orina, *sirena*. —Me guardé el pensamiento de que jamás

usaría un lugar así para tener *privacidad*. No era mi estilo.

—No es para tanto. —Sonrió—. Y prometiste que ibas a devorarme.

Me dio un beso corto.

—Lo haré —fui arrogante, reafirmando que lo tenía muy claro—. Sería un *stúpido* si no te hiciera correrte varias veces.

Sonrió con picardía.

—¿Entonces?

—Sigo pensando que te mereces algo mejor.

Puso los ojos en blanco.

—¿Y cuál es tu idea entonces, señor-no-quiero-usar-el-baño? —bromeó casi como una niña, haciéndome sonreír, antes de inclinarse hacia mí para susurrarme al oído mientras apretaba mi muslo con más fuerza—: Digamos que tengo algo de prisa, si es que me entiendes.

¡Cazzo!

—¿Un sitio cerca de aquí? —Mi voz salió ahogada, ya que intentaba luchar contra la erección—. Sugeriría mi piso, pero queda demasiado lejos.

—¿Conoces algún lugar?

—No.

—Menos mal que existe internet —murmuró, divertida, mientras buscaba el móvil en el bolso.

Quisiera decir que logré controlarme mientras ella hacía la búsqueda, pero sus dedos seguían acariciando la zona cercana a mi polla, impidiéndolo por completo, haciendo que la expectativa me invadiera con fuerza, sobre todo al imaginar si tendría o no el valor de tocarme allí mismo, delante de todos.

—Ese mismo —dije, cuando no habrían pasado ni tres minutos, ya arrepentido de no haber llevado a Juliana al baño como ella quería.

—Tengo que ver si hay una habitación más barata. —Desvió la atención de la pantalla para mirarme—. Aunque lo paguemos entre los dos, va a salir caro.

—No te preocupes por eso, *sirena*... yo pago —me divertí al ver su expresión—. ¿Me oíste?

—Te oí... ¡Es un disparate!

—El dinero no es un problema para mí —fui arrogante, provocando que frunciera el ceño—. Tú vales mucho más, Juliana...

—Y todavía dices que no eres un galanteador... —Mostró una sonrisa seductora.

Negando otra vez, enseñé los dientes, depredador, y me incliné de nuevo hacia su oído para susurrar:

—¿Vamos? Alguien tenía bastante prisa...

Sentí cómo se estremecía contra mí y, sin poder resistirme, dejé un besito en el lóbulo de su oreja, viendo cómo sus muslos se frotaban entre sí, dejándome claro cuán excitada estaba.

Tragué saliva con fuerza al ayudarla a incorporarse.

Descubrí que yo también tenía mucha, muchísima prisa.

Capítulo dos



No tenía idea de cómo seguía siendo capaz de mantenerme en pie con los tacones. Las piernas me temblaban al sentir su mano grande y posesiva en mi culo mientras caminábamos hacia la habitación que había alquilado. La suite más cara, para mi desesperación. Por más que fuera amable al decir que yo valía mucho más, adulando mi ego, sabía perfectamente que no era más que un polvo de una noche, al parecer con un hombre con dinero.

Un escalofrío me recorrió toda la columna ante la expectativa.

Tal vez estaba siendo imprudente al acostarme con él, conociendo casi nada del hombre, pero no lograba pensar en una

sola razón para no hacerlo. Era soltera, libre, y hacía mucho que no follaba —tanto, que debía de tener telarañas ahí abajo. Además, el italiano, tan perfumado, alto, fuerte, con su pelo negro de puntas rizadas, barba cerrada y ojos oscuros, era demasiado guapo como para resistirme. Si el beso delicioso y su forma firme de agarrarme eran una señal, no dudaba que esta noche me iban a follar como Dios manda.

Ojalá no me estuviera equivocando.

—Gracias —agradecí entre una risita, cuando él abrió la puerta del apartamento para mí con un gesto caballeroso, haciendo una reverencia exagerada.

—Un placer.

Sonreí sin querer cuando el hombre me dio una palmada en el culo, animándome a entrar.

Un sonido sorprendido se escapó de mis labios en cuanto crucé el umbral. Aunque el lugar no era muy grande, la decoración moderna y lujosa, con pequeños apliques de pared de estilo vintage, quitaba el aliento. La cama redonda, blanca, llamaba la atención, pero no tanto como la piscina contigua a la habitación, privada, decorada con una enorme cascada de piedra que emitía un sonido delicioso.

Dejé mi bolso sobre la consola, dando algunos pasos al frente.

Escuché el sonido de la puerta cerrándose a mis espaldas, pero seguí observándolo todo, boquiabierta.

—¡Un flotador con forma de cisne! —No pude evitar la exclamación, sorprendida.

—Por lo que parece, sí... —Pasó un brazo fuerte por mi cuerpo y, apoyando la palma en mi vientre, me atrajo contra su pecho firme.

Un gemido se escapó de mis labios. Las piernas me temblaron aún más al sentir el comienzo de su erección contra mi trasero. Los tacones, sumados a mi altura, favorecían todavía más el contacto.

El deseo había sido palpable desde que lo pillé parado en medio del bar, observando cada rincón de mi cuerpo. Ahora, estaba a punto de estallar.

—Qué raro... —me obligué a decir, mientras sentía cómo, con la otra mano, Riccardo apartaba mi cabello hacia un lado.

—¿Qué?

—Ya es raro que haya una piscina en un motel de carretera, pero... ¿un flotador? —Me costaba responder, atrapada en la sensación de sus labios dejando una hilera de besos por mi cuello,

mientras su mano empezaba a acariciarme, sin llegar aún a mis pechos, que se sentían cada vez más pesados.

Emití un sonido frustrado que lo hizo reír.

—¿Fetiché, tal vez? —ronroneó, y sentí todo mi cuerpo estremecerse ante la pequeña lamida que dejó en la curva de mi oreja.

—Lo dudo. —Los moteles solían ser más lugares de paso, para dormir, que otra cosa.

Me pegué más a él, rozando mi culo contra su polla, que parecía endurecerse aún más. Su respiración entrecortada contra mi piel me mandó una descarga tras otra, y me sentí más húmeda. Rozó la palma sobre la punta de mi pecho por encima del vestido, y solté un suspiro.

—Para alguien que tenía tanta prisa, estás dándole demasiada importancia a un flotador decorativo, *sirena*...

Para mi sorpresa, me giró entre sus brazos, quedando frente a él, y tuve que sujetarme a su americana para no caer. No tuve tiempo de pensar cuando su boca volvió a rozar la mía y, como la primera vez, jugó con mi labio superior y luego con el inferior, dejando pequeños besos en cada uno antes de comenzar a mover suavemente los labios en un beso dulce.

Suspirando, tomada por el placer, hundí los dedos en su pelo, cerca de la nuca, y me dejé besar por el hombre que, poco a poco, me reclamaba para sí con los labios y con las caricias suaves que deslizaba por mi espalda.

Riccardo me hacía arder y, por instinto, me pegué más a su cuerpo, buscando alivio, mientras con la punta de la lengua lo incitaba a intensificar el beso.

Soltando un gruñido, me agarró el culo con una firmeza deliciosa que nunca había probado antes, mientras su lengua invadía mi boca. Exploró cada uno de mis dientes, encendiendo mi anticipación, y ahogué un gemido cuando su lengua rozó mi paladar. Cuando pensé que por fin me besaría de verdad, se limitó a dejar pequeños besitos en mis labios. Sus ojos parecían brillar con diversión.

—Riccardo —murmuré cuando besó mis párpados y luego mi frente, un gesto que bien podía ser tierno y cariñoso por su parte, pero que no era lo que quería en ese momento.

Su respuesta fue intensificar el apretón en mi nalga y aplastar mi boca con la suya en un beso exigente, su lengua obligando a la mía a entrelazarse con la suya y seguir sus movimientos rápidos y precisos. Era cautiva no solo de sus labios, sino también de sus ojos,

que no ocultaban el deseo que sentía, un deseo fuerte, incluso brutal, que alimentaba mi propia ansia.

Inclinando la cabeza, lo que permitió un nuevo acceso a mi boca, empecé a explorar su cuerpo, recorriendo la línea de los hombros y la espalda, y los sentí tensarse bajo mi tacto, aunque Riccardo llevaba demasiada ropa. Emití un sonido ahogado contra los labios que me devoraban y me hacían perder cada vez más el aliento, cuando el italiano, respondiendo a mis caricias, usó las manos para explorarme, descubriéndome poco a poco.

Acariciaba mis caderas, deslizando los dedos por mi culo, solo para volver a mis flancos, subiendo por la cintura y rozando el lateral de uno de mis pechos.

Cerré los ojos ante la fricción lenta que provocaba, pero sin darme lo que yo quería. No pude contener un gemido alto cuando metió la mano entre nuestros cuerpos y agarró uno de mis pezones, que estaba extremadamente sensible por la excitación.

—¡Joder, qué rico! —jadeó contra mi boca.

—Sí —asentí, aprovechando la interrupción para luchar por aire.

Sin dejar de frotar el pezón, Riccardo empezó a dejar besos por mi mandíbula, provocando múltiples escalofríos por todo mi

cuerpo, especialmente al sentir los vellos de su barba rasgando mi piel.

Por instinto, froté mi pelvis contra su erección, aumentando aún más el ardor en mi coño, que necesitaba sentirlo dentro, profundo, fuerte. El pensamiento hizo que mi sexo se contrajera con fuerza y busqué más fricción, haciendo que Riccardo dejara escapar un sonido gutural. Lo sentí ponerse más tenso, más rígido.

Aprovechando que aún conservaba un mínimo de racionalidad, llevé la mano a su corbata y deshice el nudo bien hecho. La seda, probablemente cara, cayó al suelo con rapidez.

— Qué buena estás —susurró al morder la base de mi garganta, que no dudé en ofrecerle.

Suspiré al encontrar dificultad para quitarle la americana del traje, pero, por suerte, él me ayudó a deshacernos de la prenda al pasar los brazos por las mangas. El italiano, hábil, seguía devorando mi cuello como si fuera un banquete.

—Salvaje —dijo, divertido, mirándome, cuando tiré con más fuerza de su camisa para sacarla del pantalón.

—¡Y tanto! —Apenas reconocí mi propia voz mientras luchaba con los botones de la camisa, deseando desnudarlo lo más rápido posible—. ¿Te arrepientes?

—Nunca, *sirena*... —Esbozó una sonrisa lenta, depredadora—. En realidad, me encanta.

No me dio tiempo a responder; su boca volvió a apoderarse de la mía, esta vez en un beso lento que logró dejarme aún más rendida, ansiando tenerlo. Dejé que tomara el control de nuestras bocas, entrelazando nuestras lenguas, mientras yo terminaba de lidiar con los botones. Observé cómo la mirada de Riccardo se oscurecía a medida que mis dedos rozaban su pecho cubierto por algunos vellos y descendían hasta su abdomen definido.

Cuando quité el último botón, oí un gruñido justo en el momento en que puse fin al beso y di un pequeño paso atrás para contemplar su torso, que subía y bajaba con la respiración acelerada. Sentí la boca secarse al ver la perfección de la musculatura de sus hombros y pecho, y los marcados abdominales; el deseo se hizo más intenso al fijarme en la erección que parecía querer liberarse del confinamiento. Incapaz de resistirme, volví a acercarme para explorarle los hombros, y lo sentí ponerse más rígido.

—¿Te gusta? —preguntó con voz pastosa, en contraste con la arrogancia que parecía inherente a él.

—¿Cómo no iba a gustarme, Riccardo? —Entrecerró los párpados de una forma terriblemente sexy cuando acaricié su vello.

Bajé más las manos, solo para volver a subirlas, quitándole la camisa de vestir, y él dejó escapar un sonido ronco de deseo.

—¿No te gusta...? —Pasó los brazos por las mangas, ayudándome otra vez.

—Difícil no gustar, señor buenorro —dije en tono provocador, lanzando la prenda a un lado.

Gruñó, y vi cómo su polla se movía, como si la erección atrapada le molestara. Sentí mi sexo contraerse como respuesta a su deseo y, más que nada, quise complacerlo.

Aunque sentí una punzada de inseguridad —porque era imposible no sentirse intimidada ante un hombre como él—, sería yo quien lo devoraría.

—¡*Cazzo!* —Eché un poco la cabeza hacia atrás cuando mis labios tocaron el lateral de su cuello, dejando un beso y probando el sabor de la fina capa de sudor de su piel. Le di un mordisco, mostrando mi lado salvaje.

Me agarró un puñado del pelo con una presión deliciosa, tanto que no pude contener mis gemidos, sobre todo cuando, por instinto, me atrajo más hacia él, claramente deseando mis besos.

No le di a Riccardo lo que quería de inmediato, solo arañé con mis uñas su costado. Se estremeció, su respiración se hizo más corta y, con un tirón más fuerte, me hizo sentir poderosa y excitada a partes iguales, tanto que volví a atacarlo con mi boca, subiendo la línea de besos hasta alcanzar la zona de la oreja.

—*Dio, sirena* —su voz sonó ronca cuando lamí la parte trasera de su oreja, y Riccardo volvió a estremecerse al repetir el movimiento, sin dejar de acariciarlo.

—Qué bueno estás —susurré, tomando el lóbulo entre mis dientes y tirando suavemente de él.

—Estás buenísima —replicó, masajeando mi cabello, que no soltó ni por un segundo, mientras soltaba una palmada sonora en mi culo antes de agarrarlo con fuerza.

Respondí moviendo las caderas contra su mano, gimiendo al sentir otro temblor recorrer su cuerpo. Con una última lamida en ese punto sensible —que no tardaría en explorar de nuevo—, escuché el gemido entrecortado del italiano mientras seguía bajando con los besos, sin detenerme al llegar a su escápula.

Lo miré a los ojos, esos ojos castaños llenos de lujuria, perdidos en el placer, mientras mis labios descendían aún más, acompañados por mis manos.

Besé su pecho, donde el corazón latía con fuerza, casi al mismo ritmo que el mío, y, al inclinarme, lamí todo su abdomen, sintiéndolo tensarse contra mi lengua. Su gruñido se hizo más fuerte, mezclándose con los míos, que resonaban por toda la suite.

Me fui inclinando más, poco a poco.

—¿Juliana? —Su voz sonó ahogada. Me tiró del pelo hacia atrás para poder mirarme a la cara justo cuando mis dedos alcanzaban la cintura del pantalón.

Nuestras miradas se quedaron atrapadas, como si hicieran el amor solo con los ojos, las respiraciones entrecortadas, y yo seguí luchando con la prenda, desabrochando el botón y lidiando con la bragueta.

Soltó algo en italiano que sonó a palabrota cuando rocé la carne sensible.

—¿Sí? —sonreí con malicia, metiendo la mano dentro de los calzoncillos para encontrar su miembro rígido.

—¡Dios! —blasfemó cuando rodeé su polla y deslicé mi mano por toda su extensión, sintiendo la textura aterciopelada, el grosor y la longitud, así como las venas marcadas.

Moví la mano arriba y abajo lentamente.

Él estaba buenísimo... y mucho más excitante por no esconder en absoluto cuánto placer le provocaba mi toque.

Mi bajo vientre se contraía en espasmos, pero ignoré la sensación, atrapada en la expresión extasiada del italiano. Con sus gemidos haciéndose más fuertes, besé su abdomen marcado al apretar el glande, haciendo que el líquido preseminal se deslizara por la punta y empapara mis dedos.

Sintiéndome más atrevida que nunca, solté su polla y saqué la mano de los calzoncillos.

Él dejó escapar un sonido frustrado, que se transformó en un gemido cuando lamí el líquido de sabor intenso de mis propios dedos. El deseo pareció estallar dentro de mí con su sabor en mi lengua y, sin resistirme más, me arrodillé delante de él.

—¿Juliana? —Mi nombre sonó ronco cuando empecé a bajarle los pantalones junto con los calzoncillos, dejando al descubierto sus muslos firmes y su polla, más que lista para mí.

Sentí cómo se me hacía la boca agua por chupársela, y también cómo me empapaba aún más.

Al no responder, él me ayudó a desvestirlo, quitándose los zapatos, los calcetines y el resto de la ropa.

—¿Juliana? —repitió.

Pasé mis uñas por su ingle, provocándolo, y su pelvis se arqueó por instinto.

—¿Me ayudas con el pelo? —pedí, tocando una de sus bolas depiladas y masajeándola.

Gruñó.

—Tendría que ser yo quien te estuviera dando placer, *sirena* —murmuró con voz entrecortada mientras recogía mi melena en una coleta.

Volví a rodear su polla con una mano, sintiendo su peso, acariciando toda la extensión aterciopelada y endureciéndola aún más bajo mi toque. Las venas parecían sobresalir; la carne, extremadamente sensible, palpitaba.

Tú deberías ser la que estuviera desnuda y...

Antes de que pudiera terminar la frase, sujeté su polla por la base, llevé la punta a mis labios y un sonido ronco resonó en la suite. Al escuchar sus gemidos bajos, deslicé mi mano arriba y abajo mientras empezaba a succionar lentamente el glande. Sin rodeos, subí y bajé por su miembro, presionando los puntos que sabía que lo volverían loco... y a mí también.

El agarre en mi pelo se hizo más fuerte, y fue mi turno de gemir de deseo ante su brutalidad. Aumenté la velocidad de la

succión, alternando con pequeñas lamidas en la hendidura, dejando que el sabor intenso se mezclara con mi saliva. Moviendo las caderas ligeramente hacia atrás y luego hacia delante, Riccardo intentó empujar para que lo tragara un poco más, pero no lo hice; seguí trabajando solo la punta, lamiendo, succionando.

Me detuve un momento para mirar su rostro, y el hambre que vi en él me hizo volver a envolverlo con la boca, metiéndolo un poco más y cerrando los labios sobre él.

—*iCaraglio*^[9]! —exclamó, y empezó a decir algunas palabras en italiano que no tenía ni idea de lo que significaban.

Metí un centímetro más, succionándolo, y cuando Riccardo me embistió, reduje la intensidad de mis movimientos, y una maldición se le escapó cuando me detuve por completo.

Cuando acaricié sus bolas, soltó un sonido mezcla de dolor y placer. Con un suave tirón, me hizo alzar la vista hacia él.

—Juliana... —prácticamente suplicó, con la voz ronca.

—¿Hm? —Pasé el pulgar por una zona sensible que hizo que entrecerrara los ojos y aspirara con fuerza.

Sonreí y seguí tocándolo, arrancándole otro suspiro.

—Te necesito... —jadeó, acariciando mi pelo empapado por el sudor—. ¡Cazzo! Tu boca es demasiado hábil y deliciosa, sirena.

Dannazione^[10], tus manos también —continuó, justo cuando volví a rozar ese punto erógeno.

No necesitó nada más para que me rindiera a él. Con el corazón golpeando en el pecho y la excitación en su punto más alto, sin dejar de acariciar sus testículos, llevé de nuevo su polla a mi boca, esta vez tomándola tan profundamente como pude sin sentir que el estómago se me revolvía, solo para luego recorrer el camino inverso.

Sin sacarla del todo de mi boca, usé la lengua para acariciar el glándula con movimientos precisos, mientras los dedos volvían a masturbarlo, cada vez más rápido, volviéndolo loco. Parecía estar cada vez más tenso.

No tuve ningún pudor al entregarme por completo al deseo de darle el placer que sabía que necesitaba, deseando sentirlo explotar en mi boca.

No podía contenerme al ver cómo Riccardo se entregaba, diciendo cosas en una mezcla de idiomas entrecortadas con mi nombre, mientras sus caderas se movían hacia delante y hacia atrás, buscando un ritmo más frenético, y mi boca le ofrecía otro tipo de estímulo con la fricción.

Lo lamí, sintiendo el sabor del líquido preseminal impregnar mi lengua, y volví a succionar con fuerza, solo para tragar de nuevo esa carne excitada, iniciando un vaivén constante.

Gruñendo, tiró de mi pelo, ayudándome a deslizar la boca por su polla. Me sentí conmovida, porque, incluso atrapado por el éxtasis que se acercaba, el italiano se preocupaba por mis límites, sin intentar ir más profundo de lo que yo había permitido. Mi deseo de complacerlo se hizo aún más intenso.

No sabía cómo explicar aquella sensación, esa emoción que se hizo más intensa y me alcanzó hasta lo más profundo cuando nuestros movimientos lograron una sincronía perfecta, nuestros gemidos convirtiéndose en una sola melodía. El placer que él sentía al estar dentro de mi boca se transformó en mío. Cerré los labios alrededor de su polla, aumentando la presión, y lo tomé más profundamente, su miembro alcanzando mi garganta, aunque me incomodara un poco.

—Juliana —jadeó, sin dejar de embestirme, y yo suspiré, sintiendo cómo la tensión en mi bajo vientre crecía aún más, como si estuviera a punto de sucumbir.

Perdiendo el control, susurrando mi nombre, sus dedos apretaron con más fuerza mi pelo, y algunos mechones escaparon

de sus manos, pegándose a mi cara. Sus caderas iban y venían, y volví a acariciar la zona sensible de sus testículos.

Sentí su polla endurecerse más, y traté de usar la lengua para darle otro tipo de estímulo, pero, para mi sorpresa, con un gruñido, me obligó a echar la cabeza hacia atrás. Gimió.

Nos miramos, y sentí que la conexión entre nosotros se volvía aún más intensa, el acto más profundo. Mis músculos se contrajeron con tanta fuerza que el ardor se convirtió en un dolor palpitante.

Empujando dentro de mi boca en esa nueva posición —pero siempre respetando mis límites—, capturé el momento exacto en que entrecerró los ojos y su mandíbula pareció tensarse. Tras unas embestidas más, vi su cuerpo temblar ligeramente y, soltándome el pelo y saliendo de mi boca, con un sonido ahogado, se dejó llevar por el orgasmo, corriéndose con un chorro fuerte sobre el suelo.

Respirando hondo, sentí el olor punzante del semen. Mi corazón latía con la misma intensidad que el suyo, viendo cómo su pecho subía y bajaba con fuerza. Me quedé observando su expresión de éxtasis y relajación, hasta que me incorporé torpemente sobre los tacones, con las piernas temblorosas tanto por la postura como por el deseo.

No tuve que preocuparme por mantener el equilibrio, ya que Riccardo pasó un brazo por mi cuerpo y me atrajo contra él. Sensible, acabé gimiendo al encontrarme con su cuerpo. Apoyé una mano en su hombro fuerte por puro instinto. Durante unos segundos, simplemente nos miramos hasta que él capturó mis labios en un beso suave y dulce.

— *Perfetta, mia sirena*^[11] —susurró, apartando el cabello de mi rostro.

Sonreí, aunque no entendiera lo que había dicho. Riccardo dejó un besito en cada comisura de mis labios mientras sus manos volvían a recorrerme los costados en una exploración lenta, que me hizo sentir como si estuviera hecha de barro en lugar de carne y hueso; estaba completamente derretida. El deseo insatisfecho regresó con toda su fuerza. Necesitaba mi propia satisfacción.

Aunque él ya estuviera flácido, me froté contra su pelvis en busca de alivio y le sujeté la barbilla. No pude contener un suspiro cuando su mano grande alcanzó mi culo y lo apretó.

Lamiéndole los labios, provocándolo, conseguí que abriera la boca para mí. No le di lo que quería; simplemente mordisqueé sus labios, tirando de ellos suavemente, dejándolo tan hambriento como me sentía yo. El suspiro que escapó del italiano cuando finalmente

mi lengua encontró la suya y lo besé repercutió en mi sexo, que se contrajo. La palmada que me dio en la nalga me excitó aún más.

Mis dedos volvieron a enredarse en su cabello húmedo y suave y, al inclinar ligeramente la cabeza, conseguí un nuevo acceso a su boca deliciosa. Me sumergí en él, saboreando cada centímetro, nuestra saliva mezclándose, y sonreí cuando gruñó, quejándose por la lentitud.

Me estremecí al sentir cómo deslizaba una mano entre nuestros cuerpos que se rozaban, su polla empezando a endurecerse de nuevo. Perdí por completo el aliento cuando su palma rozó mi pezón y lo estimuló, provocando una serie de descargas por todo mi cuerpo.

—Riccardo —murmuré, apoyándome en sus hombros, sintiéndome más inestable justo en el momento en que sus labios abandonaron los míos para posarse en la base de mi cuello.

Mordisqueó la zona de la clavícula, mientras su mano, dejando atrás mi pecho, descendía hasta alcanzar el borde de mi vestido. Gemí al notar sus dedos rozando mis muslos y acabé cerrando los ojos cuando, aunque el vestido estaba muy ajustado al cuerpo, Riccardo empezó a subir la tela.

Para mi sorpresa, no me quitó el vestido; simplemente dejó que la tela se acumulara en mi cintura.

Mi desconcierto desapareció cuando, del mismo modo en que yo lo había hecho antes, su mano se coló dentro de mis bragas nada sexis. La anticipación hizo que mi corazón latiera tan fuerte que parecía a punto de salirme por la boca, y solté un jadeo en cuanto jugueteó con los labios mayores de mi coño, al tiempo que su boca volvía a devorarme el cuello, provocándome un escalofrío.

Emitiendo sonidos inconexos, con el bajo vientre ardiendo, intenté moverme contra su mano, necesitando aquello que solo él podía darme, pero, sujetándome por las caderas con la otra mano, me lo impidió.

—Por favor —sollocé, pero él solo continuó atormentándome, frotando con la yema del dedo mi entrada.

Sus labios volvieron a ascender por mi cuello, hasta detenerse sobre mi boca. Sus ojos me mantuvieron cautiva.

Cuando dos dedos se deslizaron con facilidad en mi interior, sentí cómo mis músculos se contraían a su alrededor, y le clavé las uñas en la piel por la sorpresa. No dudaba de que le dejaría marcas feas, pero a ninguno de los dos pareció importarle.

—¡Joder, estás buenísima! —murmuró mientras movía los dedos, haciéndome gemir al rozarme el clítoris—. Estás empapada, *sirena*.

—Chuparte fue un placer —dije, queriendo provocarlo, y vi cómo sus ojos chispeaban.

No hizo falta nada más para que aquel hombre cumpliera su promesa de devorarme. Aplastando mi boca con fiereza, su dedo empezó a acariciar ese punto de placer, dibujando círculos suaves que hacían que todo mi cuerpo se arqueara y mi sexo se contrajera.

El placer se extendía por todas mis terminaciones nerviosas. Me agarré aún con más fuerza a sus hombros, temiendo caer.

Nuestros gemidos se ahogaban entre besos desesperados, sin separarnos, deseándonos cada vez más el uno al otro.

Segundo a segundo, era más consciente de que me acercaba al clímax, pero esa tortura me hacía sentir que aún estaba muy lejos. Me restregué contra su mano, pidiéndole sin palabras que aumentara la fricción sobre ese punto dolorido, excitado.

Pensé que Riccardo seguiría con aquella lentitud, pero no continuó su tortura. Introduciendo un dedo más dentro de mí, usó el pulgar para acariciarme el clítoris, recorriéndolo de arriba abajo, mientras el índice y el dedo medio penetraban mi canal

Sentí cómo me lubricaba aún más con esos dedos expertos tocándome justo donde lo necesitaba, como si conociera mi cuerpo mejor que yo misma.

—Riccardo —sollocé.

Centrarme en el beso se volvió imposible ante las sensaciones que me provocaba, que se intensificaron aún más en el momento en que sus labios pasaron a acariciar mi piel expuesta y rozaron el lateral de uno de mis pezones.

Mis caderas comenzaron a chocar con fuerza contra sus dedos, el sonido mezclándose con los gemidos que escapaban de nuestras gargantas.

—Entrégate a mí, *sirena* —ordenó, antes de mordisquearme la punta de la oreja.

—Sí —susurré, desorientada, y cerré los ojos, entregándome a él.

El entorno pareció desvanecerse; toda mi atención estaba centrada en la búsqueda del orgasmo. Mi cuerpo se movía por instinto, vibrando, sintiendo la presión y la velocidad de su caricia, apagando mi propia ansia.

Cuando sus labios regresaron a los míos, besándome suavemente en contraste con la fricción rápida sobre mi clítoris, una

oleada intensa me atravesó y ya no pude contenerme, hundiéndome en un orgasmo poderoso que me arrastró a un estado de torpor y languidez, robándome toda capacidad de pensar.

Un grito ronco escapó de mis labios y, atrapada en el éxtasis, lo único que tenía claro era que, mientras dejaba pequeños besos por mi rostro, él seguía acariciando mi punto de placer con la misma presión y ritmo, prolongando esa sensación que hacía tanto tiempo no experimentaba y que era increíblemente buena.

Poco a poco, sus movimientos fueron cesando hasta que retiró los dedos de mi interior. Gemí, frustrada, aunque ahora acariciaba mis pezones con los pulgares, rozando sus puntas erectas. Finalmente, abrí los ojos para mirar al hombre hermoso que me había dejado ligera, libre.

Sus ojos oscuros ardían, repletos de un deseo que, por un momento, me pregunté tontamente si algún día podría saciarse. Por supuesto que sí.

—Gracias, Riccardo —susurré, besándole la barbilla, sabiendo que quizás estaba haciendo el ridículo al agradecerle por algo así.

—Aún no hemos terminado, *sirena* —murmuró, una sonrisa maliciosa curvando sus labios—. Esta vez, llegaremos al orgasmo juntos.

Al oír sus palabras, lancé una breve mirada a su erección ya preparada, y fue como echar más leña al fuego dentro de mí, tanto que lo dejé hacer conmigo lo que quisiera. Lo único que hice para ayudarlo —o, mejor dicho, provocarlo— fue quitarme lentamente el vestido y las bragas. Con la mirada, Riccardo siguió cada uno de mis movimientos, admirándome como si fuera la mujer más deseable que había visto en su vida, y su sonrisa se volvió aún más depredadora cuando finalmente me vio completamente desnuda.

—¿Confías en mí? —preguntó con voz ronca.

—Sí. —No dudé.

Gruñó, hambriento.

Podría haber bromeado diciendo que, si estaba allí, era porque confiaba en él, pero sabía que, en ese momento, al ver la seriedad en su expresión, no había lugar para provocaciones. Además, aunque no pudiera estar segura de todo, tenía la certeza de que, si le pedía que se detuviera, él lo haría.

En un momento, Riccardo me miraba, y, al siguiente, jadeando, me excitó aún más al girarme el cuerpo y, acortando la poca distancia que nos separaba, hizo que apoyara las manos contra la puerta, con las piernas abiertas. Extrañamente, esa posición —en la

que nunca antes había estado, ligeramente inclinada— me resultó muy cómoda, a pesar de lo vulnerable que me sentía.

Una gota de sudor resbaló por la línea de mi columna, y mi sexo se contrajo al sentir su erección rozando mis nalgas.

Necesitaba su brutalidad, necesitaba sentir su polla llenándome.

Con una dulzura que no encajaba en ese momento, apartó mi melena hacia un lado, dejando pequeños besos sobre mi nuca sudada.

Sin paciencia, arqueé el culo en su dirección, una invitación clara para que me tomara.

—*Sirena* —gruñó, soltando una palmada sobre mi nalga que hizo vibrar todo mi cuerpo.

Mi respiración se cortó cuando, para mi sorpresa, entre un gruñido, encajó su polla en mi entrada.

—Riccardo —supliqué, moviendo las caderas en un intento de tragármelo aún más, deseando sentirlo entero dentro de mí.

Dejando un beso en mi espalda y manteniéndome en esa posición, se deslizó por mi interior lentamente, solo para retirarse después, aumentando una tensión que ya rozaba lo insoportable.

Clavé las uñas en la madera, soltando un pequeño gemido cuando me penetró de golpe, firme, dándome por fin lo que tanto ansiaba, haciendo que mi canal se estirara.

Fue imposible no pensar en lo perfecto que era nuestro encaje, cómo mi cuerpo se ajustaba al suyo con facilidad. Y Riccardo parecía pensarlo también, porque no se movió.

—¡Joder! —rugió cuando contraí los músculos, aumentando su placer.

Empezó a moverse, embistiéndome.

Con un suspiro, me moví sobre su polla, intentando que me la metiera aún más profundo. Riccardo se retiró, solo para volver a penetrarme. Entre gemidos y el sonido de mis nalgas chocando contra su pelvis, comenzamos un vaivén lento, intenso y delicioso.

Mis pechos se sentían más pesados con la gravedad y el vaivén. De algún modo, ese movimiento era una forma de estímulo que me excitaba aún más.

Me agarré con más fuerza a la puerta al sentirme cada vez más inestable con cada embestida, siguiendo el ritmo de sus movimientos, que se aceleraban. Pero cuando levantó un poco más mis caderas, arqueándome, todas mis fuerzas parecieron desvanecerse al sentir cómo su polla rozaba mi clítoris.

Riccardo, más fuerte que yo, empezó a empujarme por las caderas contra él, haciéndome deslizar sobre su erección palpitante.

Cerré los ojos, dejándome llevar por esas sensaciones que hacían que mi canal se estrechara aún más, mi piel sudada pero completamente viva.

—*Sirena* —me llamó por el apodo que él mismo me había dado, cuyo significado aún desconocía, no sé cuántas veces, mientras seguía bombeando dentro de mí, llevándonos cada vez más cerca del clímax.

Antes de que pudiera alcanzarlo, con un movimiento brusco que me hizo soltar una queja, me giró como si fuera una muñeca de trapo y pegó su cuerpo al mío, presionando mi espalda contra la puerta.

—Así es mejor —susurró, dedicándome una leve sonrisa tras sujetarme el muslo, haciendo que lo rodeara con la pierna.

No me dio tiempo a decir nada, porque sus labios volvieron a besarme y su polla a llenarme. Y no podía negar que así, realmente, era mucho mejor, porque su pecho ofrecía fricción al rozar mis pechos, pero era su mirada fija en la mía, cada vez que embestía, lo que hacía que aquella experiencia fuera aún más indescriptible.

Ya no éramos Riccardo y Juliana, sino un solo cuerpo, por más insano que eso pudiera parecer.

Éramos algo salvaje, pero también poderoso.

Nuestras lenguas seguían el mismo ritmo que marcaban nuestras caderas.

Y fue en medio del beso, con las embestidas cada vez más fuertes y rápidas, que hacían que mi trasero golpeará con fuerza contra la puerta, que, con una última contracción y el último latido de su polla dentro de mí, alcanzamos juntos el clímax.

Murmurando cosas incoherentes, salió de mí antes de que el chorro caliente me llenara, y me abrazó, sosteniéndome de pie mientras mi cuerpo temblaba con el orgasmo. Por primera vez, solo el beso y su mirada relajada bastaron para prolongar las sensaciones que recorrían mi cuerpo.

—Realmente, mucho mejor —dijo con una sonrisa, acariciándome la cara.

—Sí —asentí, con el corazón aún acelerado. Acaricié su brazo, sintiendo cómo su musculatura firme se tensaba bajo mi toque.

Hundiendo la mano en mi melena, volvió a besarme.

No pude evitar sonreír cuando volvimos a quedarnos sin aliento.

—¿Y ahora? —preguntó, después de un rato en el que solo nos mirábamos y acariciábamos.

—A limpiarnos...

—Sí... ¿Y después? —preguntó, con un deje de inseguridad.

—No lo sé... —me encogí de hombros, rozando con la punta de los dedos el vello de su pecho, que le quedaba terriblemente atractivo.

—Entiendo...

Arquee una ceja, interrogándolo con la mirada.

—¿Quieres irte a casa?

—No —respondí demasiado rápido, pero pronto su pregunta se asentó en mi interior, dándome un puñetazo en el estómago. ¿Qué esperaba yo? Me había acostado con él sabiendo que era solo eso y nada más.

—¿Tú quieres? Quiero decir... ¿volver a tu casa? ¿Solo?

—¡No! —Pareció desesperado, y no pude evitar reír.

—Hummm... ¿Entonces cuál es tu idea?

Esa sonrisa lenta volvió con toda su fuerza, provocándome palpitaciones.

—¿Usar el flotador?

Chasquéé la lengua y le di un pequeño golpecito en el omóplato, haciéndole soltar una carcajada.

—¿Un champán? ¿Fresas y bañera? —continuó.

—Me suena demasiado bien... Solo espero que sea mejor que tu whisky.

Sus dos manos bajaron a mi culo y lo apretaron como si fuera un castigo, aunque estaba muy lejos de serlo.

Gemí.

—Cualquier cosa es mejor que eso...

—Lo dudo.

—Si es malo, al menos tendré tu boca deliciosa para besarme, *sirena...*

—Don Juan... —lo provoqué.

—Y aún no he cumplido mi promesa, y tengo la intención de pasar toda la madrugada cumpliéndola —dijo con tono arrogante.

Sentí cómo se me erizaban todos los vellos del cuerpo. Sin esperar respuesta, su boca volvió a aplastar la mía con urgencia. No tenía ninguna duda de que adoraría pasar horas y horas dejándome explorar por aquel hombre.

Capítulo tres



Escuché el sonido de mi móvil personal, pero simplemente ignoré el ruido, intentando seguir durmiendo. Si había dormido dos horas, ya era mucho; estaba agotado. Me sentía jodidamente cansado, pero no podría estar más satisfecho.

Sonreí, arrogante.

¡Joder!

No tenía dudas de que lograría hacerla llegar al orgasmo varias veces, pero no esperaba terminar tan rendido. Y el motivo de mi agotamiento dormía a pocos centímetros de mí, respirando suavemente.

Una sirena.

El tono paró, y traté de dejarme llevar por el sueño otra vez, pero no pasó ni un minuto cuando el aparato volvió a sonar.

—¿No vas a contestar? —me preguntó Juliana con voz ronca.

La oí moverse en el colchón, que no era precisamente cómodo, y abrí los ojos para mirarla.

El pelo despeinado cayéndole enredado sobre la cara y el parpadeo soñoliento la hacían aún más hermosa.

—Sea lo que sea, puede esperar, *sirena* —murmuré.

Bajé la mirada y me quedé observando sus pechos perfectos, desnudos, que sabía que eran especialmente sensibles al roce de mis dedos y labios.

Sin resistirme, toqué un pezón, y *mia sirena* se estremeció. Escuché un leve sonido cuando rocé el otro. Sentí cómo empezaba a endurecerme, lo cual era increíble.

Nadie me había puesto tan duro y tan fácilmente como ella, sobre todo después de haber follado varias veces.

—Debe de ser importante —susurró cuando el timbre volvió a sonar.

—¡*Cazzo!* Debería haber apagado el móvil —solté, mientras seguía acariciándole el pezón, y vi cómo fruncía el ceño.

—No hace falta dramatizar tanto, Riccardo.

Resoplé.

—Contesta de una vez —pidió.

Con los ojos llenos de diversión, me dio un beso rápido, que hizo que el corazón se me acelerara, y no supe bien cómo manejar esa sensación tan placentera.

—Okay. —A regañadientes, aparté la mano de su pecho y me giré hacia un lado.

Me incorporé y, caminando hacia la puerta, recogí el móvil que había dejado sobre el aparador.

Fruncí el ceño al ver que era mi mejor amigo.

—Has tardado en contestar, joder.

Miré hacia la cama, donde Juliana se había incorporado contra el cabecero y no se había molestado en cubrirse los pechos con la manta.

¡Joder! Su belleza haría envidiar a cualquier *Madonna* renacentista.

Quise colgar y volver con ella.

—¿Tío? —insistió.

—Estoy ocupado, joder.

—¿Con qué?

—No es asunto tuyo. —Empezó a reír, como si le hubiera contado un chiste.

—Puede que ayer te dejara plantado por quedarme jugando a la consola con los gemelos, pero, por lo que veo, no te fue nada mal —soltó entre risas.

—¿Qué quieres? —Me llevé la mano a la frente, pidiendo paciencia al cielo.

—No parece que acabes de pasar una noche increíble con una tía buenísima —soltó con tono malicioso.

—Edgar... —mi voz sonó impaciente.

A veces conseguía sacarme de quicio como nadie, y en ese momento, después de haberme interrumpido, me tenía realmente irritado.

—Parece que hay un problema en una de las presas de relaves de la minera en la que tenemos coparticipación en Brasil —añadió, ya con voz seria.

Sentí cómo se me helaba la sangre, mil y una posibilidades cruzándose por la cabeza.

¡Joder! Que no fuera tan grave como aquel accidente que tuvo repercusión mundial y prácticamente sepultó una ciudad entera bajo

el barro. No, eso no podía volver a pasar. Habíamos pasado todas las inspecciones, y teníamos la documentación que lo acreditaba.

—¿Cuál es el problema? —mi voz sonó urgente mientras empezaba a caminar de un lado a otro, como una fiera enjaulada.

—No lo entendí bien, pero es algo muy grave que puede destrozar la reputación de la empresa.

—¡*Stronzo!* —me detuve en seco, pasándome la mano por el pelo mientras soltaba todos los insultos que conocía.

—Tienes una videoconferencia dentro de cuarenta minutos.

—¿Yo? —me sorprendió que no dijera “nosotros”, y fue inevitable mirar de reojo a la mujer buenísima que seguía en la misma posición en la cama.

Mi frustración e irritación crecían tanto como mi preocupación.

Una noche con Juliana había sido muy poco, y tenía la intención de pasar más tiempo con ella, si es que podía.

Solté un suspiro.

—Sí... En unos minutos tengo que coger un vuelo para una reunión de última hora con Matsumoto, en Nueva York.

—Que se joda tu reunión con Matsumoto, Edgar —espeté.

Él soltó un bufido despectivo.

—Sabes cuánto tiempo llevo esperando esta oportunidad, Riccardo. Él no aceptará que lo posponga para otro día... Y no podía prever que, justo hoy, se fuera todo a la mierda, amigo —murmuró.

—No, no podías, *amico*.

—Y tampoco será necesario que estemos los dos presentes, ya que los demás socios también estarán allí. No es como si fuésemos a entender gran cosa de los informes técnicos.

—Sí...

Tenía razón. Aunque habláramos del tema, poco podríamos hacer. A pesar de la cantidad de acciones que teníamos en la empresa minera, no teníamos poder de decisión, ni éramos expertos en la materia.

—Si se tratara de otro tipo de sociedad, lo aplazaría sin problema para que pudieras seguir con tu bombón.

—Claro, Edgar —dije a regañadientes.

—Te lo agradezco, amigo. Ahora tengo que irme antes de que llegue tarde.

—Te mantendré informado.

—Ah, en la videoconferencia habrá gente del gobierno y del ministerio de Medio Ambiente local.

Colgó antes de que pudiera decir ni una palabra.

—¡Joder! —alcancé a decir justo cuando el móvil volvió a sonar. Ignoré las llamadas, igual que los innumerables mensajes de mi secretario, de otros empleados y de no sé quién más. Puse el teléfono en silencio después de pedir un taxi.

Dejé el móvil sobre el aparador y fui en busca de mi ropa, que estaba esparcida cerca de la puerta.

—¿Está todo bien, Riccardo? —preguntó Juliana, con un tono que denotaba cierta inseguridad.

Mientras me ponía los calzoncillos, la miré. Para mi frustración, se había tapado los pechos.

Como no respondí, continuó:

—Estás tenso.

—Sí... —comencé a subirme los pantalones y cerré la cremallera—. Tengo que estar presente en una reunión de última hora para resolver un problema que espero que no sea tan grave.

—Yo también lo espero —dijo, esbozando una sonrisa incómoda.

Nos quedamos en silencio unos segundos mientras terminaba de vestirme, intentando al menos parecer presentable, aunque mi traje estaba arrugado. A diferencia de los momentos en que

simplemente nos mirábamos después de hacer el amor, este no fue nada cómodo, sobre todo porque notaba a Juliana retraída.

¡*Stronzo*! Seguro pensaba que solo había sido un polvo cualquiera y que ahora yo estaba inventando excusas baratas para librarme de ella, como hacían tantos tíos. Mejor dicho, cómo actuaban los gilipollas.

Vale que no hubo promesas —al fin y al cabo, apenas nos conocíamos—. Habíamos hablado muy poco —algo de lo que ahora me arrepentía—, pero había disfrutado muchísimo el tiempo que pasamos juntos.

—Siento mucho tener que irme así, *sirena* —dije mientras me acercaba y acariciaba la suave curva de su rostro—. Créeme cuando te digo que me encantaría no tener que ir a esa reunión.

—Está bien, Riccardo.

—No, no está. Joder. No estoy inventando excusas... Yo... yo te he cogido cariño, Juliana. Mucho.

Mis labios rozaron los suyos y me sorprendí besándola, como si eso pudiera demostrar cuánto la deseaba aún, que de verdad me había gustado, quizás más de lo que debería.

El gemido de Juliana avivó el fuego dentro de mí, y profundicé el beso, dejándome llevar por el hambre y la necesidad.

Me perdí en las sensaciones de su boca suave y su lengua ansiosa deslizándose sobre la mía, tanto que, apartando la sábana que la cubría, me encontré tumbándola de nuevo sobre el colchón, dejándome caer sobre ella.

Mi cuerpo se estremeció al sentir sus pezones aplastados contra mi pecho y sus palmas acariciando mi espalda. En medio del beso, con nuestros cuerpos rozándose, no tardé en quedarme medio erecto.

—¿No tienes una reunión? —preguntó entre gemidos, arqueando el torso hacia mí cuando mis labios encontraron su barbilla y descendieron por su garganta.

Gruñí cuando apoyó las manos en mis hombros e impidió que siguiera el camino hacia su pecho.

—Vas a llegar tarde —dijo.

—Voy a llegar tarde de todos modos, *sirena*. —Le mordí la comisura de la oreja, y volvió a empujarme.

—No está bien... —Antes de que pudiera terminar la frase, sonó el teléfono de la suite.

Eso hizo que se girara y se deslizara por debajo de mí para contestar, haciéndome caer de bruces sobre el colchón.

—Es tu taxi. Y yo ni siquiera me he vestido para irme.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras, Juliana. Yo paso por recepción y pago la cuenta —me levanté a regañadientes.

—No hace falta.

—Es un placer... —Me incliné sobre ella y le di un beso corto, alargando así un poco más el momento de despedirme—. Además, puedes aprovechar la piscina, y también el flotador.

—¿Vas a estar con eso siempre? —bufó.

—¿No es intrigante?

Puso los ojos en blanco.

—Y estás haciendo tiempo.

—Un poco...

—¡Riccardo!

Cruzó los brazos frente a su cuerpo y sentí la boca hacérseme agua.

Sin pudor, recorrí con la mirada su cuerpo desnudo y delicioso.

—¿Voy a tener que empujarte hasta la puerta? —refunfuñó.

Solté una carcajada al imaginar la escena.

—Me parece que no me dejas otra opción que hacerlo...

Se incorporó, y me quedé hipnotizado por sus piernas largas y perfectas, que momentos antes habían estado rodeándome mientras la embestía dentro de su apretado canal.

—¿Entonces qué va a pasar? —insistió.

—¿No vas a vestirme primero? —señalé el vestido en el suelo.

—Llegas tarde.

—*iDio, donna*^[12]!

Cruzó los brazos frente a su cuerpo, atrayendo mi atención hacia sus pechos, que se alzaron aún más.

Aunque no tenía derecho, empecé a soltar improperios al imaginar a otro hombre mirando a la mujer que yo había besado hacía apenas unos minutos. *Mia sirena*, la que aún deseaba y con quien, quizá, podría tener algo más que sexo. Aunque apenas nos conociéramos, por razones inexplicables, mis instintos me decían que podríamos funcionar.

Con rabia hacia ese hombre imaginario, le rodeé la cintura con gesto posesivo, atrayéndola hacia mí. Un gritito escapó de sus labios.

—¿Entonces? —arqueó una ceja.

—Me voy solo...

Volví a besarla mientras la apretaba entre mis brazos, prometiéndome a mí mismo que ese no sería el último beso que compartiríamos en esta vida. Al contrario, la besaría una y mil veces, si ella así lo quisiera.

—¿Anotas mi número? —jadeé, aflojando un poco el abrazo—.
De verdad me has gustado.

—¿Para follar? —sus ojos brillaron.

—También —no pude negarlo—, pero también quiero conocerte mejor, Juliana. Quiero saber qué te gusta, conocer tu pasado, todo lo que quieras contarme.

—Claro. —Alargó el brazo hacia su bolso para coger el móvil y guardó mi contacto—. ¿Quieres el mío?

Quizá estuviera siendo un idiota, o mi lógica fuera errónea, pero negué con la cabeza, y sus ojos castaños se abrieron con sorpresa.

—No lo entiendo, Riccardo.

Le sostuve el rostro, acariciándolo.

—No quiero que te quedes esperando una llamada o un mensaje mío, *sirena* —murmuré, rozando con el pulgar sus labios, que se entreabrieron, sorprendidos—. Por más que desee conocerte mejor, por más que quiera volver a oírte gemir bajo mí, creo que la decisión de continuar lo que empezamos esta madrugada te corresponde a ti.

—Todo un caballero —dijo entre una sonrisa.

—Tal vez... —sonreí también.

—Gracias por esto...

—Espero que me llames... —le guiñé un ojo, y ella soltó una risa.

—Ya veré qué hago contigo... —me provocó con una sonrisa—. Ahora vete, antes de que llegues aún más tarde.

Me dio unos golpecitos en el pecho.

Le robé otro beso antes de ir a recoger mi cartera y el móvil del aparador.

—Estaré esperando, *sirena*.

—Okay.

Con un gesto de despedida y una última mirada apreciativa, me obligué a marcharme.

En el taxi, meforcé a concentrarme en el trabajo: respondí varios correos y mensajes urgentes, atendí algunas llamadas, pero no conseguía sacar de mi cabeza a aquella morena. Su sabor, su olor, los momentos estaban impregnados en mí.

Era imposible no sonreír.

Deseé con fuerza que me llamara ese mismo día y que acabáramos desnudos en una cama otra vez.

Capítulo cuatro



Apoyé la cabeza contra la ventana del autobús vacío, ya que era fuera de hora punta, y cerré los ojos. Por más que todo mi cuerpo estuviera despierto, me sentía agotada por las pocas horas de sueño. Me acomodé mejor en el asiento duro, notando un escozor entre las piernas por las muchas veces que Riccardo y yo habíamos follado. El italiano era insaciable.

¡La química entre nosotros era tan buena! Era un amante tan atento que, por más difícil que fuera seguirle el ritmo, no había

podido resistirme a sus caricias ni a otra oportunidad de que me hiciera llegar al orgasmo.

Suspiré, sintiendo cómo el placer se extendía por mi piel solo con los recuerdos.

Si era sincera, en ese mismo momento podría volver a acostarme con él, aunque estuviera extenuada y dolorida. Cómo me gustaría sentir su mano grande recorriendo lentamente mis brazos, en una caricia delicada; tener sus ojos sobre mí, envolviéndome en esa conexión silenciosa que probablemente solo existía en mi cabeza.

¡Estaba actuando como una ilusa!

No es que ya estuviera planeando una vida a su lado, ni mucho menos, pero seguía siendo una tonta por creer que de verdad quería conocerme mejor, algo que, quizás, podría llevarnos a algo más serio.

Parecía tan distinto a los tíos que había conocido...

¡Qué ridículo! ¿Qué sabía yo de él, aparte de su nombre, que era italiano y que tenía dinero? Nada. Ni siquiera sabía su edad o en qué trabajaba.

Quizá fuera aún más idiota por pensar que lo de la reunión de emergencia no era una excusa barata. Pero es que no creía que me

mintiera, ni que pudiera fingir tanta preocupación, tanta tensión. Además, un tío que solo quiere follarte no te da su número de teléfono. ¿O sí? Podía no contestar si lo llamaba, o no responder a mis mensajes. O tal vez sí lo hiciera, pero solo con la intención de volver a acostarse conmigo, ya que dejó claro que seguía deseándolo.

¡Dios! Fuera charla, encanto o técnica para halagarme y conseguir lo que quería. Ya no era una niña ingenua para andar por ahí toda "emocionada". Si era solo sexo, genial. No es que yo no pensara también en usar su cuerpo y disfrutar del polvo.

Solté un suspiro. Le daría tiempo al tiempo. También esperaría un poco antes de enviar el mensaje que estaba loca por escribir.

Tratando de apartar los pensamientos que no me llevaban a ningún lado, intenté echar una cabezadita. Aunque era domingo por la mañana, necesitaba descansar: esa noche tenía que cubrir a una compañera que estaba de baja en la pizzería 24 horas donde trabajaba, y además repasar un informe para la universidad que debía entregar el lunes.

No sé cuánto tiempo pasó, pero unas voces alteradas me hicieron dar un brinco en el asiento, sobresaltada, y abrir los ojos. Sentí al instante el corazón desbocado en el pecho, y una fina capa

de sudor se acumuló sobre mi piel al ver a dos hombres armados que no se molestaban en cubrirse la cara, pese a que el autobús tenía cámaras de seguridad, lo que facilitaría su identificación.

Cerré los ojos, deseando que todo fuera una pesadilla, que no estuvieran asaltando el autobús. Pero un grito aterrador me confirmó que no era ningún mal sueño. Si era posible, el corazón aún me latía más rápido.

—P-p-por f-favor, s-solo t-tengo este d-dinero...

—¡Cállate, vieja! ¿O prefieres un tiro?

Soltó una carcajada, y me helé al verlo sacar el arma de la cintura y apuntarle a la mujer. Tuve miedo por ella, por mí, por todos, incluso por el conductor, que entregaba sus cosas al otro cómplice; sabía que bastaba una mínima provocación para que dispararan.

Entrelazando los dedos, recé para que la señora hiciera lo que le pedían, por más difícil que fuera imaginar cómo sobreviviría después. También recé para que saliéramos ilesos, sin heridos, pero parecía inútil: ella no quería obedecer, discutía y se negaba a entregar sus pertenencias, aun estando en peligro.

Instintivamente, me encogí en el asiento, sintiendo cómo se me llenaban los ojos de lágrimas, que no tardaron en deslizarse

silenciosamente por mis mejillas.

—¿Qué va a ser, señora? —insistió el ladrón.

—N-no... P-por favor... —soltó un grito de terror, seguido de otro cuando él tiró con fuerza de su bolso para arrancárselo, probablemente haciéndole daño.

Quizá fuera cobardía por mi parte, pero cerré los ojos, sin querer ver nada. Sin embargo, los gritos, la adrenalina y el pánico no me lo permitían, porque mi mente creaba mil y una posibilidades aterradoras.

Abrí los ojos de nuevo, en estado de alerta.

No debió de pasar mucho tiempo hasta que, después de ir uno por uno recogiendo móviles, carteras y dinero, se acercaron a donde yo estaba sentada. Sudé frío y rompí a llorar con más fuerza cuando uno de ellos me apuntó a la cabeza con el arma.

Con el cuerpo tembloroso, sin dudar y sin hacer ningún gesto brusco, entregué todas mis pertenencias, incluido el móvil, al que aún le quedaban cinco cuotas por pagar, y la cadenita de oro que llevaba al cuello. Aun sin resistirme, con ellos tan cerca, temí, temí mucho por mi vida. Temí aún más al notar cómo uno de ellos me repasaba con la mirada, deteniéndose en el vestido corto que dejaba expuestas mis piernas y muslos. Me quedé paralizada por el miedo,

sin fuerzas siquiera para tragar el nudo que se me había formado en la garganta.

La escena no debió de durar más de cinco minutos, tal vez algo más, pero fue el momento más largo de mi vida. Seattle se consideraba una ciudad segura, así que nunca imaginé que el autobús en el que iba pudiera ser blanco de ladrones. Nunca había pasado por algo así, y deseaba con todas mis fuerzas no volver a vivirlo jamás.

El llanto silencioso seguía ahí, al igual que los incontables temblores que aún recorrían mi cuerpo. Era rehén de una mezcla entre alivio y el miedo latente de que pudieran volver.

Todo lo que vino después fue un enorme borrón: las preguntas del conductor para saber si todos estábamos bien, la visita a la comisaría para poner la denuncia por robo, las respuestas que le di al agente... Yo era como una muñeca inerte, respondiendo todo de forma mecánica.

No fue hasta más tarde, después de haber conseguido contactar con mis jefes usando el teléfono prestado de mi vecina para contarles lo ocurrido, que, ya bajo el agua templada de la ducha, me di cuenta de que, al perder el móvil, también había

perdido el número de Riccardo, ya que solo lo había guardado en el dispositivo.

Me derrumbé en el suelo de la ducha. Entre lágrimas, no podía explicar esa sensación de pérdida inmensa que me oprimía el pecho, como si me hubieran arrancado una parte de mí. Sin duda, otra tontería más de una emocionada...

Capítulo cinco



—i*Stronzo!* —murmuré en cuanto cerré la pestaña de la videoconferencia extenuante, que pareció absorber toda mi paciencia y toda mi energía para seguir trabajando.

Dejé caer mi cuerpo en la silla y llevé la mano a mi corbata, aflojando el nudo que parecía apretado de más en mi cuello, asfixiándome.

Suspiré, cerrando los párpados, pero apenas tuve tiempo de sumergirme en pensamientos o intentar recuperar un poco de mi disposición cuando un golpe en la puerta hizo que abriera los ojos.

Me pareció extraño, ya que, por la hora, buena parte de mis empleados, incluido mi secretario, ya se había marchado a casa.

—Adelante —mi voz salió más seca de lo que me habría gustado. No me gustaba desquitar mis frustraciones con los demás.

—Sabía que estarías aquí —dijo Edgar al abrir la puerta.

—No es ninguna novedad. —Me encogí de hombros, ya que pasaba mucho tiempo en mi despacho en uno de los rascacielos situados en el *Downtown*, aunque mis empresas estuvieran repartidas por todos los Estados Unidos y también por Italia.

Miré a mi amigo que, a pesar de su estilo informal, lleno de tatuajes, su temperamento explosivo y su lenguaje plagado de palabrotas, era una de las personas más serias con el trabajo que conocía.

Yo lo entendía bien. A diferencia de mí, que heredé un gran imperio y con él toda la arrogancia, Edgar sabía lo que era la pobreza, y fue con mucho esfuerzo que construyó su patrimonio desde cero a partir de la venta de una *startup* de tecnología limpia que había fundado con unos colegas.

Edgar era un gran adicto al trabajo, pero todo cambió con el nacimiento de los gemelos. Seguía siendo meticuloso con los

negocios, que exigían mucho de él, pero ya no era un obsesionado total con el dinero.

—Has vuelto antes, *amico* —comenté.

Caminó hacia el decantador para servirse una copa sin siquiera esperar a que se la ofreciera.

—Por suerte, las negociaciones con Blanks fueron más rápidas de lo que imaginaba y aceptó mi propuesta sin pestañear...

Cogió mi botella de whisky y se sirvió una dosis.

—Excelente, como siempre —exclamó al probar el líquido—.

¿Te apetece?

—¿Por qué no?

Él sirvió la bebida para mí y, tras tapar la botella, caminó hacia mi mesa. Me tendió el vaso y yo lo tomé.

Fue inevitable no acordarme de Juliana y de la gracia que había hecho con el destilado que tomé en el pub, que, de alguna forma, llamó su atención y provocó que se acercara.

Intenté ignorar la punzada de decepción mientras tragaba el líquido dorado que, por muy caro y de calidad que fuera, me pareció aún peor que aquel que bebí en el bar.

¡Cazzo!

Dejando el vaso sobre la mesa, me quedé mirando el recipiente, como si en él pudiera encontrar mis respuestas.

—Estás hecho una mierda, joder —dijo Edgar, sacándome de aquel trance, y yo me fijé en su expresión seria y preocupada mientras giraba el líquido en el vaso—. Sé que no es lo de la minera lo que te tiene así.

—No, no lo es...

Aunque la presa solo había entrado en nivel de alerta uno por precaución al detectarse una grieta que podría comprometer la estructura —lo que, por suerte, no fue el caso—, descubrir que la empresa se valía de parámetros científicamente cuestionables para recibir el visto bueno de la inspección me había sacado de quicio. Fue únicamente Edgar quien me impidió vender mi participación, sin querer verme relacionado con esa mierda, pero me pidió prudencia y que esperáramos un estudio más profundo antes de vender nuestra parte.

—¿Entonces qué es? —preguntó, al ver que no di explicaciones—. ¿Algún otro problema en las empresas?

—Juliana... —Tardé en responder.

No sé por qué no me había desahogado con mi mejor amigo antes sobre lo que sentía por ella; sin embargo, al no estar cara a

cara, ya que se vio obligado a encadenar un viaje tras otro, había sido bastante fácil evitar ese tema, por más que fuera una herida abierta.

La verdad es que temía que Edgar me considerara un completo sensiblero; al fin y al cabo, no debería darle tanta importancia a la noche que pasé con ella.

Pero yo sí le daba importancia.

¡Joder! Intentaba seguir adelante, pero parecía estancado en el mismo sitio.

¿La chica atractiva con la que estabas aquel día?

Asentí, volviendo a mirar mi vaso.

—¿El sexo fue bueno, no? —parecía curioso.

Arqueeé una ceja.

—No puedo negarlo —acabé diciendo, acariciando los pelos de mi barba, que ya estaban mucho más largos, casi descuidados—. La verdad es que ni siquiera tengo palabras para describir aquella noche.

—¡Carajo! ¡Qué suerte la tuya!

—Tal vez... —Aunque me sintiera frustrado, acabé sonriendo con los recuerdos de mi cuerpo sudado entrelazado al de Juliana, de la forma en que me había mirado cuando estuve a punto de

correrme en sus labios—. Sé que voy a parecer un idiota, pero la verdad es que me gustó, Edgar, y me sentí conectado a ella de una forma que no encuentro palabras para explicar.

—No te creo idiota por eso, joder...

—¿De verdad?

—¿Por qué lo creería?

—Fue solo una noche y, siendo honesto, ni siquiera tuvimos tiempo de hablar bien. ¿Cómo entonces puedo sentirme conectado a ella?

—Bueno, yo nunca pasé por eso y confieso que ni pienso pasar... —se encogió de hombros— pero eso no me impide creer que esas conexiones o el amor a primera vista puedan suceder.

No oculté mi sorpresa.

Edgar era más pragmático en ese asunto y, a diferencia de mí, era un soltero convencido.

Según él, dos niños, un perro y el trabajo hacían imposible encajar una relación, además de que decía que no necesitaba a ninguna mujer para ser feliz.

No quería encontrarse con otra interesada como se había vuelto su madre, que solo lo buscaba por dinero.

—No podría ser un incrédulo cuando crecí escuchando cuánto se enamoró mi abuelo perdidamente de mi abuela en cuanto la vio y cómo, a partir de ahí, hizo de todo para conquistarla... —hizo una pausa y terminó diciendo en un tono bajo y dolido—: Lástima que el destino no fue bondadoso con ninguno de los dos...

—Lo entiendo...

—Entonces no voy a juzgarte, amigo —imprimió más firmeza en la voz—, solo que eso no lo quiero para mí. Pero no entiendo cuál es el problema con ese “enamoramiento” tuyo.

—No me llamó ni me mandó un mensaje.

—¿Y por qué no la llamaste tú? —Frunció el ceño, confundido.

—No le pedí su número...

—¡Joder! ¿Eres idiota?

Levanté la mano.

—Basta, *stronzo*, no necesitas sermonearme.

—¡Claro que sí, coño! ¿Por qué hiciste eso, si te gustó la tía?

—Quise ser un caballero, dejar que ella tomara la decisión de seguir con lo que empezamos y conocernos mejor.

—Entiendo...

—¡*Cazzo*! Lo que no entiendo es por qué ella dijo que también le gusté, pero nunca se puso en contacto...

—Puede que le haya pasado algo, Riccardo...

Asentí, luego negué con la cabeza.

—Intenté creer eso al principio, pero ya pasaron diez días, Edgar. Podría al menos haberme dicho un hola.

—Ya...

Nos quedamos en silencio.

—¿Hiciste algo que pudiera haber hecho que ya no quisiera saber nada de ti?

—¿Aparte de salir corriendo a la mañana siguiente por culpa de una maldita reunión? Que yo sepa, no... —No contuve mi disgusto.

Edgar no dijo nada, así que continué:

—Puede parecer que es solo mi ego roto por el rechazo, ya que tengo todo lo que quiero... —Alzó una ceja y acabé admitiendo—: Vale, me jodió el ego, al fin y al cabo, pensé que había sido bueno para los dos...

—Pero no estarías tan hecho polvo como pareces si fuera solo tu ego...

—Soy un tonto, ¿no? —pregunté, tras un rato—. ¿Un idiota por seguir pensando que cualquier puta llamada o mensaje que recibo puede ser de ella? ¿Por seguir yendo al bar con la esperanza de

encontrarla? ¿Un gilipollas por estar tan dolido? ¡Ninguno de los dos hizo ninguna promesa!

—¿Probaste en redes sociales? —Ignoró mis preguntas.

—¿Sabes cuántas Julianas existen?

—No es un nombre común aquí... Además, podrías pagar a un detective privado para intentar averiguar algo sobre ella...

—¿Y ser un cabrón cuando ella dejó claro que no me quiere?

—Tienes razón...

—Me habría llamado si se hubiera quedado embarazada... —susurré para mí mismo, por milésima vez.

En medio del deseo y luego en el caos, no había pensado mucho en la posibilidad de que hubiera terminado embarazada, pero después tuve demasiado tiempo para reflexionar sobre mi descuido.

No podía tener certeza. Quizá fuese ingenuidad mía, pero quería creer que ella no ocultaría un posible embarazo, aunque ya no quisiera nada conmigo.

—¿Cómo así? —Mi amigo parecía aturdido.

—No usé preservativo la primera vez. Me lo quité, pero...

—¡Joder! Qué irresponsabilidad, tío.

—Lo sé, Edgar, pero fue más por impulso... —Me pasé la mano por el pelo.

—Aun así, no puedes tener ese descuido... ¡Carajo! ¡No eres ya un adolescente que no puede esperar un minuto para ponerse el puto condón! Sé que tu polla no ve acción desde hace tiempo, pero ¡joder!

—Ni el tuyo —repuse, infantil.

—El mío no viene al caso, sabes que estoy muy bien así. —Hizo un gesto displicente y continuó—: Sé que un hijo no sería un problema para ti, ya que te encantaría tener un bebé, pero ¿y las enfermedades, tío?

—No necesitas sermonearme con eso, Edgar. —Hice una mueca.

—Por lo que veo, sí que lo necesito...

—Me haré las pruebas...

—Es lo mínimo...

Volvimos a quedarnos en silencio.

—Solo quisiera entender por qué, Edgar... —murmuré, soltando un suspiro cansado—. Nos gustábamos.

—Probablemente nunca lo sabrás, Riccardo.

—Sí... —Automáticamente, tomé mi vaso de whisky, pero antes de que llegara a mis labios, lo bajé de nuevo sobre la mesa.

—Lo superarás con el tiempo, amigo. Al fin y al cabo, no es tu primera desilusión. Y quién sabe, tal vez acabe llamándote...

—¿Soy un tonto por seguir esperando que me llame?

—En absoluto. Yo también estoy esperando que lo haga.

—Eres un gran amigo, Edgar.

—No olvides valorarme siempre —dijo en tono jocoso, guiñando un ojo.

Bufé, pero ambos acabamos riendo.

—¿Vas a quedarte hasta más tarde? —preguntó él.

—Voy a intentar trabajar un poco más, aunque no es que esté teniendo mucho éxito hasta ahora. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

—Solo pasé para firmar unos documentos que tienen que enviarse mañana temprano y no puedo hacerlo electrónicamente. Algo rápido. Creo que los mellizos todavía estarán despiertos cuando llegue a casa. Los echo de menos, y también al Batata. Ya he pasado demasiado tiempo lejos. —Sus ojos brillaron.

—Me lo imagino...

—Hablando de eso, creo que ya me voy. —Se levantó—. ¿Necesitas algo de mí?

—No. Buenas noches, *amigo*.

—Buenas noches... ¿Vas a estar bien?

—Ya sabes que sí.

—Vale... Entonces hasta mañana por la tarde.

—Hasta luego.

Con un leve gesto de despedida, lo vi salir de mi despacho. Respiré hondo y volví mi atención al ordenador, buscando un correo electrónico que contenía unos contratos que necesitaban una última revisión antes de que mi equipo jurídico los enviara a los destinatarios finales.

Lo que no debía tardar ni una hora acabó por duplicar el tiempo previsto, y terminé irritado conmigo mismo por tener que releer varios párrafos debido a mi falta de concentración, ya que repasaba mentalmente todos los momentos con Juliana, buscando algo que pudiera haber hecho y que la hubiese molestado.

Pronto, la irritación se transformó en amargura, y con ese sentimiento vino un cansancio repentino.

Apagué el ordenador, tomé mi móvil personal y, como siempre, antes de guardarlo, comprobé si tenía algún mensaje suyo.

Reí con aspereza ante la decepción inmediata, guardé el aparato en el bolsillo y saqué la llave de la moto del fondo del cajón. Particularmente, no me gustaba mucho conducirla; prefería mil

veces manejar uno de mis deportivos, pero hoy el viento frío golpeando contra mi cuerpo sería más que bienvenido.

Tardé unos cinco minutos en bajar al aparcamiento, ponerme el casco y subirme a la motocicleta. El ronroneo silencioso que normalmente disparaba mi adrenalina, esta vez no consiguió provocar la misma emoción; al contrario, sentí un escalofrío, pero lo ignoré y simplemente apreté con más fuerza el manillar.

No aceleré al salir del edificio. A diferencia de muchos que creían poder hacer de todo sobre una moto, yo era chapado a la antigua: nunca adelantaba por donde no debía, ni excedía el límite de velocidad, ni me saltaba los semáforos.

Desde la oficina hasta mi mansión había poco más de media hora, una distancia considerable y que muchos no estaban dispuestos a recorrer, sobre todo por el tráfico, pero las vistas del *Cougar Mountain Regional Wildland* valían cada minuto, aunque no se compararan con las colinas italianas.

Estaba a punto de cruzar una intersección cuando el sonido de una bocina alcanzó mis oídos. Sin tiempo para reaccionar ni apartarme a un lado, mi moto chocó contra una estructura metálica, produciendo un estruendo escalofriante.

Impulsado por el impacto, mi cuerpo salió despedido por los aires, volando alto, solo para estrellarse violentamente contra el asfalto. Mi cabeza rebotó hacia delante y luego volvió a golpear el suelo con fuerza. Un dolor intenso, indescriptible, se irradiaba desde mi columna hacia todos mis miembros. Respirar dolía, como si el pecho estuviera oprimido. No lograba organizar los pensamientos en medio de aquella agonía.

De pronto, dejé de sentir las piernas; el dolor se concentraba únicamente en la parte superior del cuerpo.

Aunque sabía que no debía intentar moverme, que eso podría perjudicarme, traté de hacerlo, pero mi cuerpo no pareció responder.

Las lágrimas llegaron tarde. Fuertes. Nacidas del más puro desespero.

Cuando lo intenté de nuevo, sin éxito, supe que algo estaba terriblemente mal.

El miedo y el dolor en la mitad del cuerpo terminaron llevándome a la inconsciencia.

Capítulo seis



—Tranquila, Ju —me dije a mí misma mientras encendía el ordenador para comprobar los resultados de mis análisis, pero fue en vano.

Mi estómago se revolvía y mis manos temblaban tanto que acabé escribiendo mal la página del laboratorio y, después, cuando al fin lo conseguí, introduje mal los datos de acceso.

De algún modo, sabía cuál sería el resultado. Intentaba convencerme de que los dos tests de farmacia que me había hecho estaban equivocados, que no eran fiables, y que solo un análisis de sangre podría darme un cien por cien de certeza. Algo

extremadamente ingenuo y también estúpido, ya que había investigado en internet sobre los tests, y estaban también los malditos síntomas: retraso en la menstruación, los pechos más sensibles, y mi energía para compaginar los estudios con el trabajo había disminuido de forma alarmante. Aun así, me aferraba a la idea de que saldría un negativo, que aquella madrugada con Riccardo no habría terminado en un embarazo.

¡Necesitaba que fuera negativo! Mucho.

Cada vez más nerviosa, me equivoqué de nuevo, esta vez al introducir el código de búsqueda que me había facilitado el laboratorio.

La angustia aumentó aún más cuando descargué el archivo y, ignorando los resultados de enfermedades de transmisión sexual que había pedido, fui directamente al de beta HCG.

La tasa de 1000,00 hizo que el corazón se me disparara.

—No —murmuré al cabo de un rato, con la mirada clavada en aquel número, llevándome la mano al rostro.

Ya no podía engañarme: estaba esperando un hijo de Riccardo.

Lloré desconsoladamente, dejándome llevar por la desesperación, y también por una punzada de culpa, aunque el italiano también tuviera parte de responsabilidad.

Debería haberle dicho que usara condón aquella primera vez, o haber tomado la píldora del día después, pero lo olvidé por culpa del atraco y la pérdida del móvil. Solo lo recordé cuando el medicamento ya no podía hacer efecto.

Fuimos imprudentes, pero la consecuencia de nuestros actos recaería en una sola persona: en mí. O, mejor dicho, en mí y en el niño que crecía en mi vientre.

Las lágrimas se volvieron aún más abundantes, llegando a desgarrarme, cuando llevé la mano a mi barriga, pensando en el pequeño ser que crecía allí dentro.

Por más que algún día soñara con ser madre, en este momento no tenía medios para criar a un hijo. Lo que ganaba en la pizzería apenas me alcanzaba para pagar las cuentas y la matrícula anual de mi carrera de Diseño de Interiores, que aún estaba muy lejos de terminar como para ofrecerme una mejor perspectiva de futuro. Tendría que organizarme, ya que no tenía derecho a baja por maternidad remunerada.

Emití un sonido de dolor. Sabía que encontraría la forma de criar a mi hijo, aunque para ello tuviera que abandonar la carrera y hacer otros sacrificios, ahorrando varios dólares para cuando naciera. Pero lo peor era saber que mi bebé no tendría un padre,

uno que, aunque no podía estar segura, creía que sería muy cariñoso con él.

Intenté encontrar a Riccardo en las redes sociales, pero me sorprendió la cantidad de hombres con el mismo nombre, por más inusual que fuera al llevar dos ces. A pesar de haber buscado durante bastante tiempo, no logré dar con él, lo que me hizo terminar el día entre lágrimas.

Además de sentirme muy triste por el bebé, me fue imposible no notar el nudo que se me formaba en la garganta por Riccardo. Él tenía derecho a saber de la existencia del niño. Se perdería todos los momentos del pequeño al que había contribuido a concebir.

Aunque Riccardo pudiera llegar a decepcionarme, podría actuar como mi padre e ignorar al bebé. Era una crueldad que padre e hijo no se conocieran nunca por culpa de un robo, por culpa de que yo no hubiese enviado un mensaje antes. Recordarlo me destrozó.

Sollozando, intenté contener el llanto, pero mi mente estaba caótica, con todos los pensamientos acelerados, superponiéndose unos a otros.

Me sentí aún más destrozada al constatar que no me sentía en las nubes por haber descubierto un embarazo, ese sentimiento que muchos decían que existía con la maternidad.

La culpa que cargaba se volvió aún más pesada. Esa emoción llegaría algún día, ¿no? Tenía que llegar.

Solo estaba asustada y necesitaba más tiempo para asimilarlo todo. Necesitaba tiempo para comprender los innumerables cambios y dificultades que enfrentaría siendo madre soltera sin una red de apoyo. Sabía que el embarazo sería solitario, ya que mi madre vivía en Carolina del Sur con su nuevo marido y difícilmente volvería a vivir allí. Mi padre era un desgraciado. Así que, en el día a día, en los problemas, en los momentos en que el bebé enfermara, sería yo sola quien tendría que solucionarlo todo. La soledad parecía hacer que la maternidad pesara aún más.

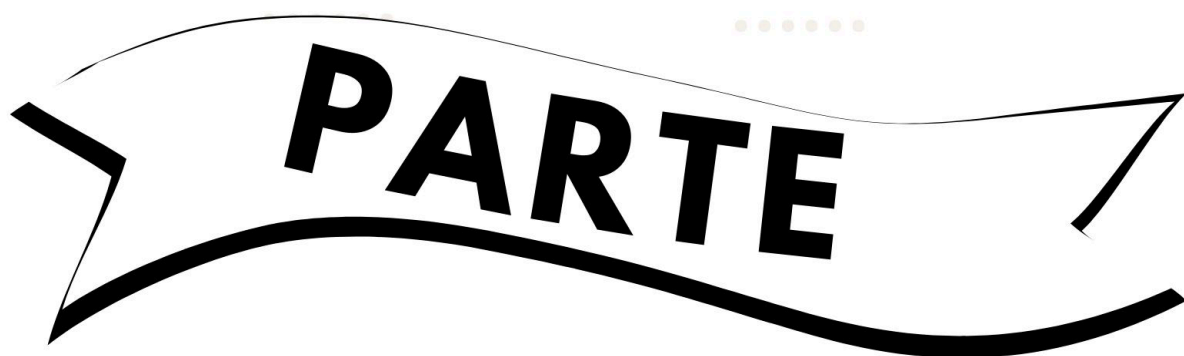
—Perdóname, pequeñín —susurré, acariciando mi vientre sin ninguna señal aún del embarazo, sintiéndome más rota—. Mamá no tiene ninguna duda de que va a quererte muchísimo, pero para ella va a ser difícil, ¿entiendes? Es mucha responsabilidad. No poder compartir las tareas con alguien, sobre todo cuando nazcas y dependas de mí para todo, no será fácil...

Suspiré.

—Aun así, quiero que me perdones por estar triste por las circunstancias, porque nunca puedas convivir con tu... —antes de

que pudiera completar la frase, mis lágrimas de dolor me interrumpieron.

Abrazándome a mí misma, ya que no había nadie que pudiera consolarme en ese momento, lloré mucho por el pequeñín, por Riccardo y, inevitablemente, por mí misma y por el difícil futuro que me aguardaba...



II

Capítulo siete



Casi dos años después...

—¿Está rico, mi amor? —pregunté al pequeñín cuando cogió un trozo de calabaza con su manita pringosa.

Emitió un sonido al masticar un pedazo, y lo tomé como un claro sí.

Sonreí, embobada, mientras veía a Lucca comer con avidez en pleno apogeo de su año y un mes, observando esa manita que desde hacía tiempo ya empezaba a agarrar todo tipo de objetos, golpeando el platito.

¡Era precioso! También, no podía ser de otra forma.

Lucca era prácticamente una copia de su padre. Tenía los ojos del mismo color y forma, el cabello oscuro, la nariz un poco más grande. Incluso la boca se le parecía bastante. Solo el tono de piel era más semejante al mío.

No me cansaba de mirar a mi pequeñín, al hijo que había aprendido a amar con todas mis fuerzas, aunque ese sentimiento hubiera tardado en surgir y el cansancio se hubiera abatido sobre mis hombros muchas veces. La maternidad no era fácil, pero, por más que no hubiera sido el momento ideal para convertirme en madre, no me arrepentía. Lucca me llenaba de una forma que jamás imaginé posible. Mis únicos pesares seguían siendo los mismos: que mi hijo no pudiera convivir con su padre y saber que Riccardo se había perdido tantas cosas, aunque quizás ni siquiera llegara a querer a este niño.

Intenté suprimir el dolor que tal pensamiento me causaba, prefiriendo vivir mi cuento de hadas en el que mi hijo sería amado por su padre.

—¡Ma-ma-ma! —mi pequeño empezó a agitarse cuando soltó el vasito de plástico vacío en el suelo.

Sabiendo que iba a llorar, corrí a coger el recipiente y lo cambié por uno limpio, echándole un poco más de agua.

—Listo —dije, extendiéndole el vasito—. ¡No, Lucca, no se le pega a mamá! —lo corregí cuando, en vez de tomar el vaso, me dio una palmadita.

—Ma-ma-ma-ma —soltó un gritito y, por fin, extendió la manita hacia el recipiente.

Suspiré.

—¿Vamos a lavar esas manitas y la carita, Lucca? —dije cuando terminó la comida, oyéndolo balbucear, ya intentando formar palabritas.

Lo levanté de la sillita con destreza y puse sus piecitos en el suelo. Por desgracia para esta mamá, Lucca estaba en la fase de descubrimientos y, a veces, ya no le gustaba tanto estar en brazos, prefiriendo gatear o caminar. Inclinéme, sujeté sus dos manitas sucias con las mías y lo ayudé a dar pequeños pasitos hacia el baño. Los sonidos infantiles de deleite a cada paso, el cuello que giraba de un lado a otro tratando de captar el entorno, hacían que toda la dificultad fuera menos pesada.

—Te encanta el agua, ¿verdad, Lucca? —murmuré cuando, yateniéndolo en brazos, el niño empezó a aplaudir al ver que había

abierto el grifo.

Soltó grititos animados al tocar el agua con la manita, y terminé riéndome, contagiada por su alegría. Retorciéndose y resbalando de mi abrazo más que un pez, apenas había terminado de secarle las manos con la toalla cuando sonó el timbre.

—Debe de ser Thais —le dije al niño, colocándolo de nuevo en el suelo.

Hicimos todo el recorrido lento hasta el pequeño vestíbulo, y no fue sorpresa encontrar a mi vecina agachada sobre los talones y con los brazos abiertos.

—Hola, amor de la tía —dijo con un tono dulce cuando hice que se acercara a ella.

—¡Ta-ta! —balbuceó mi hijo cuando Thais lo abrazó.

—Te eché tanto de menos, Lucca. —Le dejó varios besitos en la cara.

—La viste ayer por la mañana —la provoqué.

—Sabes que amo a este pequeño —respondió, haciendo un puchero, pestañeando con las pestañas postizas, y acabé soltando una carcajada—. Tu madre es muy tonta, ¿lo sabías?

Me ignoró por completo mientras prestaba atención a Lucca, que parecía más interesado en las pequeñas trenzas *box braids* que

componían el cabello de la mujer negra.

Fue mi turno de hacer un puchero, pero terminé sonriendo cuando ella empezó a conversar y jugar con mi hijo en el pasillo.

A pesar de nuestra diferencia de edad —yo tenía veintisiete y ella, dieciocho—, Thay era mi mejor amiga. Mudarme a un piso en el Distrito Universitario para ahorrar unos cientos de dólares de alquiler fue una decisión acertada. Conocer a Thais, además, fue una de las mejores cosas que me han pasado en la vida. Era un ángel para mí, aunque fuera más joven. Era Thay quien me ayudaba con Lucca cuando se enfermaba, quien lo recogía de la guardería o se quedaba con él por unos pocos dólares la hora cuando yo estaba en el trabajo. Aunque dijera que lo hacía porque le gustaba estar en mi piso con Lucca, que era mejor que quedarse en casa con su padre jubilado, quien no la dejaba trabajar en otro sitio, y que el dinero que le daba le servía para comprar sus productos de belleza, no tenía ninguna obligación de ser mi red de apoyo.

Saber que sentía un amor incondicional por mi hijo era un extra.

Tuve suerte. Muchísima suerte. No sé qué haría con mi vida sin ella.

—¿Cómo fue el cumpleaños de tu tía? —saqué el tema, y ella desvió la atención de mi hijo.

La expresión sonriente que tenía se tornó sombría.

—Mi padre se empeñó en que un vecino me tiró los tejos y montó una escena —hizo una pausa y añadió con amargura—: Todo el mundo sabe que Michel está casado con un hombre guapísimo, pero aun así...

—Lo siento mucho, querida —dije, sintiendo una punzada de rabia por ese hombre sobreprotector que asfixiaba a mi mejor amiga con celos cada vez que cualquier hombre abría la boca para decirle una sola palabra.

—Ya ni debería importarme...

—Estamos hablando de tu vida, Thais. Claro que debería importarte...

—Es una forma de hablar... —se encogió de hombros—. Pero que debería aceptar el hecho de que él quiere verme como una vieja solterona para que siga cuidando de él, eso sí debería...

Puse los ojos en blanco.

—¡Es un imbécil!

—¡Esa dolió, Lucca! —soltó un grito cuando el niño le tiró de la trenza con fuerza y empezó a soltarle los deditos del pelo.

—¡Ta-ta-ta!

—No se puede, hijo —volví a corregirlo, y el niño giró el cuello para mirarme.

Tenía el ceño fruncido, dejando claro que no le había gustado el regaño.

—No se puede —repetí, cuando el niño, para llevarme la contraria, volvió a tirar del pelo de Thais.

—Sí, no se puede, cariño —dijo Thais, soltando los mechones de entre sus deditos.

Lucca hizo un puchero enorme antes de empezar a llorar.

Suspiré. Esta etapa era bastante agotadora.

Fuera correcto o no, me incliné y tomé al niño lloroso en brazos.

—No tienes que llorar —murmuré.

Sabiendo que Thais me seguiría, caminé hacia dentro de mi piso, meciéndolo y tarareando mientras dejaba besos en la coronilla de su cabeza. Sus manitas empezaron a dar pequeños golpecitos en mi pecho. Lo coloqué en el corralito.

—¡Mira la pelotita! —Thais rodó el juguete por el suelo, llamando la atención del niño, que siguió con la mirada el movimiento de la bola.

No tardó mucho en dejar de llorar, y Lucca, gateando, empezó a jugar con Thais, soltando pequeñas risitas y emitiendo sonidos emocionados.

—¿No tienes que arreglarte para ir al trabajo? —Thais impidió que Lucca se metiera algo en la boca, y el niño hizo una mueca de disgusto.

—Sí, y también tengo que comer algo. Aún no he comido nada.

—¿Entonces qué estás esperando? No quiero que le des motivos a Henry para que te fastidie.

—Cierto —dije con un bufido, poniendo los ojos en blanco.

Henry era el dueño del restaurante en el que había empezado a trabajar hacía poco, y la verdad es que no necesitaba una razón específica para meterse con todo el mundo.

Tuve suerte de que me diera una oportunidad después de haber estado un tiempo parada. En el agujero financiero en el que me encontraba, no podía permitirme elegir demasiado.

Así que, como necesitaba ese empleo, simplemente aceptaba que él era así y escuchaba los reproches en silencio.

—¿Te vas a quedar ahí parada? —arqueó la ceja perfectamente delineada antes de volver la atención al niño.

—Voy solo a poner los platos en el lavavajillas.

—Eso lo hago yo...

—¡No! —hice un gesto negando con la mano—. Ya haces demasiado por mí.

—Tú también.

—Si tú lo dices —me encogí de hombros.

Bufó.

—¡Vete antes de que te suelte una bofetada!

—¡Hey! No hace falta eso.

—¡Claro que hace falta!

—Vale, ya voy —le di la espalda, caminando hacia la cocina estilo americana—. ¿Ya te dije que te quiero?

—¡Sí, amiga!

—¡Qué bien que lo sabes! —grité.

Las dos empezamos a reír a carcajadas, como siempre nos pasaba. Nos reíamos por mil tonterías. La vida ya era bastante difícil sin risas.

Recogiendo las cosas del almuerzo de Lucca, miré la hora en el reloj y vi que faltaban menos de treinta minutos para que pasara mi autobús.

Apresurando el paso, terminé de ordenar todo y me di una ducha rápida. Me puse el uniforme y me até el pelo en una coleta,

aunque sabía que tendría que lavarlo más tarde. Prácticamente engullí un bocadillo, porque no tenía tiempo ni para masticar bien.

En cuestión de minutos, ya estaba en la peor parte de mi día: despedirme de Lucca para salir, sabiendo que el niño se quedaría ansioso por separarse de mí. Aunque estuviera en buenas manos, dejarlo siempre era difícil. Íbamos a pasar diez horas lejos el uno del otro. La primera vez que me vi obligada a dejarlo en la guardería, se me rompió el corazón. Pensé que, con el tiempo, esa sensación se suavizaría, pero no fue así.

Era tan pequeño, tan vulnerable, tan dulce, que siempre me sentía un poco triste al marcharme. Pero cuando volvía y veía la carita de mi bebé, sabía que esa distancia momentánea era un precio muy pequeño que pagar por intentar darle lo mejor.

Mientras subía al autobús, ignoré la voccecita de la inseguridad que me susurraba al oído que, por más que lo intentara, acabaría fracasando.

Capítulo ocho



Carl Rogers dijo que "ser empático es ver el mundo con los ojos del otro y no ver nuestro mundo reflejado en los ojos de él", pero yo añadiría que, a veces, es necesario vivir una determinada situación para que podamos tener una dimensión más completa sobre el prójimo, para que podamos adquirir esa nueva mirada sobre la vida.

Cosas mínimas, que para muchos pasan desapercibidas en la vorágine del día a día, se convierten en grandes obstáculos cuando empezamos a "ver" y "vivir" bajo esa nueva óptica.

Quisiera decir que siempre fui lo suficientemente empático, que siempre procuré mirar al otro, pero sería mentira. Tuve que vivirlo para darme cuenta de detalles que, de otro modo, nunca habría asimilado.

Estaba vivo, pero ya no era el mismo.

Había cambiado. Mi cuerpo había cambiado. Tuve que volver a comprenderlo, aceptarlo, y eso me exigió mucho...

Hacer pequeñas cosas como vestirme, ducharme o moverme, actividades cotidianas que no dejan huella en la memoria, se volvió distinto... más difícil.

El entorno y el mundo a mi alrededor habían cambiado, aunque siguieran siendo los mismos.

Había ascensores.

Había rampas.

Había espacios entre los muebles.

¿Eran suficientes?

No lo eran, y nunca lo fueron, porque o los botones estaban demasiado altos, o las rampas eran demasiado inclinadas, o los espacios, demasiado estrechos.

La altura de los objetos empezó a causar incomodidad donde antes no la había.

No podía negar que mi dinero compraba ciertas facilidades, pero no era capaz de transformar mi entorno.

Tenía un coche y una mansión adaptados, pero mis miles de dólares en la cuenta bancaria no siempre me daban acceso a lugares en los que antes había estado, y mucho menos impedían las preguntas incómodas, las palabras mal colocadas y las miradas de compasión, lo que para mí era lo más molesto. Por más comprensible que fuera que terminara siendo brusco, me limitaba a sonreír con incomodidad e intentaba disimular mi disgusto, cambiando de tema.

Había pasado mucho tiempo hundido en la amargura por lo ocurrido, arrepintiéndome de haber cogido la moto aquel día, culpándome, odiándome, sintiendo rabia por todo, hasta que Edgar, que nunca se apartó de mi lado, con su insistencia me hizo ver que seguía vivo y que necesitaba ayuda psicológica para afrontar mi nueva vida. Por más difícil que fuera —sí, había días que eran una mierda, sobre todo cuando los espasmos y calambres no me dejaban en paz—, intentaba mantenerme optimista ante la vida, reinventándome sobre mi silla de ruedas, aunque, de vez en cuando, fracasara.

Salí del trance de pensamientos cuando el GPS indicó que había llegado a mi destino. Entré con el coche en un aparcamiento cercano al restaurante donde tendría una reunión importante y a la que ya llegaba con unos minutos de retraso. Ya era un inversor de éxito en el sector de exportación, pero la propuesta de Rafael Esparza de comprar pequeñas empresas exportadoras mexicanas, aprovechando que el país fronterizo era uno de los mayores exportadores de bienes de consumo a Estados Unidos, me generaría, a largo plazo, millones, o incluso miles de millones; era irresistible. Sería muy necio por mi parte no aprovechar esa oportunidad, por arriesgada que fuera. Aun así, procuraba mantenerme cauto, especialmente porque pensaba incluir a Edgar en el proyecto. Había analizado la documentación previa de una de las empresas y detectado varios puntos que debía discutir antes de proceder con la compra.

Busqué una plaza reservada para personas con discapacidad y aparqué.

Con una destreza recién adquirida, abrí la puerta del conductor y tomé mi silla de ruedas del asiento del copiloto, colocándola en la posición correcta y bloqueándola. Por suerte, mis tríceps y brazos aún conservaban bastante fuerza, y lograba alzar una pierna para

colocarla en el pedal de la silla. Levanté la otra, apoyándola en el suelo. Sujetándome del volante y de un punto fijo del chasis, usé el peso de mi cuerpo para impulsarme hacia la silla. Me acomodé mejor sobre el asiento.

Mis movimientos eran torpes, pero no me importaba, no cuando tenía ese grado de autonomía para moverme, algo que para muchos era rutinario. Me había caído muchas veces durante la rehabilitación, intentando pasar de una superficie a la silla y viceversa, pero al final lo había conseguido.

Rodeé el coche, abrí la puerta del copiloto y tomé mi portadocumentos con el portátil, pasándome la correa por el cuerpo.

Mi optimismo dio paso a la incomodidad. Tras identificarme en recepción, tuve que soportar varias miradas fijas sobre mí cuando mi silla de ruedas no pudo acceder a la mesa donde estaban los miembros de la reunión, debido a lo estrecho del mobiliario, que impedía que pasara entre ellos.

—Lo siento mucho por esto, Riccardo. Debería haber investigado mejor el lugar, o haber fijado nuestra reunión en mi despacho —dijo Rafael, visiblemente incómodo, mientras se sentaba en la nueva mesa a la que nos habían reubicado.

—No se preocupe, yo mismo podría haber propuesto un restaurante que ya conozco... —acomodé mejor mi silla, lo que hizo que mis rodillas golpearan la estructura de la mesa. Terminé por echarme un poco hacia atrás, consciente de que estaría bastante incómodo así.

—Aun así, señor Riccardo... —empezó a decir un hombre de unos cuarenta años, a quien reconocí como el accionista mayoritario de una empresa dedicada a derivados del petróleo, pero lo interrumpí simplemente arqueando una ceja.

No quería prolongar mi propio malestar. Por más que no me gustara llamar la atención sobre mí, la silla de ruedas, de alguna manera, siempre me colocaba en el centro de las miradas.

—Permíteme presentarte a mi abuelo y mentor —Rafael señaló hacia un lado. Finalmente, dirigí la mirada al hombre mayor que aún dirigía un gran imperio de producción de maíz y soja en México.

—Un placer, señor Esparza.

—Llámame simplemente Ruí, ya que vas a ser socio de mi nieto, Riccardo —dijo en un tono de voz bajo, casi inaudible.

—Claro, Ruí —extendí la mano hacia el hombre mayor, que la estrechó con firmeza. Me sorprendió la fuerza de su apretón, que contradecía por completo su aspecto extremadamente frágil.

—Seguro que Rafael ya te ha dicho que me gusta opinar sobre las inversiones que hace —comentó, iniciando la conversación, con sus ojos oscuros brillando de inteligencia y agudeza.

—Será un placer escucharles y contar con su experiencia, Ruí —respondí con sinceridad.

—Dudo que lo encuentres placentero cuando te obligue a seguir sus consejos, Riccardo —dijo Rafael con tono divertido, aunque pronto puso una mueca cuando recibió un codazo—. Esa dolió, abuelo.

—Muchacho malcriado —masculó, provocando que todos acabáramos riendo.

El sonido metálico de algo cayendo al suelo y de un objeto quebrándose atrajo mi mirada hacia la fuente del ruido. En el mismo instante en que fijé los ojos en la mujer, de pie a varias mesas de distancia, mi risa se apagó de golpe. Me quedé paralizado por la sorpresa, temiendo parpadear y descubrir que no era más que una alucinación.

Pero no lo era. Era de carne y hueso.

Mi corazón se aceleró, haciendo que la sangre corriera veloz por mis venas.

Aunque tenía sombras bajo los ojos que delataban el cansancio, aunque su cabello sedoso estuviera recogido en una coleta y el uniforme no fuese tan ajustado como el vestido que la vi usar aquella noche, ese que resaltaba cada una de sus curvas bien formadas, seguía siendo igual de hermosa.

Cuando nuestras miradas se encontraron, sentí que contenía la respiración y empecé a oír mis propios latidos, que se habían disparado como si acabara de correr una maratón. Pero, para mi frustración, parecía faltar algo.

Una sirena. *Mia sirena.*

Ella, que nunca me había buscado.

Que nunca me había llamado.

Que jamás había enviado ni un solo mensaje.

Que, con su silencio, había dejado claro que no tenía interés en mí.

Juliana rompió el contacto visual cuando un hombre se acercó a ella, probablemente el encargado.

Mis pensamientos me ahogaban en amargura. Mi sangre se enfrió por completo. Me sentía un idiota por seguir herido por ella, por el hecho de que aún tuviera el poder de destrozarme.

iStronzo!

—¿Vas a querer pedir algo antes de que empecemos a hablar de negocios, Riccardo? Todos nosotros ya hemos hecho nuestros pedidos —la voz ronca de Ruí me obligó, a regañadientes, a apartar la vista de Juliana y mirar a mi interlocutor. Aunque su expresión era amable, no ocultaba que me estaba observando con atención.

¡Cazzo!

Al darme cuenta de que el camarero estaba junto a mí, esperando con una tablet en la mano, me sentí aún más idiota.

—Un plato de la casa y un agua con limón y hielo —pedí, sin siquiera mirar el menú.

Aunque no había almorzado, había perdido por completo el apetito.

—Con permiso, señores —dijo el camarero con una leve inclinación, tras registrar mi pedido.

Intentando centrarme en el trabajo que tenía por delante, tomé mi portadocumentos, que había dejado en una esquina de la mesa. Lo abrí y saqué el ordenador.

Aunque hice algunos comentarios y traté de exponer los puntos que había anotado para discutir, fracasé miserablemente en mi intención de ser el tiburón implacable y concentrado.

No podía dejar de seguir cada uno de los movimientos de Juliana mientras atendía las mesas.

Me removí en la silla.

Fueron varias las veces que la sorprendí mirándome mientras trabajaba, pero, a pesar de la conexión que sentía con ella, no lograba descifrarla, no desde esa distancia.

Los porqués que de vez en cuando venían a mi mente, incluso después de lo ocurrido, lo que me había dejado parapléjico, regresaron con fuerza.

Empecé a luchar conmigo mismo, en un conflicto interno extenuante.

Una parte de mí decía que por fin podía obtener las respuestas que tanto deseaba, aunque eso destrozara aún más mi ego. Tenía poder suficiente para conseguir lo que quisiera. Pero la parte racional me susurraba que no era más que un enfermo obsesionado, incapaz de aceptar un “no” de una mujer.

Quise reír con desprecio, sintiendo asco de mí mismo, cuando ya no me quedó ninguna duda de cuál sería el lado vencedor de esa batalla...

Capítulo nueve



Tenía las piernas tan flojas que no sabía cómo había logrado caminar de un lado a otro con tacones, mientras equilibraba la bandeja cargada de platos, vasos y cubiertos pesados.

Saber que Riccardo me observaba a cada momento no ayudaba en absoluto a que me calmara.

Mi cuerpo parecía un cable pelado, a punto de hacer cortocircuito. El miedo, la falta que me había hecho y una punzada de deseo provocada por los recuerdos chocaban dentro de mí al mismo tiempo.

El impacto de verlo en mi lugar de trabajo hizo que, por primera vez, se me cayera la bandeja de plata, junto con las copas de cristal, tan frágiles que ninguna se salvó.

Todos los presentes en el salón, que estaba lleno, se giraron hacia mí. Lo cual debería haberme dado vergüenza, pero en ese momento no pensé en nada; me quedé allí paralizada, mirándolo fijamente.

No me pasó desapercibido que estaba en una silla de ruedas, lo que me provocó cierta curiosidad, pero enseguida quedé atrapada por otras emociones, hipnotizada por la imagen de aquel hombre que, aunque más delgado, con un corte de pelo distinto y la barba más espesa, seguía siendo igual de guapo.

Pasaron varios segundos antes de que reaccionara y volviera al trabajo, limpiando el desastre que había causado.

No fue una sorpresa que Henry me llamara a un rincón, intimidándome, para decirme que tendría que pagar por los objetos rotos. No dudaba de que inflaría el precio, y ni siquiera las propinas que recibía serían suficientes para cubrir semejante agujero.

Suspiré, pensando en cuánto echaría de menos ese dinero cuando cobrara al final de la semana, pero enseguida mis pensamientos tomaron otro rumbo, uno más urgente.

¿Cómo iba a contarle a Riccardo que habíamos tenido un hijo?

Quizá debía acercarme, preguntarle si podíamos hablar, pero sabía que eso me costaría el trabajo, sobre todo porque no tenía ningún motivo para ir a esa mesa.

Solté otro suspiro bajo, cansado.

Mi conciencia me gritaba que tenía que aprovechar esa oportunidad que se me había presentado, independientemente de las consecuencias que pudiera tener para mí. Se lo debía a Lucca. Y también a Riccardo.

¿No había sido yo quien se había imaginado mil veces cómo sería el encuentro entre padre e hijo, y todas con finales felices? Sin embargo, ahora que existía la posibilidad real de que mi imaginación se hiciera realidad, sentía miedo. Miedo de lo que pudiera pasar.

Podía rechazar a nuestro hijo, incluso negarse a tener cualquier tipo de contacto con él.

Negué con la cabeza. Tenía que dejar de ser cobarde. Independientemente del resultado de mi conversación con Riccardo, pagaría el precio que hiciera falta por mi hijo. Necesitaba hacerlo, aunque todo no terminara bien.

Aprovecharía la distracción del ambiente abarrotado para acercarme a él y decirle que necesitábamos hablar. Aunque las

personas sentadas con él lo oyeran, eso no me preocupaba. Solo debía intentar ser lo bastante discreta como para no llamar la atención de Henry.

—¿Vas a quedarte ahí parada? Los platos se están enfriando. No quiero recibir quejas por tu incompetencia —la *chef* me trajo de vuelta a la realidad. La miré, aturdida.

—No se preocupe —le respondí con una sonrisa débil, tomando la bandeja con los pedidos y repartiéndolos por las mesas.

En cuanto entré al salón, automáticamente busqué a Riccardo. Estaba serio, hablando con los otros hombres sentados a la mesa. En medio de todos ellos, el italiano parecía uno de esos hombres poderosos, millonarios, que solía leer en las comedias románticas cuando era más joven, y que solían arrancarme más de un suspiro.

Sentí que mi cuerpo empezaba a derretirse, y eso hizo que, una vez más, despertara a la realidad. No estaba en un cuento de hadas. Lo que habíamos tenido aquella noche no volvería. Tenía que concentrarme y hacer mi trabajo, además de encontrar la manera de hablar con él.

—¿Desea algo más, señora? —sonreí a la mujer al dejar el plato sobre la mesa. Era una clienta que venía al restaurante prácticamente todos los días y era un encanto de persona.

—No, gracias, hija. Si necesito algo, te hago una señal —me guiñó un ojo.

—Buen provecho —hice una leve reverencia, arrancándole una risita.

A partir de ahí, no tuve ni un segundo para respirar. El salón, como si fuera posible, se volvió aún más caótico, con un movimiento fuera de lo normal. La cocina empezó a confundirse con las comandas digitales, olvidando y equivocando pedidos, lo que puso a todos de los nervios. Cuando el flujo en mi zona prácticamente cesó, busqué a Riccardo, pero su mesa estaba vacía.

Se me encogió el pecho y sentí ganas de llorar. Estaba agotada por el trabajo extenuante, pero la frustración de haber perdido la única oportunidad que tenía de hacer lo correcto, sumada a la culpa por no haber actuado cuando podía, aun en medio del caos, intensificó mi abatimiento.

Sabía que estaba siendo injusta conmigo misma, pero me sentía un monstruo, como si yo fuera la única responsable de separar a un padre de su hijo, y no el destino, el azar o lo que fuera.

Intenté ignorar la angustia que me oprimía, trabajando y sonriendo de forma mecánica a los clientes, pero fracasé. La culpa y

esa sensación agónica no desaparecían; al contrario, parecían intensificarse con cada minuto que pasaba.

Cuando el restaurante cerró, empecé a recoger la vajilla sucia. Me sentía completamente derrotada, aunque faltara poco para volver a casa y velar el sueño de mi hijo, que a esa hora ya estaría dormido.

—¿Juliana? —la voz de Henry me sobresaltó, y por poco dejé caer el plato que tenía en las manos. Lo dejé rápidamente sobre la mesa.

—¿Sí? —me giré hacia él, rezando internamente para que no empezara a soltar un discurso sobre las copas rotas o lo lento que había sido hoy mi servicio.

Fue bastante extraño verlo con una sonrisa en el rostro después de haber pasado toda la noche gritando a todos, pero no dije nada.

—¿En qué puedo ayudarte, Henry?

—Hay un tipo que quiere hablar contigo en mi despacho —dijo, animado.

—¿Un hombre? —fruncí el ceño, confundida.

—Sí. Está pagando muy bien por tener un momento a solas contigo.

Me quedé clavada en el sitio.

—¿Pagando? —susurré, después de que mi mente tardara en procesar sus palabras.

Sentí como si fuera un pedazo de carne en venta, y ese “pagando por un momento contigo” me hizo sentir todavía más sucia.

—Casi medio millón...

—¿Medio millón? ¿Está loco?

—Si está loco no lo sé, pero que es un tremendo gilipollas por pagar tanto por ti... —el comentario de Henry me hizo sentir aún peor, como si no valiera ni un céntimo—. ¿Lo conoces? Uno que se llama Mazoni.

Aunque no le debía explicaciones, negué con la cabeza al no reconocer el apellido.

—¿Estás segura?

Me encogí de hombros.

—¡A la mierda! Deja esas cosas y ve a mi despacho antes de que el lisiado me pida el dinero de vuelta, cosa que no tengo intención de devolver.

—¿Lisiado? —mi corazón dio un vuelco, la esperanza brotando en mi pecho, aunque temía haber oído mal.

—¿No oíste lo que dije, niña? Deja de hacerte la tonta. Si pierdo ese dinero, estás despedida.

—Claro, Henry, ya voy —asentí.

Con las piernas temblorosas, pasé rápidamente junto a mi jefe antes de acabar perdiendo el trabajo por algo tan “superficial” como quedarme paralizada.

La culpa por no haber abordado a Riccardo y haber dejado escapar mi oportunidad se evaporó de mis hombros al instante.

¡Dios mío! ¡Mi hijo podría conocer a su padre!

Aunque la idea de que Lucca pudiera tener una figura paterna en su vida me aligeraba el alma, fue imposible no sentirme tensa y nerviosa con cada paso que daba, porque sabía que no solo cambiaría la rutina de Lucca... sino también la mía.

Solo podía rezar para que el italiano no me decepcionara y no acabara gritándome al saber la noticia... como hizo mi padre con mi madre.

Capítulo diez



—¿Puedo pasar? —pregunté al golpear la puerta.

—Sí.

La voz grave, amortiguada por la madera, reverberó por todo mi cuerpo, provocando otro tipo de tensión, muy distinta a la que venía del miedo.

Mi corazón parecía a punto de estallar por el deseo. Llevé la mano al picaporte y descubrí que estaba sudada.

Respiré hondo, intentando calmarme, pero parecía imposible.

—Que sea lo que tenga que ser —murmuré para mí misma y abrí la puerta de golpe.

Asustada, bajé la mirada y me quedé parada en el umbral.

—Cierra la puerta —ordenó con un tono autoritario que me tomó por sorpresa.

Finalmente, levanté la vista hacia Riccardo. El despacho, de por sí pequeño, se sentía aún más reducido con su presencia.

No había dulzura en sus ojos; nada recordaba al hombre encantador y seductor que había conocido aquel día.

Sentado tras el escritorio de caoba de Henry, el italiano bien podría haber sido la definición misma de poder.

Sus ojos estaban cargados de frustración, o tal vez de decepción.

Tragué aire con fuerza, solo para retenerlo cuando empecé a atar cabos.

La ropa elegante, el motel caro, su salida apresurada por un problema urgente, su presencia en un entorno sofisticado, el hecho de haber pagado para que yo estuviera allí...

Tragué saliva con dificultad.

Riccardo tenía dinero. Mucho dinero. Y el dinero podía hacer muchas cosas, incluso conseguir la custodia exclusiva de Lucca, aunque yo fuera una buena madre.

Sentí que me congelaba por dentro y, al mismo tiempo, sudaba frío. El pánico me invadió.

¿Aquel hombre iba a quitarme a mi hijo?

Yo amaba a mi hijo. No me imaginaba lejos de él. No por mucho tiempo.

—¿Juliana? ¿Estás bien? —adoptó un tono suave, haciéndome recordar al hombre amable que había conocido aquella noche.

Asentí con la cabeza... y luego negué, completamente perdida. Sus ojos se volvieron indescifrables.

—Cierra la puerta —repitió, con más calma esta vez.

Aunque quería huir de él, hice lo que me había pedido.

El sonido de la llave girando en la cerradura me dio escalofríos, pero también simbolizaba que ya no podía dar marcha atrás.

Cerré los ojos durante unos segundos y visualicé el rostro del niño tan parecido al del hombre que estaba en ese despacho. Lucca me dio el valor que necesitaba. Tenía derecho a conocer a su padre, como también tenía derecho a elegir quedarse conmigo.

¡Dios mío!

Movería el mundo y no descansaría si Riccardo era tan ruin como para quitarme a mi hijo usando el dinero y el poder que

parecía tener para obtener la custodia de Lucca. Podía no tener dinero, pero me sobraba amor para luchar.

—Tenemos que hablar —intenté adoptar el tono más firme que pude y me giré de nuevo hacia él.

Lo miré directamente a los ojos oscuros, en un intento de mostrar mi fuerza, pero bien podría haberme ahogado en ellos.

—Sí, tenemos que hablar, *sirena* —dijo lentamente.

Tuve la certeza de que era una idiota al sentir un calorcito por dentro al oírle llamarme por el apodo que me había puesto, y cuyo significado ahora conocía, y aún más tonta por estremecerme al notar sus ojos recorriendo mi cuerpo, por desear estar vestida con algo que no fuera el uniforme de trabajo, tal vez un vestido provocador, aunque mi figura hubiese cambiado bastante desde el embarazo.

Mis pechos habían quedado algo caídos, mi abdomen ya no era tan plano; al contrario, había ganado una barriguita indeseada, sin contar la celulitis y las estrías, que en ese momento él no podía ver.

¡Dios! Ni siquiera sabía si estaba comprometido, y aun así quería verme atractiva para él.

Me sentí frívola. Ridícula.

—Ya que coincidimos en que necesitamos hablar, puedes empezar explicándome por qué nunca te pusiste en contacto conmigo. No saldremos de aquí hasta que me des una respuesta — volvió a adoptar una postura autoritaria, como un balde de agua fría que logró congelarme.

—Lo entiendo —me abracé a mí misma, como si pudiera protegerme de sus palabras.

—¿De verdad lo entiendes? —empezó a pasarse la mano por el pelo, antes de continuar en un tono que intentaba disimular el dolor —: ¿Entiendes cuánto esperé un simple “hola” tuyo? ¿Cuántas veces me ilusioné cuando sonaba mi móvil, creyendo que eras tú? ¿La decepción que sentía al ver que era otra persona? ¿Puedes imaginar lo idiota que me hiciste sentir?

Di un paso hacia él, sintiendo compasión por el daño que le había causado. Por segunda vez en el día, tuve que luchar contra las lágrimas. Él siguió hablando con ese mismo tono contenido:

—¡Te esperé durante tanto tiempo, joder! Volví a ese bar un montón de veces... Si no pensabas llamarme, ni mandarme un mensaje, ¿por qué me hiciste creer que te había gustado, como yo te dije que me habías gustado tú?

—Quería llamarte, Riccardo... —No pude seguir. Algo parecía atascado en mi garganta.

Me acerqué a la mesa, deteniéndome frente a él, y sentí cómo una lágrima me resbalaba por la mejilla.

—¿Entonces por qué no llamaste? —preguntó en un susurro, echando la cabeza hacia atrás para poder seguir manteniendo el contacto visual conmigo—. Tú podrás entenderlo, pero yo no puedo, *stronzo*...

—Me asaltaron ese mismo día —mi voz salió estrangulada—. Se llevaron mi móvil, y tu número estaba guardado solo en el aparato...

Dejó caer la mano, tocando el borde de la silla, y pareció sorprendido.

—¿No me crees? ¿De verdad piensas que te mentiría, Riccardo? Fuiste un amante tierno, encantador, me hiciste sentir como una princesa...

—Juliana, yo... —Lo interrumpí con un gesto. Necesitaba terminar aquel discurso casi pasional.

—No sabes cuánto deseé haber enviado un mensaje antes de subirme a aquel autobús —limpié el rastro húmedo que recorría mi

rostro—, o haber gastado lo poco que tenía en un taxi. Cuántas veces quise que todo hubiera sido distinto...

Riccardo guardó silencio hasta que hizo retroceder ligeramente la silla, casi golpeando la pared. Solo entonces me di cuenta de lo incómodo que debía de ser para él mantener la cabeza echada hacia atrás.

Di un paso atrás para que pudiéramos seguir mirándonos a los ojos.

—Te busqué en las redes sociales, pasé horas buscándote, pero sin tu apellido...

—¿Entonces todo este tiempo yo podría haber ido tras de ti? — parecía irritado consigo mismo.

—Creo que habrías tenido el mismo problema que yo...

Negó con la cabeza.

—Podría haber contratado a un detective privado.

—Creo que sí, ya que pagaste miles de dólares para hablar conmigo —intenté bromear, pero sentí que era en vano.

Estábamos atrapados en el dolor causado por el destino que nos había separado, aunque ninguno de los dos podía prever lo que iba a pasar en cuanto saliéramos de aquella habitación.

Podría haber sido solo sexo para él, la follada de un hombre rico.

—Debiste haber visto fotos mías en los medios después de que tuve el accidente —insistió, como si no aceptara mis explicaciones.

—Quisiera decir que sí, pero no sigo las noticias... —sonreí con timidez.

—¡Joder!

—Sí, joder —asentí.

Nos quedamos en un silencio nada cómodo, digiriendo todo.

—Lo siento si te hice daño por no haberme puesto en contacto, Riccardo —dije al fin, incapaz de soportar más aquella sensación asfixiante—. Imagino que te sentiste enfadado conmigo, pero no fue a propósito. No pude hacer nada.

—El que lo siente soy yo, *sirena*, por haber pensado lo peor de ti... —levantó la mano como si fuera a decir algo, pero enseguida la bajó—. ¡*Stronzo*! Lo lamento...

—No tenías forma de saberlo...

—Aun así... —respiró hondo y empezó a acariciarse la barba—. ¿Qué habría sido de nosotros si te hubiera buscado? Sé que es una pregunta extraña, pero me lo he preguntado tantas veces...

—No me parece extraña, porque yo también me lo he cuestionado muchas veces... Pero la verdad es que no tengo ni idea, y creo que nunca tendremos esa respuesta. Tal vez sería mejor para los dos no pensar más en ello. No saldrá nada bueno de eso.

Me encogí de hombros, sintiendo los músculos tensos, el cansancio, y cómo la conversación difícil empezaba a pasar factura. Y ni siquiera había entrado en el tema más delicado de aquella charla. El agotamiento se intensificó aún más porque sabía que en unos minutos tendría que abordar ese asunto.

Sin pedir permiso, arrastré la silla frente a la mesa y me senté.

—Tal vez... —dijo él tras unos instantes, después de quedarnos de nuevo en silencio, mirándonos, rumiando lo que nos había pasado.

—Sí... —suspiré, retorciendo las manos sudorosas sobre el regazo, sintiendo cómo el estómago se me hacía un nudo por la ansiedad de lo que estaba a punto de decir—. Pero, ¿sabes?, lamento más todo lo que ustedes perdieron que lo que nosotros dos podríamos haber tenido.

—¿Ustedes perdieron? —frunció el ceño, visiblemente confundido—. No entiendo, Juliana.

—No hay una forma fácil de decir esto, no cuando sé que vas a salir herido, o incluso enfadarte, y con razón... —apenas reconocí mi propia voz, de lo temblorosa que estaba.

—No me dejes en suspense —ordenó, cuando me quedé callada unos segundos.

Tragué el nudo que parecía bloquearme la garganta y apreté las manos con fuerza, hasta sentir dolor, antes de decir:

—¡Tuvimos un bebé!

Capítulo once



Las emociones que danzaban dentro de mí, que iban desde la punzada de rabia que sentía hacia mí mismo por haber pensado tantas cosas malas sobre ella, pasaban por la tristeza al descubrir que había sido asaltada, por el arrepentimiento de no haber ido tras ella, y se mezclaban con la melancolía que para mí era inevitable mientras, como un idiota, soñaba despierto con una relación que podría no haber llegado nunca a suceder si las circunstancias hubiesen sido otras, no eran nada comparadas con la sensación que me hacía querer gritar de alegría.

Abrí una sonrisa. Me pregunté si no podría llegar a tener una síncope, ya que jamás había tenido el pulso tan acelerado.

Antes de saber que nunca hubo un rechazo por su parte, creía que nuestro descuido no había resultado en un embarazo. Incluso en medio de todos los descubrimientos, no se me había pasado por la cabeza esa posibilidad.

Hasta ahora. Cuando ella me lo contó.

¡*Stronzo!* ¡Era padre!

—Un bebé —susurré.

—Si no me crees, si piensas que estoy intentando darte un golpe, podemos hacer una prueba de ADN. —Sonó resentida.

Puse una mueca, molesto, antes de decir:

—Te creo, *sirena*...

Podría ser tachado de idiota por ser tan crédulo, pero si la creí con lo del móvil, no iba a dudar de la paternidad.

—Aun así, haremos la prueba. Es lo mejor para todos...

—Ya que insistes —dije en un tono tranquilo.

Debería sentirme ultrajado por el hecho de que Juliana no confiase en mí en ese sentido, pero ¿quién era yo para recriminarla? Sería un hipócrita.

—¿Cómo se llama? —pregunté, curioso, y también queriendo cambiar de tema, ya que para mí no tenía importancia.

—Lucca.

—¿Lucca? —Hice una pregunta retórica.

—Quise ponerle un nombre italiano... ¿No te gusta? —Pareció insegura.

—Es un nombre precioso. No podría ser más perfecto.

—También lo creo, y le queda muy bien a ese peque travieso de un año y un mes...

Sonrió de verdad, de felicidad, por primera vez desde que nos reencontramos, y eso me removi6 por dentro de muchas maneras, haciendo que mi sangre hirviera, ya que aún estaba atado al pasado. Hasta que la realidad cay6 sobre mí.

Un año y un mes. Perdí más de un año de la vida de mi hijo.

La felicidad se convirtió en polvo. Los latidos acelerados de alegría en mi corazón se transformaron en dolor.

Trece meses. Tiempo que me fue arrebatado por el destino. Tiempo que jamás podría recuperar ni que volvería jamás.

Mi pecho se hizo trizas.

Sentí cómo se me nublaba la vista y me dejé caer, apoyando las manos en la cabeza, intentando controlar las lágrimas, pero

acabé llorando convulsivamente.

No recordaba haber llorado tanto en mi vida, ni siquiera cuando quedé desolado al descubrir que tendría que usar una silla de ruedas para moverme.

Mis dedos se enredaron en mi cabello y tiré de él con fuerza, maldiciéndome por todo.

—Lo siento mucho, Riccardo —dijo con la voz entrecortada al posar una mano sobre mi hombro, ofreciéndome consuelo.

El contacto, en otras circunstancias, podría haberme excitado, pero en ese momento solo sentía dolor.

—Perdí muchas cosas de él, ¿verdad? —pregunté cuando parecía que ya no tenía más lágrimas que derramar, aunque seguía sangrando por dentro.

Levanté el rostro para mirarla, sin saber con certeza si quería obtener mi respuesta.

Juliana continuó acariciándome el hombro.

—Quisiera decir que no, pero no puedo —había compasión en su tono, en las lágrimas que marcaban su rostro bonito, demostrando que el sufrimiento era mutuo.

Juliana, al contrario de lo que pensé en los momentos de frustración, era demasiado generosa al sufrir por mí.

—Además, cada segundo con Lucca es especial —continuó en un murmullo, y vi que sus ojos brillaban—, pero no soy la más indicada para hablar, soy una madre babosa.

Soltó una risita, y yo sonreí, sintiendo una punzada de envidia hacia ella.

Cada vez que me imaginaba padre, me veía muy presente, ayudando en los cuidados, en la educación, pasando varias horas a la semana jugando y haciendo reír a mi hijo. Aun con todo el dinero que tenía, no lo dejaría solo a cargo de la madre y de niñeras. Sería firme cuando hiciera falta, pero, indudablemente, un padre chocho.

—Puede que te hayas perdido muchas cosas de Lucca, como el nacimiento de sus primeros dientecitos, los intentos de repetir algunas palabritas, la primera vez que gateó, pero, Riccardo, nada te impide estar presente en lo que viene —su voz sonó más firme—. Podrás estar a su lado cuando empiece a aprender a leer, cuando tenga su primera caída en bicicleta...

Cerré los ojos, continuando escuchándola hablar de todos los momentos en los que podría estar junto a Lucca. Aunque no conocía su rostro, me imaginé viajando con él para conocer Italia, llevándolo a mi propiedad en la región del Piamonte, y también haciendo algunas de las otras cosas que decía Juliana.

De algún modo, dejarme llevar por la imaginación hizo que el dolor por todo lo que había perdido se atenuara, y me aferré a eso, aunque todavía siguiera rumiando el resentimiento por todo lo que no pude vivir.

Yo tenía un futuro. Le pedí al cielo que ese futuro fuera largo.

—Gracias, *sirena*—el agradecimiento se escapó de mis labios en cuanto abrí los ojos para mirar a la mujer cuyas palabras me habían sido tan valiosas.

Ella me miraba fijamente. Terminé por bajar la vista a sus labios, y una punzada de deseo por besarla, por volver a probar su sabor, me invadió, pero no era el momento ni el lugar.

—¿Por qué? —mostró confusión.

—Por no dejarme hundir en la tristeza por lo que perdí, cuando tengo mucho por vivir con él aún...

—Es simplemente la verdad, Riccardo... —Vi una lágrima deslizarse por su mejilla, pero pronto apareció una sonrisa—. ¿Quieres ver un vídeo de Lucca?

—Sí... —Mi voz sonó temblorosa y cargada de ansiedad, la respiración se me acortaba con fuerza.

Sin esperar más, sacó el móvil del bolsillo del pantalón y manipuló el aparato.

—Con permiso —pedí al tomar el teléfono de su mano, aun sabiendo que quizá estaba invadiendo su intimidad.

Como si fuera posible, me puse aún más tembloroso y jadeante.

Ni siquiera había pulsado para reproducir el vídeo y ya estaba atrapado por la imagen de mi hijo.

Una emoción muy distinta a todo lo que había sentido antes me invadió en ese instante. Era un sentimiento potente, tan fuerte que parecía desbordar mi propio cuerpo. Era una mezcla de afecto, de ternura, de protección, de un querer inmenso.

¡Joder!

—Nuestro hijo es precioso —susurré—. Y es mi copia...

—Sí...

—Debería darte vergüenza haber insistido en hacer una prueba de ADN, *sirena* —dije con tono arrogante, apartando la mirada de la pantalla para fijarme en el rostro de la mujer—. ¡Con solo ver su carita en ese vídeo ya sé que es mío!

Ella se encogió de hombros.

—Es tu derecho.

—¡A la mierda mi derecho! No necesito una prueba para tener esa certeza... —Mi tono salió más brusco de lo que hubiera querido,

ya que estaba contrariado.

—No quise ofenderte, Riccardo... —Inconscientemente, jugueteó con un mechón de pelo que se había escapado de su coleta, pareciendo incómoda, y me quedé fascinado con el gesto.

—Perdona si fui brusco... —Hice una pausa—. A veces soy condenadamente arrogante.

—¿Por qué no me sorprende eso? —dijo con suavidad.

Puse una mueca y ella acabó riendo.

—¿Has visto lo despierto que está? —preguntó con un tono de orgullo en la voz.

Di una sonrisa y volví a mirar la pantalla, viendo por fin el vídeo, que mostraba al pequeño Lucca, con sus manitas apoyadas en una reja, intentando dar un pasito hacia el lado. No sé qué me fascinaba más: si eran sus movimientos descoordinados o los grititos de alegría que soltaba. Probablemente era el conjunto.

Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas al ver la escena. Lucca soltaba el apoyo e intentaba seguir caminando, logrando dar uno, dos, tres pasos antes de caer de culo al suelo. Puso morritos, probablemente asustado por la caída, pero en lugar de llorar, se dio la vuelta con agilidad y comenzó a gatear hasta alcanzar un peluche.

Cuando terminó el vídeo, volví al principio, y lo repetí otra vez cuando llegó al final. Estaba completamente embobado con él.

—¿Tienes más vídeos suyos? ¿Fotos? —pregunté al devolverle el móvil.

—¿Qué clase de madre sería si no los tuviera?

—Eres una buena madre, estoy seguro.

Chasqueó la lengua y soltó una carcajada.

—Tengo toda una galería en el móvil. ¿Será suficiente para ti?
—me provocó.

Fruncí una ceja.

—Tal vez —bromeé.

—¡Menos mal que en mi ordenador tengo muchos más!

Acabamos riendo juntos.

—¿Usas Telegram? Puedo enviarte algunas cosas por ahí,
porque de verdad tengo muchísimo material.

Negué con la cabeza.

—Pero puedo descargarla y aprender a usarla.

—Si lo necesitas, te ayudo.

—Gracias.

Saqué el móvil del bolsillo delantero del pantalón y, ansioso, busqué la aplicación y la descargué.

—¿Cómo te encuentro? —pregunté al hacer el registro.

—Solo guarda mi número en la agenda de tu teléfono.

—Está bien...

Hice lo que ella dijo, guardando su número en todos los lugares posibles, incluso en la nube. Aunque ahora supiera dónde trabajaba y, aunque desapareciera, pudiera contratar a un detective para encontrarla, no volvería a perder el contacto, no cuando tenía un hijo con ella.

—No estabas bromeando cuando dijiste que tenías muchas fotos y vídeos de él —comenté, sorprendido, cuando Juliana me envió unos cincuenta archivos de golpe.

La miré, pero lamentablemente ya se había vuelto a sentar.

—No es ni una centésima parte de lo que tengo... Sé que puede parecer exagerada la cantidad... —Soltó un suspiro y siguió usando el móvil, probablemente enviándome más cosas—. Confieso que ni siquiera sé por qué hago tantos registros, más aún cuando a veces ni siquiera los vuelvo a mirar...

—No sabes cuánto me alegra eso, *sirena*. —Mi voz se quebró al abrir una de las fotos y darme cuenta de que era de él un poco más pequeño—. Puedo tener un futuro con él, pero, de esta forma, con

estas fotos y vídeos, vas a permitirme acceder a algunos recuerdos tuyos de nuestro hijo.

—No lo había pensado así. Es tan filosófico —susurró.

Nuestros ojos se encontraron, compartiendo emociones, creando otro tipo de conexión, una muy distinta y mucho más fuerte, una que tal vez no debería permitirme sentir, pero que era imposible controlar.

—Son registros valiosos...

Sonrió ante mis palabras, pero enseguida su expresión se tornó triste.

—¿Qué pasa, *sirena*? —me preocupé.

—Todo habría sido más fácil si hubieras estado presente...

Sus palabras me dejaron mudo. Con tantas cosas en la cabeza, no me había detenido a pensar en cómo debió de ser el periodo de gestación, las dificultades que pudo haber enfrentado. Ahora me invadía un sentimiento de culpa por no haber estado presente en ese momento, más aún al parecer que fue tan difícil para ella.

Muchas preguntas surgieron en mi mente, pero antes de que pudiera formular alguna, unos golpes en la puerta me lo impidieron.

Fruncí el ceño con disgusto, ya que había pagado bastante caro para poder hablar con ella sin interrupciones.

—¡Juliana, estamos cerrando el restaurante!

—Parece que se acabó nuestra paz —suspiró Juliana, resignada, al oír el ruido de nuevo.

—Al parecer, sí —mi voz sonó con desagrado.

Me sentí aún más molesto cuando ella se incorporó, guardando el móvil en el bolsillo.

—No creo que valga la pena gastar otro medio millón para quedarnos aquí...

—Estoy seguro de que sí, claro que lo vale —soné arrogante.

Ella arqueó la ceja hacia mí y terminó negando con la cabeza.

—También se está haciendo tarde —continuó hablando en medio de los golpes y gritos del dueño, lo que me irritó aún más—, además, si no me doy prisa, voy a terminar perdiendo el autobús y tendré que esperar mucho para el próximo...

—Déjame llevarte a casa —ofrecí.

—No quiero ser una molestia, Riccardo.

Se soltó el cabello, probablemente de forma automática, ya que varios mechones se habían escapado del peinado.

Aunque ahora lo tenía más corto, la masa sedosa atrajo mi mirada y perdí el habla y el aliento.

Rápidamente, volvió a recoger los mechones, y yo terminé emitiendo un sonido de desagrado.

—Estoy segura de que tienes cosas más importantes que hacer que llevarme a casa —añadió ante mi falta de respuesta.

Negué con la cabeza, y no pasó ni un segundo antes de que la inseguridad me invadiera. Así que comenté:

—Si no quieres que te lleve, puedo pagarte un taxi...

Frunció el ceño hacia mí.

—No es necesario, Riccardo, simplemente no quiero molestarte —respondió con firmeza, lo que me trajo una ola de alivio—, probablemente vivimos en extremos opuestos de la ciudad.

—No importa, *sirena*... Ya no estuve a tu lado cuando más me necesitaste, así que déjame hacer esto... No solo con Lucca tengo que recuperar el tiempo perdido, sino también contigo. Aunque puedas tener a alguien con quien compartir esa responsabilidad, yo quiero cumplir con mi papel.

—Vas a hacerme llorar otra vez, Riccardo...

—No es mi intención... Solo he perdido demasiado tiempo... —Sabía que estaba siendo repetitivo, pero no me importó—. Y si te llevo a casa, podré verlo...

—A estas horas ya estará dormido.

—Te juro que no lo despertaré —dije deprisa. Estaba ansioso por la posibilidad de poder ver el rostro de mi hijo, de velar su sueño.

—¿Cómo puedo negarme cuando me miras así? Además, ya habéis pasado demasiado tiempo separados. —Juliana empezó a sonreír; creo que fue la sonrisa más hermosa que había visto jamás.

Le devolví la sonrisa.

—Será mejor que dé señales de vida antes de que Henry coja la llave de repuesto y abra esta puerta. —Puso los ojos en blanco al oír otro golpe fuerte en la puerta—. Bueno, voy a recoger mis cosas para que nos vayamos.

Antes de que pudiera decir algo, se dio la vuelta y caminó hacia la puerta.

—¿Consiguió la conversación que quería, señor Mazoni?

Miré al hombre, que parecía ansioso.

—Sí, le agradezco que me haya permitido usar el despacho. — Fui sarcástico, ya que me molestaba la interrupción, aunque, al final, había salido ganando, pues acabaría viendo a mi hijo.

—Fue un placer, señor. —Mostró una enorme sonrisa—. La transferencia ya ha sido compensada.

—No me cabe duda de ello...

—Siempre que lo necesite, señor, estoy a su disposición...

No respondí. En el fondo, ese tipo no era más que una maldita rata.

—¿Podemos irnos, Riccardo? —Juliana regresó rápidamente.

—Sí, podemos.

—¿Te vas con él? —El gerente frunció el ceño.

—Me va a llevar a casa. —Sentí que Juliana se tensaba, como si estuviera cometiendo un delito, lo que hizo que me enfadara aún más con ese hombre.

Abrió la boca, visiblemente sorprendido, y enseguida se mostró irritado.

—¿Algún problema? —Mi tono fue frío.

—Por supuesto que no, señor. —Esbozó una sonrisa forzada—. En realidad, me preocupo por el bienestar de mis empleados.

—¿De verdad?

—Claro. ¡Somos una familia!

—Entiendo. —Mostré escepticismo.

Arquee una ceja con arrogancia al ver cómo tragaba saliva.

—Entonces, vámonos, Juliana... —sentencié.

Sin dudar, bloqueé mi móvil y lo guardé en el bolsillo. Llevé la mano al aro propulsor de mi silla, girando un poco para poder

apartarme de la mesa, y aunque el espacio de maniobra no era precisamente amplio, logré rodear el mueble sin dificultad.

Saliendo de la oficina, ignoré al hombre cobarde que dio un buen paso atrás en cuanto me dirigí hacia la puerta. Sabía que podría hacerle daño puramente por capricho, solo por no haberme gustado cómo le habló a Juliana, y hacía bien en temerme.

Sentí un cosquilleo de anticipación mientras la acompañaba hasta la salida.

¡Joder! Si me había quedado temblando al ver la foto de mi hijo, ni siquiera podía imaginar cómo me sentiría cuando lo tuviera tan cerca de mí...

Capítulo doce



—Gracias, Riccardo —dije cuando, con destreza, él abrió la puerta del lujoso coche importado para mí.

—De nada, *sirena* —me regaló una sonrisa que me dejó las piernas flojas.

Entré en el automóvil antes de que cometiera alguna torpeza y él cerró la puerta por mí.

Dejando mi bolso a mis pies, suspiré mientras me abrochaba el cinturón, sintiéndome como una princesa ante la caballerosidad y el encanto del italiano.

Respiré hondo y el aroma de su perfume, intenso y delicioso, invadió mis sentidos.

Cerré los ojos, intentando controlar las emociones que se despertaban por la conversación que habíamos tenido, por ver los sentimientos de Riccardo con respecto a nuestro hijo, por sentir su dolor por la ausencia en los primeros momentos de vida del pequeño, y por confirmar lo que, en el fondo, ya sabía: que acabaría amando a Lucca. Pero no lo conseguí. No tenía fuerzas para luchar ni contra las sensaciones que no tenían nada que ver con la maternidad, sino con la mujer que seguía siendo, a pesar de los cambios que se habían producido en mí.

Mi estómago parecía lleno de mariposas que aleteaban, haciéndome sentir como una chica ante su primer amor, no como una mujer madura.

Suspiré.

Era imposible no preguntarme si siempre sería así cuando estuviera cerca de él.

Sabía que, a partir de ahora, nuestras vidas estarían aún más entrelazadas y estaríamos obligados a convivir.

Cuando mi mente comenzó a fantasear, ignorando el hecho de que él pudiera tener a alguien, como si pudiéramos ignorar el tiempo

perdido y retomar desde donde lo dejamos, como si eso garantizara algo, abrí los ojos, frustrada conmigo misma, e intenté centrarme en el presente. ¿No era yo la que había dicho que era mejor no pensar?

Sé que tal vez no debería mirarlo tan abiertamente, pero fue automático. Me quedé observándolo mientras metía una pierna en el coche, sujetaba el volante e impulsaba el cuerpo para sentarse en el asiento del conductor. Aún sujetando el volante con una mano, lo vi girar el torso para mover la silla de ruedas.

—¿Puedes poner esto en el asiento de atrás por mí? Todavía no he aprendido cómo guardar mi silla ahí atrás, ya que hasta hoy no había llevado a nadie —pidió al extender una rueda, pareciendo un poco avergonzado, lo cual era una tontería, ya que no tenía nada de malo.

—Claro, Riccardo —respondí, guardándome para mí el reproche de que no tenía por qué sentirse cohibido conmigo ni avergonzarse de sí mismo por tener que pedir ayuda.

¿Quién no ha necesitado ayuda alguna vez en esta vida?

Quitándome el cinturón, tomé la pieza y la coloqué en la parte trasera, haciendo lo mismo con la otra rueda y el asiento plegable.

—¿Cuál es tu dirección? —preguntó, acomodándose tras el volante.

—En la *7.^a Avenida NE*, en el número 37... —Volví a colocarme el cinturón de seguridad.

—¡Casi cuarenta minutos de distancia desde aquí! —Hizo una mueca al poner el móvil en el soporte para seguir el GPS.

En segundos, el coche ya estaba en movimiento.

—Te dije que era lejos —me encogí de hombros y fijé la vista en el paisaje tras la ventana, intentando no ceder al impulso de quedarme mirando a Riccardo.

La conciencia de que estábamos bastante cerca, aunque el vehículo fuera muy espacioso, provocaba varias sensaciones en mi interior.

—No es mucho, al menos no para mí, que me gusta conducir... —Hizo una pausa—. Pero para quien toma el autobús, es lejos.

—Aunque el sistema de transporte público sea bastante eficiente, tardo casi el doble de ese tiempo en llegar aquí —solté un suspiro cansado—. No me estoy quejando, estoy agradecida por el trabajo que tengo, por ofrecerme un horario laboral bastante flexible, pero ese tiempo que paso dentro del autobús, podría pasarlo con Lucca.

—¿Nunca has pensado en tener un coche? Te ahorraría bastante tiempo al final de cuentas —dijo suavemente, y me sentí

atraída por la ternura que había en su voz.

—Nunca saqué el carné de conducir, ¿lo puedes creer? —Oculté que el dinero que ganaba no alcanzaba ni para comprar un vehículo de segunda mano, ya que buena parte se destinaba a pagar los gastos de la casa y las miles de deudas que tenía.

—Nunca es tarde para sacar el carné, *sirena*...

—Sí, estoy pensando seriamente en matricularme en una autoescuela e intentarlo. Thais dijo que solo necesito querer...

—¿Thais? ¿La chica que se fue con el ex? ¿O la que no había ido a la cita aquella noche en el bar?

—¿Te acuerdas de eso? —pregunté, mirándolo sin ocultar mi sorpresa.

—Suelo tener buena memoria, y realmente estaba prestando atención a todo lo que decías, Juliana. —Se encogió de hombros.

Lo vi mover una especie de palanca y el coche redujo la velocidad hasta detenerse en el semáforo.

Se volvió hacia mí al girar un poco el torso, y quedé atrapada no solo en sus palabras, que me hacían sentir única, especial, sino también en su mirada penetrante, que ejercía un magnetismo intenso sobre mí.

Las chispas del deseo lamieron mi piel y sentí que mi respiración comenzaba a alterarse.

Se giró de pronto para mirar al frente, y entonces volvió a mover la palanca para acelerar el coche.

Suspiré. Intenté concentrarme en la conversación para desviar el foco de mis pensamientos, pero mi voz aún sonaba extremadamente ronca.

—Thais es la chica que me ayuda a cuidar de Lucca. Ella lo recoge en la guardería y se queda con él cuando estoy en el trabajo. Mis otras dos compañeras demostraron ser solo eso: compañeras.

—Lo siento, Juliana.

—Como dicen, descubrimos quiénes son nuestros verdaderos amigos cuando los necesitamos...

—Lamentablemente... En un momento estás rodeado de gente, y al siguiente, puedes contar con los dedos a los que están a tu lado...

Aunque sus palabras fueron dichas más en tono de constatación que de amargura, despertaron mi curiosidad sobre lo que ocurrió después de que sufrió el accidente, pero sabía que podría ser una falta de tacto hacer preguntas.

—Pero gané una mejor amiga, alguien verdadera y que está en todos los momentos conmigo y con mi hijo, ¿sabes? Ella fue y es mi pilar en todo, a pesar de ser tan joven... En realidad, era una niña cuando la conocí... —Me arrepentí de haber dicho la última frase, ya que él podría sentirse más culpable por no haber estado presente cuando nació Lucca.

—Como Edgar es mi apoyo...

—¿Edgar?

—El amigo que estaba esperando en la discoteca y que al final no apareció porque se quedó con los hermanos.

—¡Ah!

—Además de ser mi socio en algunas empresas e inversiones, le debo lo que soy hoy, por haber insistido tanto en que siguiera adelante...

—Creo que podemos sentirnos afortunados por tener personas que nos apoyan incondicionalmente... —murmuré, sintiéndome de nuevo tentada a hacer preguntas, pero me contuve.

—Sí...

El silencio cayó sobre nosotros después de eso. Moviéndome contra el asiento, volví a mirar el paisaje por la ventanilla.

A pesar de que las farolas iluminaban el camino, parecía no ver nada delante de mí, perdida en mí misma y sintiendo su cercanía.

—Cuéntame cómo fue, *sirena*... —El tono era rasgado.

Lo miré, notando que parecía sujetar el volante con más fuerza.

—¿El qué?

—El embarazo, cuando solo eran tú y tu amiga contra todo... — continuó con ese mismo tono, y pude sentir la culpa que cargaba por no haber estado presente.

De algún modo, el uso de la palabra "cuando" me reconfortó. Ya no sería la única responsable de Lucca. Él estaría ahí.

Sintiendo una mezcla de alivio y miedo por lo que eso podría significar, queriendo consolarlo, estaba a punto de posar la mano sobre su muslo, cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo y me detuve.

No tenía derecho a tocarlo, por más que la conversación estuviera siendo difícil para él.

¡Vaya! También lo estaba siendo para mí.

—Difícil, sobre todo cuando descubrí el embarazo —tragué en seco—. Estaba sola, mi madre lejos, viviendo su nuevo matrimonio, mi padre ni se molestaba en saber si estaba viva o muerta... Tenía

un trabajo mal pagado, estaba en la universidad, que tuve que dejar para ahorrar dinero. Me sentía muy lejos de estar preparada para cuidar de otra persona; no creía tener estructura para eso.

Riccardo no dijo nada, así que continué:

—El embarazo fue difícil, con muchas náuseas, el cansancio me vencía, los pies hinchados, el desempleo en medio del proceso, que me generaba aún más inseguridad... El parto fue prematuro.

—¿Nació prematuro?

—A las treinta y cinco semanas... —Sentí un nudo en el pecho con los recuerdos, aunque nuestro hijo estuviera bien ahora—. Era muy pequeño y tenía un peso por debajo del esperado. Cuando supe que estaba demasiado débil para poder mamar, entré en pánico y solo pude llorar.

—¡*Dio!* —su voz salió quebrada.

—Tuve tanto miedo de perderlo, Riccardo... Recé tanto por la vida de nuestro hijo... No podía apartarme de su lado. Thais me llevaba mudas de ropa y me obligaba a comer y a ducharme. Ver a mi bebé ser alimentado por una sonda fue lo peor de mi vida... —Hice una pausa—. Fueron veinte días nada fáciles.

—Debería haber estado con vosotros —susurró, revelando culpa, desesperación y dolor en su voz.

—No te culpes, Riccardo. Habrías estado presente si lo hubieras sabido.

Hizo un sonido de disgusto, dejando claro que ninguna palabra disminuiría la responsabilidad que sentía.

—¿Pero sabes una cosa que me duele mucho? —murmuré cuando el silencio pareció prolongarse.

—No puedo ni imaginar qué será —parecía temer lo que iba a escuchar.

—No sentir el amor incondicional que Lucca merecía desde el principio, desde que descubrí que estaba embarazada. —Esbocé una sonrisa incómoda—. Creo que es una culpa que sentiré durante toda mi vida...

—No deberías culparte —repitió prácticamente mis palabras.

—Lo sé... —suspiré—, pero ¿sabes cuando idealizas un momento? Quizás fue ingenuidad mía creer que la maternidad era algo mágico cuando tuve muchas pruebas de que no lo era, pero pensé que conmigo sería distinto a lo que ocurrió con mi madre... aunque mi progenitor nos abandonó a las dos porque quiso.

—La vida no es como en las películas, ¿verdad?

—Es una buena definición... Creo que idealicé demasiado los sentimientos del descubrimiento, las dificultades que encontraría,

además de que siempre imaginé que ya estaría graduada, con una vida estable económicamente, con un buen trabajo y también en una relación firme... La idiotez de ese supuesto final feliz.

—No es una idiotez querer tener un final feliz...de alguna manera, todos buscamos uno...

—Pero romantizar tanto como hice yo es una estupidez, sobre todo cuando la vida es tan imperfecta...

Ignoré las ganas de preguntarle cuál sería para él la idea de final feliz, pero, aunque la cuestión me carcomía un poco, decidí cambiar de tema:

—No me malinterpretes, pero a veces todo es tan agotador... Hay días en que solo quiero sentarme y llorar, sobre todo cuando Lucca se enferma y está lloroso, lo que pasa con bastante frecuencia.

—Estoy seguro de que eres una madre maravillosa, *sirena*...

—Lo intento, pero, aun así, me pregunto si estoy haciendo lo correcto por él... Por más que Thaís me ayude con algunas decisiones, sé que la responsabilidad, al final, siempre es toda mía.

—Volví a suspirar—. Pero ¿sabes, Riccardo? A pesar de que fuimos unos inconscientes aquella noche, no me arrepiento de haberme convertido en madre... Lucca es lo mejor que me ha pasado en la

vida. Ver su sonrisa todos los días, sentir sus ojitos castaños sobre mí o escucharlo llamarme “mamá” me llena de fuerzas, parece disolver todas mis inseguridades.

—Ni siquiera lo he visto en persona, pero, de alguna manera, ya me siento diferente, como si hubiese llenado una parte de mí que ni siquiera sabía que estaba tan vacía.

Sonreí, sintiendo cómo las lágrimas comenzaban a acumularse en mis ojos.

—Mira quién anda romantizando la paternidad. Dudo mucho que te haga gracia cuando empiece con las rabietas... —bromeé.

—Creo que estoy preparado para eso... —Sonrió con arrogancia, aparentando seguridad en sí mismo.

—Lo dudo bastante, pero ¿quién soy yo para destruir tus ilusiones...? —comenté.

Él soltó una carcajada por mi comentario, arrancándose una risa.

Enseguida, el silencio volvió a imponerse entre nosotros, y ninguno hizo el esfuerzo de sacar tema, sumidos en pensamientos y sentimientos.

Suspiré, mirando hacia afuera. Era demasiado para procesar.

Capítulo trece



—¿Estás muy nervioso? —preguntó mientras esperábamos la llegada del ascensor, que parecía demasiado lento y nunca alcanzaba la planta baja.

—¿Lo parezco?

—Te están temblando las manos... —Mostró diversión.

—Creo que nunca he estado tan ansioso en mi vida —susurré.

—No hace falta...

—Lo sé, pero parece imposible de controlar.

—Hm.

Enseguida se oyó el sonido de la máquina llegando al piso y quise correr hacia su interior, pero solo hice una floritura:

—Primero las damas...

—Me voy a malacostumbrar, Riccardo —dijo entre una risita mientras pasaba por delante de mí.

Entré en el ascensor estrecho, teniendo cuidado de no golpear con mi silla sus piernas.

—¿Eso es malo? —Incliné la cabeza hacia atrás para mirarla.

—De cierta forma... —Sus labios se curvaron en una sonrisa provocadora, haciendo que mi sangre corriera más rápido.

—¿Por qué? —Mi voz salió áspera.

Se encogió de hombros, desvió la mirada y no me ofreció respuesta. No insistí.

Cuando el ascensor se detuvo en el piso, llevé la mano al aro propulsor de la silla y, empujándolo hacia atrás, salí de la caja de metal.

Giré la silla por el estrecho recibidor y solté una maldición cuando choqué mi pierna contra una planta.

Ella volvió a pasar por delante de mí, ya que no sabía cuál era su piso, y la seguí.

—No prestes atención al desorden —dijo al abrir la puerta para mí, con un aire de incomodidad, como si pensara que la iba a juzgar.

—No veo ninguno —bromeé al entrar, intentando aliviar su incomodidad.

Juliana soltó una risita contenida, procurando no hacer mucho ruido, y yo acabé esbozando una sonrisa torcida.

—¡Mira quién ha llegado, mi amor, mamá y...! ¡Oh! No sabía que vendrías con alguien, Ju.

Apenas si miré a la mujer que se suponía era la mejor amiga de Juliana, ya que toda mi atención estaba en el niño en su regazo, que tiraba de su trenza.

El tiempo pareció detenerse. Mis manos volvieron a temblar y el corazón me retumbó con fuerza cuando él giró un poco el cuellito y pude ver directamente su rostro.

¡*Stronzo!*

Lucca era muchísimo más guapo en persona, o tal vez solo era mi sentido paternal alcanzando su apogeo.

La nariz, la boquita bien formada, los ojos que se agrandaban, eran tan adorables... ¡Esas mejillas redondeadas daban ganas de estrujarlas!

Las dosis homeopáticas de ternura, de protección y de cariño que lentamente se habían ido infiltrando en mis venas con la idea de ya tener un hijo se convirtieron en algo descomunal. ¡Joder!

—Dio, *sirena* —susurré, sin reconocer mi propia voz.

—¿Juliana? —La voz de la otra mujer sonó confusa, al ver que su amiga no me había presentado.

Juliana carraspeó.

—Él es Riccardo, el padre de Lucca, Thais.

Miré a la joven, que no debía tener más de veinte años y me observaba con la boca abierta, pero enseguida toda mi atención volvió al niño, que estaba otra vez distraído con su cabello.

—¿Padre?

—Sí...

—¿C-cómo así?

—Nos encontramos en el restaurante... —Vi a Juliana acercarse a la mujer, tomando al niño en brazos, que emitió un chillido al verse obligado a soltar el mechón de cabello de la chica.

—Hola, mi amor —oí a Juliana susurrar después de depositar un beso en la coronilla del pequeño.

Él balbuceó "*mamá*", y sentí que me derretía.

Deseaba oírle decir “*papá*”, pero sabía que tardaría mucho en llegar ese momento.

—¿Por eso llegaste tarde?

—Sí...

—Entiendo... —me lanzó una mirada fugaz—. Creo que será mejor dejarlos a solas.

—No es necesario, Thay.

—Ta-Ta-Ta —balbuceó el bebé, intentando decir el nombre de la mujer, y otra vez sentí celos, aunque esta vez más intensos.

Intenté reprimir ese sentimiento nocivo.

—Es un momento de ustedes, amiga —hizo una pausa y vi cómo su rostro se transformaba en una mueca—, además, dentro de poco mi padre aparecerá tocando la puerta pensando que de verdad no estoy aquí... Ya me ha llamado varias veces.

Escuché un resoplido y vi a la joven dejar un beso en mi hijo y otro en la mejilla de Juliana, que le devolvió el gesto.

—¿Hablamos más tarde? —preguntó.

—Claro.

No me sorprendía que Juliana terminara contándole todo a la chica; yo mismo llamaría a Edgar para conversar y contarle sobre mi hijo, sobre mi reencuentro con Juliana.

—También quiero saber si ese pequeñín logrará dormirse contigo. Hice de todo para intentar dormir a este angelito, pero hizo berrinche.

—Lo voy a amamantar, eso ayudará.

—Sí, nada mejor que el pecho de mamá —le dio otro besito a mi hijo, que emitió un sonido, antes de acercarse al lugar donde yo estaba—. Un placer conocerte, Riccardo. Creo que nos vamos a ver bastante por aquí.

—Creo que sí —tomé la mano que me tendía—. Te agradezco por todo lo que hiciste por los dos.

—No es nada, ellos hacen mucho más por mí —esbozó una sonrisa—. Bueno, será mejor que me vaya... —puso los ojos en blanco cuando su móvil sonó.

—Buenas noches...

—Buenas noches...

Lanzó unos besos al aire en dirección a Juliana, arrancando unos ruiditos tiernos de mi hijo, antes de pasar por mi lado, salir y cerrar la puerta.

Por un momento, con una sonrisa en el rostro, simplemente contemplé la imagen de madre e hijo, disfrutando de los sonidos que Lucca hacía mientras intentaba agarrarle el cabello.

—¿Vamos a conocer a papá, hijo? Mamá ya te monopolizó demasiado tiempo —susurró, girando en mi dirección.

Otra vez, las sensaciones provocadas por saber que él era mi hijo me invadieron, haciendo retumbar el corazón.

—Ese es tu papá, mi amor —dijo, acercándose a mí en unos pocos pasos.

Con destreza, giró al pequeño hacia mí, sujetándolo por el tronco.

Mientras movía los bracitos y las piernecitas, me miró con sus ojos castaños, y sentí que Lucca podía tocar mi alma con su inocencia y curiosidad.

—Hola, *mio piccolo*^[13]...

Estiré la mano temblorosa para tocar su carita, y las yemas de mis dedos parecían arder al sentir su piel contra mi tacto.

—Eres tan hermoso, *figlio*... —Sonreí cuando pareció atento a mi voz, y rocé mi pulgar por su mejilla regordeta—. Creo que tú lo sabes, pero no me voy a cansar de decirte lo mucho que eres la cosa más linda que he visto y lo emocionado que está tu papá de conocerte...

Sus ojos se agrandaron.

—Puede que él haya perdido muchas cosas de tu vida, pero promete por su vida que no volverá a perderse nada más y que estará contigo siempre que lo necesites... —susurré con la voz entrecortada.

—Ma-ma-ma —gritó, llamando a su madre mientras se retorció queriendo bajarse, y terminé sonriendo.

—¿Quieres cogerlo un rato? —Juliana sorbió por la nariz.

Sin apartar la vista de Lucca, asentí con la cabeza, aunque me sentía inseguro, ya que era la primera vez que cargaba a un niño en brazos y él estaba bastante agitado.

Varias preguntas pasaron por mi cabeza: si sería un buen padre para él o si conseguiría seguirle el ritmo desde mi silla de ruedas.

—No vas a dejarlo caer —me dijo Juliana, como si supiera lo que pasaba por mi mente.

Volvimos a mirarnos, y la seguridad que había en ella hizo que se me erizara la piel.

Ella no lo sabía, pero su confianza ciega en mí, en mis capacidades, hizo que la inseguridad disminuyera. Entonces, las dudas se disiparon y la autoconfianza resurgió.

Me adaptaría, como me adapté a muchas otras actividades, y no dejaría de intentarlo hasta conseguirlo.

—¿Riccardo?

Terminé asintiendo. Apreté los brazos todo lo que pude para recibirlo, diciéndome a mí mismo que la musculatura de mi parte superior era fuerte y que nunca dejaría caer a mi hijo, por muy resbaladizo que estuviera.

Estaba en el cielo, en un lugar donde nunca antes había estado, cuando, sujetándolo con firmeza, lo acerqué hacia mí y su calor pareció colarse por mi ropa.

Cerré los ojos, luchando contra las lágrimas, y respiré hondo, sintiendo ese delicioso olor a bebé. Fue instintivo abrazar a mi hijo.

Juliana tenía razón: idealizaba la paternidad. No había palabras que pudieran describir la sensación de tener a mi hijo en brazos. Quizá buscar una definición fuera un esfuerzo inútil, así que simplemente sentí, disfrutando de ese contacto.

Lucca se agitó en mi regazo, pronunciando sílabas inconexas, y lo cambié de posición.

Recibí una palmadita de mi bebé, que me arrancó una risa y una lágrima.

¡Joder! Sentía el pecho a punto de estallar.

Pronto encontré una posición que parecía cómoda para los dos y que me daba seguridad, aunque sus piernecitas y manitas golpearan mi torso.

Escuchaba los suspiros y los sollozos de Juliana, pero estaba absorto en Lucca.

No resistí y le di un besito en la coronilla cuando, pronunciando varias sílabas en lo que creo era un intento de formar palabritas, sus deditos ansiosos comenzaron a jugar con mi corbata, intentando tirar de ella.

—Lucca te ha cogido mucho cariño...

La miré brevemente y vi que lloraba, antes de fijar la vista en el rostro de mi hijo, que parecía estar divirtiéndose mucho con la tela. Sonreí al ver al niño gritar, emocionado.

—No tenía por qué no querer a su papá —fui arrogante.

Escuché un suspiro.

—Pensé que iba a llorar. Lucca no suele querer estar en brazos de desconocidos. Siempre que hay una profesional nueva en la guardería, dicen que llora bastante.

Sentí una punzada de dolor al encarar la verdad de que yo era un desconocido para él, pero volví a sonreír cuando mi hijo empezó a gritar "*da-da*".

—Pero yo soy distinto, ¿verdad, *piccolo*?

Desvió la atención de la corbata para mirarme y abrió la boquita, enseñándome los dientecitos, como si me sonriera, solo para volver a gritar.

Mi cuerpo parecía hecho de mantequilla, porque estaba completamente derretido por él.

Le dejé otro beso en la coronilla.

—¿Te quedas un rato con él mientras me doy una ducha? —
Otra vez esa confianza ciega que me ponía los pelos de punta.

—Claro.

—¡Na!

—¿No? —Hice un enorme puchero para Lucca y Juliana acabó soltando una carcajada.

—Aunque él crea que no, no tengo dudas de que vais a estar muy bien solos; pero, de todas formas, solo grita si me necesitas —
dijo, risueña, mientras mi hijo balbuceaba varios “*no*” al tirar de la solapa de mi chaqueta.

Juliana me guiñó un ojo y se dio la vuelta.

—Te ha gustado de verdad mi corbata, ¿eh, *piccolo*? —Empecé a hablarle mientras nos quedábamos a solas.

Lucca me miró unos segundos antes de volver a jugar con mi ropa.

Cada vez más confiada, aunque Lucca se escurría por estar inquieto, pasé un brazo por su espalda y usé la mano libre para terminar de quitarle la corbata.

Recibí unas pataditas, pero no me importó. No pasó ni un segundo y su manita atrapó el tejido de seda.

—¡La cosita más mona de papá! —dije cuando abrió la boquita, mostrándome otra vez sus dientecitos con esa sonrisita.

Le apreté la mejilla, haciendo que Lucca soltara un gritito.

Aunque estaba más centrado en su jueguito de bebé, lanzando grititos, pataditas, puñetecitos, babeándolo todo, empecé a hablar con él, haciéndole preguntas al pequeñín.

—No se puede, Lucca —murmuré al sacarle la seda de la boca.

El pequeño frunció el ceño, mirándome, para luego volver a jugar con la prenda.

—No, Lucca —intenté ser más firme en mi corrección cuando el niño iba a meterse la corbata otra vez en la boca.

—Na-na-no —intentó gritar la palabrita mientras parecía ponerse más agitado, y sujetarlo se volvía difícil.

—No se puede, *figlio*... No puedes metértelo en la boca, está sucio...

—Na-no —repitió, tirando del tejido.

De un momento a otro, la emoción de Lucca pareció desvanecerse, y su expresión se tornó seria.

—No hace falta llorar, *piccolo* —susurré, cuando sus ojos se llenaron de lágrimas y sus pulmones demostraron ser bastante fuertes—. No, *mio caro*. *Papà* no quiere verte llorar...

Y de verdad que no me gustó. En realidad, lo odié.

¡*Stronzo*!

Exagerado o no, se me encogió el corazón.

—¿Por qué lloras, *figlio*? ¡Nos lo estábamos pasando tan bien!

—Debe de tener sueño —dijo Juliana en medio del llanto, y la miré, angustiado—. Creo que ya es hora de intentar dormir a este hombretón.

Inclinándose, extendió los brazos hacia mí y le pasé a Lucca sin que tuviera que pedírmelo con palabras.

—Ya está, ya está —lo acomodó mejor, acariciándole el cabello—. ¿Quieres mamar un poco, verdad, mi quejica?

—Ma-ma...

—Está bien, mi amor, vamos a tu cuarto... —dijo, y le dio un beso.

—¿Puedo ir con vosotros? —pregunté sin rodeos.

Sabía que en ese momento estaba siendo invasivo, en una situación que muchos considerarían íntima, pero una parte de mí, una que no sabía explicar, necesitaba contemplar aquella interacción entre madre e hijo.

—¿Por qué no, Riccardo? —Me dedicó una sonrisa que acabé devolviéndole, antes de que se girara con Lucca en brazos y se dirigiera al dormitorio.

Desbloqueando mi silla, la seguí a ella y al pequeño llorón, deteniéndome en la puerta del cuarto que, aunque sencillo, con apenas unos juguetes en la estantería y algunos muebles, estaba bastante ordenado y era espacioso.

—Vamos a revisar ese pañal primero, hijo —dijo al acercarse al cambiador.

En medio del llanto, Juliana empezó a tararear una cancioncilla con la voz algo desafinada.

La observé, hipnotizado, mientras cuidaba de nuestro hijo con un cariño y una paciencia extremadamente conmovedores.

Su amor por Lucca era tan palpable que me descubrí varias veces sin aliento, emocionado.

En cuestión de minutos, estaba sentada en el sillón que quedaba frente a mí, y el llanto cesó cuando ofreció el pezón al pequeño, que lo agarró enseguida. Ella hizo una mueca de dolor, pero pronto volvió a estar serena.

—Así está mejor, ¿no? —susurró, apartando el cabello del rostro del niño.

Mientras succionaba, Lucca movía sus manitas y piernitas en respuesta, en una sincronía perfecta de madre e hijo.

Juliana le dedicó una sonrisa tan dulce, dulzura que reverberó por todo mi cuerpo y me hizo devolverle la sonrisa, embobado y tembloroso.

Mi respiración era ruidosa, en contraste con el sonido de la boquita de nuestro hijo, que succionaba con avidez. Para completar aquella melodía de sonidos, Juliana volvió a cantar la cancioncilla infantil mientras lo acariciaba.

¡*Stronzo*! Podría pasar horas y horas contemplando aquella escena delicada, que quedaría grabada en mi alma como con un hierro candente.

Cuando Lucca soltó el pezón, ella continuó acariciándolo sin preocuparse por cubrirse el pecho.

—¿Puedes bajar la luz? —pidió en un susurro.

Asentí con la cabeza. Girando mi cuerpo en la silla, estiré el brazo y conseguí alcanzar el interruptor, dejando la habitación casi en penumbra.

Entre murmullos, sonrisas, golpecitos y pataleos, Lucca acabó quedándose dormido. Ajustándolo en su regazo, Juliana se subió el fino tirante de la blusa, cubriéndose. Se quedó allí unos minutos más, hasta que se levantó y, en pocos pasos, llegó hasta la cuna y lo colocó con cuidado, sacando al niño de mi campo de visión.

Sin poder evitarlo, un suspiro doloroso se escapó de mis labios por aquel momento que había terminado demasiado rápido; no debía de haber pasado ni media hora.

Convenciéndome de que aún tendría mucho tiempo para disfrutar de mi hijo, empujé la silla hacia atrás cuando Juliana caminó en mi dirección e hice un pequeño giro para volver al salón.

Escuché sus pasos siguiéndome. Me detuve en medio de la estancia y giré mi silla para observarla.

A pesar de tener una sonrisa en el rostro, estaba claramente cansada por el trabajo.

—Creo que será mejor que me vaya, Juliana. Debes de querer descansar —dije, aunque en realidad deseaba quedarme allí.

—Dudo que consiga descansar, Riccardo, por más que mi cuerpo esté suplicando una buena noche de sueño...

—Creo que ninguno de los dos podrá dormir, *sirena*... —susurré, pasándome la mano por la barba.

—Demasiadas emociones para un solo día, ¿verdad? —intentó bromear.

—Sí... —asentí.

Guardamos silencio hasta que ella lo rompió:

—¿Quieres algo de beber o de comer? ¿Qué tal un bocadillo?

—No, gracias, *sirena*... —respiré hondo—. ¿Me acompañas hasta la puerta?

—Claro —asintió con la cabeza.

Giré mi silla y me dirigí hacia la salida.

Juliana corrió delante de mí para abrir la puerta.

—Buenas noches, Riccardo —murmuró cuando crucé el umbral.

Giré el cuello para mirarla.

—Buenas noches, Juliana...

Volví a mirar hacia adelante, pero me quedé parado en el mismo sitio, con la mano detenida sobre el marco de la silla,

dudando en marcharme.

Consciente de que ella tampoco se había movido, negué con la cabeza y, girando el aro propulsor, recorrí el pasillo estrecho.

Cuando entré en el ascensor, incliné la cabeza y cerré los ojos, luchando contra la sensación de que estaba dejando algo atrás.

Y realmente lo estaba. Mi hijo. Eso dolió como la puta madre, más de lo que jamás habría imaginado...

Capítulo catorce



—¡Soy una cobarde por tener miedo a la respuesta, amiga!

—No, no lo eres. —La voz de Thais salió tan apasionada y vehemente que acabé por mirar aquellos ojos oscuros y serios.

Negué con la cabeza y añadí:

—Sí, lo soy. Siempre tengo la oportunidad de preguntar, ¡pero nunca saco el tema! —Suspiré.

Hace casi una semana que volví a ver a Riccardo y, siempre que podía, venía a estar con Lucca, aunque fuera solo media hora. Aunque necesitaba saber cómo íbamos a manejar la situación de ser

padres viviendo en casas distintas, siempre retrocedía y no sacaba el tema. ¡Dios! ¡Ni siquiera volví a hablar del ADN!

—Habrías sido una cobarde si hubieras desistido de contarle lo de Lucca, amiga, pero no, preferiste no ocultarle la verdad. Eres una mujer muy valiente, Ju. Estoy muy orgullosa de ti...

—No saber si pedirá la custodia alterna me está matando...

—Es su derecho —dijo suavemente.

—Lo sé, amiga, pero...

—¡Estás sufriendo por algo que puede que ni siquiera ocurra, Ju! —murmuró—. A veces, puede que solo pida la custodia compartida para los fines de semana...

—Lo dudo.

—Seguir torturándote no va a arreglar las cosas...

—Ya...

—Si necesitas tanto esa respuesta, ¿por qué no le llamas y le pides que habléis bien en tu día libre? —sugirió—. Explícale tus miedos, que no puedes pasar mucho tiempo lejos de Lucca...

—Debería, ¿verdad?

—Sí... No será fácil, pero sabes que así será mejor. Por desgracia, no se puede seguir aplazando esa conversación para siempre...

—Ya... —Aspiré el aire con fuerza—. Eres tan madura, Thay...

—La vida me obligó a crecer antes de tiempo, como también te lo exigió a ti, amiga. —Me dedicó una sonrisa débil, y yo terminé devolviéndosela, porque era verdad.

Thaís había perdido a su madre siendo muy joven y tuvo que encargarse de todas las tareas domésticas. Y yo me había mudado de provincia para intentar ser feliz. ¡Tuvimos que madurar a la fuerza!

—Pero recuerda, Ju, también tienes que escucharlo a él. No será una situación fácil para ninguno de los dos.

—Sí, lo sé —murmuré, sintiéndome una vez más una gran egoísta.

—No te castigues, amiga, eres humana —Thaís pareció leer mis sentimientos—. ¿Y no fuiste tú quien dijo que tenía miedo?

—Sí...

—Todo saldrá bien, ya lo verás.

—Eso espero, amiga...

—¿Quién sabe si al final acabáis juntos? Padre, madre e hijo formando una hermosa familia.

Suspiró con aire romántico y vi que tenía una sonrisa tonta en el rostro.

—No tengo esa ilusión...

—¿Por qué no?

—Puede que tenga a alguien...

—No vi alianza...

—Sabes que no hace falta llevar alianza para estar comprometido, Thay... —Puse los ojos en blanco—. Puede ser una novia, amante, incluso una prometida o esposa. Y aunque fuera soltero, nada garantiza que vayamos a funcionar juntos. La química en la cama puede haber sido buena, pero eso no sostiene nada a largo plazo...

Emitió un bufido y insistió:

—Sí, pero quién sabe...

—¡Eres una romántica incurable! —Me eché a reír.

—¡Y él está buenísimo!

—¡Muchísimo! —Tuve que admitir.

Las dos nos reímos.

—¡Cualquier mujer se quedaría con las piernas flojas solo de mirarlo! —añadió.

—¿Te quedaste con las piernas flojas, Thay? —la provoqué.

—¡No! ¡Yo no soy una roba novios! —Thais hizo un puchero enorme.

No pude evitar soltar una carcajada.

—¡Me estás ofendiendo al pensar que me podría atraer el hombre de mi amiga! —continuó, aparentando estar enfadada.

—¡Él no es mi hombre, Thais! —Mi voz salió más aguda de lo que me habría gustado.

—Ya tuviste algo con él, así que no deja de serlo... —Se encogió de hombros—. Sería repulsivo y me odiarías si sintiera interés por un hombre que le gusta a mi amiga.

—Esas cosas pasan, ¿sabes?

—No entre nosotras —dijo animada—. Aunque sea guapísimo, no es mi tipo.

—¿Tipo?

—Quiero un chico que sea gracioso e inteligente, que sea extremadamente romántico, que me regale flores todas las semanas, que no se canse de decirme lo guapa que soy y que me quiere, que le guste ver películas de comedia romántica conmigo...

—Nada exigente esta amiga mía —dije en tono de burla.

Se encogió de hombros.

—Si ese chico existiera, sabemos que no hay la mínima posibilidad de que estemos juntos... —emitió un suspiro cansado.

Pasé un brazo por sus delgados hombros.

—Si no lucha por ti, no te merece, amiga. El caballero siempre acaba salvando a la princesa.

—¿Qué princesa?

Puse los ojos en blanco.

—No vengas con eso, ¡Thay! ¡Te voy a dar una hostia!

—Nuestra amistad consigue ser muy tóxica, ¡por el amor de Dios! Siempre nos estamos amenazando —se estremeció en broma.

—A veces es necesario meter un poco de sentido común en la cabeza de la otra...

Chasqueó la lengua y acabamos soltando una carcajada.

—Hablando de eso, mejor me voy a preparar el desayuno para papá antes de que se despierte enfadado porque no estoy allí —se levantó de un salto—. Solo pasaba para saludar.

Intenté disimular la tirria que le tenía a su padre.

—Yo también tengo que preparar el de Lucca. En nada se despierta lloriqueando, y ya sabes lo que se pone de mimado cuando tiene hambre.

—Es verdad, pero no lo juzgo, yo también me pongo muy irritada cuando tengo hambre...

—¡Estás siendo muy generosa al decir que solo te pones “irritada”, te vuelves ¡insuportable! —provoqué.

—Para nada —dijo entre dientes.

—¡No sé cómo no engordas!

—Mi genética tiene que favorecerme en algo... —se encogió de hombros.

—Te favoreció en muchas cosas.

—¿Era pedir demasiado un culo y unas tetas más grandes? —refunfuñó, tocándose los pechos.

—Estás perfecta así, amiga.

Negó con la cabeza.

—¡Sería feliz con medio litro en cada uno, como mínimo!

—Y te ganarías un buen dolor de espalda...

—¡Qué poco graciosa!

—¡Es la verdad!

—¿Cómo quieres que encuentre a mi “príncipe” sin tetas y sin culo? —me sacó la lengua.

—El tipo correcto no se va a fijar en esas cosas, Thay...

—Lo dice la señora buenorra que hace babear a los hombres...

—Sabes que eso no es verdad, imira mi barriga! —Esta vez fui yo quien se agarró los michelines.

—¿Ah, sí? —alzó una ceja mirándome—. Yo apostaría a que, si tú quisieras, cierto ricachón te daría unos buenos apretujones...

—¡Thay! —solté un gritito.

—¿Apostamos? —parpadeó varias veces de forma cómica.

—Claro que no...

—Es porque sabes que vas a perder... —me lanzó una sonrisa maliciosa.

—¿No tenías que hacerle el café a tu padre? —refunfuñé, golpeando el suelo con el pie mientras cruzaba los brazos frente al cuerpo.

Thais echó la cabeza hacia atrás y empezó a reírse en mi cara.

—Esa fue buena —se pasó la mano por la cara, limpiándose las lágrimas.

—Te aseguro que no —seguí, malhumorada.

—Pero me voy, de verdad no quiero empezar el día con mi padre dándome la lata. —Se acercó a mí para abrazarme.

—Anda, ve —dije cuando me dejó un beso en la mejilla a modo de despedida.

—No tengas miedo de hablar con él, amiga, es mejor que vivir con la angustia —susurró, dándome unas palmaditas en el hombro.

—Tienes razón...

—Si se pasa de cabrón, lo estrangulo por ti —sonó seria.

—Creo que no hará falta llegar a tanto...

—Te quiero mucho, a ti y a Lucca, y nunca dejaré que nadie os haga daño, Ju.

La abracé fuerte, sintiendo que se me llenaban los ojos de lágrimas.

—Gracias, amiga —susurré.

—Somos dos contra uno.

—Él también tiene un aliado, ¿sabías? Y, por lo que parece, es tan poderoso como Riccardo...

—No me dan miedo los millonarios ni lo que puedan hacer...

—Me gustaría decir que a mí tampoco...

—No hace falta. No me importaría estrangular a dos millonarios, amiga —esbozó una sonrisa confiada.

—Solo tú misma... —Fue mi turno de reír.

—Espero que me visites en la cárcel después de eso... —guiñó un ojo.

Soltamos una carcajada.

—¡Te quiero, Thay!

—Gracias por el contrabando de bombones que me vas a llevar —bromeó.

Reímos aún más.

—¿Nos vemos en un rato?

—¡Claro!

Con un último beso en mi mejilla, cogió la bolsa con las compras que había hecho en la tienda de conveniencia 24 horas y salió de mi piso.

Aunque tenía que preparar el desayuno de Lucca y muchas otras tareas por hacer en casa, me quedé sentada en el mismo sitio.

Mi mejor amiga tenía razón: no podía seguir así, con miedo de algo que ni siquiera sabía si iba a suceder... pero era más fácil decirlo que hacerlo.

Armarse de valor es muy difícil. No sería sorprendente que dejara que Riccardo sacara el tema.

El sonido de mi móvil hizo que diera un salto en el asiento del susto.

Antes de que la llamada se fuera al buzón de voz, me levanté deprisa y cogí el móvil de la mesa.

Suspiré al ver que era Henry y supuse que era para cubrir a alguien. Por más que el dinero viniera bien, la idea de hacer un turno extra hoy me dejó súbitamente cansada, pero sabía que no podía negarme.

—Buenos días, Henry —dije al contestar.

—Buenos días, Juliana. ¿Estás muy ocupada?

Me extrañó que preguntara eso, pues que estuviésemos ocupados o no era algo que a él no le importaba.

De hecho, para Henry solo importaba lo que él necesitaba, y nosotros teníamos que apañarnos como fuera.

—Iba a empezar a preparar el desayuno de Lucca, pero podemos hablar, sí...

—Bien, bien, no quiero molestarte, Juliana...

Fruncí el ceño. Estaba raro.

—¿Está todo bien, Henry?

—¡Sí, sí, mejor imposible! —Parecía eufórico, y su comportamiento me resultó extraño—. De todas formas, seré breve, ya que seguramente ya sabes lo que voy a decirte. No necesitas venir a trabajar hoy... De hecho, no necesitas venir en todo un mes.

Sentí que el cuerpo se me helaba con sus palabras y casi se me cayó el móvil al suelo, ya que la mano me temblaba tanto que apenas podía sostenerlo.

—¿Me estás despidiendo? —mi voz sonó débil—. Por favor, Henry, necesito este trabajo para mantener a mi hijo.

—No, no, eres una empleada bastante rentable, sería un idiota si te despidiera —continuó con ese tono extraño.

El alivio recorrió mis venas, pero enseguida una posibilidad me hizo volver a temer:

—¿Vacaciones no remuneradas?

—Bueno... ojalá pudiera, pero él me hizo garantizar que tu sueldo será pagado.

Otra vez el alivio, pero esta vez acompañado de confusión.

—No entiendo, Henry... —murmuré.

—El señor Mazoni fue bastante generoso al pagarme para que te permitiera tomarte un tiempo lejos del trabajo.

—¿Él qué? —acabé gritando, arrepintiéndome al segundo siguiente.

¡Dios! Por más impactada que estuviera, intentar procesar lo que estaba pasando, gritarle a Henry era una estupidez. Al fin y al cabo, él era mi jefe.

—Vaya que le gustas, ¿eh? No escatima esfuerzos para tenerte —pareció no importarle mi falta de control.

—Yo...

—Mi restaurante es un sitio familiar, pero él paga tan bien que estoy dispuesto a pasar por alto esa *relación* que tienen ustedes dos... —murmuró.

Si Henry me hubiese dado una bofetada, me habría dolido menos. Había entendido perfectamente lo que quería decir con eso: que me estaba acostando con Riccardo a cambio de dinero.

Riccardo... Él no me había dado una bofetada fuerte en la cara, me había apuñalado, y ahora mi corazón sangraba.

—Juliana, ¿estás ahí?

—Sí... —acabé susurrando, tragándome la sensación degradante que rozaba la humillación.

Yo no era una prostituta, y mi vida no podía ser controlada así, con un chasquido de dedos, por Riccardo.

Me pasé la mano por la cara al sentir una lágrima deslizarse por mi mejilla.

—Quizá él sea generoso y pague por más tiempo... —Soltó una risita, y se me revolvió el estómago.

—Riccardo fue muy amable, pero no puedo dejar mi trabajo así... —dije, después de respirar hondo.

—No seas ridícula, ¡no vas a venir a trabajar! —Fue tajante.

—Yo...

—No tienes elección, Juliana. ¡No voy a correr el riesgo de que él vea que no cumplí con mi parte del trato solo por un capricho tuyo! ¡Puedo acabar perdiendo el dinero!

—Hablaré con él...

—¡No, no vas a hacer eso! A no ser que quieras ser despedida.

Tragué saliva. Siempre amenazas.

—¿Eres tonta o qué, Juliana? —continuó él—. ¡Hasta parece que es un sacrificio enorme no venir a trabajar! ¡Ojalá me pagaran por no hacer nada!

Me quedé en silencio. Jamás sería capaz de convencer a mi jefe de que ese no era el problema, él no lo entendería. Igual que no entendería el dolor que sentía.

—No vas a poner un pie en el restaurante en ese tiempo, ¿vale?

—¡Okay! —susurré.

—¡Estás avisada! —sentenció antes de colgarme en la cara al instante.

Dejando el móvil sobre la mesa, arrastré una silla y me desplomé en ella, dejando que los sentimientos me abrumaran.

No podía decir que conocía a Riccardo, pero nunca pensé que fuera capaz de interferir en mi vida de esa manera, sin consultarme.

Sentí que más lágrimas me abandonaban al constatar que mis miedos de que pudiera quitarme a Lucca no eran tan infundados después de todo.

Mil y una posibilidades pasaron por mi cabeza como un huracán, desordenándome aún más. Sabía que debería estar sintiendo rabia hacia él y hacia todo lo que la maldita riqueza podía provocar; debería estar en este mismo instante llamándole para discutir, diciéndole que el hecho de que nuestras vidas estuvieran entrelazadas no le daba derecho a meterse en la mía, pero lo único que sentía era una decepción inexplicable.

Sólo salí de ese sentimiento cuando escuché la vocecita de mi hijo balbuceando. Más que de prisa, me levanté y corrí hacia el cuarto, temiendo que intentara escalar la cuna y se hiciera daño.

—Eres muy travieso, hijo —murmuré al inclinarme sobre el mueble para coger al niño, que ya estaba de pie sobre el colchón, listo para intentar trepar la barandilla.

—¡Ma-ma-ma! —soltó un gritito y me dio pequeños golpecitos cuando lo acerqué a mi cuerpo.

—Buenos días, mi amor —continué en el mismo tono.

Aunque una parte de mí aún sentía dolor, terminé sonriéndole al niño que se agitaba en mis brazos.

Apartando todos los pensamientos de mi mente, y sabiendo que pronto empezaría a llorar, me centré en iniciar la rutina del pequeño. Al fin y al cabo, con hambre, Lucca podía ser tan

malhumorado como mi amiga, o peor. No podía correr el riesgo de que todo el piso oyera el llanto irritado de mi pequeño monstruito hambriento.

Aunque me concentraba en mis tareas, había algo que no podía quitarme de la cabeza: ya no podía seguir posponiendo mi conversación con Riccardo, aunque su desenlace solo me trajera aún más dolor y decepción.

Capítulo quince



—¿Están seguros de que están titulados? —dijo Rafael con tono de desdén.

—Somos el equipo más experimentado de la agencia. Llevamos cinco años trabajando juntos y ya hemos realizado varias campañas para grandes marcas, señor Esparza...

—¿De verdad? —emitió un sonido irónico—. Parece hecho por becarios... Aunque he tenido becarios muy competentes que me entregaron algo más profesional.

—Es solo una presentación preliminar, señor.

—¡Están de coña al sugerir que gastemos un sesenta por ciento de nuestros recursos en publicidad en la televisión por cable! ¡En plena era del *streaming*, cuando muchas cadenas han migrado a internet y firmado con plataformas! —Rafael fue grosero, pasándose la mano por el pelo, echándose los mechones hacia atrás, exasperado—. Patético.

—Este proyecto es inaceptable —dije—. Ni siquiera debería llamarse *briefing*. No tiene ni un público objetivo bien definido ni un estudio de campañas similares con sus resultados...

Seguí enumerando todas mis observaciones sobre el patético trabajo del equipo de la nueva agencia que habíamos contratado, y que venía bien recomendada por haber hecho anuncios en un nicho en el que estábamos empezando a adentrarnos.

—¿Cuál es el plazo, señores?

—Quiero que esté en mi correo el lunes, otro proyecto reformulado con todo lo que hemos señalado; si no, rescindiremos este contrato y también el de la otra campaña que aún no han empezado a desarrollar —fui tajante.

—Por supuesto, señor Mazoni.

—Pueden retirarse. —Sin nada que perder, abandonaron rápidamente la sala de reuniones.

—Ese contrato debió haberse cancelado en el acto; es una pérdida de tiempo y dinero —dijo Rafael cuando nos quedamos a solas, volviendo a pasarse la mano por el pelo con impaciencia.

—Probablemente —asentí, acariciándome la barba—. Pediré a mi secretario que agende una reunión con la agencia publicitaria aún... —Un golpeteo en la madera me interrumpió.

—¿Con permiso, señor Mazoni? —La voz de mi secretario me alcanzó y dirigí la mirada a la puerta, viendo su rostro por la rendija entreabierta.

—¿Sí? —Fruncí el ceño al verlo.

—Sé que no le gustan las interrupciones, pero como usted dijo que avisáramos de inmediato si la señorita Ortega se ponía en contacto, entonces solo estoy cumpliendo con mi trabajo.

Sentí la tensión acumularse en mi cuerpo, con el miedo de que algo le hubiera pasado a Lucca o a ella.

—¿Dijo de qué se trataba?

—No, pero la señorita dijo que podía esperar.

—Gracias por avisar, Jonas, la llamaré de inmediato —tomé mi móvil, extrañado de no tener ningún registro de llamada ni mensaje.

—No será necesario, señor, está en su despacho.

—¿Está en mi despacho? —repetí, atónito.

—Sí, señor.

—¿Con mi hijo? —Empecé a sonreír ante la perspectiva de ver a Lucca en un día tan ajetreado.

—Está sola, señor Mazoni.

Asentí, decepcionado.

—Avísele que voy en un momento. Cancele todas mis reuniones, por favor.

—¿Algo más, señor?

—Sírvale un café, agua o lo que sea que desee.

—Ya le ofrecí, pero no quiso nada, señor.

—Insista, de todos modos.

—Claro, señor. —Asintió y nos dejó.

—Mujer, hijo... Lo interesante es cómo conseguiste todo eso en menos de una semana, compañero —murmuró Rafael, con los ojos llenos de diversión—. ¿Magia?

—Es una larga historia...

—Que tendré el placer de escuchar en otro momento, ya que me encanta un buen chisme y tengo que contárselos todos con lujo de detalles al abuelo —dijo con ironía mientras se levantaba—.

Como esta noche vuelvo a México, tendrá que ser después.

Seguimos en contacto.

—Que tengas buen viaje...

Tras un gesto de despedida, metió las manos en los bolsillos del pantalón de vestir y salió de la sala. Algunos segundos después, tras guardar mi móvil en el bolsillo, me dirigí con mi silla hacia mi despacho.

Sentí que contenía el aliento al abrir la puerta y contemplar a la mujer que, de espaldas, observaba el paisaje por la ventana panorámica del despacho.

Me quedé hipnotizado por la forma en que los rayos del sol incidían sobre su melena oscura, creando múltiples mechones dorados. Sentí un deseo avasallador de enredar mis dedos en su cabello mientras acercaba su rostro al mío.

—Espero no estar interrumpiendo tus compromisos, Riccardo.

—Su voz salió modulada, como si intentara disimular algo, lo que me puso en alerta.

Cuando se giró de pronto, me preocupé aún más al ver su rostro abatido, aunque parecía arder una especie de llama en sus ojos castaños. El miedo me revolvió el estómago.

—¿Lucca está bien? —Ignoré su comentario sobre estorbarme, dejando en evidencia mi nerviosismo.

¡Joder! Nunca me perdonaría si algo le pasara a mi hijo.

—Está bien, sí. Se lo está pasando muy bien en la guardería. —
Esbozó una sonrisa incómoda, y sentí una oleada de alivio
recorrerme, pero no fue suficiente para tranquilizarme.

Emití un bufido.

—Podrías haberlo traído. Sabes que me encantaría verlo...

—Lo sé, pero no pude...

Fruncí el ceño.

—No veo por qué, *sirena*...

—Tenemos que hablar, Riccardo, y no quiero hacerlo delante de
nuestro hijo...

—Entiendo... —murmuré, después de intentar leer a la mujer
que tenía delante, sin éxito alguno—. ¿Está todo bien?

Juliana negó con la cabeza, y sentí cómo la sangre se me
congelaba en las venas mientras mis pensamientos se
arremolinaban. Pasaban rápido, veloces, ahogándome. Ninguno
parecía tener sentido.

—Sabes que no, Riccardo. —Su voz salió en un susurro, sin
ocultar lo herida que estaba, lo que fue como un puñetazo en el
estómago—. Cierra la puerta, por favor. No quiero que nadie escuche
nuestra discusión.

Tardé en hacer lo que me pedía.

—¿Discusión? —dije con retraso al girar mi silla y acercarme a donde estaba Juliana.

No quería discutir con ella. En ese momento quería muchas cosas, y ninguna de ellas implicaba una discusión.

¡Cazzo! Verla así, infeliz, me angustiaba.

Solo quería aprovechar aquello que me había sido dado.

—No es que me guste esto, en realidad lo detesto, pero siento que no tengo elección... —dijo con el mismo tono bajo al sentarse.

Contrariado, me coloqué detrás de mi escritorio.

La analicé durante largos minutos, y cuanto más la miraba, más incómodo me sentía.

¡Joder! Definitivamente odiaba verla así.

—¿Podemos ser civilizados y simplemente hablar, no? —bromeé, deseando arrancarle una sonrisa, pero fracasé.

—Demasiado tarde para hablar, ¿no crees?

—Nunca es tarde, *sirena*...

Volvió a negar con la cabeza, y seguí, fascinado, el movimiento de sus rizos que rozaban la piel sedosa.

—¿Por qué, Riccardo? ¿Por qué interferiste en mi vida de esta forma? —Su dolor era palpable, tanto que me golpeó como un

puñetazo directo al estómago—. Sé que tenemos un hijo juntos, pero eso no te da derecho a intentar controlarme...

Cuando vi una lágrima furtiva deslizarse por su mejilla, sentí otro golpe, esta vez directo al pecho, que me hizo sangrar por dentro.

No necesité preguntar de qué hablaba, era más que obvio.

—¡Joder! ¡No puedes comprar mi vida, Riccardo! —Hizo una pausa y soltó una carcajada fría, para luego torcer los labios en una mueca—. Solo una parte de ella.

Cerré los ojos, incapaz de enfrentar a la mujer que tenía delante, sintiendo asco de mí mismo.

¡Stronzo! Jamás se me pasó por la cabeza que mi acuerdo con su jefe fuera un error, y uno de los grandes.

Para mí, era la solución más que perfecta para conseguir lo que quería, pero no pensé en las consecuencias. En mi puta cabeza, nadie saldría herido; al contrario, solo veía beneficios. Nunca imaginé que mi intención se vería de esa forma, que ella me transformaría en un gran villano.

¿Pero qué esperaba? Era un desconocido. ¿Era el padre de su hijo? Sí, pero no dejaba de ser un maldito extraño, un desgraciado egoísta.

—No quise hacerte daño, *sirena* —murmuré, abriendo los ojos de nuevo para enfrentar los suyos, dejando de ser un cobarde. Su dolor era crudo.

—¿Cómo puedo creer eso, Riccardo? ¿Cómo puedo creer que...? —No terminó la frase.

Sus preguntas dolieron en lo más hondo de mi alma y me sentí aún más destrozado. Jamás imaginé que la confianza de alguien pudiera ser tan importante para mí, y saber que estaba a punto de perder la suya, por un error no intencionado, me dejó aún más jodido.

—No lo sé... —dije al fin, aunque las preguntas fueran retóricas—. Solo sé que no tuve intención de hacerte daño. No quiero controlar tu vida... Puede que no me creas, Juliana, pero no sabes cuánto me arrepiento de haber hecho esta mierda... ¡pero no puedo volver atrás en el tiempo y arreglar lo que hice! ¡*Stronzo!*

—No, no puedes...

—Lo siento, Juliana...

Ella guardó silencio, y me sentí oprimido, con la certeza de que, al contrario de lo que había dicho, ya era demasiado tarde.

—¿Por qué, Riccardo? —susurró, dolida—. ¿Qué ganas con esto, pagándome para que no trabaje?

—Tiempo con Lucca —dije, sin ser capaz de mentirle—. No sabes cuánto necesito pasar un tiempo con mi hijo, *sirena*...

Como no dijo nada, continué:

—No fuiste la única que imaginó una maternidad diferente... Yo también me imaginé como padre en otras circunstancias. Nunca se me pasó por la cabeza que mi hijo no viviría conmigo, que su madre y yo no estaríamos en una relación, que no seríamos una familia.

Sus ojos parecieron inundarse de dolor y se abrazó a sí misma, como si quisiera protegerse... ¡de mí!

¡Joder!

—Sé que es muy ingenuo por mi parte creer que un divorcio no ocurriría si estuviéramos juntos, pero...

—No entramos en una relación esperando el final, aunque pueda llegar...

—¡Sí, lo sé! —De repente sentí que la corbata me asfixiaba, así que aflojé el nudo, pero el nudo en la garganta seguía allí—. No sabes lo difícil que es para mí dejarlo después de las visitas, Juliana, sabiendo que estaré lejos de él muchas millas...

—Sé que es difícil... —dijo en voz baja.

—Pasar solo una o dos horas al día con él ha sido un infierno. ¡Cazzo! Quiero ser su padre, conocer sus gustos, jugar con él, pasar

un día entero...

—Lo entiendo...

—Así que pareció más que correcto hacer ese acuerdo con tu jefe...

—No entendí...

—Eres una madre cuidadosa, *sirena*, y aunque yo sea el padre de Lucca, dudo mucho que me dejarías quedarme solo con él unos días... —Sonreí, intentando aligerar la conversación—. No es que esperara otra cosa. Soy casi un desconocido para Lucca... para ti...

Aunque haya conocido varias partes de tu cuerpo..., completé en pensamiento, siendo un cabrón.

—Estarías en tu derecho... ningún juez te negaría eso —dije en el mismo tono bajo, y vi varias emociones cruzar por sus ojos.

—Probablemente... Pero ¿a qué precio? ¿A costa de tu malestar?

—Aun así...

—Quiero que estés preparada para eso, que confíes en mí... que veas que soy capaz.

—Eres capaz, Riccardo —dijo suavemente.

—Creo que sí —me encogí de hombros—, pero quiero ser amigo de la madre de mi bebé, y no voy a tener una buena relación

con ella si le provoco inseguridad...

Se quedó pensativa mientras me miraba, y supe que estaba sopesando si podía confiar o no en mis palabras.

—Créeme, por favor —supliqué, cuando sentí que la iba a perder.

—¡Puedes romperme, Riccardo... sabes que puedes! —Su voz era ronca y temerosa.

—Fui egoísta al no haberte consultado antes sobre el acuerdo con tu jefe, pero no voy a ser un hijo de puta contigo otra vez... — Me pasé la mano por el pelo, sintiendo la desesperación recorrerme el cuerpo—. ¡Joder! No quiero seguir discutiendo contigo...

—Lo veo imposible, ya que no siempre estaremos de acuerdo sobre nuestro hijo.

—¿Hablar? ¡Sí! ¿Pelear? No, *sirena*... A pesar de que dijiste que íbamos a discutir, estamos lejos de eso...

—¿Porque soy idiota? ¿Débil?

—Madura —sugerí.

Comenzó a esbozar una sonrisa, pero enseguida se puso seria.

—Egoísta.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué dices eso, Juliana?

Miró hacia su propio regazo.

—Porque, aunque es tu derecho, necesito pedirte una cosa.

Alcé una ceja, esperando.

—Es sobre la custodia de Lucca —murmuró.

Tragué en seco el nudo que se me formó en la garganta.

Por sí solo, ya era un asunto espinoso, y tenía que confesar que le temía, le temía mucho. ¿Por qué? No conseguía explicarlo. Tal vez fuera la prueba de que mi cuento de hadas, que ni siquiera sabía que estaba viviendo, se derrumbara de una vez.

—¿Qué tiene? —apenas reconocí mi propia voz.

—Prométeme que no vas a solicitar la custodia compartida en el juzgado. Sé que no tengo derecho a pedirte esto, que es algo cruel, pero no quiero pasar más de una semana sin poder mirar a mi hijo, sin olerlo, sin ver su sonrisa o escuchar a mi pequeño llamarme mamá...

—Nunca haría eso contigo, Juliana, así como espero que tú nunca lo hagas conmigo.

Me dolía que pensara que yo sería capaz de algo así, tanto que no pude disimularlo.

—Lucca te necesita, Riccardo...

—Como necesita a su madre... Nos necesita a los dos, *sirena*...

Su sonrisa me erizó la piel y alteró mi respiración.

—Yo... —se colocó un mechón tras la oreja, pareciendo insegura, antes de continuar—. ¿De verdad no te importa tener la custodia solo los fines de semana?

—¿Vamos a formalizar legalmente la custodia? Sí, lo haremos, pero para mí no es más que un papel, ya que no hay motivo para que uno de los dos esté lejos de él entre semana o los fines de semana, Juliana... —fui firme al aclarar ese punto.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿De verdad crees que eso es posible?

—¿Por qué no? —se encogió de hombros.

—Es una locura...

—No veo por qué lo sería...

—No es tan simple así, Riccardo...

—A mí me parece bastante simple... —Arqueé la ceja con arrogancia, desafiándola a contradecirme.

—¿Qué pensará tu novia de que pases todo el tiempo conmigo?

—Nada, porque no tengo. Tú fuiste la última mujer con la que estuve, *sirena*. No puedo decir que alguna me haya interesado antes del accidente, salvo tú...

Me contuve para no esbozar una enorme sonrisa al ver un brillo de satisfacción cruzar su rostro.

—Después, estuve más preocupado por volver a aprender a vivir, a hacer cosas simples, como ducharme solo, conducir... — Inconscientemente, sin saber por qué, terminé abriéndome con ella, aunque me sintiera incómodo.

—Entiendo. —No percibí pesar en su voz, ni un sentimiento de lástima, y me sentí aliviado por ello.

Joder. Odiaría ser objeto de compasión por su parte, por más natural que fuera.

—Ahora solo quiero disfrutar de mi hijo... —completé.

—Pero eso no impide que encuentres a alguien, Riccardo.

—Cuando llegue ese momento, discutiremos qué hacer, *sirena*... —Fui arrogante, en realidad, porque me importaba una mierda preocuparme por una posible novia en ese instante.

—Claro —dijo tras respirar hondo.

—¿Algún otro impedimento? —pregunté con tono provocador, pero al instante siguiente mi humor se agrió cuando me vino un pensamiento—: ¿Y tu novio?

Ella soltó una carcajada.

—Ni siquiera tengo tiempo para respirar, Riccardo, imagina para conseguir un novio o un rollo... —dijo entre risas.

—Nunca se sabe... —me encogí de hombros, sintiendo cómo mi musculatura, que hasta entonces estaba tensa, se relajaba.

—¡Teniendo que cuidar de Lucca, trabajar y hacer horas extra, te aseguro que sería un milagro encontrar tiempo! —parecía divertida.

—¿Algún otro impedimento, entonces? —pregunté, y sentí la expectativa burbujeando en mi interior; el miedo a un “no” no era real.

Juliana se mordió los labios de una forma provocativa, y sentí unas ganas inmensas de besarla.

—¿De verdad crees que esto es una buena idea?

—¿Y tú crees que es una tan mala? —repliqué.

—Está bien, podemos intentarlo —dijo tras varios segundos agónicos.

No pude contener un suspiro de alivio al oír eso. Aunque “intentar” no fuera la palabra ideal, era mejor que nada.

Algo se agitó en mi interior con el pensamiento de que no solo pasaría más tiempo con Lucca, sino también con ella. Tal vez no

debería, pero sentí como si pudiéramos retomar desde donde lo dejamos, lo cual era ridículo.

—Si estás de acuerdo, pediré a mi equipo de abogados que inicie los trámites legales, empezando por poner mi nombre en su partida de nacimiento y convertirlo en mi heredero legal. —Intenté ser práctico, ignorando mis deseos.

—¿Sin hacer la prueba de ADN?

Puse una mueca.

—¿Tú qué crees? Me ofende que insistas en eso.

—Está bien —respiró hondo—, organizaré la documentación necesaria.

—También debo iniciar el trámite de ciudadanía italiana para él...

—Tú... —Se puso a la defensiva, como si de algún modo la estuviera traicionando.

—Quiero que conozca mi país, *sirena*... —la interrumpí—. También necesitaréis pasaportes para nuestro futuro viaje en “familia”. Todos juntos, ¿recuerdas?

—¿Por qué tengo la impresión de que me estás manipulando? —bromeó.

—Solo es tu impresión —repliqué.

—No estoy tan segura de eso...

Puse una mueca y, al chasquear la lengua, ella soltó una carcajada.

—Sobre la custodia... —aclaró la voz, intentando controlarse.

—Solicitaré la custodia compartida solo para formalizar, dándote la custodia física de él, no te preocupes... —Pareció aliviada, y el hecho de que confiara en mi palabra me arrancó una sonrisa—. Solo necesitamos establecer el tema de la pensión, para que pueda pagar los atrasos. ¿Tienes alguna cifra en mente?

—Para ser sincera, no... —Le tocó a ella encogerse de hombros—. En realidad, ni siquiera sé si hay una legislación que determine un porcentaje concreto, si existe algún cálculo, o si lo fija el juez.

—Mientras no sepamos, crearé una cuenta a tu nombre para que puedas usar el dinero para cubrir los gastos de él... —Hice una pausa, recordando que nuestro hijo estuvo hospitalizado por un tiempo—. ¿Las deudas del hospital están saldadas?

—¿Cómo sabes eso? —Se sorprendió con la pregunta.

—No fue difícil imaginarlo cuando dijiste que no tenías mucho dinero y que hiciste todo lo posible por ahorrar. Aunque le hayas hecho un seguro de salud, no estoy seguro de que cubra la hospitalización...

—No, no la cubre... —Suspiró, pasándose la mano por el cabello—. No puedo negar que será un dinero muy bien recibido, Riccardo, y que ayudará mucho a saldar la deuda. La verdad, creo que pasaría toda mi vida pagando los gastos del hospital.

—Ya no tienes que preocuparte por eso, *sirena*... —Extendí el brazo de forma automática, buscando su mano. Para mi sorpresa, sus dedos se entrelazaron con los míos.

—No sabes cuánto me alegra y alivia eso. Podré hacer otras cosas con el dinero que gano...

—No tendrás que preocuparte nunca más por asuntos financieros. —Apreté su mano.

—Gracias, Riccardo. ¡Dios, quiero llorar!

—No tienes que darme las gracias. Ya no estás sola, *sirena*. Cumpliré con mi responsabilidad con vosotros, tanto financiera como emocionalmente. Las decisiones serán conjuntas a partir de ahora.

Ella soltó mi mano para limpiarse el rastro de lágrimas.

—¿Veinte millones mientras no tengamos información? —sugerí.

Me miró incrédula, como si me hubieran brotado un par de cuernos en la cabeza.

—¿Estás bromeando, no?

—¿Te parezco que estoy bromeando, *sirena*? —fruncí el ceño.

Siguió mirándome de la misma forma y no pude negar que sentí cierta diversión.

—Sabes que esa cantidad es absurda, Riccardo.

—No veo ningún problema con el monto... —me pasé la mano por la barba, divertido—. Pensándolo bien, debería ser mucho más... Quiero que Lucca y tú tengáis el mismo nivel de vida que yo...

—¡Yo no entro en tu ecuación, Riccardo!

—En lo que a mí respecta, sí... —soné arrogante.

—Y aún dices que no quieres controlar mi vida. —Puso los ojos en blanco.

—Juliana, lo siento, yo...

—Siempre te hago caminar sobre huevos, ¿no es así?

—No lo pondría de esa forma.

—Eres un buen diplomático... —dijo suavemente.

—No mucho, pero en este caso tengo mucho que perder...

—Y aún dices que no sabes apaciguar los ánimos —me provocó.

—Me alegra estar teniendo algo de éxito... —mostré los dientes como si fuera un tiburón.

Ella echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Ya que estamos negociando —hizo un gesto displicente con la mano—, voy a abrir una cuenta de ahorro para Lucca, y lo que no gaste en sus necesidades lo guardaré para cuando sea mayor, para que haga lo que quiera con ese dinero.

Asentí, aunque de mala gana.

—Puedo hacer algunas inversiones más rentables a largo plazo para él.

—Me gusta esa idea —sus labios se curvaron hacia arriba.

Era fácil devolverle la sonrisa.

—Sobre el tema de tu trabajo... puedo llamar a tu jefe y hablar con él, para que vuelvas si así lo deseas... —dije, incómodo, cuando el silencio cayó entre nosotros.

Sus ojos brillaron, pero no pude descifrar el motivo.

—Sé que parece incoherente, ya que quería discutir contigo por eso, pero creo que podemos pasar este tiempo juntos como tú querías, Riccardo, para que conozcas mejor a nuestro hijo y estrechéis más vuestros lazos —soltó un suspiro—. Sería egoísta por mi parte negaros eso a los dos.

—Te lo agradezco, *sirena*.

—Aunque dudo que cierto alguien no vaya a trabajar estos días... —me provocó.

—Quisiera decir que no —me rasqué la barba, esbozando una sonrisa incómoda—. Cancelé varios compromisos para organizar mejor mi tiempo, pero algunas cosas son inevitables, por desgracia.

—Me lo imagino, pero así es la vida, ¿no?

—Sí.

—Pero no vayas pensando que todo será diversión —fingió una cara seria, jugando conmigo—, tendrás pañales que cambiar, baños que dar y otras tareas, *papá*.

Me eché a reír, demasiado eufórico con la perspectiva de cuidar de Lucca.

—Tú mandas. Pero creo que me será más fácil desempeñar esa tarea en mi casa, ya que está adaptada. ¿Algún problema?

—Todo está bien para mí.

—De acuerdo... —Empujé mi silla hacia atrás—. ¿Tienes planes para esta tarde?

—¡Sabes que no! —Chasqueó la lengua, reprobándome, y yo terminé riendo otra vez.

—¿Por qué no vamos a buscar a Lucca a la guardería y pasamos el resto del día juntos?

—¿Por qué no? —murmuró—. ¿Pero no estabas ocupado?

—Nunca lo estoy para vosotros... —bromeé.

—Muy diplomático...

—¿Vamos?

—Tengo que ir al baño primero. —Se levantó de un salto.

—Claro. Es la segunda puerta a la izquierda —dije, divertido.

Cuando se dio la vuelta, fue imposible no mirar su culo. Sentí el deseo acumularse dentro de mí de forma visceral.

¡Schianto!

A solas, fue difícil no dejarme llevar por la ilusión, probablemente tonta, de que, quién sabe, pudiéramos ir conociéndonos y, con la convivencia, ella acabara convirtiéndose en mi mujer.

Capítulo dieciséis



La sílaba que gritó mi hijo en medio del sonido de una nota musical, seguida de la risa de Riccardo, hizo que apartara la atención de las verduras y hortalizas que estaba cortando para que Lucca pudiera comer de forma segura, y me quedé mirando a los dos, que sentados en el suelo parecían divertirse muchísimo con el juguete electrónico ensordecedor.

Era sorprendente que Lucca estuviera tan entretenido con su padre, primero porque los bebés de su edad no solían mantenerse concentrados en algo durante mucho tiempo; segundo, porque él prefería estar gateando o intentando caminar en lugar de quedarse

sentado; y tercero, porque el juego ya duraba más de una hora. Los únicos movimientos que hacía durante ese tiempo eran arrastrarse sobre el culo por el suelo o intentar subirse encima de Riccardo para alcanzar algo.

—Este es el verde, *figlio*, no el azul —corrigió.

—¡Ve-ve-ve! —gritó, golpeando el juguete con su manita, que volvió a emitir sonidos.

—¡No, hijo! —Vi a Lucca alzar su carita para mirar a su padre, con expresión curiosa, antes de apretar otro botón que hizo un ruido diferente—. Ahora este es el azul.

Acabé sonriendo cuando nuestro hijo gritó al mismo tiempo que sacudía los brazos y las piernas. La expresión de Riccardo parecía tan feliz...

Yo era un torbellino de emociones que chocaban entre sí y me dejaban en conflicto.

Volví a cortar las verduras para preparar la cena. Una parte de mí me decía que aún debería estar enfadada con Riccardo, sumida en la decepción por lo que había hecho, no sonriéndole ni actuando como si horas antes no hubiese querido no volver a verle la cara jamás. Eso me hacía cuestionarme si tenía amor propio.

Incluso si tuviera un mínimo de consideración por mí misma y por mis sentimientos, eso parecería insignificante comparado con la compasión que sentía por Riccardo.

Me había conmovido la desesperación en el tono de su voz al explicar por qué había hecho el acuerdo con Henry, el arrepentimiento que parecía sentir, que se evidenciaba en su expresión, en su mirada. Había sacudido todas y cada una de mis reservas cuando vi en él un reflejo de mí: que lucharía por Lucca, lo que me dio miedo, pero no luchó, no peleó. Riccardo fue lo bastante generoso como para permitirme tener la custodia física de Lucca.

Podría ser una completa idiota por ser tan crédula y creer en las palabras del italiano, pero yo creía. Con todo mi corazón.

El resentimiento que sentí parecía débil comparado con el alivio que me invadió y reverberó por todos mis músculos y también en mi alma cuando explicó sus motivos. Y, si necesitaba algo más para intentar borrar lo ocurrido, ver a los dos jugando y divirtiéndose juntos era razón más que suficiente.

Una vez más, miré al padre y al hijo, que reían por algo. El amor entre ellos crecía a cada segundo, de forma arrolladora, lo que me dejaba aún más descolocada.

Con un suspiro, terminé de cortar las verduras y hortalizas, pero antes de que pudiera ponerlas a cocer en la olla eléctrica, un gritito seguido de otra carcajada hizo que los mirara de nuevo.

—¡Dios! —susurré, incrédula, al ver a Riccardo tumbado en el suelo mientras levantaba al niño inquieto por el tronco. Los dos reían a carcajadas.

Me acerqué hasta donde estaban, apoyando la mano en la cintura.

—¿Qué estáis haciendo? —Fruncí una ceja y ambos me miraron, pero enseguida Lucca estaba intentando tirar de la barba de Riccardo.

—¡Nos lo estamos pasando bien! —Los ojos brillantes y la sonrisa relajada del italiano hicieron que el corazón se me acelerara y las piernas me flaquearan.

¡Dios! ¡Ese hombre era tremendamente sexy!

Siguió mirándome, y un calor se acumuló en mi bajo vientre.

—¡Da-da-da! —Mi hijo reclamó la atención de Riccardo, que volvió a subir y bajar al pequeño, arrancándole carcajadas, y solo entonces me di cuenta del deseo impropio que sentía y que no tenía cabida delante de mi hijo.

—¿Quieres venir a divertirse con nosotros? —me provocó.

—¿Revolcarme en ese suelo sucio? —Torcí los labios como si me diera asco—. ¡Ni loca!

—Ni está sucio, *sirena*, nunca he visto una casa más limpia, ¿verdad, *figlio*?

Lucca respondió con un gritito, riéndose cuando sus deditos se enredaron en la barba de él.

Fruncí una ceja y negué con la cabeza.

—Hablando de suciedad, ya es hora de que este grandullón se bañe.

—¡Es muy pronto! —Riccardo hizo un puchero mientras seguía jugando con el niño—. ¡Nos lo estamos pasando genial aquí!

—Para nada. Dentro de una hora vas a ver cómo se pone cuando tiene hambre —puse los ojos en blanco—, ¡se pone terrible, arma un berrinche tremendo!

—¿De verdad, Lucca? ¿O es que tu madre exagera? —le preguntó al bebé.

Lucca soltó una carcajada, y Riccardo le dejó un beso en su manita babosa.

—¿Quieres comprobarlo? —Fingí estar enfadada.

—Mejor no, ¿verdad, *piccolo*?

—¡Na-na-na! —le dio una palmadita en la cara a Riccardo.

—No se puede hacer daño al papá, hijo —corregí.

Lucca me miró, poniendo morritos. Entendía perfectamente el significado de “no”.

—¡No me está haciendo daño, Juliana!

—Pero tenemos que corregirlo... ¡Hijo! —me interrumpí al ver que Lucca repetía el gesto—. ¡Solo se puede hacer cariño!

Poniéndome de rodillas, tomé al bebé por la muñeca y lo animé a hacerle caricias en la cara a su padre.

Nuestras miradas se cruzaron y, por unos segundos, mientras nuestro hijo daba pequeños grititos, me quedé atrapada en la mirada emocionada de Riccardo, que mostraba una sonrisa distinta, como embelesada. Era la sonrisa más bonita que había visto jamás.

Mi pulso se aceleró y se me erizó el vello de la nuca.

—Mejor así, ¿verdad? —Mi voz sonó ronca.

—Sí —murmuró—. Estoy completamente rendido a él, Juliana. Lucca ya es el dueño de mi corazón.

Al ver a los dos tan juntos, no me quedaron dudas de que Riccardo realmente ya se había entregado por completo a nuestro hijo.

Sonreí y luché contra las lágrimas. ¡Dios! Lloraba por todo.

—¡Da-da! —Lucca empezó a agitarse, cansado de acariciar al padre.

La mueca de Riccardo me hizo reír.

—Todo lo bueno dura poco —dijo, refunfuñando, cuando retiré al pequeño de encima de él y lo senté en el suelo.

Ignorando al padre, Lucca se giró hacia el juguete y gateó hasta cogerlo. Sus grititos de alegría se hicieron oír.

—Momentos como este se repetirán muchas veces —intenté animarlo.

—¡Ojalá!

Con una agilidad sorprendente, apoyándose en los codos, Riccardo incorporó el torso y se sentó.

—¿Puedes traerme la silla?

Parecía incómodo por tener que pedirlo. Yo la había apartado para que Lucca no intentara subirse, y me sentí incómoda al verlo así.

—¡Claro! ¡Y más aún sabiendo que tú vas a bañar al niño, papá! —dije en tono de broma, intentando suavizar el ambiente mientras iba a por la silla.

—¿Yo?

—¡Sí!

Coloqué la silla cerca de él, lo que llamó la atención de Lucca, que, emitiendo sílabas inconexas, dejó el juguete ruidoso y gateó en nuestra dirección.

Me encontré con nuestro hijo a medio camino, cogiéndolo en brazos antes de que alcanzara la silla.

Se quedó mohíno porque le había alejado su diversión.

—¡Ma-ma-mamá!

—¡La silla de papá no es un juguete, hijo!

—¡Ma-ma-ma!

—¡Papá te va a dar un baño!

—Lo intentaré, nunca lo he hecho —dijo con diversión en la voz.

Riccardo se movió para quedar de espaldas a la silla y, lanzando los hombros y los brazos hacia atrás, sujetó los laterales, intentando incorporarse.

—¡Siempre hay una primera vez! —Intentó impulsarse hacia arriba, pero no lo consiguió.

Nuestras miradas volvieron a cruzarse, y vi no solo incomodidad, sino también frustración.

No supe cómo reaccionar, si debía ofrecer ayuda, pero, tras unos segundos, lo intentó de nuevo y lo logró.

—Tengo que entrenar más veces el movimiento en la rehabilitación —dijo tranquilamente, acomodando las piernas, colocando los pies sobre los pedales.

—¿Todavía haces fisioterapia? —Saqué el tema, meciendo a Lucca mientras, con un gesto de cabeza, invitaba a Riccardo a seguirme.

—Sí. Tanto para aprender cosas nuevas como para que mis músculos no se atrofien.

—Mmm.

—Y voy al gimnasio, para intentar mantener al menos el torso definido.

Antes de llegar al cambiador, me giré con el niño inquieto en brazos y dejé que mi mirada recorriera su cuerpo.

Aunque estaba visiblemente más delgado, la camisa de vestir hecha a medida dejaba en evidencia todos los músculos de los brazos. El abdomen y el pecho, solo podía imaginar que estaban bien firmes.

Invadida por una oleada de calor, me giré y acosté a Lucca sobre el mueble, pero terminé diciendo en voz alta:

—A mi parecer, estás muy bien...

—¿De verdad? —lo escuché acercarse.

—Sí. —Empecé a quitarle la ropa a nuestro hijo.

—¿Tú crees? —La voz ronca me provocó varios escalofríos en el cuello. Fue como si me acariciara.

—Sabes que sí... —murmuré, sabiendo que estaba coqueteando con él.

—¿Cómo haremos para que yo lo bañe? —Cambió de tema y me sentí decepcionada por no haber recibido una respuesta a mi elogio, a pesar de los cambios en mi cuerpo.

Tontamente, quería que una vez más me encontrara extremadamente atractiva, pero no lo era.

—¿Juliana?

—El baño es amplio y la bañerita que suelo usar tiene altura ajustable y también tiene hendiduras... Solo no te garantizo que no acabarás empapado.

—Quizá sea mejor quitarme la camisa entonces —susurró, y tragué saliva.

—Siéntete cómodo —fingí normalidad—, ipero creo que no te vas a librar de todas formas!

—Es parte del juego...

Suspiré. Rápidamente terminé mi tarea, mientras Lucca gritaba, ya que no le gustaba mucho quedarse desnudo, aunque

adoraba meterse en el agua.

Tomando al niño en brazos, me giré hacia Riccardo justo a tiempo para verlo quitarse la camisa.

Se me secó la boca. Dejé que mi mirada recorriera la línea de sus hombros, el pecho musculoso, con los vellos oscuros que sabía que eran sedosos, deslizándose por el abdomen, que quizás ya no tenía los cuadritos de antes, pero seguía estando marcado.

Guapísimo. Sin duda, Riccardo sabía lo bueno que estaba.

Al darme cuenta de que lo estaba mirando demasiado, aparté la vista y escuché un sonido apagado.

Caminé hasta el baño, que por suerte era accesible y permitiría que él estuviera cómodo para bañar a nuestro hijo. Muchos pensarían que era ridículo de mi parte delegarle la tarea a Riccardo, pero, desde mi punto de vista, un padre debería saber cuidar de un hijo, sin limitarse a que sea la madre quien ejecute todas las tareas.

Confiaba en Riccardo en ese sentido; en lo que no confiaba era en mis emociones y en el deseo que aún sentía por él, incluso después de tanto tiempo...

Capítulo diecisiete



—Espero que no te ofendas por mis simples espaguetis con albóndigas —bromeó al colocar la fuente sobre la mesa.

No se me pasó por alto la mirada rápida de aprecio que me dirigió, lo cual me dejó eufórico.

¡Joder! Saber que aquella mujer aún me deseaba alimentaba mi ego de muchas formas, pero, al mismo tiempo, me sentía raro. Durante el baño de Lucca, que fue más difícil de lo que imaginaba por lo inquieto que era el niño y lo mucho que salpicaba agua por todas partes, fue imposible que mi brazo no rozara varias veces el de Juliana mientras ella me enseñaba cómo proceder, y también que los

dos no intercambiáramos miradas cómplices y divertidas ante las travesuras de nuestro hijo. Ella me hacía arder por dentro y, al mismo tiempo que quería tomarla de nuevo para mí, también deseaba conocerla un poco más antes de eso.

—Huele de maravilla —dije, intentando desviar mi atención de mi sexualidad, que había quedado en segundo plano.

—¡Bo-bo! —Miré a mi hijo, que metió la mano en su platito mientras sus piernecitas se movían con entusiasmo.

Era una cosa extremadamente adorable, y me pareció aún más tierno cuando cogió un trozo de verdura y se lo llevó a la boca, hincando los dientecitos y comenzando a masticar.

—Probablemente solo el olor, ya que la pasta y la salsa son industriales... —hizo una pausa dramática, pero pronto vi la comisura de sus labios curvarse—: ¡Nada italiano!

Reímos a carcajadas, lo que hizo que Lucca soltara la verdura en el plato.

Moví la silla sin querer y golpeé mis rodillas contra el tablero de la mesa baja. Buscando una posición más cómoda, giré la silla para quedar de lado, de modo que no estuviera golpeando la estructura de hierro todo el rato. Podría intentar disimular mi incomodidad,

pero era inútil, ya que vi en los ojos de Juliana que era consciente de ello; sin embargo, no dijo nada.

—Solo intentaba ser amable para no ofender a mi anfitriona...
—bromeé.

—Ya... —murmuró cuando, girando un poco el torso, extendí el brazo, tomé su plato y comencé a servirle primero.

—¿Está bien así? —pregunté, sin saber cuánta cantidad solía comer.

—Bastante comida, la verdad. Solo debería comer la mitad.

—Muy poco —dije, contrariado, deteniéndome con el cubierto en la mano.

—Necesito perder el peso que gané durante el embarazo.
Aunque él fuera pequeño, engordé bastante.

—¿De verdad? —Mi ceño debió de arrugarse tanto como lo fruncí—. No lo parece, *sirena*.

Juliana echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—Realmente, Riccardo, si no fueras un empresario de éxito, deberías haber intentado un puesto en el gobierno italiano como diplomático. —Continuando con la risa, cogió el plato de mi mano y nuestros dedos se rozaron, y los sentí arder.

Miré su brazo, buscando saber la reacción de Juliana ante mi contacto. Ver sus vellos erizados alimentó mi ego, tanto que me sumergí y me perdí en aquella atracción.

—¡Bo-bo-bo-bo! —Nuestro hijo gritó, entonces Juliana rompió el contacto, que no debió de durar ni diez segundos, haciendo que se me escapara un largo y resignado suspiro.

—Calabaza, mi amor —dijo.

Acabé mirando a nuestro hijo, que tenía la boquita, las manos y la ropa manchadas de comida. ¡Qué ricura de niño!

Quise reírme de mí mismo al darme cuenta de que habían bastado unos días para babear por él.

—¡Bo-bo-bo!

—¡Casi, *figlio*! —Empecé a servirme espaguetis.

—¡A-bo-bo! —Me tendió un trozo de verdura mordido.

—Eso es zanahoria, mi amor —dijo Juliana, y el niño se giró al oír su voz, pero enseguida volvió a mostrarme la verdura.

—¿Bo-bo?

—No quiero zanahoria, *figlio*, papá va a comer los espaguetis de mamá —le hablé al niño, cuando sacudió la zanahoria en mi dirección.

Lucca puso un puchero para mí y, blando como era, estuve a punto de ceder y alargar el brazo para coger el trozo de verdura que me había ofrecido, pero lo tiró de nuevo al plato y cogió un pedazo de carne.

—Está riquísimo, sirena —dije al terminar de masticar la pasta.

—Pasable, y lo sabes... —arqueó una ceja hacia mí.

—He comido pastas auténticamente italianas que no estaban cocidas en su punto como esta...

—Si tú lo dices... —se encogió de hombros—. El experto en comida italiana aquí no soy yo. De hecho, para mí podía haberla cocido un poco más, mucho más...

—¿Hasta que se haga papilla? ¡*Madre di Dio*, eso sería asesinar la pasta! —la provoqué, forzando mi acento y llevándome la mano al pecho de forma dramática.

La risa infantil de mi hijo, acompañada de un gritito, me volvió aún más tonto, pero al mirarle, vi que en realidad se estaba divirtiendo con la comida. Emití un sonido de decepción.

—Siempre vas a perder contra la comida, Riccardo... —dijo Juliana entre una risita.

Mi hijo gritó una sílaba y supuse que era sobre la comida.

—Puedo ver —murmuré, pero acabé sonriendo—. Tiene bastante apetito.

—Sí, por suerte, o creo que me volvería loca. —Llevó el tenedor a la boca y masticó despacio—. Lucca se adaptó bien a la introducción alimentaria. Tuve problemas con una u otra verdura y fruta, pero no voy a forzar.

Volví a comer y saqué tema, recordando algo que había leído en internet después de descubrir que era padre.

—¿La comida no lleva sal?

—Sin sal, y tampoco le doy nada con azúcar —hizo una pausa—, pero no sé si podré mantenerlo así mucho tiempo; al fin y al cabo, tiene contacto con otros niños en la guardería.

—Podemos intentarlo...

—Sí, pero es casi imposible huir por completo de la *junk food* americana... Todas las tiendas están llenas de dulces y aperitivos salados.

—Por desgracia, es cierto.

—No es que no estén buenos... —negó con la cabeza—, yo misma estoy obsesionada con los aperitivos...

—¿En serio? —No oculté mi sorpresa.

—No es que me enorgullezca de ello, pero si me dejas, solo comería eso, sobre todo *pretzels*. —Suspiró—. Solo de pensarlo, se me hace la boca agua.

—Nunca los he probado...

—¡No me lo puedo creer! —Prácticamente soltó un gritito, indignada, y yo torcí los labios, divertido por la mueca que hizo.

—¿Ma-ma-ma? —Lucca giró el cuellito en su dirección.

—Perdón, cariño, no quise asustarte —dijo en un tono calmado.

El tiempo pareció suspenderse cuando imaginé que iba a llorar, pero el niño simplemente cogió su vasito de plástico y empezó a beber el líquido.

—Es muy raro que nunca hayas probado *pretzels*, Riccardo...

—¿De verdad? —dije con tono descarado, entre los balbuceos de Lucca—. ¿Por qué?

—¡Es un icono nacional!

Me encogí de hombros.

—Nunca me atraieron.

—¡Eso es un insulto! —masculló, y acabé riéndome por lo bajo—. Si tuviera alguno aquí en casa, te daría para que probaras.

—¿Y por qué no tienes, si te gustan tanto? —la provoqué.

—¡Porque me los como todos de una vez! —hizo un mohín—. ¿Y recuerdas que te dije que estoy intentando perder unos kilitos, sin éxito?

—Sí, lo recuerdo —intenté disimular mi disgusto.

Stronzo.

Estaba seguro de que seguía siendo la mujer más guapa que había visto. ¡*Buenorra!*

—Pero de vez en cuando no hace daño —me obligué a decir, cortando ese flujo de pensamiento.

—No, no hace —se rió, y luego señaló mi plato casi intacto—. ¡Come, antes de que se enfríe! ¿O está tan malo? No hace falta fingir que está bueno, sé que soy una pésima cocinera...

—¡No es para tanto! —la defendí de sí misma, y volví a comer.

—Si hay algo que detesto, es cocinar...

—Puedes contratar a una cocinera, *sirena* —dije suavemente, arrepintiéndome al instante, sabiendo que había dicho lo que no debía y que eso podría ponerla otra vez a la defensiva.

—¡Quién sabe! —se encogió de hombros, y me sentí aliviado de que Juliana no se lo hubiera tomado a mal.

Terminamos la cena hablando de cosas triviales e interactuando con nuestro bebé, que gritaba, reía e intentaba

conversar. Descubrí que tenía realmente hambre y acabé comiendo de más. Mientras Juliana se encargaba de los platos, me puse a jugar con Lucca, pero, estando empachado, fue todo un reto.

El niño tenía tanta energía que resultaba sorprendente, sobre todo estando también con la barriguita llena.

Hubo un momento en que ya no pude entretenerlo más con los juguetes, porque quería gatear y caminar, lo que me provocó cierta ansiedad y también preguntas sobre las limitaciones de mi propio cuerpo. Estaba a punto de pisar el borde del precipicio de la amargura, cuando Juliana me ayudó e inventó el juego de “caminar hasta papá”, haciendo que el pequeño fuera hasta ella y luego regresara hacia mí.

Sentí gratitud hacia la mujer que transformó mi angustia en mi mayor alegría, porque no había nada mejor que ver la sonrisa adorable de mi hijo, que daba grititos mientras se acercaba con pasos diminutos hacia mí. Su risa, cuando me alcanzaba y yo le hacía tonterías, me calentaba el alma, tanto como ver el brillo en los ojos de Juliana, que compartía la misma felicidad.

Nuestra conexión, incluso sin pronunciar una sola palabra, se hacía más fuerte a cada instante y provocaba en mí una oleada de sensaciones que me dejaban liviano. Aunque no fuera un hombre

especialmente religioso, pedí al cielo que momentos como ese ocurrieran siempre y que pudiéramos ser una familia.

Capítulo dieciocho



—Estoy tan emocionada por ti, amiga —dijo Thais con entusiasmo mientras yo terminaba de arreglar mis cosas.

—No es para tanto, amiga —murmuré entre el gritito de mi hijo, que se lo estaba pasando en grande con uno de los juguetes que su padre le había regalado.

—¡Claro que lo es! —Por el rabillo del ojo vi que hacía un puchero.

—No veo por qué lo sería...

—¡Vas a pasar una semana en la mansión de Riccardo, amiga!

—Sabes que se estaba volviendo inviable para él tener que venir y volver todos los días...

—Aun así, amiga...

—¡Lo estamos haciendo por Lucca, Thais! —mi voz salió más alta de lo que me hubiera gustado.

—Muy oportuno por su parte exigir que participes en todo... —dijo con un tono malicioso.

—Riccardo ha renunciado a tantas cosas por mí... —suspiré, recordando los documentos que había firmado, dándome la custodia legal de Lucca—, y fue muy amable por su parte permitirme participar en todo, amiga, para que me sienta más segura.

—Riccardo es un mártir, ¿verdad, Lucca? —dijo con sorna—. ¡Debe de ser un gran sacrificio para él estar cerca de una tía buenorra como tu madre!

Soltó una carcajada, y con eso hizo reír también a mi hijo.

—Pobre Riccardo... Me muero de pena por él.

Me giré hacia ella con el rostro serio.

—¡Deja de ser infantil, Thay! —le solté.

Me sacó la lengua y yo acabé poniendo los ojos en blanco.

—No voy a discutir contigo, amiga...

—Porque sabes que tengo razón —siguió parloteando—. Podré ser inexperta, pero es evidente que ese hombre no te ve como una amiga, Ju.

Cerré los ojos, pidiendo fuerzas al cielo, y aunque luchara contra ello, el recuerdo de Riccardo mirándome se coló en mis pensamientos, erizándome la piel y provocándome una tensión en el vientre.

Él me deseaba, eso no podía negarlo, tanto como tampoco podía mentir que los dos coqueteábamos, que nos mirábamos demasiado. El deseo era latente, pero él siempre me echaba un jarro de agua fría al no hacer nada, y eso empezaba a molestarme.

Podría haberlo besado, pero, como la primera vez, esperaba tontamente que él tomara la iniciativa al decir que era un hombre hambriento de mí. Lamentablemente, con el paso de los días, solo me quedaba más claro que ese beso no ocurriría si yo no lo pedía.

El día a día también revelaba que muy bien podría llegar a enamorarme de él. La convivencia hacía que conociéramos manías, expresiones faciales, gustos, y compartiéramos cosas del pasado, trivialidades del presente, como el trabajo de Riccardo.

No hablábamos del accidente ni discutíamos mucho sobre el futuro. Me gustaba, aunque tuviera un punto de arrogancia. Era

inevitable no encariñarse con ese hombre cariñoso, sonriente, que estaba demostrando ser un padre excelente, aunque aún estuviera en proceso de aprender y adaptarse a algunas de las exigencias que Lucca imponía.

—Mírame y dime que no estás ni un poco ansiosa por esto, Juliana —la voz, seria, me trajo de vuelta al presente.

—Has ganado, Thay. Realmente es imposible no sentirme agitada por dentro. ¿Contenta? —dije y retomé mi tarea de coger cosas del armario.

—¡Mucho!

Empezó a dar palmadas de felicidad y, entre el ruido, escuché a mi hijo reír. Sonreí al mirar a Lucca, que empezó a imitar el gesto de Thais. Le encantaba el sonido de las manos al chocar.

—¿No quieres venir conmigo, Thay? —cambié de tema.

—¿Y estropear el momento en familia? No, gracias.

—Riccardo ha organizado una barbacoa hoy con su mejor amigo para presentarle a Lucca a él y a los chicos...

—Entiendo.

—Allí hay piscina... En realidad, dos. Dijiste que hacía tiempo que no te metías en una y que estabas loca por darte un chapuzón.

—Es verdad, ¡y debe de ser una señora piscina! —dijo, entusiasmada.

—Digna de multimillonarios, con cascada de piedra, esas cosas... —bromeé con ella, girando el cuerpo para mirarla de frente.

Thais se echó a reír.

—¿Fondo de azulejo?

—¡Por supuesto!

—Hummm...

—Además, tiene varias palmeras. Tumbonas... Solo le falta la vista al río para darle un aire más tropical...

—Un pequeño paraíso...

—Sí... No veo la hora de ver salir el sol entre las montañas...

—Muy romántico... —Sus ojos brillaron de emoción. Entonces cogió en brazos a mi niño, que había gateado hasta ella e intentaba escalarle las piernas.

—Sí... —acabé suspirando.

—¿Qué pasa, amiga? —pregunté al ver cómo su expresión alegre se transformaba.

—Ya sabes, mi padre casi nunca me deja salir sin él. —Se encogió de hombros.

Hice un mohín. Era verdad.

—Puedo pedirle a Riccardo que lo invite también...

—¿Para que acabe emborrachándose y creyendo que una estatua está interesada en mí? No, gracias. —Su voz sonó áspera, pero sabía que no iba dirigida a mí. Solo estaba frustrada con toda la situación.

Cada vez, me tragaba las ganas de pedirle que se viniera a vivir conmigo y se liberara de su padre, pero sabía que, con él viviendo en el piso de abajo, difícilmente tendríamos paz.

Deseaba ver a mi amiga libre. ¡Dios! ¡Era tan difícil ver todo aquello y no poder hacer nada!

—Además, hoy tiene una quedada con los amigos en el bar —añadió.

—Puedo intentar hablar con él, Thay. Al fin y al cabo, es un asunto de familia...

—Sabes que es una pérdida de tiempo, Ju...

—El no ya lo tenemos. —Me encogí de hombros.

—¡Ta-ta-ta! —gritó mi hijo, llamando la atención de mi amiga.

—¿Lucca?

—¡Ta-ta-ta! —empezó a flexionar las piernecitas, arrancándole una sonrisa.

—¡Cariñito de la tía! —gritó, antes de llenarle la carita de besos, haciendo ruiditos graciosos para divertirlo.

—¿Y entonces, Thay?

—Puedes intentarlo, pero sé cuál será el resultado... —dijo, desanimada.

—Vale. —Asintió.

—¿Juliana? —preguntó después de varios minutos jugando con Lucca.

—¿Sí?

—Si mi padre me deja, ¿tienes un bikini que me puedas prestar? Mi padre nunca me permitiría comprar uno —murmuró.

—Por suerte para ti, tengo dos modelos nuevecitos... —Mis labios se curvaron con picardía—. ¡Y tenemos aún más suerte de que no tenga por qué enterarse!

Le guiñó un ojo, y ella soltó una carcajada.

—¿Vamos? —Dejó la ropa a un lado; ya me ocuparía de eso después.

Asintió, y quitando a Lucca de su regazo y poniéndolo en el suelo, se levantó. Luego ayudó a mi hijo a ponerse en pie también, ofreciéndole apoyo para caminar.

Respiré hondo y reuní el valor para salir de mi piso y enfrentarme a su padre.

Haría todo lo posible para que mi mejor amiga viniera con nosotros, y me prometí a mí misma que no fallaría, aunque tuviera que omitir cierta información en el proceso.

Capítulo diecinueve



—Vas a quemar las verduras de mi hijo, Edgar —le dije en voz baja, para que solo él me oyera, sin ocultar mi diversión.

—¡Mierda! —Mi amigo apartó la mirada de la piscina y, tomando las pinzas, fue a darles la vuelta a las verduras.

No pasó ni un minuto cuando volvió a mirar en la misma dirección. Arqueé una ceja hacia él mientras llevaba mi botella de refresco a los labios.

—¿Quieres que ocupe tu lugar? —lo provoqué—. Vas a dejar que se queme todo así.

—Necesito vigilar a los gemelos y al Batata...

—¿Cada minuto?

—¡Sabes cómo son! ¿Viste lo que hicieron, saltando desde el borde de la piscina? —Se encogió de hombros.

—Lo sé... —dije con incredulidad.

—No me lo perdonaría si les pasara algo...

—Ya lo sé... —murmuré, y luego volví a provocarlo—: Pero hasta ahora te han hecho caso.

—Aun así, tengo que ser precavido, joder...

—No te pongas nerviosito, Edgar...

—¡Vete a la mierda, tío!

No pude evitar reírme a carcajadas del descontrol de mi mejor amigo, aunque fuera algo habitual.

—¡Hostia! —resopló, y no necesitaba mirar hacia la piscina para saber la razón de su exclamación.

Conocía a Edgar desde hacía años y, aunque sabía disimular bien delante de los demás, en cuanto Juliana presentó a Thais, mi mejor amigo pareció trastocado por la presencia de la chica. La excusa de vigilar a los gemelos era solo eso, un pretexto bastante flojo, incluso para él mismo, para mirar disimuladamente a Thais... pero ¿quién era yo para juzgarlo?

A pesar de la broma de que casi dejaba que se quemara la barbacoa, yo hacía prácticamente lo mismo: no podía apartar la vista de Juliana y Lucca.

Mis ojos los buscaron automáticamente y acabé sonriendo al ver a mi hijo en el flotador de patito que le había comprado. Entre gritos y risitas, Lucca chapoteaba con las manos y las piernecitas con la ayuda de Juliana. Saqué el móvil del bolsillo y, además de grabar un vídeo de la escena, tomé varias fotos de ellos, que luego le envié a ella, que sin duda adoraría tener otro recuerdo más para su colección, que ahora también incluía muchas fotos más con Lucca.

—Tienes todo para conseguir una familia preciosa, tío. ¡Jodida suerte! —comentó Edgar cuando, consciente de que yo los observaba, Juliana sostuvo a nuestro hijo en brazos para posar en una foto.

—Tú también puedes tener esa suerte, *amico* —comenté.

Frunció el ceño.

—Yo ya tengo una familia preciosa...

—Pero podría estar aún más completa...

—¡Vete a tomar por culo! —murmuró.

—¿No te sientes solo? —Ignoré su mal humor.

—Sabes que no. —Se pasó las manos por el pelo, visiblemente incómodo.

—Lo sé... Ella se ha llevado bien con los gemelos y con el Batata —susurré.

—Son fáciles de tratar —se justificó.

—No siempre...

—¡No jodas, tío! ¡Son unos angelitos! —gruñó.

No pude evitar reírme de su cara.

—Mientras te preocupas por mí, te estás perdiendo el espectáculo de tu *sirena* en bikini... —soltó con tono malicioso.

Solté un taco, sintiéndome de repente irritado y con ganas de partirlo en dos solo porque Edgar estaba mirando a mi mujer, pero cualquier palabra que pudiera decir se me quedó atragantada en la garganta.

Dejé que mi mirada recorriera lentamente el cuerpo que una vez había probado, redescubriéndolo sin varias capas de ropa, odiando la distancia que me impedía devorar cada detalle de ella.

La sangre me corría veloz, haciéndome respirar con dificultad.

Había algunos cambios en su cuerpo, probablemente por el embarazo, como el vientre algo más abultado, pero, *stronzo*, seguía

siendo el mismo espectáculo, o incluso mejor, ya que los muslos estaban aún más gruesos y los pechos, más llenos.

—¡Buenorra!

La risa de Edgar mientras me daba unas palmadas en el hombro me hizo darme cuenta de que había dicho la palabra en voz alta, pero me importaba una mierda el imbécil, completamente hipnotizado como estaba por sus curvas y por cada trozo de piel expuesto por el bikini pequeño que la hacía tremendamente sexy.

El deseo palpitaba en cada rincón de mi ser, y cuando se dio la vuelta y vi ese culo perfecto, sentí que me faltaba el aire.

Stronzo. Los recuerdos de mis manos apretando aquella carne suave mientras ella se movía contra mis palmas me pusieron en apuros.

—Cierra la boca, tío, pareces un perro babeando por un hueso que no puede tener —dijo Edgar con tono burlón.

—¡Vete a la mierda! —alcancé a decir justo cuando, con un salto elegante, ella se lanzó a la piscina y dio unas brazadas hacia Lucca, que, con la ayuda de Thais, “nadaba” en dirección a su madre.

—No sé cómo la gata todavía se siente atraída por un baboso como tú... —continuó.

—¡Del mismo modo que una loca va a gustar de un imbécil arrogante como tú! —le solté.

—Solo una idiota cometería ese error. —Se encogió de hombros—. Está bien que estoy bueno, pero siempre será solo sexo.

—¡Eres un idiota!

—Yo diría realista.

—Tan realista que no has dejado de babear desde que pusiste un pie aquí...

—¡Qué viejo coñazo de mierda! Antes eras más majo, tío.

—Solo estoy siendo *realista* —lo provoqué—. Tienes suerte de ser un maldito disimulado.

—¿Por qué no te ocupas de tu propia vida en vez de meterte en la mía? —Se pasó la mano por el pelo—. ¡Ve y fóllate a tu mujer, Riccardo, que bien lo necesitas! La tía te está tirando la caña y tú rechazando algo que los dos queréis sin ninguna razón...

—Ya te dije... —respondí con aspereza.

—Se puede conocer a alguien en la cama... O mejor dicho, después de haberla usado, capullo. —Soltó una risa maliciosa.

—¡Como si tú tuvieras experiencia en eso!

Encogió los hombros, restando importancia a lo que había dicho.

—No me hace falta, porque no quiero. Uso la puta cama y punto.

—Como si la usaras para algo más que dormir... —le pinché.

Edgar abrió y cerró la boca.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Menos que tú...

—¡Mentiroso!

Respiró hondo y frunció el ceño, volviéndose hacia la barbacoa.

—¡Joder, la carne se ha quemado!

—¡Hostia puta! —dije tras inspirar profundamente, al notar el olor horrible, girando mi silla en su dirección. Fruncí el ceño al ver la hamburguesa más que chamuscada que levantaba con las pinzas—. ¿Cómo no nos dimos cuenta de que se estaba quemando?

—Ni puta idea... —murmuró.

Edgar empezó a reírse de la nada.

—¿Qué gracia tiene, *amico*? —resoplé.

—Nuestra habilidad para hacer una buena barbacoa. ¡Joder!

¡Somos malísimos en esto! —dijo, girándose hacia mí con una sonrisa burlona.

—¡Totalmente! —Pasé la mano por la barba—. La próxima vez contratamos a alguien.

—Ya ves... Vas a quedar en ridículo, Riccardo.

—Yo no era el que estaba a cargo de la barbacoa, Edgar... La culpa es más tuya que mía.

Puso cara de fastidio.

—¡Que le den! ¿Y ahora qué? Tengo hambre.

—Existen restaurantes para rescatarnos.

—¡Tal cual! —Me dio unas palmadas en los hombros—.

Mientras tú te ocupas de esto, yo me voy a dar un chapuzón.

Sin esperar a que respondiera, empezó a caminar hacia la piscina mientras se quitaba la camiseta, lanzándola a un lado.

—¡La diversión ha llegado! —gritó entre los ladridos de Batata, que se puso alterado.

Para mi irritación, no solo la chica que él quería impresionar se rió, sino también mi hijo y Juliana.

Una inmensa gana de partirle la cara se apoderó de mí, pero sabía que no era más que unos celos infantiles. Con una mueca, giré mi silla hacia la barbacoa y empecé a retirar las hamburguesas y las verduras chamuscadas que el cabrón había dejado quemar.

—Me han dicho que hubo un problema con la comida —
escuché la voz de Juliana mientras terminaba de enviar un mensaje para encargar la comida.

—Un pequeño problemilla...

—Humm...

Sonreí al oír ese sonido y aparté la vista del móvil hacia la mujer que tenía delante, que mostraba una enorme sonrisa. No pude mantener el contacto visual, porque dejé que mi mirada recorriera su cuerpo de pies a cabeza, pasando por sus pantorrillas firmes, sus muslos gruesos, su abdomen, hasta llegar al tope de esos deliciosos pechos realzados por el bikini. Cuando una gotita de agua resbaló desde la clavícula por el canal entre los pechos, sentí unas ganas intensas de atraparla con la boca, usando la lengua para seguir el recorrido hasta su ombligo.

Me removí en el asiento de mi silla. Solo la presencia de los amigos y de los niños allí me impidió agarrarla por las caderas y dar rienda suelta a mis deseos, dejando un rastro de besos por su vientre.

Un suspiro bajito hizo que mirara su rostro, y el deseo crudo que había en sus ojos me recorrió de arriba abajo como una corriente eléctrica. Sentí un espasmo en la ingle, una chispa tan intensa que me dejó alucinado.

¡Joder!

—¿Lograste resolver el problema? —su voz era aterciopelada.

Asentí con la cabeza.

—Pedí comida a un restaurante... la barbacoa está medio descartada.

—Puedo notarlo por el olor. —A pesar de la broma, sus ojos eran puro deseo, reflejo de lo que yo mismo sentía.

Su ansia me alcanzó en lo más hondo.

—¿Cómo pasó esto? —susurró con malicia.

—Mi amigo tiene que “vigilar” a los gemelos... —respondí con ironía.

—¿Y tú, Riccardo?

Dejé que mi mirada la recorriera de arriba abajo, mapeando cada centímetro de ese cuerpo de escándalo que me hacía salivar por tenerlo.

—Entiendo... —mordisqueó sus labios, imagino que, por pura provocación, lo que envió una oleada de placer por todas mis terminaciones nerviosas.

—¿De verdad lo entiendes, *sirena*? —pregunté con voz ronca.

—Creo que sí, Riccardo, pero...

—¿Pero?

Antes de que pudiera terminar la frase, un grito, seguido del llanto de nuestro hijo, cortó el aire y los dos nos sobresaltamos. Con

el corazón en un puño y mil posibilidades pasando por la cabeza, miré hacia la piscina y vi que estaba a salvo con Thais, aunque lloraba.

—Voy a ver qué pasa. De paso, Lucca hace una pausa para hidratarse, comer algo de fruta y protegerse del sol.

—Estaría bien.

Ella asintió antes de correr hacia la piscina, inclinándose en el borde para coger al pequeño, que lloraba desconsolado.

No volvimos a tener tiempo a solas, algo previsible, pero durante todo ese rato una pregunta no dejaba de martillearme la cabeza: ¿por qué demonios aún no había besado a esa mujer ni hecho el amor con ella, dándole rienda suelta al deseo arrollador que sentíamos? Solo pude llegar a una única respuesta: yo era, de verdad, el idiota que Edgar decía que era.

Stronzo. Solo un idiota negaría placer a la mujer que más desea en el mundo y que, además, parece quererlo con la misma intensidad...

Capítulo veinte



Cogiendo un frasquito de mi neceser, me apliqué en varios puntos un poco del perfume que hacía mucho no usaba. En realidad, desde que me quedé embarazada de Lucca no me lo ponía, porque el olor me revolvía el estómago durante la gestación, y descubrí que mi hijo era alérgico a ciertos aromas; incluso le había pedido a Riccardo que no usara más colonia. Pero hoy quería oler bien, aunque la fragancia no fuera de mis favoritas: los que me gustaban hacía tiempo que habían caducado.

Suspiré, dejando el frasco sobre la encimera de mármol de Carrara que se extendía por todo el baño de lujo.

Me miré al espejo. Rizos marcados con tenacillas caían sobre mis hombros, enmarcando mi rostro. El pintalabios rojo intenso realzaba mis labios, dándoles la ilusión de ser más carnosos de lo que realmente eran.

Estaba guapa, lo sabía, pero al mirar mi cuerpo, mi autoestima se fue al fondo.

—¿Qué estoy haciendo? —susurré para mí misma, echándome el pelo hacia atrás, sintiéndome incómoda.

A pesar de que la copa del sujetador de encaje levantaba mis pechos, me molestaba de verdad mi barriga. Las ligas apretaban mis muslos y parecían resaltar aún más la celulitis.

Al girarme de lado y ver las finas marcas de estrías y los hoyuelos en el culo, solté un bufido.

Vale que Riccardo ya se había devorado mi cuerpo cuando llevaba el bikini, pero aun así era imposible no pensar que estaba haciendo el ridículo. Una cosa era llevar un traje de baño; otra muy distinta, vestirme con ropa interior sensual con la intención de seducir a Riccardo, por si acaso él terminaba por besarme y llevarme de nuevo a su cama.

Él lo deseaba. Y yo también. Más de lo que él podía imaginar. Solo de pensar en sus manos recorriéndome otra vez, se me erizaba

la piel.

Llevaba mucho tiempo sin sexo y, durante todo el embarazo, me subía por las paredes, encontrando algo de alivio con mis propios dedos. Podría haberme metido en alguna app de follamigos para buscar tipos que se volvieran locos por embarazadas, pero no habría tenido el valor.

Ahora solo quería a un único hombre. El hombre que me había hecho recordar que no era solo madre, sino también mujer. Una mujer con mucha libido, que quería ser satisfecha.

Deseaba el contacto del padre de mi hijo, sus besos, su barba rozando mi piel, mis músculos estirándose para recibir todo su grosor dentro de mí.

Ese pensamiento provocó que mi canal se contrajera en un espasmo tan intenso que reverberó por todo mi cuerpo, hasta el punto de tener que apoyarme en el borde del lavabo cuando las piernas me fallaron.

—No tengo nada que perder por intentarlo —dije, para darme valor—. Lo peor que puede pasar es que te rechace.

Hice una mueca frente al espejo. Pensar así no me estaba ayudando en absoluto.

Revisando por última vez mi aspecto, sintiéndome incluso menos sexy que cuando empecé a arreglarme, cogí el vigilabebés que Riccardo había comprado y salí del baño antes de echarme atrás y desistir de la idea de seducirlo y tener, por fin, la noche que llevábamos dos años esperando.

Capítulo veintiuno



—Pensé que te habías ido a dormir. Llamé a la puerta de tu habitación, pero no obtuve respuesta. Debería haber imaginado que seguirías en el despacho —la voz femenina sonó a mi espalda, con un tono de sorpresa.

—Yo también lo pensé de ti, *sirena*, ya que después de acostar a Lucca, te encerraste en tu cuarto... —seguí mirando por la ventana, contemplando el paisaje iluminado por los faroles, sintiendo la brisa fresca acariciar mi piel.

—No me duermo tan temprano, Riccardo —pareció indignada, y escuché sus pasos acercándose.

—Un día de piscina siempre cansa —bromeé, haciendo girar el whisky en mi vaso.

—Probablemente solo nuestro hijo, los gemelos... y Batata... estén realmente agotados.

Inhalé profundamente, y el aroma floral de un perfume —que no venía del jardín, sino de ella— invadió mis sentidos. Mi cuerpo reaccionó al instante.

—No sé por qué Lucca tardó tanto en dormirse... —mi voz salió ronca.

—El cansancio... —Contrario a lo que imaginaba, no se acercó más, lo que hizo que frunciera el ceño.

—Es irónico, ¿no?

—Incluso a nosotros nos pasa. Cuanto más agotados estamos, más difícil se nos hace dormir...

—Sí...

Nos quedamos en silencio, solo se oían nuestras respiraciones y los sonidos de la naturaleza alrededor. Me dejé embriagar por el olor de esa mujer, notando cómo se me erizaban todos los pelos de la nuca.

—¿Qué haces aquí fuera, Riccardo? —murmuró.

—Me gusta contemplar la nada mientras bebo whisky...

—Espero que sea del bueno —me provocó, y de pronto me vi transportado a la noche en que la conocí.

—Por suerte, de los mejores. —Bebí un trago generoso, sintiendo el destilado arderme la garganta.

La risa de Juliana resonó en el aire, y sentí todos los nervios a flor de piel. El corazón me latía desbocado.

—¿Quieres probar, *sirena*?

—Me daría valor... pero no...

Fruncí el ceño al oír eso. Terminando de beber el líquido, posé el vaso sobre la balaustrada y pregunté:

—¿Y por qué necesitarías valor, Juliana?

—Para preguntarte algo, digamos, embarazoso... —dijo cuando pensé que se quedaría en silencio.

Varias preguntas pasaron por mi mente y las sopesé una a una como forma de autodefensa en los segundos que siguieron a sus palabras.

—¿Es tan malo así?

—Es personal...

Me sentí un poco tenso con lo que pudiera ser, pero también curioso, ya que su tono de voz era sexy.

—No tengas miedo de preguntarme, *sirena* —pedí.

—¿Por qué no me has besado hasta ahora, Riccardo? —La pregunta sonó baja.

Una sonrisa depredadora comenzó a formarse en mis labios y la excitación dentro de mí alcanzó casi su punto máximo.

—Porque soy un idiota —murmuré, llevando la mano al aro propulsor de mi silla para girarla y mirarla a los ojos.

—Qué bien que lo sepas.

Iba a replicar, hacerle un drama, pero no pude. Toda mi capacidad de razonar o de actuar me fue arrebatada por la mujer frente a mí, que no llevaba nada más que un sujetador de encaje burdeos, una braguita transparente con lazada lateral, que no ocultaba el vello recortado que cubría su sexo, y unas sandalias de tacón alto y fino.

Me removí en la silla, extremadamente inquieto, luchando por hacer que el aire llenara mis pulmones al ver la liga en sus muslos.

¡Joder!

Si ya no tuviera la certeza de que esa mujer era la más buena de todas, Juliana me la daría ahora.

Elevé la mirada desde la cinta de satén, pasando por las braguitas provocativas que, aunque le quedaban preciosas, yo quería quitarle, por el abdomen, hasta llegar a los pechos erguidos,

desafiantes, que subían y bajaban tan rápido que bien podrían escaparse del sujetador.

Me detuve unos instantes allí, imaginando si los pezones estarían duros ante mi escrutinio, hasta que encaré el rostro de la mujer que consideraba perfecta.

No conseguí mirar a los ojos de Juliana, atrapado como estaba en el carmín rojo que hacía su boca sensual aún más seductora.

—Sí, un gran idiota —murmuré con voz áspera al verla deslizar la punta de la lengua por los labios.

Juliana soltó una carcajada ante mi comentario, y hasta el sonido de su risa sacudió mi orgullo.

¡*Stronzo*! ¿Cómo me había privado de hundir mi lengua en esa boca deliciosa?

—Me obligaste a tomar una decisión, Riccardo —dijo, dejando algo en el suelo antes de caminar hacia mí con pasos lentos.

Tragué saliva con el deseo arrollador que me invadió.

—¿Aún tienes hambre de mí o no, Riccardo? —me provocó.

No tuvo que decir nada más para que deslizará mis manos por los laterales de sus muslos, acariciando la piel desnuda y sedosa, recorriendo con las yemas las nuevas y deliciosas formas.

Jugueteé con la liga, tirando de ella suavemente hasta hacerla chasquear, y su suspiro bajo, seductor, encendió mis venas.

Pasando un brazo alrededor de mi cuello, sus dedos se enredaron en mi nuca, tirando con fuerza de mi pelo cuando acaricié la carne firme de su culo. Fue mi turno de suspirar, atrapado entre el dolor y el placer que su entrega salvaje me provocaba.

Echaba de menos a esa mujer que se retorció bajo mi tacto, que me ofrecía los pechos para mi deleite. No le di lo que quería; simplemente la atraje más hacia mí, sujetando sus nalgas, y rocé mi barba contra esa barriguita que decía odiar, marcándola como mía mientras mis palmas se deslizaban para tocar todo su cuerpo.

—Riccardo —suplicó, atrayéndome aún más contra ella.

Besé todo su abdomen, haciendo el amor con ella de una forma distinta a la de aquella noche.

Sin pudor, aunque tuviera ciertas limitaciones, prestaba atención a cada centímetro de piel que alcanzaba con las manos y con la boca. Besaba, dejaba mordiscos y la arañaba, dándome un festín con esa parte de su cuerpo, dejando claro mi apetito, mi deseo. Lamía las pequeñas gotas de sudor que empezaban a acumularse en su vientre, embriagándome con el sabor de mi mujer.

Juliana era mía, y después de esta pequeña sorpresa sexual que me había preparado, yo no sería de nadie más, solo de ella.

Deslicé mi lengua por su ombligo y jugueteé con la zona como si estuviera lamiéndole el clítoris.

Ella gimoteó y, quizá por instinto, intentó empujar mi cabeza hacia su sexo, cuyo olor penetrante delataba su lubricación, pero me resistí y subí el rostro, dejando un rastro de besos.

Me cerní sobre ella, que tiró de mi pelo con más fuerza, suplicando por más, alimentando mi lado salvaje. Bloqueando la silla por ambos lados y echando los pedales hacia atrás, apoyé las manos en su espalda y, con un gesto brusco, la hice sentarse descaradamente sobre mi regazo.

—Riccardo —gimió, apoyando las manos en mis hombros.

—*Schianto* —gruñí cuando rozó su sexo, cubierto solo por un tejido fino, contra mi pelvis, haciendo que mi polla respondiera al estímulo.

Inclinándome, mordí su cuello, embriagándome con el delicioso perfume, y cuando *mia sirena* se movió en respuesta, mi carne se endureció aún más.

—¿La silla soporta nuestro peso?

—Vamos a descubrirlo juntos... —Lambí la curva suave de su garganta hasta alcanzar la zona sensible detrás de la oreja.

—No quiero caerme... —jadeó, pero se acomodó mejor sobre mí, encontrando un ángulo que aumentaba su placer.

—¡Yo amortiguo tu caída! —bromeé, mirándola a los ojos.

—¡Riccardo! —gritó con indignación, dejando de moverse. —¿Y si terminamos haciéndonos daño?

—Sigues preocupándote por tonterías, *sirena* —la provoqué, recordando el flotador que había captado su atención la primera vez que estuvimos juntos.

Antes de que Juliana pudiera responder, sujeté su rostro con ambas manos y la acerqué a mí, rozando mis labios con los suyos, experimentando una serie de sensaciones que iban desde la euforia hasta la certeza de haber encontrado mi lugar, mi hogar, y ese hogar era esa mujer.

Sin dejar de mirarnos, suspiré mientras besaba suavemente a Juliana. El encaje de nuestras bocas provocaba pequeños chasquidos, y yo capturaba cada uno de los sonidos que escapaban de ella. Permanecimos en ese beso lento, desafiando la urgencia de nuestros cuerpos, que habían esperado demasiado el uno por el otro para entregarse por completo.

—Abre la boca —ordené cuando la mujer presionó su sexo con más fuerza contra mi polla, rompiendo mi autocontrol de ser delicado.

No hizo falta repetir la orden. Cuando me concedió el paso entre sus labios, lamí la carne suave antes de saquear su boca. Con un gruñido excitado, recorrí cada centímetro de su cálida cavidad, saboreando a mi mujer antes de encontrar su lengua, ávida de la mía.

Los recuerdos que tenía de ese beso no eran nada comparados con la realidad. Saber que nuestra compenetración y la química seguían siendo tan intensas como hacía dos años, que un beso podía hacer que el corazón se me saliera por la boca y dejarme temblando, aumentaba aún más mi ansia por ella.

La mano que sujetaba su rostro descendió hasta la nuca, y Juliana gimió cuando hundí los dedos en su cabello. Con un movimiento no tan suave como debería, incliné su rostro para acceder de nuevo a su boca. Ella se dejó devorar, y yo la recompensé con un masaje en el cuero cabelludo antes de volver a aferrar con firmeza sus mechones.

Mi gesto la volvió loca encima de mí. Sin pudor alguno, devolviendo mi beso, agarró mi camisa y empezó a menearse sobre

mi regazo en busca de su propio placer, dejándome dolorosamente duro.

Juliana estaba demasiado buena, y yo era un puto afortunado por tenerla deshaciéndose entre mis brazos.

—¡Cazzo^[14]! —jadeé, apartándome de su boca cuando la intensidad del beso me robó el aliento.

Pareciendo aún más hambrienta que yo, Juliana siguió restregándose contra mí. La tía buena inclinó la cabeza y me lamió el cuello de una forma que me volvió loco.

Con su lengua trabajando hábilmente sobre mi piel, mis manos fueron automáticamente a su culo. Le di una palmada sonora en una de las nalgas desnudas y el chupetón que recibí a cambio me dejó sin aliento. Por un momento, simplemente cerré los ojos, disfrutando de la sensación de tener su boca en mi cuello.

—Joder, *sirena* —susurré, abriendo los ojos, cuando metió una mano entre nuestros cuerpos y alcanzó una zona muy cercana a mi polla.

Juliana me palpó la polla por encima de la tela y acabé gimiendo, escuchando un jadeo bajito que soltó cuando sus propios movimientos parecían excitarla.

Queriendo darle aún más placer, llevé la mano al broche del sujetador que, aunque era bonito, me impedía sentir los pezones con más libertad. Con Juliana siguiéndome acariciando, fue una tarea extremadamente difícil, ya que me temblaban los dedos. Cuando por fin logré desabrochar el sujetador, me ayudó a quitárselo pasando los brazos por los tirantes, y yo lancé la prenda a un lado.

—Preciosos, Juliana —murmuré, sujetando uno de los pechos en forma de cuenco mientras acariciaba el pezón con el pulgar.

Ronroneó una respuesta incoherente al recibir mi caricia y entrecerró los párpados. Seguí acariciando los pezones sensibles, deleitándome con cada suspiro de placer que se le escapaba, tanto que ni me importó el hecho de que hubiese dejado de acariciarme, no cuando arqueaba la espalda hacia atrás, ofreciéndome aún más acceso a sus pechos generosos.

—Riccardo —la voz sonó áspera cuando pellizqué un pezón turgente, retorciéndolo suavemente.

Presionó aún más las caderas contra las mías, hundiendo su peso en mi silla, que crujió, dejándome extremadamente preocupado por si íbamos a caer, pero por suerte no se rompió.

A Juliana no pareció importarle, porque, ante mis caricias, que iban desde fricciones suaves hasta un roce que sabía que haría que *mia sirena* sintiera varios cosquilleos en su sexo, empezó a ondular las caderas hacia adelante y hacia atrás de una forma extremadamente sexy. Sin dudarlo, usaba mi bulto como estímulo, y yo sentía mi polla reaccionar a cada roce de su coño sobre ella.

Agarré un pezón con más fuerza, lo que hizo que ella aplicara un poco más de presión sobre mi polla. Fue instantáneo: sus ojos, que nunca se apartaron de los míos—lo que hacía nuestra conexión aún más intensa—, parecieron desenfocarse levemente por la lujuria, y sus labios se entreabrieron por el placer. Juliana no tenía idea de lo poderosa que era, de cuánto me volvía loco su expresión extasiada. Quizá lo supiera, ya que mis gemidos se mezclaban con los suyos en cada movimiento que hacía.

El deseo palpitaba en mi carne, que anhelaba sentir todo su canal apretándome; el sudor empapaba todo mi cuerpo. Necesitaba, más que nada, ver a mi mujer correrse.

Solté un pezón bajo un gruñido de protesta de su parte. Después de alisar todo su abdomen, no me molesté en deshacer los lazos que ataban los laterales de la braguita. El encaje era tan frágil que bastó con un tirón para que el tejido se rasgara. Me sentí más

jodido aún cuando Juliana pareció excitarse todavía más encima de mí.

—¡Joder, *sirena*, estás empapada! —gruñí cuando ella frotó su entrada contra mi mano y sentí su excitación empapando mi piel.

—Hazme correr con tus dedos, Riccardo, o lo haré yo misma por ti. Soy una experta en eso, ¿sabes? —pidió, dejando caer su torso sobre el mío, sujetándome las manos, su respiración caliente contra mi oído haciéndome estremecer.

—¿En serio? —Mi voz sonó estrangulada entre un gemido.

—Sí... hubo veces en las que el deseo era tan grande que tuve que tocarme para aliviarme.

—¡Joder! —susurré la palabrota al imaginar a aquella mujer tumbada en la cama, con el cabello esparcido sobre la almohada, mientras una mano le oprimía el pezón y la otra se acariciaba, provocando que sus caderas se arquearan sobre el colchón en espasmos continuos.

Jadeé.

—¿Fue después de haberme conocido? —pregunté, sin pensar.

—Sí, Riccardo.

—¿Pensaste en mí mientras lo hacías? —Hice otra pregunta tonta, pero seguía demasiado atrapado en la fantasía que me había

creado en la cabeza.

—¿Te consuela saber que pronuncié tu nombre algunas de esas veces mientras llegaba al orgasmo? —ronroneó maliciosa.

—Mucho... —fue lo único que pude decir.

Mi corazón se desbocó, latiendo como si estuviera corriendo una maratón. No pude contener un gemido, sintiendo dolor en mi polla.

—Pero preferiría mucho más que fueses tú, Riccardo, que fuesen tus dedos y no los míos...

Eché ligeramente la pelvis hacia atrás, abriendo espacio para que pudiera meter la mano.

Juliana no necesitó decir nada más para que, sin detenerme en los labios mayores ni menores, la penetrara con dos dedos, deslizándome con facilidad en su interior excitado, y ella se aferró a mis hombros en busca de apoyo.

La sonrisa maliciosa con la que me obsequió quedaría grabada en mi retina durante mucho tiempo, si es que alguna vez salía de mis pensamientos. Torturándola del mismo modo en que ella lo había hecho conmigo con sus palabras, moví los dedos dentro de ella, explorando todas las paredes del canal contraído, pero sin rozar el punto que más deseaba.

Seguí usando los dedos para jugar con ella, observando las sensaciones que cruzaban por su semblante, que iban desde el placer hasta la frustración por no tener mi contacto donde quería, deleitándome al escuchar sus gemidos cada vez más altos, que resonaban en la noche.

Deslicé la yema del dedo por el clítoris hinchado y ella se arqueó contra mí en un espasmo, clavando las uñas en mi camisa, pero no la estimulé; solo retiré los dedos de su interior para enseguida volver a llenarla, sintiendo cómo todos sus músculos me apretaban.

No pude contener un gruñido al imaginar mi polla siendo aprisionada por su canal, y eso me llevó a sacar los dedos otra vez, solo para volver a penetrarla.

—Riccardo —gimoteó cuando seguí embistiéndola, alternando la velocidad de mis movimientos, sintiendo cómo su tensión aumentaba más y más.

—Bésame, *sirena*... —encontré la carne hinchada y la froté, haciendo que Juliana se restregara contra mi palma.

Cuando no hizo lo que le pedí, dejé de acariciarla, torturándola de otro modo. Bastó eso para que, aferrándose con fuerza a mi

camisa, lamiera mis labios antes de unir nuestras bocas con urgencia.

Ahogando un gemido por la voracidad, le devolví el beso, deslizando mi lengua sobre la suya con lentitud solo para provocarla, mientras mis dedos volvían a acariciar su sexo, esta vez jugando con los labios menores y mayores, estimulándola, sintiendo las yemas de mis dedos impregnadas con su humedad.

¡Joder! Era un maldito afortunado por tener a esa mujer empapada por mí, por tenerla devorándome la boca con tanto deseo mientras la masturbaba.

Con un sonido alto que encendió mis venas y me hizo querer empujar las caderas hacia delante, algo imposible sin un punto de apoyo, Juliana interrumpió el beso y echó la cabeza hacia atrás cuando la yema de mi dedo índice encontró su clítoris sensible. Finalmente, le di lo que tanto deseaba, rodeando la carne con círculos lentos, presionando la zona, haciendo que se estirara sobre mi regazo, arqueándose aún más, alzando los pechos, que subían y bajaban con fuerza hacia mí.

¡Qué rica! ¡Jodida mujer rica!

Extremadamente excitado por llevar a Juliana cada vez más alto, empecé a alternar mis movimientos, deslizándome de arriba

abajo por toda la extensión, redescubriendo todos los puntos que intensificaban su placer. Usaba diferentes presiones, notando cómo ella se aflojaba cada vez más, la respiración volviéndose más corta.

Ya no pude seguir controlando el juego de velocidades en mis caricias en el momento en que cerró los ojos, regalándome una sonrisa lasciva cuyo efecto reverberó por todo mi cuerpo. Juntando los dedos y doblándolos, comencé a moverme como si estuviera llamando a alguien y, en respuesta, ella se restregó aún más contra mí en una búsqueda frenética del clímax. La silla se balanceaba con nuestros movimientos, pero a ninguno de los dos parecía importarle, atrapados en las sensaciones.

—Eso, amor —murmuró, sus movimientos volviéndose más rápidos, y yo sonreí ante el uso de la palabra *amor*, aunque sabía perfectamente que había sido dicha en un momento de irracionalidad.

Juré que haría que esa mujer me amara. ¿Cómo? No lo sabía, pero no sería la última vez que la escucharía llamarme amor. Era arrogante y decidido.

Introduje un dedo más dentro de ella, encontrando el punto G. Juliana contuvo un grito mordiéndose los labios y volvió a mirarme con los ojos desenfocados, como perdida en las sensaciones.

—Gózate para mí, *sirena*, gózate diciendo el nombre de tu hombre —ordené.

Juliana asintió y gimoteó mi nombre con el placer. Seguí estimulándola, haciendo que se restregara contra mis dedos, hasta que pronunció mi nombre una última vez antes de dejar caer todo el peso de su cuerpo sobre mí, presionando mi mano con su pelvis.

Continué masturbándola, prolongando su éxtasis, y con la mano libre recogí la maraña de cabellos húmedos por el sudor y atraje su rostro hacia el mío. Bebí sus gemidos de placer al posar mi boca sobre la suya con hambre. Aunque seguía temblorosa por el orgasmo, me devolvió el beso, entrelazando su lengua con la mía. Suspiré y le hice inclinar un poco más la cabeza, dejándome seducir por su sabor.

Cada vez con menos aliento, el beso, que había empezado desesperado, se volvió lento, tierno, pero aún más intenso. Volví a acariciar sus mechones sedosos, haciendo el amor con mi mujer a través de los labios y la mirada.

—Tus dedos son mil veces mejores que los míos —dijo en broma entre besitos no menos deliciosos. Mi respuesta fue un beso en la punta de su nariz.

Juliana se acomodó mejor sobre mi regazo, permitiéndome retirar la mano de su interior. Miró mi camisa, y yo seguí su mirada.

—¡Oh! —abrió la boca, visiblemente sorprendida—. ¡No puedo creer que haya hecho eso!

Incliné un poco la cabeza hacia atrás y me reí.

—Debería llamarte tigresa, no sirena... —acaricié el costado de su cuerpo, deslizando los dedos hacia arriba para masajear un pezón, y ella se estremeció en un espasmo, rozando su cuerpo contra mi pelvis.

—Creo que puedo ser ambas cosas, Riccardo... —me lanzó una mirada inocente.

Deslicé la palma hasta encontrar una nalga, apretándola suavemente, y ella rozó sus labios con los míos antes de, para mi sorpresa, comenzar a desgarrar el fino tejido de mi camisa, dejándola hecha trizas.

Solté una carcajada ante la fiereza de Juliana al desnudarme, pero la risa se transformó en un gemido cuando, mirándome fijamente, apoyó una mano en mi pecho sudoroso, mientras la otra descendía por mi abdomen, que se tensaba con su roce.

Sintiendo cómo la tensión me invadía, empecé a tocarla también, deslizando mi mano por sus muslos, deteniéndome en la

liga que hasta entonces habíamos olvidado, mientras esa mujer deliciosa me provocaba al subir y bajar los dedos por mi vientre, sin llegar a tocar mi polla.

Mientras nos acariciábamos sin ninguna prisa, provocándonos una miríada de sensaciones, intercambiando suspiros, Juliana inclinó el rostro hacia el mío y sus labios volvieron a encontrar los míos. Nuestras lenguas se entrelazaron de inmediato.

Intenté recuperar el control, queriendo imprimirle al beso un ritmo más rápido, pero mi sirena me dominó al llevar los dedos a la cintura de mi pantalón. Sin dejar de mover mi boca sobre la suya, sentí mi pecho estallar en el instante en que su mano atrevida se coló dentro del pantalón de chándal y encontró mi erección.

Mi polla palpitó en respuesta a su toque, que no era más que un leve tanteo, completamente insuficiente para apaciguar mi deseo, y gruñí contra sus labios suaves, sintiendo cómo la frustración se apoderaba de mí.

Clavé los dedos en una de sus nalgas en una súplica silenciosa, sin saber si sería correspondido, ya que sus ojos brillaban con malicia.

Sí. Juliana estaba siendo cruel conmigo.

Su mano libre se dirigió a mi cabello y no dudó en tirar de los mechones, aplastando mi boca con la suya mientras ignoraba deliberadamente mi polla, comenzando a acariciar mis pelotas, que reaccionaron con sensibilidad a su roce.

—Por fa... —empecé a suplicar, pero me interrumpió al rodear mi polla, aplicando una presión que la endureció aún más, antes de liberarla del encierro del pantalón.

Jadeé y acaricié su culo justo cuando empezó a masturbarme, deslizando los dedos arriba y abajo por toda la extensión erecta, apretando levemente la base y la punta en lo que solo podía describirse como una tortura, la tortura más deliciosa a la que podría someterme, ya que sus dedos seguían volviéndome loco, haciendo que gimiera más alto, completamente a merced de su dominio.

¡Stronzo!

Juliana aumentó la velocidad solo para reducirla enseguida, y por más que fuera delicioso mirar su expresión maliciosa, entrecerré los párpados.

Me dejé arrastrar por el torbellino de placer que esa mano pequeña me proporcionaba al bombearme, como si quisiera ponerme aún más duro, al borde de lo insoportable.

¡Joder! Podía explotar en su mano.

Gruñí cuando dejó de acariciarme, pero solté una maldición justo en el momento en que, apoyando las manos en mis hombros, sentí el calor húmedo envolviendo la cabeza de mi polla.

Con un movimiento repentino, Juliana se deslizó sobre mí y nuestras pelvis chocaron con un golpe seco, engulléndome por completo, lo que me hizo abrir los ojos y encontrarme con los suyos.

Dejando un suave beso en mis labios —lo que intensificó el placer de estar dentro de ella, con sus músculos atrapándome—, empezó a elevarse para luego deslizarse de nuevo sobre mi polla, iniciando un vaivén lento, el movimiento haciendo que sus pechos se balancearan de forma deliciosa frente a mi rostro.

Sin poder contenerme, sabiendo que no podía atrapar uno de sus pezones entre los dientes —ya que esos pechos, por ahora, eran de mi hijo—, sujeté su culo con más fuerza, me incliné y dejé un beso en el valle entre sus senos, empezando a subir con los labios, arañándole la piel con mi barba, dejando besos por su esternón, hasta alcanzar su garganta.

Como respuesta, ella rebotó con más fuerza sobre mí, haciendo que ambos gimiéramos al unísono, con las paredes de su canal estirándose y contrayéndose con la invasión.

Cuando nuestras pelvis se encontraron con un chasquido, Juliana dio un pequeño vaivén que me hizo palpar y clavar los dientes en su cuello, dejando una mordida que probablemente marcaría su piel, igual que los arañazos que sus uñas cortas dejaban en mis hombros y pecho.

Juliana volvió a subir y bajar con el mismo ritmo, y yo aproveché para saborear su piel, besándola, mordiéndola y succionándola, escuchando los pequeños sonidos de deleite, mientras dejaba unas palmadas en su culo cuando aquella mujer deseable movía las caderas de forma provocadora, tomándome dentro de ella.

Cuando volvió a deslizarse por mi polla, haciendo movimientos de contracción, capturé sus labios en un beso ansioso, transformando nuestros cuerpos en uno solo. Las bocas se moldeaban, las pieles se pegaban la una a la otra con el sudor. Los gemidos se escapaban de nosotros al unísono, componiendo una música singular. Nuestros pechos se rozaban, las puntas de sus pechos estimulaban los míos, pero eran los ojos que no se apartaban de los míos los que me daban la certeza de que teníamos algo especial.

Compartíamos pasión, complicidad y muchas otras cosas que el deseo no me permitía reflexionar, solo sentir.

Ella continuaba subiendo y bajando en medio del beso, pero los movimientos parecieron más lentos, y solo entonces me di cuenta de mi egoísmo al dejarle todo el esfuerzo físico. Subiendo las manos, sujeté sus caderas con fuerza y, sin dejar de besarla, la ayudé a deslizarse sobre mi polla, adoptando un ritmo acelerado. A cambio, ella empezó a contraer aún más los músculos con cada invasión, incendiándome por dentro, llevándome cada vez más al borde de mi propio límite.

El aire parecía no alcanzar del todo mis pulmones y aparté el beso, sintiéndome en éxtasis cuando mi *tigresa* devolvió mi mordisco con un hambre visceral que reverberó por todo mi cuerpo. Me escuché pidiéndole en voz alta que marcara mi cuerpo con los dientes. Cuando Juliana me dio lo que quería, rugí de forma animal, sintiendo mi sangre correr velozmente por mis venas.

Intenté controlarme para no llegar al orgasmo con cada bajada que ayudaba a Juliana a darme sin retirarme del todo, pero el deseo era demasiado fuerte.

Tuve que usar todas mis fuerzas para hacerla rebotar sobre mí con más velocidad, hasta que sentí que explotaba en un orgasmo

completamente distinto a todos los que había tenido antes. No quise pensar en ese momento sobre esa diferencia, simplemente seguí haciendo que *mia sirena* se deslizara por mi erección, que perdía su fuerza rápidamente, hasta que, con un espasmo y un gritito ronco, Juliana rodeó mi cuello con fuerza, como si yo fuera el equipo de seguridad que la impedía caer por un abismo, derrumbándose sobre mí.

Besándola donde mis labios alcanzaban, la abracé y la acurruqué contra mí, disfrutando del olor a sexo que se había esparcido por el aire.

Capítulo veintidós



Aunque sentía un poco de calambre en las piernas por la posición en la que me encontraba, no me moví, prisionera del sopor de sensaciones que se extendían por mi cuerpo tras el orgasmo intenso. En realidad, dudaba que durante unos minutos tuviera fuerzas para hacer cualquier movimiento que no fuera respirar, así que simplemente me quedé allí, disfrutando de las caricias que Riccardo me daba al dejar besitos sobre mi piel y hacerme un suave mimo en el cabello, mientras escuchaba su corazón seguir latiendo acelerado. Eran tan agradables sus gestos que me descubrí suspirando varias veces.

Cuántos minutos pasaron, no sabría decir, pero poco a poco fui recuperando las fuerzas.

Le dejé un beso en el cuello y él me sonrió, deslizando la mano por mi espalda hasta encontrar mi culo. Pensé que Riccardo me daría una nalgada o apretaría una de mis nalgas, ya que parecía adorar esa parte de mi cuerpo, pero el hombre simplemente volvió a subir los dedos por mi columna en una caricia suave antes de sujetarme por la nuca.

Nos quedamos mirándonos sin decir nada hasta que, sin soltarme, Riccardo acercó mi rostro al suyo y me rindió en un beso lento, extremadamente dulce, que me arrancó suspiros y me dejó derretida por él. En medio del roce de nuestras bocas y el entrelazarse de las lenguas, mi cuerpo volvió a entrar en combustión.

Por instinto, empecé a moverme contra él, deseando mucho más, pero, para mi decepción, él puso fin al beso con un suave roce de labios, y yo solté un quejido.

—No puedo seguirte el ritmo, preciosa —bromeó, dejando un besito en mi frente.

—Claro que puedes —respondí, y él soltó una carcajada al ver mi mueca.

Acomodándome mejor en su regazo, rodeé su cuello con ambos brazos, aplastando mis pechos contra su torso, y no pude negar que tener mis pezones rozando su piel me excitó aún más.

—Sabes que, a diferencia de ti, yo necesito un descanso, *sirena...*

—Desventajas de ser hombre, una de las pocas —lo provoqué.

—No voy a discutir eso... no cuando tengo intención de conseguir mucho más de ti todavía hoy. —Me dedicó una sonrisa traviesa al rozar con la yema de los dedos el lateral de uno de mis pechos.

—¿Y qué es lo que quieres, Riccardo? —Jugueteé con el cabello cerca de su nuca.

—Verte meneándote en mi cara, *sirena...*

Sentí los músculos de mi coño contraerse solo con la idea de tener su lengua hábil invadiéndome.

—¿Y si no quiero? —Mi voz salió ronca.

Él arqueó una ceja hacia mí.

—Dudo que lo rechaces, Juliana... —dijo, arrogante.

Riccardo hundió la mano en mi culo con ese agarre delicioso que me arrancó un gemido, y soltó una carcajada.

—En todo caso, podemos hacer una apuesta, *sirena...*

—¿Una apuesta? —murmuré.

—Si resistes, podrás hacer conmigo lo que quieras...

—¿Y si ganas tú?

—Lo descubrirás... —Rozó con un dedo la hendidura entre mis nalgas, y me imaginé lo que podría hacerme.

Una especie de calor se encendió en mi bajo vientre ante esa perspectiva.

Me incliné para morderle la barbilla.

—No parece muy justo... —susurré.

—¿Por qué? ¿Ya estás asumiendo que vas a perder?

—Estoy obligada a perder, Riccardo...

Sus ojos brillaron y su torso ofreció aún más roce contra mis pechos.

—¿Sí? —siguió jugando conmigo.

—Mmm... sí...

—¡Qué pervertida tan rica!

Fue mi turno de reír, moviendo mi trasero contra su mano, que gruñó, claramente excitado.

—Pero, independientemente de quién gane o pierda, necesitamos un preservativo. —Me puse seria al constatar que

habíamos vuelto a dejar de lado la protección—. Recién nos reencontramos y no necesitamos un embarazo en este momento.

Riccardo se quedó en silencio, y me pregunté si mi tono había sonado demasiado brusco.

—Cuidar de un niño ya es bastante difícil y... —intenté justificarme, algo incómoda por haber roto el clima.

Él sujetó mi rostro y me silenció con un besito.

—No eyaculé, *sirena*...

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—Me corrí, pero no eyaculé... ¿No lo notaste?

Negué con la cabeza.

—Estaba atrapada en mi propio placer...

—Hum... —Soltó una sonrisa enorme.

—No lo entiendo...

—Yo tampoco, ya que es la primera vez que me pasa...

—¿Estás frustrado por eso? —pregunté. Si íbamos a seguir teniendo relaciones, quería que estuviéramos abiertos al diálogo para resolverlo todo juntos.

Riccardo negó con la cabeza, rozando mis labios con el pulgar, dejándolos hormigueando.

—Con el accidente, mi cuerpo quedó diferente, Juliana, así que los cambios son inevitables...

—Entiendo.

—Y como dije, hasta ahora no había pensado mucho en cómo sería mi vida sexual.

—¡Sigues estando buenísimo, Riccardo! —Le lamí el cuello, arañando con suavidad su hombro—. Mucho.

Él soltó una carcajada.

—Si tú lo dices... Tal vez tenía miedo de descubrir que el accidente me había robado la libido.

Le di una palmadita, y él soltó un “ay” fingido.

—Seguirías estando buenísimo, Riccardo. Y sabes que eres un hombre extremadamente habilidoso...

—¿Lo sé? —Abrió una sonrisa maliciosa.

Puse los ojos en blanco.

—Como si no lo hubieras escuchado antes...

—Solo me importa lo que tú digas, Juliana. El resto del mundo no me interesa. Eres la mujer que quiero, la única que poseerá mi cuerpo.

—Mmm... —Sonreí ampliamente, rozando mis labios con los suyos antes de deslizar mi lengua en su boca y besarlo.

El sonido jadeante reverberó por todo mi cuerpo y el placer me dominó, haciéndome suspirar y tirar de su cabello suave. La mano grande y fuerte se metió entre nuestros cuerpos y él sujetó mi pezón, apretándolo de una forma que hizo palpar mi coño. Perdimos el aliento.

—Me hiciste olvidarlo todo, sirena, mis miedos, mi inseguridad —dijo mientras rozaba su nariz con la mía, haciéndome cosquillas—. Solo exististe tú desde aquella noche. Lo que me hiciste sentir teniéndote entre mis brazos me cambió.

—Yo... —Mi voz era ronca, y sentía que el corazón me iba a estallar.

Las emociones eran una especie de torbellino dentro de mí, dejando todo en desorden.

—No debería sorprenderme que pierda la capacidad de razonar cuando estás en mis brazos. Siempre me hechizas con tus ojos, con tu boca, con tu cuerpo...

Abrí y cerré la boca. Como no tenía palabras que estuvieran a la altura, usé mis labios, que volvieron a buscar los suyos con urgencia y ternura. Cuando Riccardo correspondió a mi beso, supe que verbalizar algo no era necesario, al menos por ahora. Solo quería sentirlo, como él me sentía a mí.

El beso se volvió más intenso, y también las caricias se hicieron más abrasadoras, despertando de nuevo mi cuerpo, que comenzó a ondular contra el suyo por instinto.

Sentí un tirón debajo de mí y, apoyando la mano en sus anchos hombros, interrumpí el beso, preocupada.

Si la posición no era cómoda para mí, tener un peso encima debía de ser aún más incómodo.

—¿Estás bien? —Hice ademán de salir de su regazo, pero Riccardo me sujetó por la cintura y me mantuvo sobre él.

—Solo es un espasmo, algo consecuencia del accidente.

—¿Es muy frecuente? —Acaricié su rostro, sintiendo la barba pinchar las yemas de mis dedos.

—Sí, a veces hasta el punto de molestar mucho y no dejarme dormir.

—Lo siento mucho.

—Es parte de todo esto...

Guardamos silencio y luché contra mi curiosidad de preguntar más sobre lo que ocurrió el día en que sufrió el accidente.

—¿Qué quieres saber, *sirena*? —preguntó suavemente, y no me sorprendió que pudiera leer mi expresión.

Recorrió mis costillas con los dedos en una caricia suave.

—¿Cómo fue tu accidente?

—¿No lo sabes?

Negué con la cabeza.

—Pensé que lo habrías buscado en internet. —No había juicio en su tono de voz.

—Es extraño buscar la vida de alguien en internet cuando puedes preguntárselo directamente.

—Un poco, sí... —asintió, torciendo los labios—. Bueno, un conductor borracho, que no llevaba las luces del coche encendidas, se saltó el semáforo en rojo, y yo no pude esquivar con mi moto...

—¿Conducías motos? —Me sorprendí.

—Muy raramente, pero de vez en cuando la sacaba del garaje. Me ayudaba a poner la cabeza en su sitio.

—Entiendo... ¿Fue mucho después de que nos conociéramos?

—pregunté, vacilante, temiendo, sin motivo alguno, una respuesta que no quería oír.

—Algunos días después, creo que menos de dos semanas...

Un nudo se me formó en la garganta al recordar lo molesto que parecía por el hecho de que yo nunca me hubiera puesto en contacto.

—¿Tú...? —No logré completar la frase.

—Estaba intentando entender por qué nunca me llamaste, *sirena* —dijo mientras colocaba un mechón tras mi oreja y fruncía el ceño—. No te atrevas a pensar que tienes la culpa del accidente, ni en lo más mínimo. El único culpable es el conductor borracho. Me dolería demasiado que pensaras que te culpo...

—Está bien, Riccardo. —Le sonreí, queriendo tranquilizarlo. Él pareció analizarme, buscando la verdad en mis facciones, hasta que asintió.

—El impacto fue tan fuerte que salí volando y golpeé la cabeza y la columna con fuerza contra el asfalto. Sentí en el momento que algo no iba bien. Estuve en coma un tiempo...

Hizo una pausa y acaricié su cabello abundante y sedoso, lo que le arrancó una sonrisa. Continuó:

—Cuando desperté, los médicos me dijeron que tenía una lesión grave en la médula espinal, en la zona torácica, y que difícilmente recuperaría el movimiento de las piernas... ¡Entré en estado de negación!

—Es lo normal...

—Sí, pero no por ello más fácil de afrontar. Fui muy cruel conmigo mismo, Juliana. Al principio pensaba que mi vida se había acabado...

—Pero no se acabó...

—No, y fue Edgar, después de muchos improperios, quien me metió eso en la cabeza —dijo en tono jocoso.

No pude evitar una risa a destiempo.

—Él me salvó de mí mismo, me obligó a enfrentar la realidad y me forzó a empezar los tratamientos y la fisioterapia, hasta que recuperé cierto control sobre mi cuerpo.

—Edgar es un buen hombre. El cariño que tiene por los hermanos es realmente conmovedor.

—Sí, es un buen "padre" para los gemelos. Realmente es una gran persona. Lástima que a veces consiga ser irritante...

Volví a reír. A pesar de mi curiosidad por ese comentario de Riccardo, sabía que no era el momento de hablar de otras personas. Esa era una historia para otro momento.

—Lo importante es que estás vivo...

—Sí...

—No sabes cuánto agradezco al cielo por tu vida, Riccardo, por que estés aquí con Lucca, conmigo... —dije con la voz entrecortada.

—Puedo imaginarlo, porque yo me siento igual —murmuró, volviendo a sonreír.

La sonrisa debió de durar apenas unos segundos, pues volvió a besarme y, a través de mis labios, celebré su vida.

Capítulo veintitrés



Fue automático abrir los ojos tras la pesadilla loca que tuve y de la que no conseguía acordarme. Solo sabía que mi pulso estaba acelerado y una fina capa de sudor cubría mi piel.

Giré el cuello y miré a la mujer que dormía plácidamente a mi lado, y poco a poco sentí cómo el malestar se desvanecía, transformándose en una sonrisa.

Me contuve para no acariciarle el rostro.

Veinte días. Casi un mes en que Juliana dormía a mi lado, en mi cama, y yo despertaba con ella.

Sí, estaba contando los días, algo que daba pie a las burlas de Edgar, pero me importaba una mierda. Si él era un idiota por no querer eso para sí mismo, no era mi problema.

Felicidad quizás no fuese una palabra que captara todo lo que sentía por dentro, pero, joder, estaba feliz, feliz de cojones, tal vez como nunca antes.

La rutina que había establecido no solo con Juliana, sino también con Lucca, era una pequeña muestra de lo que quería para siempre, de mi deseo real de formar una familia. Ese anhelo era cada vez más fuerte, aunque lo enfrentaba con cautela.

Por mucho que quisiera hablar del futuro, era algo que nunca mencionábamos, así que sería bastante insensato por mi parte empezar a atropellar las cosas, imponiendo mi ansiedad, sobre todo sabiendo que nuestros sentimientos seguían creciendo, volviéndose más intensos de lo que ya eran.

La verdad es que me estaba enamorando de Juliana a una velocidad vertiginosa.

Cuanto más la conocía, más me fascinaba su fuerza, su dulzura, su sentido de protección. Me sentía atrapado por las conversaciones triviales del día a día, por nuestras discusiones sobre su lógica absurda y divertida, incluso por esos momentos en que

veíamos juntos series y películas malas, lo cual a ella la indignaba. Me dejaba embelesado nuestro compañerismo, la amistad que habíamos construido en tan poco tiempo, su faceta de madre, la mujer increíblemente sexy que siempre me provocaba y despertaba en mí un hambre irracional que, al parecer, nunca sería saciada.

No temía la rapidez con la que ese sentimiento me había invadido; mi mayor miedo era perder lo que tenía con ella ahora.

Continué observando a la mujer, que ahora balbuceaba unas palabras entre sueños, una manía que yo encontraba divertida y que ella siempre negaba tener, hasta que, girando el cuello hacia un lado, vi que ya casi era la hora en que Lucca solía despertarse.

Rodando mi cuerpo hacia un lado, apoyé el codo en el colchón y, con la mano libre, sujeté el borde de la cama para luego elevar el torso, sentándome. Siguiendo apoyado allí, saqué una pierna de la cama y luego la otra, apoyando los pies en el suelo. Ajustando mi silla, coloqué un pie en el pedal y, impulsando mis hombros y torso, lancé mi peso sobre la silla de ruedas, haciendo inevitablemente un ruido fuerte.

Miré a mi sirena, imaginando que se habría despertado, pero Juliana seguía con los ojos cerrados. Tenía un sueño bastante ligero por culpa de Lucca, pero, con la convivencia y la división de

responsabilidades, se estaba permitiendo descansar más, manteniéndose menos vigilante, ya que yo había aprendido rápido a atender las necesidades de nuestro hijo. En las que aún no lograba, contaba con la ayuda de un profesional para adaptarme a la tarea.

Rápidamente hice mi higiene matutina y, tomando la cámara vigilabebés, salí del dormitorio. Apenas había llegado a la cocina para empezar a preparar el desayuno de los dos, cuando escuché la voz de Lucca por el dispositivo.

Moviendo el aro propulsor, giré la silla y me dirigí al cuarto de mi hijo.

—Eres muy travieso, *piccolo* —murmuré al ver a Lucca de pie, sujetándose a la barandilla de la cuna.

Al oír mi voz, el niño giró el rostro hacia mí y soltó un gritito, que por desgracia no era mi tan ansiado “papá”. Esperaba con ansias ese momento, sobre todo desde que leí que cuanto más se repetía una palabra a un niño, más posibilidades había de que la aprendiera. Aun así, sonreí al ver su agitación por mi presencia, mientras una especie de calor me llenaba el pecho.

Colocando la cámara vigilabebés sobre un mueble, me acerqué al lugar donde el pequeñín empezaba el día con sus travesuras.

—¿Cuántas veces te ha dicho tu madre que no se puede escalar las cosas, *figlio*? —Fruncí el ceño a mi niño, que intentaba trepar la barandilla justo delante de mí—. ¡No se puede, Lucca!

Puso un puchero enorme para mí.

—Odiaría que te hicieras daño, y tu madre también...

—¡Na-na-na! —Flexionó las piernecitas de una forma extremadamente tierna, y suspiré.

—¡Cosita linda de papá! —Sonreí, embobado.

—¡Pa-pa! —Siguió dando varios grititos.

Me quedé clavado en el sitio, con la emoción extendiéndose en el pecho, y sentí que las lágrimas se acumulaban en mis ojos.

—¿Papá? —susurré, esperando que no fuera mi mente jugándome una mala pasada—. Soy yo, tu papá, *figlio*.

—¡Pa-pa! —¡Gritó!

—¡*Madre di Dio*, Lucca! —Pasando la mano por la barandilla, toqué su carita, sintiendo las lágrimas resbalar por mis mejillas. Mi respiración era tan acelerada que pensé que me iba a dar algo—. ¡Me has llamado papá!

Lucca inclinó un poco la cabeza hacia un lado, como si estuviera confundido, pero enseguida me mostró sus dientecitos, regalándome una sonrisa preciosa. Soltó una manita de la barandilla

y empezó a celebrar, dejándome sin fuerzas. En un momento estaba jugando, feliz, y al siguiente soltó la barandilla y cayó de culo en el colchón.

Frunció la carita y el llanto fue instantáneo. Sin perder un segundo, coloqué mi silla en paralelo a la cuna y, con cuidado de no hacerle daño, bajé la barandilla móvil que me permitía acceder a él. Estiré los brazos para tomar a mi niño lloroso en brazos.

—Solo fue un susto, mi amor, ¡no necesitas llorar! —Lo acerqué a mi pecho, recibiendo sus puñetazos mientras le acariciaba la espalda—. Vas a despertar a tu mamá, Lucca.

Al niño no pareció importarle eso, pues siguió llorando a pleno pulmón, y cambié de estrategia, empezando a tararear una de las canciones que había memorizado después de escucharla hasta el cansancio y que lo hacía gritar y sonreír.

Por suerte, funcionó, porque en pocos segundos ya estaba más tranquilo, el llanto menos estridente, y sus manitas tiraban del cuello de mi camisa.

—Papá te quiere, hijo, mucho —le dije al besarle la coronilla, iniciando mi rutina con él, que siempre empezaba diciéndole cuánto lo amaba.

—¡Va! —Me reí con su supuesta muestra de acuerdo.

—¿Vamos a revisar ese pañal antes de que empiece a preparar nuestro desayuno?

—¡Na-na! —Gritó.

Lo acomodé mejor en mi regazo, pasando un brazo con firmeza alrededor de su cuerpecito, y moví la silla en dirección al cambiador.

—¿Quieres plátano, *figlio*? —seguí hablándole mientras lo recostaba sobre el mueble.

—¡Na-na-na! —Continuó, moviendo bracitos y piernecitas.

No pude evitar soltar una carcajada.

—Papá va a cortarte un poco, *piccolo*... —prometí, abriéndole el pijamita.

Como siempre, no fue fácil cambiarle el pañal, ya que movía mucho los brazos y las piernecitas —eso cuando no quería darse la vuelta para quedarse boca abajo o intentar agarrar los objetos que tenía en la mano—, pero no podía decir que no disfrutaba de ese momento.

Me encantaba hablar con mi niño mientras lo cambiaba y recibir sus sonrisas y respuestas incoherentes, pero increíblemente adorables. O quizás yo era un padre completamente embobado.

Después de más fiesta cuando lo llevé a lavarse la carita, y él salpicó agua por todas partes, bañándome, por fin llegamos a la

cocina y lo dejé en el parque, cerrando la barrera de seguridad.

—Te tengo vigilado, *figlio*... así que nada de escalar las barras.

Le guiñé un ojo, aunque él estaba mucho más interesado en el juguete electrónico que emitía ruidos estruendosos; uno que, según Juliana, había sido una completa locura de mi parte comprar, ya que, además de repetitivo, provocaba un dolor de cabeza tremendo.

Un “¡Muh!” resonó en la cocina y no pude evitar sonreír al oír la risa infantil que llenó el ambiente mientras sacaba los ingredientes para preparar la tortita de avena que mi hijo siempre desayunaba con fruta.

¿Era un cocinero pésimo? Sin duda, pero ya había preparado esa masa demasiadas veces como para equivocarme... o al menos eso quería creer. Por suerte, aunque a regañadientes de Juliana, había contratado a un profesional para preparar el resto de las comidas. El desayuno era simplemente un capricho mío.

—¡Pa-pa-to! —gritó mi hijo, entusiasmado, en medio de un relincho emitido por el juguete.

—Eso es un caballo, *figlio* —dije, girando el cuello para mirarlo.

—¿Ca-ca? —Pulsó el botón de nuevo, riéndose al escuchar el relincho.

—¡Eso es, mi amor, caballo! —respondí, sintiéndome orgulloso de lo rápido que aprendía.

—¡Papá!

—¿Papi?

—¡Pa-pa-to!

Hice un puchero enorme al pensar que tal vez Lucca no me había asociado como su papá, sino que quería decir otra cosa y simplemente se equivocó de sílaba.

¡No! ¡Mi hijo me había llamado “papá” y no había nada que me hiciera pensar lo contrario! ¡No había llorado por gusto!

Volví mi atención a la masa, midiendo la cantidad de avena que pedía la receta, aunque cada minuto me detenía para hablar con mi hijo o ver qué hacía cuando dejaba de apretar los botoncitos.

—¡El día ya ha empezado con energía por aquí! —escuché la voz de Juliana entre los gritos divertidos de nuestro hijo.

—¡Ma-ma-má! —dijo Lucca al mismo tiempo que apretaba un botón, haciendo que un ladrido resonara.

—¡Hola, mi amor, buenos días!

Por el gruñido de nuestro hijo, pude imaginar que ella se agachaba para coger a Lucca en brazos y darle el beso matutino diario que siempre le daba.

—¡Ma-má! —gritó.

—Está bien, hijo, voy a ponerte en el suelo para que sigas jugando.

Suspiró con resignación y yo me reí de su cara.

—¡No le veo la gracia a esto, Riccardo! —Escuché un fuerte chasquido de lengua que le encantó a nuestro hijo.

—Sabes que tiene mucha, *sirena*... —la provoqué, moviendo el aro hacia atrás y girando mi silla para mirar a mi mujer, que dejaba al niño en el parque.

Como estaba inclinada, mi mirada recayó en su trasero y sudé frío al ver que un buen pedazo de carne quedaba expuesto por el pantalón corto que llevaba. El deseo de sentir su culo golpeando contra mi pelvis mientras me adentraba en ella fue una locura. No solía tener fijación por el sexo anal, pero estaba loco por el trasero de Juliana, y nada ayudaba el hecho de que yo sabía que a ella le gustaban cosas más tiernas.

Como si supiera que la estaba mirando, se volvió hacia mí con una ceja arqueada, en una pregunta muda. Solo le sonreí de forma lasciva, haciéndole promesas para más tarde. Cuando Juliana me devolvió la sonrisa mientras caminaba hacia mí, sentí que ardía en llamas.

¡Stronzo!

—¡Buenos días, Riccardo! —dijo con voz ronca, sin dejar de mirarme con esa expresión tan lasciva, y supe que estaba perdido.

—Buenos días, amor —murmuré, dándome cuenta de que la había llamado “amor”.

A pesar de lo precipitado, no pude arrepentirme de haberla llamado así, ya que me pareció natural. Los ojos de Juliana brillaron y, aunque la convivencia permite leer mejor a la persona, no conseguía descifrar lo que pensaba.

—¿Dormiste bien? —pregunté.

Estiré el brazo y toqué su cadera. Cuando se dejó atraer hacia mis brazos, sentí un alivio tremendo al ver que no me rechazaba.

—De maravilla. ¡Estaba tremendamente cansada! —susurró, maliciosa, volviendo a sonreírme.

—No consigo imaginar por qué... —bromeé, acariciando la piel expuesta por la blusita del pijama, sintiéndome excitado con los recuerdos de la noche anterior.

—¿Cómo que no puedes imaginarlo si tú eres el culpable?

—¿Eso es una queja?

—¡No estoy segura!

Bufé, y ella se rió de mí.

—¡No tiene gracia!

—Sabes que tiene mucha gracia, Riccardo —repitió mis palabras.

—¡Estamos en paz!

—Eso creo yo también...

Enlazó mi cuello y acercó su rostro al mío, dándome un beso suave y dulce, que fue mi perdición, ya que, con un solo beso, Juliana me dejó deseando mucho más.

—¿Necesitas ayuda para preparar el desayuno? —Se apartó un poco y gruñí, porque me encantaba, y mucho, esa cercanía entre nosotros.

—¿Quieres cortar la fruta o encargarte de las tortitas?

—De las tortitas —hizo una pausa dramática—, no puedo correr el riesgo de que las quemes todas.

Puse cara de disgusto.

—¡Eso solo pasó una vez! Y fue la primera vez que estuve en una cocina y no sabía bien cómo funcionaba la estufa. —Moví mi silla para coger una tabla del armario.

—Sí, sí... —Soltó una carcajada.

—¿Y quién me asegura que tú no las vas a quemar también?

—Mis años de experiencia están de mi lado.

—Ya... —el sonido de uno de los juguetes de Lucca resonó en la cocina—, ¡la vaca no está de acuerdo contigo!

—¡Riccardo! —gritó, indignada.

—¡Ma-má! —Nuestro hijo se agitó.

—Está todo bien, Lucca, solo es tu padre haciendo de pesado.

—¡Eso es alienación parental, Juliana! —la provoqué y, por el rabillo del ojo, vi que hacía una mueca. Me eché a reír.

—¡Na-na-na! —intervino mi hijo.

—¡Gracias por la defensa, mi amor! —dijo, divertida, antes de girarse hacia nuestro hijo y lanzarle un beso al aire.

Cuando él imitó su gesto, Juliana soltó un suspiro largo y enamorado. Bufé en broma, como si no me encantara ver aquella escena, y comencé a lavar los arándanos, fruta que a mi hijo le gustaba, aunque a mí me parecía de un sabor horrible.

—Agradezco la defensa, señora vaca —murmuré, justo cuando se oyó un mugido.

Juliana se echó a reír, tanto que pensé que iba a ponerse mal, sobre todo cuando empezó a toser.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo entre tosidos—, a veces eres muy tonto.

—Solo necesitaba un abogado y la vaca vino como anillo al dedo —bromeé.

Ella volvió a reír.

—Creo que quieres matarme, Riccardo...

—¿Yo? ¡Qué calumnia!

—¿Vas a picar esa fruta o no?

—¡Vas a quemar esa tortita! —repuse al notar un olor fuerte.

—¡Mierda!

Fue mi turno de soltar una carcajada, y seguimos provocándonos, entre uno que otro beso, hasta que todo estuvo listo. Por suerte, después del desayuno, las bromas continuaron en esa rutina ligera y perezosa, con charlas fáciles, llenas de caricias e intercambios de miradas. Pero, por desgracia, una reunión de última hora en una oficina del centro acabó sacándome de mi burbuja de felicidad y devolviéndome a la realidad, algo en lo que evitaba pensar a toda costa: que no podía estar con ellos todo el tiempo, y que, muy pronto, en menos de una semana, Juliana también volvería al trabajo, eso si yo no intervenía.

Intenté prestar atención a lo que se decía, pero la duda me carcomía por dentro, haciendo que mis entrañas se retorcieran de

miedo. ¿Qué pasaría con nosotros cuando se acabara nuestro tiempo?

¡Joder! No tenía ni idea de qué hacer, si es que podía hacer algo sin herir a Juliana o sin precipitarme y echarlo todo a perder.

Capítulo veinticuatro



Rozando la yema de mi dedo por la parte interna del brazo de Riccardo, sintiéndolo estremecer al contacto, observé su rostro y analicé las líneas de expresión de mi amante. Aunque había estado bromeando y sonriendo todo el día mientras llevábamos a Lucca al parque, algo lo inquietaba, lo mantenía pensativo, un sentimiento que no era nuevo, pues ya lo había notado otras veces.

La verdad es que, desde que volví al trabajo y él no pudo seguir ignorando los miles de compromisos que tenía como el hombre poderoso que era, Riccardo parecía estar molesto por algo.

Retomar la rutina no estaba siendo fácil, pero sabía que no podía vivir ese cuento de hadas para siempre, porque necesitaba trabajar. No podía negar que estaba un poco más tranquila, ya que Riccardo siempre me llevaba y recogía del restaurante, aunque yo le dijera que no era necesario.

Aun así, echaba de menos esos momentos más relajados con él, especialmente con mi hijo. El tiempo que el italiano me regaló con Lucca había sido demasiado valioso, un respiro en mi vida, y por más que lo hubiera aprovechado mucho, sentía que no lo valoré lo suficiente. Odiaba ver que todo había pasado demasiado rápido.

Tener que volver a mi casa, dejar a Lucca en la guardería o con Riccardo y Thais, dolía un poco. La rutina diaria era agotadora. Un mes me había malacostumbrado mucho. El mundo de Riccardo era distinto al mío; él podía pagar lujos a los que yo no tenía acceso económico. Bueno, tenía que aceptar la realidad tal como era.

Suspiré, acariciando al hombre a mi lado, que dejó escapar un suspiro largo y profundo.

Me quedé allí, observando sus reacciones. Sabiendo que no tenía derecho a hacer preguntas, intenté respetar su silencio, pero me atormentaba a cada segundo imaginando qué era lo que tanto lo

molestaba. Necesitaba saber qué estaba ocurriendo. No quería esa falta de diálogo entre nosotros.

Armándome de valor, me subí encima de Riccardo, encajando mis caderas sobre las suyas, y apoyé mis manos sobre su pecho, que empezó a subir y bajar con más rapidez. Sus ojos ardían de deseo.

—¡Estás buenísima! —murmuró, con una sonrisa maliciosa, mientras jugaba con uno de mis pezones.

Un gemido escapó de mis labios de forma involuntaria cuando aplicó una deliciosa presión sobre mi pecho, y no hice nada por impedir ese toque que me excitaba y me dejaba completamente húmeda.

—Necesitamos hablar, Riccardo —dije con voz firme, sin dejarme llevar por el deseo, lo cual era bastante difícil, ya que me encantaba tener sexo con él.

—¿En serio? —Hizo una pausa antes de provocarme—. Buena manera de empezar una conversación. Desnuda, excitada, sentada descaradamente sobre mí y a punto de encajarte en mi polla...

—Es solo para llamar tu atención...

—Siempre tienes mi atención, Juliana...

Sonreí como una tonta ante las palabras de Riccardo, que conseguían enamorarme aún más de él. Al sentir su mano fuerte y libre acariciar el lateral de mi cuerpo, supe que intentaba persuadirme.

—¿Y si dejamos esa conversación para después? —dijo, confirmando mis sospechas—. Me estás poniendo en apuros, *schianto*.

Negué con la cabeza, y él soltó un bufido.

—¿Sobre qué quieres hablar? —Se dio por vencido y dejó de acariciarme para escucharme. Yo amaba eso de él, el hecho de no insistir y de atender a mis necesidades.

—Quiero saber qué es lo que te está molestando —respondí sin rodeos.

Sentí cómo el cuerpo del hombre se tensaba bajo el mío, una tensión que no tenía nada que ver con la erección que presionaba contra una de mis nalgas.

Su reacción me puso nerviosa, y mil cosas me pasaron por la cabeza, haciéndome sentir insegura.

—Entiendo —dijo tras uno o dos minutos, aumentando aún más mi agonía.

—Sé que no tengo derecho a presionarte, al fin y al cabo, solo soy la madre de Lucca y nuestra relación se resume únicamente al sexo, pero...

Él colocó un dedo sobre mis labios, impidiéndome continuar.

—Nuestra relación es mucho más que sexo, Juliana, y lo sabes. Así que, nunca vuelvas a decir que lo nuestro es algo casual, porque estamos muy lejos de ser solo un polvo el uno para el otro. —Su voz sonó ronca, incluso algo arrogante, mientras volvía a acariciar mi cuerpo.

Mi corazón latió con más fuerza en el pecho y sentí que me derretía encima de él.

—En realidad, creo que ninguno de los dos ha podido definir esto como solo sexo —añadió.

Ya iba a decir que eso era una exageración, porque empezamos por el sexo, pero, como si supiera lo que estaba a punto de replicar, no me dejó hablar.

—*Stronzo*. Ese es el mayor problema, Juliana. Nosotros.

Sus palabras me cayeron como un jarro de agua fría.

¿Riccardo se resentía de lo que teníamos ahora? ¿Pensaba que nuestra relación era un problema?

Sentí un nudo en el pecho y malditas lágrimas formarse en mis ojos.

Hasta hacía unos minutos, me había hecho creer que éramos perfectos juntos, pero ahora ya no estaba segura. ¡Dios! ¿Había sido todo una mentira?

—¿Quieres ponerle fin a lo nuestro? —me obligué a preguntar, aunque la respuesta fuera a dolerme muchísimo.

—¿De dónde sacaste eso, mujer? —Aparentando aún más tensión, me sujetó las caderas con fuerza, de forma posesiva, pero sin hacerme daño.

—¡Dijiste que somos un problema!

—¡Yo soy el problema, Juliana! —replicó, pero eso no me tranquilizó.

¿Cuántos tíos decían que ellos eran el problema antes de terminar una relación?

—Lo que yo quiero es el mayor de los problemas, y sé que puede joder todo lo que tenemos... ¡Joder! Casi lo arruiné todo una vez, ¡y estoy a punto de cagarla otra vez! —Parecía desesperado.

—¿Y qué es lo que quieres, Riccardo?

—Lo que tuvimos en este mes que pasamos juntos... Quiero que duermas y despiertes en mis brazos, Juliana, todos los días, y

no solo los fines de semana cuando estás libre. Deseo que tú y Lucca os quedéis conmigo, pero sé que no puedo exigirlo...

—Riccardo...

—No puedo usar mi dinero para teneros conmigo, por más que tu jefe me haya ofrecido otro mes de tus vacaciones... No podría cometer ese error de nuevo, porque haría que te perdiera.

No era una sorpresa que Henry intentara volver a comercializarme; al fin y al cabo, se embolsó un buen dinero gracias a mí.

—Tampoco puedo pedirte que te quedes conmigo, *sirena*, que renuncies a tu casa, a tu rutina, para intentar encajar en mi vida. No puedo pedir que vivamos como una pareja después de solo un mes de convivencia, por más que esté enamorado de ti —continuó—.

¡Dios! ¡Ni siquiera tenemos la etiqueta de novios todavía!

—Riccardo... —Sentí una mezcla de emociones con su discurso.

¡Dios! ¿Se estaba enamorando de mí?

—¡Joder, no hace ni cuatro días que volvimos a la antigua rutina, y no puedo estar sin vosotros dos, ni siquiera unas horas! —soltó una sonrisa forzada—. ¡Mierda! Me siento con las manos atadas, sin saber qué hacer.

—Puedes simplemente pedirme que me quede, Riccardo —dije, mientras mis dedos jugueteaban con el vello de su pecho, cuando el silencio cayó sobre nosotros. Él me miraba con angustia.

—Sabes que no puedo hacer eso, Juliana, sería egoísta de mi parte...

Fue mi turno de hacerlo callar al posar un dedo sobre sus labios.

—O puedo ofrecerme para dormir en tu cama todos los días. — Esbocé una sonrisa maliciosa.

—Sería muy generoso de tu parte.

—No es generosidad cuando espero ser recompensada, Riccardo...

Sonrió y me dio una palmada en el culo.

—¿Y cómo esperas ser recompensada?

—¿Qué tienes tú para ofrecerme? —lo provoqué.

Alargó el brazo para tocar un mechón de mi pelo.

—Mi respeto y apoyo incondicional. Mi amistad y devoción.

Cariño y pasión... —hizo una pausa y me regaló una sonrisa pícara antes de continuar—: Mi cuerpo y mi alma, o la mitad de ella, ya que la otra parte pertenece a nuestro hijo.

—¡Riccardo! —jadeé, sin poder creer sus palabras, ya que juraba que iba a decir algo con connotación sexual.

—Estoy enamorado de ti, Juliana, y no dudo que me haya enamorado de ti desde el primer momento en que te vi...

—Es imposible enamorarse de alguien a primera vista, Riccardo.

—Puede que no lo creas, pero es real.

—No voy a discutir.

Frunció el ceño, pero enseguida vi varias emociones cruzar por su rostro, y una de ellas parecía miedo.

—A partir de ahora, nada de secretos ni de ocultarnos cosas, Riccardo.

—¿Estás segura de que quieres dar este paso, *sirena*?

—No es como si nos estuviéramos casando, Riccardo, porque sé que aún nos queda un largo camino por recorrer hasta llegar a ese momento —fui honesta—. Incluso podrías echarte atrás con la idea...

Hizo otra mueca.

—Y hay novios que pasan más tiempo en casa del otro que en la suya propia.

—¿Me estás pidiendo que sea tu novio, Juliana? —preguntó con tono divertido.

—No es lo más romántico del mundo tener que pedirle a un hombre que sea tu novio, pero ya que no he recibido una propuesta, ¿qué le vamos a hacer, no? —Hice un poco de drama—. Y más cuando ese hombre es un italiano buenorro. Dicen por ahí que son muy románticos, pero...

—No deberías creer todo lo que se dice por ahí... —me provocó.

—Lo descubrí de la peor manera posible... —suspiré, fingiendo una decepción que en realidad no sentía—. ¿Y si cambio de idea y elijo a un tipo americano ultrarromántico?

—Demasiado tarde para ti —gruñó, sus manos sujetándome con posesividad—. Me pediste que fuera tu novio y acepté.

—No te oí aceptar mi propuesta, Riccardo... —lo provoqué.

—¡Acepto! —soltó demasiado rápido.

No pude controlar la carcajada, dominada por la euforia, y reí tanto que sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas y me dolía el abdomen.

La expresión de Riccardo no ayudaba en nada a que pudiera calmarme.

—Debería replantearme si de verdad quiero una novia que se ríe en mi cara —dijo con el ceño fruncido.

—Demasiado tarde para ti —repetí sus palabras.

—¿De verdad? —Me dedicó una sonrisa maliciosa mientras acariciaba mi columna.

—Sí.

—Entonces no me queda otra que resignarme...

—Buen chico —susurré, recostando mi torso sobre el suyo.

Mi cuerpo vibró al sentir mis pechos aplastados contra su pecho, los pezones excitándose con cada respiración por el roce.

Nos quedamos mirándonos, sonriendo el uno al otro, pero nuestras bocas no tardaron en encontrarse. El beso comenzó lento, provocador, con los labios moviéndose sin prisa, produciendo pequeños chasquidos, pero pronto nuestras lenguas se enredaron con desesperación, como si llevaran tiempo sin probarse.

Gemí cuando sus dedos se enredaron en mi pelo y me atrajo aún más hacia él, devorándome con los labios, la lengua y los dientes, sin ningún comedimiento. Me entregué al deseo, al hombre del que estaba enamorada. No tuve dudas de que fue el mejor beso que había recibido en mi vida, de un hombre que estaba loco y enamorado de mí.

Lástima que pronto nos quedamos sin aliento.

Sin querer despegarme de sus labios, dejé varios besitos y caricias por el rostro de Riccardo mientras él hacía que mi columna se arqueara con su toque.

—¿De verdad estamos juntos, Juliana? —murmuró.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué lo preguntas?

—No puedo creer en mi suerte. —Volvió a acariciar mi cabello —. Un hijo guapo e inteligente, una novia buenorra...

Me dio una palmada en el culo.

—Una novia que, por cierto, está bastante excitada —lo provoqué.

—¡Qué mujer tan insaciable! —Mostró los dientes.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —Dejé un beso en su barbilla.

—¿Qué tienes tú en mente?

Gemí al sentir cómo, con salvajismo, me apretó el trasero, como si lo ofreciera para recibir su polla, y noté cómo mi canal se contraía con un espasmo intenso.

¡Joder! Riccardo sabía perfectamente cómo excitarme aún más.

—Tú, yo y un juguetito —dije con picardía, sabiendo que no se opondría, ya que había sido él quien había propuesto la idea de darle un toque más picante al sexo con algunos accesorios—. ¿Qué te parece?

—Yo elijo —respondió con tono de mando, lo que me hizo arder por dentro, antes de sellar nuestras bocas con urgencia, sin darme opción más que corresponder a su ansia, justo antes de que me ordenara que me levantara e hiciera mi higiene para prepararme para lo que tenía en mente.

Obediente, con mi canal palpitando y el clítoris ardiendo, asentí a Riccardo y salí corriendo hacia el baño de su suite. No tenía tiempo que perder.

Capítulo veinticinco



—Debería sentirme ultrajada porque no me esperaste, Riccardo —mi voz salió extremadamente pastosa al mirar a mi hombre, que, sentado contra el cabecero de la cama, acariciaba su polla erecta con una cadencia hipnótica que me hizo la boca agua de ganas de sentirla.

—¿Qué podía hacer si estabas tardando, Juliana? —Riccardo me miró fijamente, dejando de acariciarse, aunque mantuvo la mano rodeando la erección.

—Quería estar bien perfumada para ti —murmuré.

Deslicé la mano por el costado de mi cuerpo desnudo, insinuándome, consciente de que mi ahora novio seguía cada uno de mis movimientos. El mes que habíamos pasado juntos había hecho maravillas con mi autoestima destrozada. Las imperfecciones seguían ahí, pero Riccardo conseguía que me sintiera increíblemente atractiva y sensual solo con lanzarme esa mirada hambrienta.

—Siempre hueles de maravilla, *schianto* —dijo sin dejar de mirarme.

Volvió a deslizar los dedos por la carne rígida, y sentí que mi cuerpo iba a entrar en combustión. Perdí por completo el habla.

Me encantaba ser *voyeur* y quedarme observándolo mientras se daba placer, tanto que noté mi respiración volverse entrecortada y las piernas flaquear al verlo masturbándose. Pero saber que me usaba como su mayor estímulo me llevaba a un extremo que no sabía cómo definir. No era ninguna exageración decir que estaba tan excitada que sentía mi lubricación escurriéndose entre mis vellos.

Riccardo gimió al aplicar más presión sobre su polla, y escuché mi propio gemido como respuesta. Mi cuerpo se tensaba con los espasmos y mis músculos se contraían con fuerza por el cosquilleo. Seguí observando los movimientos precisos que Riccardo hacía sobre sí mismo: subiendo y bajando, jugando con la base y con el glande.

Incluso a cierta distancia, veía cómo latía aquella carne contra sus dedos, disfrutando de cada sonido de placer que emitía entre su respiración entrecortada. Temblando de pies a cabeza, con el deseo arrastrándome hacia un gran vórtice, me obligué a dar algunos pasos hacia el sillón al lado de la cama y me dejé caer en él.

Pícaro, mantuve las piernas abiertas, mostrando mi coño, y él gruñó, reduciendo un poco la intensidad con la que se bombeaba, pero enseguida volvió a aumentar la velocidad con la que se follaba a sí mismo con la mano.

—¡Joder, qué mujer más buena! —jadeó cuando, de forma inconsciente, llevé la mano a mi pecho, rozando la palma sobre el pezón, que estaba dolorido.

Nuestros ojos se encontraron. El deseo era crudo, poderoso, y Riccardo parecía cada vez más atrapado en sí mismo, en la búsqueda incesante del orgasmo. El placer de él reverberó en el mío y, por un momento, quedé atrapada en su mirada y en las sensaciones que me provocaba y que no podían explicarse, solo sentirse.

Un sonido ronco me hizo volver a mirar sus dedos y darme cuenta de que había dejado de masturbarse.

Volví a mirar el rostro de Riccardo, convirtiéndome en rehén del deseo que había en sus ojos y que me robaba el aliento.

—Tócate para mí, Juliana —la voz autoritaria y ronca hizo que mi corazón se desbocara, los vellos erizándose en respuesta.

Podría haber protestado, decir que solo quería observar, pero simplemente obedecí, abriéndome aún más para él, permitiéndole una mejor vista de mi vagina.

Un escalofrío placentero recorrió todo mi cuerpo cuando rocé con las yemas de los dedos mi clítoris y empecé a frotarlo suavemente, sin ningún pudor, sintiéndome cada vez más sensible bajo mi propio toque.

—¡Estás buenísima! —jadeó otra vez, pero no presté atención al elogio, no cuando estaba cautiva de mis propias caricias.

Un gemido alto resonó en la habitación cuando apliqué más presión en ese punto. Me pegué al respaldo del sillón por instinto, mi canal estrechándose con el espasmo.

Por más que prefiriera que él me tocara, saber que Riccardo se excitaba aún más al observarme, emitiendo varios gemidos, me electrizó todavía más, tanto que parecía estar perdiendo el control de mí misma.

Gimoteando, deseando estar muy cerca de él en la búsqueda del clímax, realicé movimientos precisos y circulares sobre mi clítoris, alternando con pequeños golpecitos que hacían vibrar todo mi sexo. Intenté mantenerme atenta a las reacciones de mi hombre, pero las sensaciones que me invadían eran mucho más intensas. Cerré los ojos, arqueando mi pelvis contra mis manos, aumentando el ritmo de mis caricias, alternando mi toque en otro punto que me hacía retorcerme contra mis propios dedos.

Continuando con la masturbación, acabé obligándome a mirar a Riccardo cuando sus jadeos excitados se infiltraron entre la niebla que me envolvía. No necesité mirar su mano trabajando en su polla para saber que íbamos al mismo ritmo; la conexión entre nosotros me lo decía con certeza. Eso me hizo dar un paso más hacia el abismo, y aumenté el ritmo de los movimientos sobre mi clítoris: frotándolo, pellizcándolo entre el pulgar y el índice, escuchando los sonidos que Riccardo emitía al masturbarse.

Era como un cable pelado a punto de hacer cortocircuito. Fue mirándolo a él que, aplicando más presión y velocidad, me dejé llevar por aquellas sensaciones. Me mordí los labios para contener un grito alto y visceral, sintiendo todo mi cuerpo estremecerse bajo un orgasmo tan fuerte que me hizo detener el movimiento de mi

mano, hundiéndome en el sillón. Aspirando con fuerza, intentando calmar los latidos de mi corazón, observé a Riccardo alcanzar el clímax con una última sacudida, lo que prolongó aún más mi propio éxtasis. Cerré las piernas cuando sentí un latido en el centro de mi sexo y suspiré quedamente. Necesitaba tener a Riccardo dentro de mí, anhelaba esa sensación de plenitud que solo podía alcanzar con él.

—¡*Stronzo!* —dijo con una enorme sonrisa, echándose hacia atrás el cabello húmedo de sudor—. Eres maravillosa, *schianto*.

Mis labios se curvaron en una sonrisa. Me encantaba que me elogiara por mi rendimiento.

—Pero ese no era nuestro plan —continuó él.

—El único culpable eres tú, Riccardo —murmuré, y al sentir un poco más de fuerza en las piernas, me incorporé—. Fuiste tú quien empezó...

—¡No puedes decir que no te gustó, guarrilla! —se defendió, estirando el brazo para tomar un pañuelo de la caja que había en la mesilla y limpiarse el pene—. ¡Joder! Estabas salivando por mi polla.

—Siempre quiero tu polla, cariño. —Miré su pelvis al detenerme frente a la cama y él soltó una risa ronca—. De hecho, la quiero ahora mismo.

—¡Alguien debería salvarme de ti, mujer!

—Como si quisieras que te salvaran... —Puse los ojos en blanco.

Saqué el pecho hacia delante para llamar su atención. Me dieron ganas de reír cuando surtió el efecto deseado y pareció babear. Sentí cómo los pezones volvían a endurecerse.

—Mataría a quien intentara salvarme de ti... —Hizo una mueca. Acabé riéndome.

—Espero que nunca te canses de mi polla, *sirena*, porque yo nunca me cansaré de ti.

—Mmm... —Me derretí con aquellas palabras dulces y sucias mientras él me lanzaba una mirada maliciosa.

—Coge el gel y las bolitas tailandesas para nosotros, señorita insaciable... —ordenó suavemente, mientras seguía devorando mi cuerpo con la mirada—. No seré yo quien le niegue fuego a mi mujer.

La anticipación recorrió mi cuerpo, porque íbamos a usar ese juguete por primera vez.

Comprobando si teníamos preservativos cerca, encontré uno y aproveché para recogerme el pelo en una coleta. Rápidamente hallé los accesorios en el fondo del cajón, entre muchos otros que

habíamos comprado por internet y que parecían divertidos de probar, colocándolos sobre la mesilla de noche.

Él dio unas palmadas en sus muslos, una señal clara de que quería que me subiera a su regazo, y no dudé en hacerlo. Rozando mi pelvis contra su polla medio dura, arranqué un gemido de mi hombre, me acomodé mejor sobre sus piernas y rodeé su cuello con mis brazos.

Riccardo deslizó la mano por mi espalda en una caricia suave y acabó sonriendo cuando suspiré con ternura. Borré la sonrisa al rozar mis labios con los suyos, moldeando nuestras bocas.

Gruñendo, su brazo me estrechó con fuerza contra su cuerpo, y pasé la lengua por sus dientes antes de intensificar el beso, que se volvía más urgente a cada segundo, los toques más irracionales.

Riccardo me apretaba el culo mientras yo arañaba sus hombros y el pecho, dejando marcas. Nuestros cuerpos se buscaban, deseando unirse, dejándose consumir por la pasión que nos dominaba.

Un sonido bajo escapó de mí cuando él me agarró por la nuca con esa firmeza que me hacía temblar, inclinándome la cabeza para besarme de otra forma, ya que el aliento nos había abandonado. Hizo el amor con cada uno de mis labios, besándolos, mordiéndolos,

moldeándolos con los suyos, lo que provocó un sinfín de sensaciones en mi cuerpo. Me quejé cuando la presión se volvió más suave y me sorprendí al notar que empezaba a quitarme el coletero que sujetaba mi cabello.

—¿Riccardo?

—Sabes que me gustan sueltos —murmuró entre besitos mientras pasaba las manos por mi pelo, desenredándolo—. Y que no me impiden darte lo que tú quieres.

—¡Mmm! —Gemí cuando, para probar su punto, enredó los mechones en una de sus manos y dio un tirón firme y delicioso.

—Qué bien que estemos de acuerdo en eso, *schianto*. —Con un gesto más brusco, atrajo mi boca de nuevo a la suya y me dejé besar con furia.

Completamente a merced de él, dejé que Riccardo hiciera lo que quisiera conmigo, y lo hizo. Mientras sus labios devoraban los míos, sentí uno de sus dedos rozar entre mis nalgas, y no me importó cuando, aunque aún no estuviera lubricada, comenzó a jugar con mi ano, que se contrajo al contacto. La excitación de ser besada por él y por lo que estaba a punto de ocurrir era demasiado intensa.

Como si leyera mis pensamientos, Riccardo ordenó con voz ronca:

—Coge el gel y el juguete, y ponte de espaldas a mí, *sirena*...

Me dio una palmada en el culo cuando me quedé quieta, golpe que hizo palpar con fuerza mi sexo y me arrancó un jadeo.

Con el cuerpo más tenso que la cuerda de un instrumento, cogí los objetos y se los entregué. Al darme la vuelta, restregué mis nalgas contra su erección, y sus gemidos no hicieron más que aumentar mi anticipación.

A diferencia de mí, Riccardo no tenía ninguna prisa. Reunió con suavidad los mechones de mi cabello, solo para echármelos hacia adelante.

—No tengo toda la noche, Riccardo —intenté apurarlo, moviendo mis caderas en busca de un poco de alivio.

—No sabía que tuvieras un compromiso a estas horas...

Siguió con toda la calma del mundo, y me pregunté si no estaría recogiendo los cabellos uno por uno, de lo lento que iba.

—Sí, tengo —murmuré, y, cansada de esperar, recogí yo misma el resto de mi pelo y lo llevé hacia adelante.

Recibí otra palmada sonora en el trasero, así que, para provocarlo, me restregué contra su palma.

—¿Debería preocuparme por ese compromiso tuyo?

—Muchísimo, Riccardo... —fui maliciosa.

—No sé si eso me gusta —refunfuñó, y por fin le escuché coger el tubo de lubricante.

—No es para gustarte. —Sonreí para mis adentros.

Riccardo soltó una maldición y no pude evitar reírme. A veces era gracioso lo fácil que era sacarlo de quicio.

—¿Y cuál sería ese compromiso? —Parecía molesto.

—Conmigo misma... —hice una pausa dramática— y con unas ciertas bolitas. Leí en internet que una puede divertirse mucho sola.

—¿Y dónde estaría la gracia?

Parpadeé, perdí el foco en cuanto su mano posesiva agarró mi coño con autoridad.

—No le veo ninguna... —susurró contra mi oído, su aliento caliente sobre mi piel provocándome un tipo distinto de estímulo.

Sí, no tenía ni pizca de gracia, no cuando tenía a un hombre tan bueno como él para volverme loca.

—Tiene muchas, incluso tú te beneficiarías. —Forcé mi voz a salir.

—¿Ah, sí? —Abrió mi coño con dos dedos, al tiempo que dejaba un beso en mi cuello.

Me derretí, el deseo apoderándose de mí con fuerza imparable...

—¿Cuáles, exactamente? —insistió.

—Fortalece... —Perdí el hilo cuando rozó una de las bolitas contra mi sexo.

Con un gemido estrangulado, aferré la colcha entre mis dedos hasta que los nudillos se pusieron blancos, sintiendo los escalofríos provocados por el frío del metal sobre mi clítoris sensible, y también por sus labios dejando un rastro húmedo sobre mi piel. El placer fue como pólvora recorriendo mi cuerpo caliente en el momento en que Riccardo deslizó el juguete de arriba abajo, y le dejé saber cuánto placer sentía a través de mis gemidos.

Todo en mí parecía tener vida propia, y empecé a ondular con esa fricción lenta que él ejercía sobre mi sexo mientras me mordía los hombros con suavidad, usando la barba para arañarme.

Mis fluidos de excitación se mezclaban con el lubricante, convirtiéndose en un ardor placentero que hacía que mi canal se estrechara con espasmos cada vez más intensos, volviéndome loca.

Cerré los ojos, y los sonidos de placer que él dejaba escapar, apagados contra mi piel sudorosa, parecían llevarme a un estado ya muy conocido para mí. Riccardo lo sabía, porque seguía utilizando

aquella bolita en mi coño, generando una expectativa deliciosa sobre cuándo dejaría de acariciarme para introducir el juguete en mi ano y comenzar el juego, penetrándome con fuerza. Pero parecía tener otros planes para mí, porque, después de trazar círculos sobre mi clítoris, con un movimiento repentino, insertó una bolita en mi canal, que se contrajo ante la invasión.

—¡Dios! —murmuré una blasfemia antes de morderme los labios cuando movió la esfera dentro de mí, masajeando un punto que dejó mi mente en blanco.

Arquee mi pelvis contra su mano, deseando más de esa caricia sensual, haciendo que otra bolita golpeará contra mi clítoris, el estímulo llevándome mucho más allá.

—¿Y cuáles eran los beneficios de jugar sola, exactamente? —preguntó con provocación, insertando otra bolita dentro de mí.

Mi respuesta fue un quejido, ya que Riccardo seguía masajeando esos puntos sensibles, haciendo que toda mi pelvis se contrajera cada vez más, mientras su boca experta jugaba con mi oreja, mordisqueando el lóbulo y lamiendo con la punta de la lengua la curva del cartílago.

Apreté con más fuerza la colcha, como si eso pudiera evitar que me desmoronara.

—Responde, Juliana —volvió a presionarme, deteniendo las caricias.

—¿Qué?

—¿Prefieres jugar sola y no con tu hombre?

—No...

—¿No? —Movi6 la esfera, haciéndome gemir y retorcerme.

—No.

—¿Por qué? —Besó mi cuello, y yo eché un poco la cabeza hacia atrás, deseando más de él—. ¿Porque tu hombre sabe darte lo que quieres?

—¡Sí! —jadeé cuando, sin ceremonias, insertó otra bolita dentro de mí.

—¿Siempre?

—Siempre.

Con una risa ronca, insertó la última esfera y usó el anillo que las unía para moverlas, creando una mezcla de sensaciones que me llevó al borde del orgasmo, excitándome cada vez más.

Todo mi cuerpo aguardaba el momento en que tiraría de las piezas para darme aún más placer, pero como si fuera una muñeca de trapo, Riccardo usó su fuerza para girarme sobre su regazo, haciéndome quedar de frente a él, con su polla rozando mi vientre.

—¿Haces los honores del preservativo, *sirena*?

Asentí, aunque no confiaba en mí misma para hacerlo, ya que estaba completamente inestable. Me estiré para coger el envoltorio y me sentí como una adolescente poniendo un preservativo por primera vez al novio, lo cual era ridículo, tan ridículo que vi a Riccardo divertirse a mi costa, pero no me ayudaba en nada al seguir usando el juguete para estimularme.

—¡Esa fue difícil! —bromeó cuando por fin desenrollé el látex sobre su pene.

—Sí... —Me sentí avergonzada, y él me dio un beso rápido.

Un gritito resonó por la habitación en el momento en que, sin sacar las bolas tailandesas de dentro de mí, me sujetó por las caderas, me alzó un poco y me dejó caer sobre su erección con una embestida firme, que provocó una explosión de sensaciones en mi cuerpo.

Me agarré a sus hombros fuertes y, apoyando las rodillas contra la cama, empecé a subir y bajar por su polla, suspirando de placer al sentir las bolitas masajeándome en el proceso.

No solo yo disfrutaba del juguete, ya que sus ojos se oscurecieron y su expresión era una mezcla de dolor y placer.

Sus gemidos se hicieron más fuertes cada vez que me levantaba un poco, solo para volver a deslizarme lentamente por toda su dureza.

—¡*Sirena*! —susurró con voz ronca, apretándome las caderas, queriendo que aumentara la velocidad de aquel vaivén delicioso, que llenaba mi alma.

Alzando mi pelvis, acabé sonriendo con el pensamiento de que no me cansaba de tener su cuerpo cubierto de sudor contra el mío, de ser empalada por su pene, de esa conexión que había entre nosotros y que se hacía más fuerte cada vez que hacíamos el amor.

Volví a bajar sobre la carne palpitante, esta vez yendo más despacio solo para torturarlo, y torturarme también, ya que quería llegar rápido al clímax tanto como él.

Continué con ese martirio hasta que mi hombre tomara alguna iniciativa y, infiltrando los dedos entre mi cabello, empezara a besarme.

Con las respiraciones ruidosas entrelazándose, aumenté la velocidad de mis movimientos, lo que hacía que las esferas se movieran de forma desordenada dentro de mí, masajeando cada una de nuestras terminaciones nerviosas, especialmente cuando me contoneaba al alcanzar la base del pene.

Clavé mis uñas en su pecho, arañándolo, cuando él atrapó mis labios entre los dientes, tirando de ellos. Con una embestida más fuerte, sin querer, mi cuerpo expulsó una de las esferas, provocándome algo delicioso, que me hizo contraerme por completo. Seguí moviéndome sobre su polla, sintiendo que lentamente perdía mis fuerzas. Las sensaciones combinadas del beso, del acto sexual y del juguete hacían que me faltara energía para seguir cabalgándolo.

—¡Joder! —gruñó, y sin que yo tuviera que decir una sola palabra, llevó las manos a mis muslos para ayudarme a moverme.

El calor de sus palmas contra mi piel fue el catalizador que me hizo entrar en combustión. Controlando el beso mientras él me deslizaba sobre su pene, obligándome a friccionar contra su pelvis, chocando mi culo contra sus bolas, me lancé a ese precipicio. Y no fui sola.

Riccardo estaba tenso ante mi contacto, el sudor le chorreaba del cabello por el esfuerzo, el corazón latía tan rápido que juraría poder oír los latidos entre los gemidos y el chocar de nuestros cuerpos. Su pene palpitaba mientras nuestras bocas se volvían más lentas.

Y fue en esa unión desesperada, cegada por las sensaciones que nos provocábamos mutuamente, que mi mundo y el suyo

parecieron estallar. Mis últimos resquicios de fuerza los usé para atraparlo junto con las bolitas dentro de mí, tragándome el grito salvaje de mi hombre, que bien podría haber despertado a Lucca.

Me dejé caer y ser envuelta por un medio abrazo tan fuerte que mi cuerpo parecía fundirse con el suyo. Muy cabrón, metió la mano libre entre nuestros cuerpos y prolongó mi orgasmo al jugar con las bolas tailandesas, moviendo los hilos que las unían, sacándolas una a una de dentro de mí. Sintiendo su polla volverse flácida, alcé mis caderas y él retiró el látex, haciéndole un nudo antes de dejarlo en el cabecero.

Volví a caer sobre Riccardo, acurrucándome contra ese cuerpo delicioso, y dejé un beso en su pecho, notando que su corazón seguía acelerado.

—¡Joder! ¡Eso estuvo bueno! —Acarició mi espalda.

—Más de lo que imaginaba —murmuré—. En realidad, no era esto lo que pensaba que íbamos a hacer.

—Lo sé. —Besó mi frente y mostró esa sonrisa pícaro que tanto me gustaba—. Pero tengo que sorprenderte con mis improvisaciones...

—¿Improvisaciones? —Le sujeté la barbilla, dándole un beso en cada comisura de los labios.

—No puedo llamarlo habilidad...

—Sabes que eres habilidoso, cariño...

—¿Cariño? —Sonrió, embobado.

—Necesitas un apodo tierno...

—¡Puede ser *buenísimo*!

—No voy a llamarte *buenísimo*...

—¿No? —Soltó un resoplido, acariciando mi columna con los dedos.

—¡No delante de la gente!

—A mí no me importaría...

—¡Tonto! —Le di una palmada en el hombro.

—Sería bueno para alimentar mi ego.

—Ni pensarlo.

—¡Qué mala!

—Egoísta... —Jugueteé con los pelitos de su pecho—. No voy a ir contando por ahí que mi novio es un buenísimo y animar a la competencia.

Soltó una carcajada antes de llenar mi cara de besos cuando puse una mueca.

—Soy tuyo, Juliana...

—Y yo también soy completamente tuya, cariño —susurré.

No temía entregarme en cuerpo y alma a él, porque algo me decía que Riccardo también sería mío, para siempre.

El destino nos había separado, pero nos había unido dos años después. Estaba segura de que ya nada podría separarnos, no sin que los dos lucháramos contra ello...

Capítulo veintiséis



—Lo que el amor no hace con una persona... —comentó mi mejor amiga mientras veíamos una de sus comedias románticas favoritas, que nos hacía suspirar mientras comíamos palomitas juntas.

Hacía mucho tiempo que no pasábamos un rato juntas, ya que prácticamente yo vivía en casa de Riccardo y ella, para no molestar a la “parejita”, siempre llegaba justo a tiempo para cuidar de Lucca cuando Riccardo no podía quedarse con él, y se marchaba rápidamente en cuanto uno de nosotros aparecía, lo cual era irritante.

No era porque yo tuviera novio y el trabajo estuviera más exigente que no podía pasar tiempo con ella; al fin y al cabo, Riccardo también pasaba horas con Edgar, aunque la mayoría de las veces fuera para tratar asuntos relacionados con sus empresas. Y como él estaba de viaje de negocios, en Nueva York, aproveché para estar con mi mejor amiga.

—¡Juliana! Sé que me has oído... —Me dio un codazo en las costillas.

—¡Eso dolió, Thay! —Me giré hacia ella, frunciendo el ceño.

—¿Quién te mandó ignorarme?

—No te estoy ignorando.

—¡Sí que lo haces!

Puse los ojos en blanco y metí la mano en el cubo de palomitas, agarrando un puñado y llevándomelo a la boca.

—¿Sabes que tu piel está mucho más bonita, amiga?

—¿De verdad?

—Estás radiante, más sonrosada... ¡pareces el culito de Lucca de lo lozana que te ves!

—¡Qué comparación! —dije entre carcajadas.

—¡Es verdad! —Sacó la lengua de forma infantil, antes de pasarme la mano por la mejilla—. ¡Está tan suave!

Reímos.

—No puedo negarlo, Thay... —confirmé después de tocar mi propia piel.

—Lo que hace el amor, ¿eh? —Otro suspiro se le escapó y vi sus ojos brillar, llenos de felicidad por mí, lo que me enterneció.

—Los estudios dicen que lo que va bien para la piel es el sexo, no el amor, amiga... —la provoqué, devolviéndole el codazo.

—Y de eso tú has tenido bastante, ¿no, golfa?

—Tenía que quitarme las telarañas de ahí abajo.

Me encogí de hombros, y la risa fue instantánea.

—Amiga, dudo que a estas alturas aún quede alguna telaraña por quitar... —Cogió el cubo para servirse palomitas.

—¡No, por suerte no! —respondí con tono malicioso.

No pude contener la risa cuando escupió las palomitas por mi comentario.

—Ahora tienes que admitir que yo tenía razón desde el principio al decir que ustedes acabarían juntos...

—¡No había forma de preverlo! —No quise darle la razón.

—¡Ridícula!

—Yo también te quiero.

—¡Que sepas que ya no te quiero! —Puso morritos.

—¡Mentirosa!

—Es verdad.

Solté un sonido de disgusto, y enseguida volvimos a reírnos sin ningún motivo.

—Estamos perdiendo la película —murmuré.

—¿Y a quién le importa? Ya la hemos visto una docena de veces.

—Tú la has visto, no yo.

—Ya... pero puedes verla después. O la volvemos a poner.

—Okay.

—Hablar conmigo es mucho mejor, lo sé... —Cogió más palomitas.

—¡Engreída!

Chasqueó la lengua hacia mí y, para mi sorpresa, acabó poniendo una mueca.

—¿Qué pasa, amiga?

—Necesito enamorarme de alguien...

Fruncí el ceño.

—¿Por qué, Thay?

—Por más que me eche crema, mi piel nunca está lozana... y estas malditas marcas de granos...

—¡No hables mal de ti misma, Thais! —la regañé.

—Estos tratamientos que me hago nunca sirven para nada...

—Sabes que los granitos te han mejorado bastante, amiga.

—Ya... —Sonrió con tristeza—. Tengo cierto complejo con eso.

Las bromas que me hacían en el instituto...

—¡Eran unos imbéciles!

—Un culo y unas tetas no me vendrían mal...

—¿Otra vez con eso?

—Es la realidad. Tal vez debería juntar el dinero extra que me estás dando por cuidar de Lucca y hacerme la dichosa cirugía.

—No hay nada malo en ti. Estás siendo terca. ¡Los tíos babea por ti!

—¿Quiénes?

Edgar, pensé.

No era tonta. Por más que mi atención estuviera centrada casi por completo en Lucca y Riccardo durante la barbacoa, no me pasó desapercibido que aquel hombre se quedó paralizado al ser presentado a ella, y cuando Thais se puso el biquini, vi al millonario mirarla con deseo. Y las miradas se repitieron varias veces, aunque él fuera extremadamente discreto. Cuando ella rechazó su oferta de llevarla a casa para evitar que algún vecino la viera bajarse de un

coche deportivo de lujo frente a su portal y eso llegara a oídos de su padre, Edgar pareció un poco molesto.

Las otras veces que él acabó encontrándosela en casa de Riccardo, las miradas fueron las mismas. Imaginé que Thay comentaría algo, pero como no dijo nada, lo dejé pasar.

—¿Ves? No puedes nombrar a nadie...

—No es así, Thais...

—Puede que sí, pero nadie me mira como Riccardo te mira a ti...

—Es diferente...

—Nunca voy a olvidar la forma en que él te miró cuando se reencontraron, amiga, y creo que tú tampoco. ¡Y eso que ni se conocían! Fue mejor que la de Jake ahí. —Señaló la tele y observé al personaje que miraba a la mujer de la que estaba enamorado.

—Es una buena interpretación.

—Sí, pero no quiero menos que eso, por muy difícil que sea de encontrar.

—Y tú no mereces menos que eso, Thay...

—¡Ya estoy harta de esta vida, Ju!

—Todavía eres joven, amiga.

—¡No quiero llegar a los treinta sin haber dado ni un beso!

—Eso no va a pasar...

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿No eras tú la señora “no-puedo-prever-lo-que-va-a-pasar”?

—¡*Touché!*

—Pero hablando en serio, estoy pensando en organizarme para salir de casa con el dinero extra que me estás pagando por cuidar de Lucca cuando no está en la guardería.

Abrí la boca, sorprendida.

—Necesito vivir mi vida y, por más que quiera a mi padre, ya no puedo seguir viviendo con él. Necesito respirar otros aires, me siento asfixiada.

—Lo entiendo, cariño...

—No será hoy, ni mañana... pero algún día. Quiero ahorrar un poco más de dinero para tener más seguridad, sobre todo si tú ya no quieres contar con mi ayuda...

—¡Jamás te dejaría tirada, Thay! —volví a reprenderla.

—Ya no tomas decisiones sola, amiga. Riccardo podría querer a alguien más cualificada.

—No existe mejor cualificación que amar a nuestro hijo, Thais, y estoy segura de que él piensa lo mismo que yo... —Le tomé la mano y entrelacé nuestros dedos.

—Nunca se sabe...

—Puedes estar segura de eso.

Sonrió.

—Aun así, necesito tiempo para reunir valor, porque mi padre va a montar un escándalo.

—Sé que lo lograrás, amiga, y no estás sola, siempre me tendrás a mí.

—Lo sé, y te lo agradezco muchísimo, porque va a ser difícil...

—Sí, sobre todo al principio.

—Ya... —Suspiró.

—Vas a conocer a un tío majo...

—Quién sabe. —Se encogió de hombros—. Solo quiero hacer nuevas amigas, ir a fiestas, conciertos, bares. Disfrutar...

—¡Y haces bien, amiga!

—Sí... —Una sonrisa maliciosa empezó a formarse en sus labios—. Bien podrías darme la dirección del pub donde conociste a Riccardo. A ver si tengo suerte y me encuentro con algún millonario suelto por ahí...

Apenas terminó la frase y estalló en carcajadas, haciendo que yo también me riera.

—Hablando de millonarios... —dijo justo cuando sonó la notificación de mi móvil.

Sonriendo, estiré el brazo para coger el aparato y leer el mensaje.

—¿Qué quiere? ¿Un nude? —Fue entrometida y, por el rabillo del ojo, vi que tenía una sonrisa traviesa en la cara.

—Sabes que no.

—¿Lo sé?

—¡Thais!

—¡Oye! La gente hace eso todo el tiempo.

—¿Ah, sí?

—Y por tu cara, tú ya lo has hecho.

Me encogí de hombros, y la payasa se echó a reír.

Aproveché para responder al mensaje de Riccardo.

—¿Y bien?

—No es que sea asunto tuyo, pero solo me está avisando de que ha llegado al hotel y va a descansar, ya que tiene un vuelo a Nueva York mañana temprano.

—Le echas de menos, ¿verdad? Lo puedo ver en tus ojos.

—Sí. Solo lleva dos días fuera, pero es imposible no echar de menos sus besos, su contacto, su olor, el calor de su piel...

—Puedo imaginarlo...

—Quizá algún día me acostumbre.

—O no...

—Es su vida, es su trabajo. No puedo ir siguiendo a Riccardo por todo el planeta.

—No, no puedes.

—Pero puedo creer que, en cada momento, él se muere de ganas por volver a mí y a Lucca.

—No tengo ninguna duda de eso... Os amáis.

—Es curioso que ninguno de los dos lo haya dicho nunca en voz alta.

—Tenéis tiempo, amiga.

Sonreímos la una a la otra, cómplices.

—Joder, odio esta parte —murmuró.

—¡Amiga!

—Jake ha sido ridículo por pensar que Bonnie es una más interesada y hacerla llorar.

—¡Ya ves!

—¿Por qué seguimos suspirando por un hombre tan ridículo como él?

—No tengo ni idea.

—Debemos de tener algún problema...

—¡El problema lo tienes tú, que es tu amor platónico!

Thais hizo una mueca, pero enseguida suspiró.

—¡Pero es tan guapo! Y la escena de la fiesta en la que la saca a bailar...

Solté una carcajada al ver la cara de mi amiga, una romántica incorregible, que parecía completamente seducida por su *crush* cinematográfico, olvidándose de hablar conmigo. Deseé con todas mis fuerzas que Thais acabara viviendo el romance con el que tanto soñaba, pero, al poco, yo también estaba suspirando y, a diferencia de Thay, que se derretía por Jake, mis suspiros eran todos por el hombre cuya ausencia me hizo darme cuenta de que hacía tiempo que la pasión se había transformado en amor...

Capítulo veintisiete



—Mesa veintitrés —gritó la *chef* casi sin necesidad, ya que yo estaba justo delante de ella.

Si ya estaba de mal humor al comienzo del turno, no quería ni imaginar cómo estaría cuando el restaurante se llenara de verdad.

Tratando de no dejarme llevar por la tensión en la cocina ni pensar en lo agotador que sería el día, después de comprobar que todo estaba en orden, cogí los platos, los puse en la bandeja y salí a servir las mesas.

—¿Desean algo más, señores? —pregunté al terminar de servirlos.

—Una tónica con hielo.

—Una cola light.

—Un momento, por favor... —respondí.

Con una ligera inclinación, fui a buscar lo que habían pedido.

—Buen provecho, señores —dije al servir las bebidas en los vasos.

Solo uno de los clientes dio las gracias, pero no tuve tiempo de sentirme molesta, ya que otra mesa me llamó. Asentí de nuevo antes de dirigirme hacia allí.

—Pediré a cocina que cambien el plato, señora. —Retiré la porcelana y la coloqué en mi bandeja.

—Mi hijo no va a comer algo tan salado...

—Le pedimos disculpas por lo ocurrido.

—¿Puede pedir prioridad? Tiene hambre.

—Por supuesto, señora.

—Gracias.

—Gracias a usted. Con permiso...

—Toda.

Le sonreí, agradecida por su educación y paciencia, y regresé a la cocina.

—¿Qué es esto? —La chef frunció el ceño cuando dejó el plato sobre la encimera.

—Una devolución.

—¿Por qué?

—Está salado...

—¡Tonterías! Lo probé y estaba bien, como siempre. Llévalo de vuelta.

—No lo voy a llevar...

—¡Llévalo, que te lo estoy mandando!

Arqueeé una ceja.

—Estamos en un punto muerto, Mandy, porque no voy a hacerlo. Si quieres, ve tú misma y explícaselo.

—Ese no es mi trabajo, Juliana.

—Entregar comida incomible tampoco es el mío. ¿Llamamos a Henry para que venga a resolver esto? Estoy segura de que no querrá problemas con la clienta.

—No, claro que no. —Bufó.

—Si puedes dar prioridad al pedido, el niño tiene hambre.

—¡Vale! —De mala gana y con desdén, cogió el plato.

Empecé a comprobar el otro pedido, que, para mi desgracia, estaba incompleto. Suspiré, sintiéndome de repente agotada por

tener que enfrentar otra discusión con esa mujer, pero no tuve tiempo de decir nada, ya que mi móvil, que llevaba en el bolsillo del pantalón, sonó. El sonido me dejó paralizada: era el tono que había puesto para avisarme si llamaban de la guardería de Lucca.

Era la primera vez que me llamaban durante mi horario de trabajo, y eso me puso aún más ansiosa por saber qué habría pasado.

¿Lucca se habría sentido mal por haberle dado algo diferente de su rutina? Ya había tenido un trastorno intestinal por probar algo nuevo, y podía haber ocurrido eso en la guardería.

Aunque fuera algo común entre niños, eso no aliviaba el peso que sentí en el pecho.

Con las manos temblorosas, cogí el teléfono.

—Sabes que no se pueden atender llamadas en horario de trabajo, ¿no? —gritó Mandy—. ¡Si lo haces, Henry se va a enterar!

Me daba absolutamente igual lo que pudiera hacer; contesté antes de que la llamada se fuera al buzón de voz.

—¿Hola?

—¿Hablo con la señora Ortega? —El tono de voz de la persona al otro lado me puso aún más nerviosa.

—Sí, soy yo.

—Nos ponemos en contacto para informarle que ha habido un accidente con el alumno Lucca Ortega Mazoni, y le pedimos que se dirija al hospital pediátrico al que está siendo trasladado.

—¿Qué? ¿Hospital? —grité con la voz ahogada.

El pánico se apoderó de mí con una fuerza brutal, como si me clavara sus garras por dentro. Me sentía tan débil de piernas que no me habría sorprendido caer al suelo.

—La directora consideró mejor llamar a un equipo de emergencia, ya que Lucca perdió el conocimiento durante unos instantes después de golpearse la cabeza al caer por unas escaleras.

—¿Cómo que...? ¿Está...? —No pude terminar la frase; el nudo en la garganta me estaba ahogando.

Las lágrimas empezaron a acumularse en mis ojos y me obligué a respirar hondo para intentar controlarme y entender lo que estaba pasando, pero el miedo a perder a mi hijo me destrozaba por dentro. Si eso pasaba, sabía que no lo soportaría.

No podía quedarme sin quien más amaba en este mundo. No podía quedarme sin mi hijo. Lucca era mi vida.

No.

No.

No.

El destino no podía ser tan cruel. ¿O sí?

—Ya ha despertado —informó después de lo que a mí me parecieron siglos.

—Eso es una buena señal, ¿verdad? —murmuré, necesitando una confirmación de que estaba bien, aunque no lograba sentirme aliviada hasta verlo con mis propios ojos.

—No sabría decirle, señora.

—¡Dios!

Empecé a llorar, desesperada, y sentí una mano sobre mis hombros. Por el rabillo del ojo vi que era uno de los camareros.

—¿Puede anotar la dirección del hospital, señora? —preguntó la mujer.

—¡Claro! —respondí, aunque no tenía claro si realmente sería capaz de hacer nada en ese momento.

Puse el móvil en altavoz y le pedí al compañero que estaba a mi lado que me consiguiera un bolígrafo y papel. Me los pasó rápidamente, aunque lo único que alcancé a anotar fue el nombre del hospital.

Había un sinfín de preguntas que quería hacer, pero la mujer se despidió y colgó. El móvil se me cayó al suelo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi compañero de trabajo al verme paralizada, perdida, sin reacción.

Mi mente era un torbellino absoluto de angustia.

—Vaya espectáculo, ¿no? —soltó Mandy con tono de burla.

—¡No jodas, víbora! —le soltó con brusquedad, y luego se volvió hacia mí—. ¿Juliana?

—Mi hijo sufrió un accidente en la guardería y no saben decirme cómo está. Lo llevaron al hospital... —expliqué. Obligándome a reaccionar, recogí mi móvil del suelo—. Tengo que ir allí.

—Henry se va a enterar de esto, Juliana, y no le va a hacer ninguna gracia que te vayas en medio del turno, ¡con el restaurante lleno! —me amenazó Mandy, pero yo simplemente empecé a caminar hacia el vestuario para coger mi bolso.

Mi trabajo era lo que menos me importaba en ese momento. Necesitaba estar con mi hijo, necesitaba oír de los médicos que estaría bien, que mi pequeño no corría peligro, que no lo iba a perder...

Completamente en pánico, aún llorando, salí corriendo por el restaurante, y no me importó usar la puerta principal, a pesar de

que estaba prohibido para el personal. Choqué con uno de los clientes. Me disculpé, pero no me detuve.

Paré el primer taxi que vi en la calle y, nada más subir, le di el nombre del hospital. El conductor me preguntó si todo estaba bien, pero cuando negué con la cabeza, no insistió.

Me obligué a respirar hondo, intentando calmarme, consciente de que dejarme llevar por los nervios no ayudaría en nada.

Sirvió de poco, pero aun así me permitió recordar que tenía que llamar a Riccardo y contarle que nuestro hijo estaba hospitalizado.

Mi corazón, que ya estaba encogido por la preocupación por mi hijo, también se apretó por Riccardo, que estaba lejos por trabajo, aunque sabía que no tenía forma de ocultarle esto. Busqué el móvil en el bolso, tardando en encontrarlo porque había demasiados compartimentos y no recordaba en cuál lo había guardado.

Una punzada de desesperación me invadió cuando sonó hasta que se cortó. Lo intenté de nuevo, pero sin éxito. Me extrañó, ya que Riccardo, incluso en reuniones, solía dejar su móvil personal con sonido. Le mandé un mensaje pidiéndole que me llamara en cuanto pudiera, y también escribí a Thais, que respondió de inmediato, avisando que me encontraría allí.

Me quedé mirando por la ventana. A pesar de que el día estaba soleado, nunca me había parecido tan sombrío. Pero enseguida volví a clavar la mirada en la pantalla del móvil, esperando un mensaje. No hubo respuesta de Riccardo. Volví a llamar, otra vez sin éxito.

Aunque luchaba contra la sensación de pánico, rogando a Dios para que todo saliera bien, comencé a revivir la época en que Lucca estuvo ingresado tras nacer prematuro.

Sabía que no estaba siendo justa conmigo misma ni con mi novio, porque tenía la certeza de que, en cuanto pudiera, Riccardo se pondría en contacto conmigo. Pero el sentimiento de soledad, mezclado con el miedo, la impotencia y la falta de información sobre lo que había pasado con mi hijo, acabó llevándome a un llanto convulso de puro y absoluto desespero.

Capítulo veintiocho



—¡Carajo! ¡Parecía que esa mierda no iba a acabar nunca! —se quejó Edgar cuando nos quedamos solos en la sala de reuniones que alquilaba cuando estaba en Nueva York.

—Coincido —murmuré, aflojando mi corbata, que parecía un nudo de horca apretándome la garganta.

—Estoy harto de que quieran cambiar las cláusulas de venta —refunfuñó Rafael.

—Saben que, en nuestras manos, la compañía generará miles de millones —dije.

—Ya están sacando beneficio con la venta.

—Codicia... —el mexicano soltó un sonido desdeñoso y esbozó una sonrisa—, no es que podamos decir mucho al respecto.

Reímos.

—Si mañana no cerramos de una vez los detalles de la compra, no pienso perder más el tiempo con esto —sentencié.

Cogí mi móvil de la mesa para enviar un mensaje a mi *sirena*, aunque sabía que a esa hora estaría trabajando.

—¡*Stronzo*! —solté una maldición.

—¿Qué pasa? —preguntó Edgar.

—Ni vi que se me acabó la batería del móvil...

Seguí maldiciéndome por ese descuido, buscando el cargador ultrarrápido en la carpeta.

—¿No es un poco exagerado? —dijo Rafael, divertido.

—Es por su gata. No puede estar ni media hora sin mandarle un mensaje. No sé cómo Riccardo consiguió estar todo este tiempo concentrado en la reunión...

Se rieron en mi cara.

—Problema que nunca tendré... —sentenció Rafael.

—Yo puedo decir lo mismo —dijo mi amigo.

Se carcajearon aún más. Ya iba a llamarlos imbéciles cuando encendí el móvil y fui bombardeado con notificaciones de mensajes

y llamadas. Al ver que todas eran de Juliana, sentí que se me helaba la sangre.

Algo había pasado. Y era grave. Ella no intentaría contactarme tantas veces si no fuera algo importante.

Un escalofrío me recorrió toda la columna vertebral y me odié por no haber prestado atención al teléfono.

La culpa me pesaba sobre los hombros.

Con un terror que jamás había sentido, el estómago hecho un nudo, sin leer los mensajes, marqué su número.

Mi respiración era entrecortada. Cada tono de llamada era como una puñalada en el pecho. Sonó hasta ir al buzón de voz, así que lo intenté de nuevo.

—Contesta, *sirena*... Por favor, *amore mio*, no me hagas esto.

No respondió, y solté una maldición, sintiendo una furia inmensa contra mí mismo.

—Algo ha pasado, Edgar... —susurré al intentar llamar por tercera vez.

—¿Por qué dices eso, tío?

—¡Había como diez llamadas de Juliana, joder! —grité, sintiendo una angustia extraña.

Al no contestar, decidí mirar los mensajes, y me quedé paralizado, apenas si podía respirar.

Si antes creía estar ansioso al ver las llamadas, ahora descubrí lo que era el miedo de verdad, ese que te roba el aliento y hace que el corazón se te dispare.

Me invadieron escalofríos y empecé a sudar frío. Era como si alguien me cogiera por el cuello y apretara con fuerza, asfixiándome.

—¿Riccardo? ¿Qué pasa, tío? Estás pálido —preguntó Edgar con urgencia en la voz.

Solo entonces aparté la vista de los innumerables mensajes de ella pidiéndome que la llamara, diciendo que Lucca había tenido un accidente, y miré a mi amigo, que se había levantado y me había puesto una mano en el hombro, visiblemente preocupado.

—Parece que mi hijo ha tenido un accidente en la guardería...
—Apenas si reconocí mi propia voz.

—¡Joder! —soltó Rafael.

—¿Es grave? —murmuró Edgar, con el semblante aún más tenso.

—No lo sé... Ella dijo en el mensaje que no explicaron bien lo que había pasado, solo que se golpeó la cabeza al caer por las

escaleras que daban al parque, y que lo socorrieron y lo llevaron al hospital.

—*¡Dios, amigo!* —susurró Rafael.

—¡Juliana no me contesta! El último mensaje y el último intento de llamada fue hace veinte minutos... ¿Y si...? —No pude terminar la frase, sintiendo un dolor inmenso apretar mi pecho.

Dejé el móvil sobre la mesa, tras intentar llamarla una vez más, sin éxito.

—No pienses en eso, tío —Edgar me dio unas palmadas en los hombros, tratando de consolarme.

—Si pierdo a Lucca, mi vida se acaba, y esta vez de verdad, Edgar...

Ese pensamiento me hizo derrumbarme. Lágrimas silenciosas empezaron a correr por mi rostro, y llevándome las manos a la cara, me dejé consumir por aquel sentimiento. Me importaba una mierda parecer débil, o lo que fuera, delante de mis amigos.

—Puede que lo hayan llevado al hospital solo por precaución, Riccardo —dijo Rafael después de un rato.

—Sí, los niños se hacen daño todo el tiempo, amigo. Los gemelos ya me han hecho pasar por muchos sustos.

—Tengo tanto miedo —susurré.

—Es comprensible, amigo. Yo, en tu lugar, estaría igual... —dijo Edgar—. ¿Por qué no intentas llamar a su amiga? Thais quizá tenga alguna noticia y...

Mi teléfono sonó y enseguida lo cogí con las manos temblorosas.

—¿Amor? Perdona por no haberte contestado antes, se me había descargado el móvil... —murmuré sin ni siquiera mirar quién llamaba.

—¡Riccardo! —Escuchar su voz llorosa me hizo sentir un poco aliviado por poder hablar finalmente con ella, y al mismo tiempo me desgarró. Odié oír el sufrimiento de Juliana.

Sentí una impotencia de mierda.

—¿Está bien? *¡Dio!* ¡Dime que nuestro hijo está bien, *sirena!* — Podría haberle reprochado por haber tardado tanto en responderme, pero habría sido absurdo.

—Está muy llorón e irritable. —Su voz sonaba desesperada, lo que solo aumentó aún más mi angustia—. Él es naturalmente inquieto, pero no así. El médico dice que puede que tenga dolor de cabeza a causa de la caída. Lucca está bastante golpeado, Riccardo. Tiene lesiones en los brazos, en las piernas, en la carita, y aunque está medicado, creo que sigue sintiendo dolor...

Escuché un llanto bajito que me destrozó, y cerré los ojos sintiendo como si una cuchilla imaginaria me partiera el pecho en dos. Tragué saliva con dificultad, sintiéndome impotente.

Escucharla llorar era odioso, pero detestaba mil veces más saber que mi hijo podía estar sufriendo.

¡*Stronzo!* Daría todo lo que tengo por transferirle a mí el malestar de nuestro bebé.

—¿Va a estar bien? —pregunté al notar que parecía haberse calmado un poco.

—Como los paramédicos informaron que estuvo unos segundos inconsciente, el médico de urgencias sospecha que podría haber un traumatismo craneoencefálico, pero aún tienen que hacerle una tomografía para confirmar esa hipótesis... Dicen que el hecho de que Lucca no esté vomitando, no tenga convulsiones ni sangrado por la nariz o los oídos puede ser una buena señal, pero solo después del examen podrán estar seguros.

—¿Todavía no le han hecho la tomografía? —Me tensé, sintiendo rabia al pensar que mi hijo no estaba siendo atendido como debía.

—No. Están intentando localizar al único técnico de la unidad para que le haga el examen, o pedir el traslado de Lucca a otro

hospital.

—¿Dónde estáis?

—En el hospital pediátrico de *Tallma Avenue*...

—Me ocuparé de eso en cuanto cuelgue, *sirena*, te lo prometo.
Lo juré más para mí mismo que para ella.

¡Joder! Movería el mundo por mi hijo y no dudaría en usar todo mi dinero e influencia para conseguirlo, aunque tuviera que pasar por encima de mucha gente.

—¿Cómo ha pasado esto?

—Aún no lo sé y, para serte sincera, ni siquiera sé si eso importa... al menos no ahora... Tengo tanto miedo de perderlo, Riccardo, yo... —Volvió a llorar en voz baja, y sentí una amargura profunda por no estar a su lado, abrazándola, dándole consuelo—. Estoy tan asustada...

—Yo también, *sirena*, mucho... —Y con rabia, mucha rabia contra mí mismo —añadí en silencio—, por no estar con ellos.

Escuché la voz de Thais al fondo.

—Tengo que colgar, Riccardo. El médico quiere hablar conmigo. Parece que hay buenas noticias sobre el examen.

—¿Me llamas en cuanto sepas algo?

—Sí, te aviso enseguida —prometió, y colgó.

Me quedé mirando el teléfono, consumido por la angustia, la impotencia, el dolor. ¡Joder!

—¡Estamos hablándote, tío! —gritó Rafael, sacándome de aquel trance caótico.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó mi mejor amigo, que había vuelto a sentarse y trasteaba con el móvil.

Estaba compartiendo con ellos la poca información que tenía cuando Juliana volvió a llamarme para decirme que, en diez minutos, nuestro hijo sería llevado a hacer la tomografía.

Otra vez, al colgar, sentí esa amargura por no estar donde debía: a su lado.

—¿Vamos? —dijo Edgar mientras se levantaba.

—¿A dónde? —Fruncí el ceño.

—Al aeropuerto. Tenemos un vuelo en una hora, pero con el tráfico caótico de esta ciudad, no hay tiempo para pasar por el hotel —se encogió de hombros—. Pero, ¿a quién le importa? Después le pediré a la gerencia del hotel que nos envíe el equipaje.

—Gracias por esto, amigo...

—No tienes que agradecerme. Tu lugar ahora es con tu hijo y con tu mujer, Riccardo... —me dio unas palmadas en los hombros—.

Y si algún día estoy tan perdido como tú lo estás ahora, sé que harás lo mismo por mí.

—Sí, no lo dudes.

—Además, para eso están los amigos... —restó importancia a lo que acababa de decir, encogiéndose de hombros.

—Yo me encargaré de las negociaciones por aquí —dijo Rafael con firmeza—. Mantenme informado, por favor, Riccardo. Y si necesitas algo, sabes que solo tienes que llamarme.

—Te agradezco el gesto, *amico*...

—¿Vamos? Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Asentí y le mandé un mensaje a Juliana avisándole de que estaba volviendo, antes de guardar el móvil en el bolsillo de mi pantalón de vestir y rodear la mesa con la silla.

Aunque sabía que ya iba de camino para verlo, eso no aliviaba mi angustia ni el nudo en el pecho por no saber si mi hijo estaba realmente bien.

Exagerado o no, esas malditas siete horas de vuelo fueron las más largas y angustiosas de mi vida, aún más con todos esos malditos “¿y si...?” atormentándome sin descanso.

Suspiré, cerrando los ojos, rogando para que mi *piccolo* estuviera bien...

Capítulo veintinueve



Sin poder apartar la vista de mi hijo, que dormía tras haberse hecho la tomografía, volví a rezar, suplicando por la salud de Lucca por milésima vez.

La adrenalina de la situación seguía recorriéndome todo el cuerpo, y dudaba mucho que pudiera calmarme tan pronto. Aunque el examen de imagen había revelado solo un traumatismo leve en el cráneo, sin secuelas graves ni vasos dilatados que pudieran provocar una hemorragia, aún no conseguía tranquilizarme.

Seguía teniendo miedo.

Aunque el médico explicó que era normal que Lucca estuviera algo molesto e irritable durante algunos días por los golpes, y

aunque sabía que el equipo del hospital lo estaba atendiendo bien, yo aún no me sentía segura.

La verdad es que solo me quedaría tranquila cuando le dieran el alta. Solo podría relajarme cuando el neurólogo pediátrico confirmara que las pruebas que le hicieron a mi pequeño no mostraban ninguna alteración, que realmente todo estaba bien con él, que solo había sido un susto.

Soy madre, y aunque solo fuera una simple gripe, ya estaría en estado de alerta; es instintivo... imagina una caída que lo dejó inconsciente y lleno de golpes... Eso me tenía aún más frenética y temerosa.

Un golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos y me incorporé.

Cuando se abrió, vi al hombre que amaba cruzar el umbral acompañado de su mejor amigo.

—Riccardo —susurré.

Sentí cómo las lágrimas me corrían por el rostro y, en un impulso, me levanté de un salto de la silla donde estaba sentada y lo encontré a mitad de camino. Me lancé a sus brazos, envuelta por su abrazo fuerte y protector.

No dijimos nada. Empecé a llorar en silencio sobre su hombro, desahogando las emociones por el día tan duro que había vivido.

Riccardo acarició mi espalda con una ternura abrumadora, y me acurruqué aún más en él. Después de unos instantes, me di cuenta de que había empapado su camisa con mis lágrimas, así que respiré hondo, tratando de controlarme, sintiendo su olor, que me reconfortó un poco.

—Fue tan aterrador —murmuré entre sollozos.

Me acomodé mejor en su regazo y por fin levanté la mirada para contemplar el rostro del hombre al que amaba.

El dolor y el miedo marcaban cada línea de expresión de su rostro, haciéndolo parecer mucho mayor de lo que realmente era. No dudaba de que, si me miraba al espejo, estaría tan destrozada como él.

Le aparté un mechón de cabello que le había caído sobre la sien, que estaba llena de arrugas de preocupación.

—Me lo imagino... —dijo Riccardo con la voz temblorosa—. Sigo en pánico, amor...

—Yo también...

—¿Cómo está nuestro hijo?

—Estable, pero aún tenemos que estar en estado de alerta ante cualquier síntoma que pueda aparecer, ya que se golpeó la cabeza y estuvo un rato inconsciente...

—Entiendo... —Hizo una pausa, y vi una cierta culpa en sus ojos oscuros, que se hizo aún más evidente por el amargor en su voz cuando dijo—: Perdóname por no haber estado aquí contigo cuando pasó todo, por no haber sido el apoyo que necesitabas. ¡Joder! No sabes cuánto me estoy odiando por eso.

—No tienes que disculparte ni culparte, cariño, sabes que no tienes ninguna responsabilidad en lo que pasó. Estabas de viaje por trabajo...

—Debería haber estado aquí...

—Pero estás aquí, ¿no es así? —respondí, acariciándole la barba.

—aun así...

Lo detuve antes de que siguiera hablando, poniendo un dedo sobre esos labios que tanto me gustaba besar.

—Viniste lo más rápido posible, Riccardo, por nuestro hijo... por mí... —Me contuve para no gritarle, para no dejarme arrastrar por las emociones volátiles—. Aún estando a kilómetros de distancia, hiciste que trasladaran a Lucca a una habitación, que el

neuropediatra viniera personalmente a revisarlo, y estabas dispuesto a mover cielo y tierra para que recibiera el mejor tratamiento posible... ¿Eso no es suficiente?

—Yo le dije lo mismo —intervino Edgar.

—Incluso desde lejos, fuiste mi compañero, me diste todo el apoyo que pudiste —continué, acariciando sus labios—. No voy a negar que me sentí sola cuando no me contestaste, pero en cuanto entraste en contacto, esa soledad desapareció. Estuviste con Lucca y conmigo, aunque no físicamente. Hiciste lo que estaba en tus manos, Riccardo, y ahora que estás aquí, no dudo que seguirás haciendo todo lo que puedas para cuidar de él... No te imaginas cuánto me reconfortó saber que venías, que lo dejaste todo y corriste para volver... Así que, por favor, no te culpes, Riccardo... —susurré.

No me respondió. Solo me abrazó con fuerza, como si yo fuera su tabla de salvación en medio del naufragio de su tristeza.

—Sé que es difícil, pero nuestro hijo no necesita que su padre se martirice por algo que no podía evitar... —le dije al oído.

—Exacto, no hace falta —añadió Edgar.

Me separé un poco para mirarlo a los ojos, viendo el conflicto que libraba consigo mismo. Quise arrancarle esa angustia con la

mano.

—Lo intentaré, amor.

—Lo vas a lograr —le sonreí, intentando animarlo.

Rozé sus labios con un beso suave antes de incorporarme de su regazo, dejándole espacio para que se acercara a la cama, aunque el mueble era muy alto, lo que le impedía ver bien a nuestro hijo desde la silla de ruedas. Y eso me dolió un poco. Imaginaba que, como a mí, lo único que quería era ver el rostro de Lucca. Aun así, fue conmovedor verlo allí, velando por su hijo.

—¿Necesitas algo? —preguntó Edgar, y lo miré.

—No, gracias. Thay me va a traer una muda de ropa y algunos objetos personales, porque voy a pasar la noche aquí.

—¿Y tú, Riccardo? —preguntó.

—Yo también voy a necesitar algo de ropa. Puedes traérmela mañana, no hay prisa. Como se acordó con la dirección del hospital, me quedaré aquí con Juliana.

—Claro...

—Gracias, Edgar... —dijo Riccardo.

Su amigo se encogió de hombros, restándole importancia a su ayuda.

—¿Quieres que lleve a tu amiga a casa? Ya es tarde, y será más seguro que la acompañe... Por cierto, ¿dónde está?

—Thais se fue cuando terminó el horario de visitas. Eso, por supuesto, era algo que Riccardo resolvería, porque pagó varios miles de dólares para que lo dejaran entrar fuera de horario y además le dieran permiso para quedarse... —respondí, guardándome el comentario de que tuvo que irse enseguida porque su padre le estaba escribiendo cada cinco minutos.

—Entonces, me voy —moduló el tono de voz, fingiendo indiferencia ante el hecho de no ver a mi amiga, aunque la decepción era evidente—. Ha sido un día duro y también necesito ver cómo están los gemelos y Batata... pasar un rato con ellos.

—Lo entiendo —susurró Riccardo en respuesta.

—Si necesitáis algo, avisadme. A cualquier hora.

—Gracias, amigo —Riccardo le tendió la mano, que él estrechó con fuerza.

—Mantenme al tanto, tío.

—Sí, cuenta con ello.

—Buenas noches —se despidió, y con un gesto de la mano, salió de la habitación.

En silencio, fue instintivo para Riccardo volver la atención hacia Lucca, con las rodillas casi tocando la estructura de la cama.

No me acerqué, permitiéndole ese momento a solas con nuestro hijo, sabiendo cuánto lo necesitaba.

—Papá está aquí, Lucca... Va a intentar hacerle caso a tu mamá y no culparse tanto... —Sonreí al oír aquel comentario tan tierno, que apenas logré escuchar por lo bajo que lo dijo; las lágrimas volvieron a acumularse en mis ojos—. Ponte bien por papá, hijo, porque por dentro se está desmoronando. Quisiera que tus heridas pasaran a él. Podría soportarlas todas, dolería menos que verte así. ¿Sabes por qué? Porque te quiere. Te quiere a ti y a tu mamá lo suficiente como para dar la vida por los dos...

Ya no pude seguir escuchando las palabras de Riccardo, atrapada en las lágrimas y los sollozos al saber que yo también era amada por él de esa manera...

Capítulo treinta



—Ya estás bastante cansado, ¿verdad, *figlio*? —le dije al ver a Lucca lanzar de nuevo el juguete lejos, mostrando que ya no quería seguir jugando.

Me miró con esos ojos grandes y hermosos, antes de señalar el juguete.

—¡Bo-bo!

Estiré el brazo y le entregué el muñeco, que empezó a sacudir con varios grititos de emoción.

Sonreí.

Era reconfortante ver a mi hijo jugar otra vez, con la misma alegría de siempre, aunque me doliera mirarle la carita llena de hematomas causados por la negligencia en el parque de la guardería.

No lograba aceptar la caída de Lucca como un simple accidente, algo que ocurriera por un instante de descuido. En las imágenes de la cámara de seguridad vi que ninguno de los cuidadores encargados de vigilar a los niños se dio cuenta de que el portón que daba acceso a una escalera estaba abierto.

Lucca, mi pequeño explorador, fue gateando hasta allí y, sin tener noción del peligro, acabó cayendo, rodando por los escalones y golpeándose la cabeza. Para colmo, ni siquiera supieron decir cuánto tiempo estuvo inconsciente, ya que tardaron en darse cuenta de lo que había ocurrido.

Juliana se quedó destrozada al ver los vídeos, lloró muchísimo y se culpó por haber llevado a nuestro hijo a un sitio así, lo cual me cabreó aún más.

De hecho, aunque ya había pasado una semana desde el accidente, sabía que ella seguía sintiéndose muy culpable. Y no era tonto. Cada día que tenía que irse a trabajar, dejando a Lucca conmigo o con Thais, veía en sus ojos que estaba triste y que le

costaba irse. Quería decirle que se diera un respiro, que dejara el trabajo por un tiempo, que se centrara en su bienestar mental, pero no quería que lo malinterpretara.

Solté un suspiro frustrado.

El personal de la guardería había dejado a mi hijo sin la atención que necesitaba y por eso se lastimó, y con eso hicieron sufrir a mi mujer. No tuve otra opción que actuar. No paré hasta cerrar esa mierda y denunciar a todos los implicados. La caída pudo haber sido fatal. Solo de pensar en perder a Lucca, me temblaba el cuerpo y me dolía el pecho de la puta angustia.

—Creo que ya es suficiente, hijo —mi mujer se acercó a nosotros justo cuando Lucca volvió a lanzar el juguete lejos.

Se inclinó con mucho cuidado para cogerlo en brazos, ya que su cuerpecito seguía bastante dolorido, aunque la medicación ayudaba a aliviar. El llanto de nuestro hijo fue inmediato, una mezcla de frustración y cansancio. Juliana se dirigió hacia la butaca para ofrecerle el pecho, con la esperanza de calmarlo.

Como mi silla de ruedas no estaba muy lejos, me fui arrastrando hasta llegar a ella, en una escena que habría resultado algo cómica en otro contexto. Al ajustarla, me subí lanzando todo mi peso sobre ella.

Me acerqué a donde estaban y vi que nuestro hijo seguía llorando.

—¿No quiere el pecho? —pregunté lo evidente.

—No, pero cenó bien. Debe de ser solo el cansancio.

—Dámelo.

Juliana se incorporó y extendí los brazos para recibir al pequeño, aún sollozando.

Lo apoyé contra mi pecho, acariciándole la espalda y el cabello, mientras sus deditos se aferraban a los pelos de mi brazo, haciéndome un poco de daño.

Debía ser yo quien lo consolara, pero su olor y el calor de su piel contra la mía me relajaban profundamente. No podía evitar soltar pequeños suspiros, verbalizando el amor que sentía por él.

Pasaron varios minutos hasta que su llanto se volvió menos convulso. Hicieron falta aún más tiempo y una serie de canciones tarareadas para que, por fin, dejara de sollozar y se rindiera al sueño.

Intercambié una mirada con Juliana, que me sonrió, compartiendo conmigo una especie de alivio.

No me moví, apreciando aquel momento con mi bebé durante varios minutos seguidos, antes de entregárselo a Juliana, que lo

llevó al dormitorio.

La caída de Lucca también nos dejó en alerta ante la posibilidad de que sufriera un accidente, cayendo de la cuna. Aunque la altura era regulable, optamos por una cama Montessori, lo que consideramos lo más seguro para él en ese momento.

Fuimos a nuestra suite y pronto estábamos en la cama, con Juliana acurrucada en mis brazos, las yemas de los dedos rozando mi abdomen, subiendo y bajando, en una caricia que, aunque me excitaba, no me dejé llevar por el deseo, respetando el tiempo que ella necesitaba para sí misma después de aquel susto.

—¿Riccardo?

—Sí, *sirena*.

—He estado pensando en algo desde hace unos días.

—¿Sobre qué?

Deslicé mi mano por su piel suave y procuré no juzgarla, ni sentirme ofendido, por no haber hablado conmigo antes.

—El trabajo. Es tan agotador...

—Siempre ha sido agotador —imprimí diversión en mi tono de voz.

—Sí... —murmuró—. No sé si puedo seguir aguantando a Henry, a Mandy y la presión de todos los días... Tampoco es solo

eso. Sé que Lucca está seguro contigo y con Thais, pero no dejo de preguntarme todo el tiempo si... —No terminó la frase, y tampoco hizo falta.

—Lo sé... —dejé un beso en la parte superior de su cabello—. Tal vez una terapia podría ayudarte a lidiar con ese miedo, ¿no? O mejor dicho, con todo.

—No sé por qué pospongo tanto pedir una cita...

—No te castigues, amor, lo más importante es querer dar ese paso en busca de ayuda. Confieso que yo tenía muchos prejuicios antes de reconocer que lo necesitaba. No es fácil salir de la zona de confort emocional.

—No quiero ser la madre sobreprotectora que impida a su hijo vivir...

—No lo serás, Juliana...

—No sé, no...

—No lo permitiré. Siempre que crea que estás exagerando, te lo diré.

—¿Lo prometes?

—Solo si tú también señalas mis fallos como padre, como tu novio...

—Mmm, lo prometo. —Dejó un beso en la zona de mis costillas, y me alteré.

¡*Stronzo*! Aquella mujer lograba joder mi intento de no dejarme llevar por las ganas que sentía por ella.

—Sé que, si renuncio, no voy a encontrar otra oportunidad tan pronto, ni con los mismos beneficios que tengo hoy. Estoy segura de que es un impulso del que me arrepentiré en los próximos meses.

—¿Por qué te arrepentirías?

—Por el dinero, obviamente.

—Sabes que eso no es un problema, *sirena*.

—Claro que lo es, Riccardo —respondió con voz aguda.

Saliendo de mi abrazo, se subió sobre mí para mirarme a los ojos.

No podía negar que me encantaba conversar con ella montada sobre mí, aunque me pusiera en cierto aprieto tener su pelvis prácticamente encajada en mi erección.

Tragué un gemido excitado, pero no logré mantener las manos alejadas de ella, así que sujeté sus provocativas caderas.

—Sabes que no, terca. Creo que tengo lo suficiente para los tres y media docena de hijos más —bromeé, arrepintiéndome al instante, ya que sabía que ella era una mujer independiente.

¡Mierda!

—Eso no está bien, Riccardo, y lo sabes —habló con un tono calmado, y me sentí aliviado de que no me soltara la bofetada verbal que merecía—. No tienes la obligación de mantenerme.

—Lo sé, Juliana, pero sería algo momentáneo.

—Aun así...

—Podrías invertir en ti misma, retomar tus estudios de diseño de interiores... —Deslicé los dedos por debajo de su blusa, acariciando su espalda y subiendo hasta alcanzar el broche del sujetador. Luché contra el deseo repentino de desabrocharlo.

—Hace casi dos años que no leo un artículo ni estudio nada. Recuerdo algunas cosas, pero no lo suficiente como para retomar.

—Vuelve a empezar...

—Ya ni siquiera sé si quiero trabajar con eso, Riccardo. Mi sentido estético nunca fue gran cosa...

—Redescúbrete. Y si tu elección no es lo que realmente quieres, inténtalo otra vez. —Sonreí.

Sus ojos brillaron. Continué:

—Ya no estás sola, *sirena*. Me tienes a mí, y haré todo lo posible para verte feliz, para que cumplas tus sueños. Y si necesitas tiempo para concentrarte en los estudios, te lo voy a dar. No tendrás

que preocuparte por nada, ni siquiera por tus gastos personales.

Puedo y voy a apoyarte en tus proyectos.

Juliana pareció pensativa, y noté que libraba una lucha interna consigo misma, pero cuando sonrió, supe que yo y el futuro brillante que tenía por delante habíamos ganado.

—No tengo cómo agradecerte.

—Agradécemelo convirtiéndote en una excelente profesional, Juliana... De hecho, en la mejor.

—Eso va a ser difícil...

—Confío en tu potencial.

Le di una palmada en el culo, lo que la hizo soltar una carcajada.

—Pero hablando en serio, lo que yo pueda hacer para devolverte todo esto es tan poco... ¡Ya me has dado tanto! Un hijo precioso por el que estoy loco. Tu amistad, tu cuerpo...

—Mi corazón —me interrumpió, acariciando mi barba, y contuve el aliento, mientras intentaba grabar eso en mi mente.

—¿Tu corazón? —Fue una pregunta estúpida.

—Nunca mereciste solo una parte de mí. Soy toda tuya, Riccardo. De alma, cuerpo y corazón. Amarte era algo inevitable y nunca logré luchar contra eso...

—¡Cazzo! —Casi grité.

Empecé a reír, sintiendo cómo la euforia se esparcía por todo mi cuerpo.

¡Joder! Aquella mujer me amaba.

Reí aún más, lo que la dejó confundida.

—¿Está todo bien? —Vi inseguridad en su rostro.

Aún riendo, tomé su rostro con una mano y, apoyando la otra en su espalda, la atraje hacia abajo, haciendo que su torso se recostara sobre el mío.

Aunque estuviera vestida, mi cuerpo reaccionó al instante, mi polla presionando contra la tela de mis pantalones cortos.

—¡Joder! ¡Tú me amas, Juliana! ¿Cómo no iba a estar todo bien? ¡Carajo! Nunca me he sentido mejor en mi vida. Te amo, Juliana. Amarte es lo más fácil que he hecho en la vida. —Hundí los dedos en su cabello, masajeándolo—. Amarte fue extremadamente rápido, tanto que tuve miedo de expresar mis sentimientos y asustarte.

Ella empezó a sonreír también, con los ojos empañados.

—Fue imposible no entregarme por completo a la mujer dulce, cariñosa, paciente, generosa que eres tú... Me comprendes, me encantas, me completas. Supiste ver más allá de mi cuerpo, de mis

limitaciones. Viste a Riccardo, no al multimillonario, no al padre, sino al hombre... Me hiciste creer en el amor a primera vista, *sirena*...

—Qué cosa más bonita de decir...

—La bonita eres tú, amor.

—¡Tonto!

Su sonrisa se hizo aún más grande, iluminando todo su rostro.

—¡Por ti, siempre!

Con una risa, su boca encontró la mía y no dudé en hacer el amor con sus labios, dejando que el sabor de Juliana impregnara todos mis sentidos, que me dejara al mismo tiempo débil y sediento.

¡Joder! No sabía cuánto echaba de menos que me besaran así, cuánta hambre tenía de tocarla, de sentirla.

Y cuando nos quitó la ropa con prisa, cogiendo el preservativo para cubrir mi polla rápidamente antes de hacerme hundirme en su interior húmedo y apretado, le dije y le demostré mi amor, y más de una vez...

Capítulo treinta y uno



Oí una exclamación ahogada entre los quejidos cansados de nuestro hijo, que había sido difícil de entretener durante todo el trayecto en coche que, a pesar de ser corto, le resultó demasiado agotador, por más que Juliana le ofreciera algunos de sus juguetes favoritos. Lucca era todavía muy pequeño para, como nosotros, disfrutar del paisaje y de la brisa templada que rozaba nuestra piel a través de las ventanas abiertas.

Aun así, sonreí.

Llevábamos casi una semana en Italia, y estaba seguro de que jamás olvidaría aquellos momentos en familia, que habíamos

registrado en incontables fotos, vídeos y selfis. Este viaje era algo que yo había esperado con muchas ganas, y estaba disfrutando cada segundo.

Había conseguido el visado fácilmente para los dos, y como Juliana había dejado el trabajo, fijar la fecha no fue un problema. El mayor obstáculo fue mi jodida agenda en la empresa, pero mandé todo a la mierda, cancelé todos mis compromisos y tomamos el primer avión.

Pasamos cinco días en Florencia, cumpliendo el sueño de Juliana de conocer la Galería Uffizi, donde se conservan obras de grandes maestros como Botticelli, Rafael, Da Vinci y Artemisia Gentileschi; y de visitar la iglesia de Santa Maria del Fiore para ver de cerca la cúpula construida en el siglo XIV por Brunelleschi, además de los frescos pintados a varios metros de altura.

Esperaba que tanto Lucca como Juliana disfrutaran del tiempo que íbamos a pasar en la pequeña comuna de la región de Piamonte. No es que yo tuviera algún recuerdo especial en Barolo, ya que había comprado el lugar hacía poco, pero ansiaba, junto a mi familia, construir muchos recuerdos, especialmente en verano.

Giré el volante y, a baja velocidad, tomé la curva sinuosa que marcaba la topografía del lugar, mientras seguía escuchando los

suspiros enamorados de Juliana.

—Bienvenida a tu casa en Italia —dije en tono divertido, unos minutos después, cuando, tras bajar una suave pendiente y atravesar la alameda, finalmente detuve el coche frente al edificio de piedras rojizas.

Miré por el retrovisor y la vi con la boca abierta.

—Espero que no estés decepcionada, amor —bromeé mientras me quitaba el cinturón.

Abrí la puerta del coche y extendí el brazo para coger las piezas de mi silla y montarla.

—¿Decepcionada? —Su voz sonó entrecortada—. ¿Estás loco?

—¿Ma-ma-ma? —gritó Lucca.

—Es una propiedad pequeña y modesta.

—¡Esto es un castillo, Riccardo! —soltó un grito indignado—.

¡Está lejos de ser pequeña y modesta!

—Para los estándares locales, sí.

No pude evitar reír cuando ella resopló, lo que arrancó una carcajada de Lucca. Totalmente recuperado de las heridas, mi hijo había adquirido la tierna costumbre de reír cuando nos oía reír, lo que me hacía sentir el corazón desbocado. Cada vez que Lucca hacía

eso, me moría de ganas de apretarle las mejillas, pero como sabía que lo detestaba, intentaba contenerme.

¡Dios! ¡Mi hijo era tan adorable!

Sonriendo de oreja a oreja, coloqué la silla en paralelo al coche y la bloqueé. Puse un pie sobre el pedal y bajé la otra pierna. Sujetándome con firmeza al volante y a un punto de apoyo de la silla de ruedas, utilicé el peso de mi cuerpo y la fuerza del brazo para dejarme caer sobre el asiento.

Tuve tiempo de abrirle la puerta a Juliana, ya que aún parecía embelesada mirando la construcción que, a pesar de ser algo imponente por su tamaño, no podía decirse que fuera un ejemplo conservado por su belleza. En realidad, ni siquiera por su valor histórico, ya que tuve que restaurarla.

—Bienvenida, majestad —dije, y ella por fin salió de su trance, girándose hacia mí con una ceja arqueada.

—¿Majestad? —Se quitó el cinturón de seguridad.

—Mi reina —susurré, con picardía—. ¡Solo mía!

—Mmm...

Sonrió, con los ojos brillando. Mi cuerpo se calentó al instante, y me imaginé haciendo el amor con ella en una especie de terraza

que teníamos anexa a nuestra suite. Intentaría recrear nuestra “primera” vez cuando nos reencontramos.

—¿Riccardo?

—¿Sí?

—Quiero salir. Lucca se está poniendo inquieto en la sillita, debe de querer estar un rato en el suelo —pidió.

—De acuerdo.

Giré el aro, haciendo que mi silla retrocediera para abrir la puerta, que tenía el seguro activado. Rápidamente, ella salió del coche, ya que Lucca empezaba a emitir sonidos que probablemente acabarían en llanto.

Cerré la puerta, pero no tuve tiempo de ir tras ella, porque vi a Mario, el encargado del mantenimiento de la casa y también de la gestión de las tierras, donde había una pequeña plantación de avellanos.

Aunque no podía decir que fuéramos amigos, nos llevábamos bien y confiaba plenamente en sus decisiones. A pesar de ser más joven que yo, el chico era bastante experimentado. Prácticamente había sido él quien volvió a hacer rentable la propiedad tras una plaga que asoló la región.

—¡Buenos días, señor! —Me tendió la mano en señal de saludo al acercarse.

—Buenos días, Mario.

—¡*Papá!* —gritó Lucca, agitando los bracitos mientras, de la mano de Juliana, daba pasitos entusiastas para acercarse a mí.

—Hola, *figlio*. —Di unas palmadas sobre mis rodillas, haciendo ruido para atraer aún más su atención.

Lucca soltó una risita y aceleró el paso, y yo solté un suspiro.

¡Para mi decepción, el tiempo pasaba tan rápido! Con casi veinte meses, Lucca ya tenía mucha más autonomía para caminar solo, sus pasos eran cada vez más firmes, lo que nos obligaba a estar más atentos, ya que un simple descuido podía causar algo grave, además de las caídas que se habían vuelto frecuentes y eran amortiguadas por los pantalones acolchados.

—Felicidades, mi amor —dije, inclinando la cabeza para besarlo cuando llegó hasta mí y apoyó sus manitas en mis rodillas.

—Deben de ser su hijo y su esposa... —comentó Mario en un italiano con acento marcado.

—¡Sí! Él es Lucca y ella es Juliana... —respondí en inglés, ya que Juliana aún no hablaba el idioma.

No me molesté en corregir lo de esposa, al contrario. La miré de reojo, saboreando aún más la idea de que se convirtiera oficialmente en mi mujer, ya que prácticamente vivíamos como casados, bajo el mismo techo, y veía nuestro amor fortalecerse cada día.

Y era por ese sentimiento tan poderoso, que me erizaba la piel solo de pensarlo, que, más que nunca, sentía la necesidad de esa formalidad: de ponerle un anillo en el dedo.

Me descubrí soñando con el día en que vería a Juliana caminando hacia mí en un altar, lo que provocó las risas de mi mejor amigo cuando se lo conté.

—Soy Mario, un placer conocerlos... —Salí de mi ensoñación cuando él hizo un gesto a Lucca, haciéndolo reír. No me sentí orgulloso del pinchazo de celos que me invadió al ver esa reacción de mi *piccolo* con un desconocido.

—Su hijo es una monada, señores.

—Salió al padre —bromeé, arrancando una carcajada de todos.

Lucca se agitó, y Juliana le dio la mano, ya que amagó con salir corriendo. Para distraer a nuestro pequeño, intentó levantarlo un poco del suelo, pero pronto lo volvió a dejar en el suelo.

—Ma-ma-ma... —rió cuando su madre lo alzó de nuevo, jugando a subirlo y bajarlo.

—¿Tuvieron un buen viaje?

—Sí, bastante tranquilo. ¿Está todo en orden por aquí?

Pasé a preguntarle sobre la transformación de una de las habitaciones de invitados, la que estaba cerca de mi suite, en un cuarto para Lucca que también fuera accesible para mí.

—Sí, todo conforme a lo que usted especificó. Supervisé cada detalle personalmente.

—Gracias, Mario.

—¿Quiere que nuestro personal se encargue del equipaje?

—Por favor.

—Con su permiso, señor —asintió—. Señora...

Se alejó para llamar al equipo.

—Creo que nunca voy a acostumbrarme a esto —susurró.

—¿A qué?

—A los empleados...

—No me digas que no te has acostumbrado a nuestra cocinera —la provoqué.

—¡Delya es divina! —Incliné un poco la cabeza y la vi encogerse de hombros—. No sé qué haría sin ella...

—Sobreviviríamos...

Puso una mueca.

—Pa-pa. ¡Pa-pa! —dijo Lucca, y lo miré.

—Hola, hijo.

Convencido, pensé que mi pequeño hablaba conmigo, pero me llevé una decepción al ver que señalaba otra cosa.

—Es un pajarito, no papá —dijo Juliana antes de echarse a reír de mi cara.

Mi gesto se torció aún más cuando Lucca la imitó y golpeó los piecitos contra el suelo, como si corriera, queriendo ir hacia el ave.

Puso un puchero enorme cuando el animal alzó el vuelo, pero pronto, para nuestra diversión, algo más llamó su atención.

—¿Vamos hasta allí, mi amor? —sugirió Juliana, animándolo a caminar hacia el pajarito.

Con una sonrisa en los labios, apenas saludé a los empleados que vinieron a recoger el equipaje, concentrándome por completo en mi hijo, como si no existiera nada más a mi alrededor. Me quedé observando cómo los dos caminaban por la alameda de avellanos, una especie de cinturón que se extendía alrededor de mi “mini castillo” durante varias hectáreas.

Pequeños rayos de sol se filtraban entre el follaje denso, ya que algunos árboles formaban casi un túnel, dando al conjunto de madre e hijo un aire aún más etéreo dentro de aquel paisaje pictórico, casi rural.

Oír sus voces hizo que mi corazón latiera con más fuerza. Una brisa suave se coló por la tela fina de la camisa que llevaba puesta, removiendo aún más mis emociones.

Se me humedecieron los ojos. Quieto allí, recordé el momento en que, tras descubrir la existencia de Lucca, imaginé a mi hijo caminando por ese mismo sendero. La realidad había superado con creces todo lo que había soñado.

Allí no estaba solo mi hijo, sino también la mujer que amaba. Mi familia, que con el tiempo probablemente crecería. No habíamos hablado aún de tener más hijos, pero probablemente sería algo que llegaría cuando Juliana se sintiera más estable.

La risa infantil de mi *piccolo* resonó en el aire, arrancándome una sonrisa.

Cansado de simplemente observar, moví mi silla para acercarme a aquellos a quienes más amaba... y a quienes amaría por toda la eternidad.

Epílogo



Terminando de maquillarme ligeramente, salí del enorme cuarto de baño de la propiedad de mi novio, que bien podría albergar entero el piso que yo alquilaba, sin importarme en absoluto mi desnudez.

Puse un puchero al darme cuenta de que Riccardo no estaba en la suite para recibirme con esa mirada ardiente y excitada al ver mi cuerpo desnudo. Me encantaba provocarlo, incluso cuando no íbamos a tener sexo en ese momento, y sabía que a él le encantaba que me insinuara.

Caminé hasta el armario e intenté escoger el vestido más sensual posible, pero mis opciones eran escasas, así que terminé eligiendo el más escotado, que estaba lejos de ser verdaderamente sexy. Por desgracia, no había traído ningún zapato de tacón que realzara el conjunto.

Solté un suspiro resignado mientras me vestía.

Durante nuestro viaje a Italia, no estaba en mis planes tener una cita romántica con Riccardo. Al fin y al cabo, no habíamos traído niñera para cuidar de Lucca y yo no dejaría a mi hijo con desconocidos. Lo hacíamos todo juntos, como familia. Y había mucho por hacer allí. Barolo podía ser una comuna de apenas cinco kilómetros cuadrados, pero tenía otro castillo, museos, un teatro al aire libre con escalones cubiertos de césped, situado cerca de un oratorio que databa del siglo XIII, además de dos iglesias, una de ellas bastante curiosa por sus colores fuertes y vibrantes, y numerosos viñedos y cultivos.

Florencia era una ciudad hermosa, conocida por su arte, que se mostraba en cada detalle arquitectónico, en cada escultura e incluso en las puertas de los edificios, pero aquella región me dejaba sin aliento con su belleza sencilla.

Jamás imaginé que un paisaje bucólico, como detenido en el tiempo, pudiera fascinarme tanto, aún más considerando que siempre me había dicho a mí misma que era una chica de ciudad, no del campo.

El patio del castillo, con numerosos faroles antiguos, tenía un jardín inmenso que se extendía hacia la plantación de avellanos. Las muchas fuentes que albergaba, incluida una en la que Lucca se divirtió bastante al meterse, eran mi parte favorita. Y cuando le dije a Riccardo que el lugar era extremadamente romántico, acabó sugiriendo que cenáramos allí, a la luz de la luna.

Sintiendo un delicioso cosquilleo de anticipación en el estómago, terminé de arreglarme lo más rápido posible, rematando todo con el perfume que sabía que Riccardo adoraba y que haría que me mordiera y besara el cuello.

Con la excitación recorriéndome todo el cuerpo ante una noche que, sin duda, terminaría de forma muy caliente, salí de la habitación y me sorprendí al escuchar un sonido suave de violín procedente del patio.

Derripiéndome más que la mantequilla, me quedé clavada en el sitio en cuanto crucé el arco que daba al patio y vi la escena frente a mí.

Esparcidos por el suelo de piedra había varios pedestales que imitaban columnas de distintas alturas, sirviendo de soporte para enormes arreglos de rosas rojas y blancas que perfumaban el aire. En el centro de los arreglos, una mesa de madera cubierta con un mantel de encaje, decorada con un candelabro lleno de velas y los platos y cubiertos que usaríamos. Cada detalle había sido cuidadosamente planeado, incluso el vigilabebés estaba sobre la mesa, por si acaso Lucca se despertaba.

Todavía paralizada, sin poder creer todo lo que se había preparado para nuestra cena, contemplé a mi novio, que avanzaba hacia mí en su silla de ruedas, vestido con un esmoquin impecable, el cabello peinado hacia atrás, lo que lo hacía aún más guapo.

Mi corazón latía con tanta fuerza que podía oír los latidos retumbar en mis oídos. Tenía la boca seca. Las piernas me temblaban cuando mi hombre se detuvo a pocos pasos y dejó que sus ojos oscuros recorrieran todo mi cuerpo, inflamándome aún más.

—Estás guapísimo, Riccardo, ¡muy elegante! —Lo miré de pies a cabeza—. Me siento mal vestida con este vestido tan simple.

Él hizo un sonido de desaprobación.

—Siempre estás maravillosa, incluso con camiseta de tirantes
—su voz ronca se mezcló con el sonido del instrumento musical,
haciéndome estremecer—. Estás perfecta, perfecta para mí, mi rica.

—Gracias... —Me sentí avergonzada por el “rica”, aunque lo
hubiera dicho en inglés, por la presencia del músico.

—¿Puedo llevarte a la mesa?

—¡Claro! —Sonreí ampliamente, completamente enamorada del
caballero increíblemente romántico que era mi novio.

Me tendió la mano y coloqué la mía sobre la suya, entrelazando
nuestros dedos.

Bajo la música suave, me escoltó lentamente hasta la mesa.
Lástima que el trayecto fuera tan corto y enseguida ya estaba
sentada, con Riccardo rodeando el mueble para acomodarse. Podía
ser algo cotidiano y sin importancia, pero me parecía profundamente
romántico caminar de la mano, sobre todo cuando el ambiente lo
favorecía tanto. Al menos la mesa era pequeña y daba un aire más
íntimo a todo, ya que nuestras rodillas acabaron muy cerca.

—¿Te ha gustado? —susurró, pareciendo inseguro, cuando giré
el cuello para contemplar toda la decoración.

—Sabes que sí, amor —dije, y vi cómo le brillaban los ojos—.
No me esperaba todo esto: las rosas, el músico, esta mesa... No

hacía falta que hubieras preparado tantas cosas.

—Te mereces mucho más, amor... —dijo, e hizo un discreto gesto, llamando a alguien, y solo entonces me di cuenta del camarero apostado en un rincón.

El camarero se acercó y, sin decir una sola palabra, sirvió nuestras copas: una con vino y otra con agua. Aunque yo seguía amamantando a Lucca, solo sería un poco, y para cuando lo amamantara, a la mañana siguiente, el alcohol ya se habría evaporado.

—Además, nunca habíamos tenido un momento romántico como este —añadió cuando el camarero se alejó.

—No es cierto. Hemos tenido muchos momentos románticos juntos, Riccardo... ¿Es un Barolo? —pregunté al tomar la copa. Estaba loca por probar la famosa bebida de la región.

—Sí, de la reserva especial.

—Mmm...

A diferencia de mi novio, que tenía todo un ritual para apreciar la bebida, claramente con un gusto más refinado, yo le di un sorbo al líquido rojo profundo que parecía tener un toque floral. O quién sabe, quizá era el aroma de las flores que nos rodeaban.

—¡Está bueno!

—Complejo —murmuró al llevarse el líquido a la nariz.

—¿Qué?

—El aroma.

—¡Ah! —Dejó la copa de cristal sobre la mesa.

—¡Excelente! —dijo tras dar un trago—. ¿Notaste el toque de chocolate?

—¿Chocolate? ¡Dios, no! —Como no entendía nada de eso, decidí provocar al italiano que había dentro de él—: Para mí, sabe a... iuva!

Terminamos riéndonos de mi comentario.

—¿Estoy equivocada?

—No del todo —negó con la cabeza mientras sonreía—, pero sabe más a ciruelas, rosas y regaliz.

—¿En serio?

—Sí...

—Si tú lo dices, yo te creo —bromeé.

—Te agradezco la confianza —respondió con tono divertido.

—El experto eres tú, no yo, Riccardo... —hice una pausa dramática antes de soltar con malicia—: Mi gusto es extremadamente dudoso.

—¿Insinúas que yo soy dudoso, *sirena*? —Las llamas de la vela se reflejaron en sus ojos cuando sopló una brisa.

—A veces, sí, Riccardo.

Estiré el brazo sobre la pequeña mesa, buscando la mano de Riccardo y acariciando el dorso. El pecho de mi novio se agitó en respuesta a mi caricia, como imaginé que ocurriría, y sentí que el hechizo se volvía contra el hechicero, ya que su reacción me excitaba profundamente. Contuve un suspiro ante el ardor que sentí entre los muslos, cerré las piernas y rocé una contra la otra bajo la mesa, intentando contener la excitación, aunque sin éxito.

—¿De verdad? —pareció curioso, mientras intentaba ocultar el deseo depredador que llevaba dentro.

—Sí... —le arañé suavemente el brazo, ya que mi apodo de “tigresa” se volvía más cierto a cada instante—, pero hablaba de mi gusto para las bebidas... Me gusta una bien barata, si es honesta.

—Entiendo. —Jadeó.

—Recuérdame que, cuando volvamos, compremos unas para que las pruebes.

—¿Mejor que aquel whisky del bar?

—Lo dudo mucho, amor...

—¡Menos mal que tenemos tiempo para olvidarlo! —murmuró, estremeciéndose en su silla, en tono de broma.

Mi risa rivalizó con la música.

No tardó en llegar el primer plato. Me sorprendió bastante el sabor de la trufa en contraste con la ricota, las espinacas y la yema de huevo líquida. Seguimos conversando sobre cosas sin importancia, provocándonos con bromas.

Estallamos en carcajadas cuando llegó el espagueti auténticamente italiano, solo con albahaca y salsa fresca, y Riccardo hizo una gracia.

Era increíble cómo la conexión entre nosotros dos hacía que nos riéramos fácilmente de cosas tontas y cotidianas, pero eran las miradas intercambiadas, los toques inocentes que encendían y las sonrisas cómplices lo que hacía aquella noche aún más especial y romántica.

—Creo que nunca he comido tanto dulce en mi vida —dije tras masticar una última galletita de avellana, chocolate y almendra, llamada *brutti ma buoni*, que era extremadamente crujiente y adictiva—. Mi barriga está a punto de explotar.

—¡Exagerada!

Se rió en mi cara y yo puse un gran puchero antes de sonreírle.

—Pero estaba todo tan rico que podría comer un poco más...

—No te quedes con las ganas, amor...

—Tengo que pensar en mi... —No tuve tiempo de terminar mi provocación hablando mal de mi cuerpo, algo que Riccardo odiaba, porque la vela se apagó con su soplo, lo cual me dejó confundida.

—¿Por qué hiciste eso, Riccardo? —pregunté al ver que no se explicaba.

—Ya no la necesitamos, *sirena*...

—Pero no hacía falta apagarla. Estaba muy romántico.

Hice un puchero, dramática.

Se encogió de hombros y frunció el ceño por su repentina indiferencia.

Sé que fue infantil, pero me sentí herida por lo que había hecho.

Igualmente repentino fue ver cómo se apagaban las luces de las farolas, dejándonos en total oscuridad, tanta que no pude evitar soltar un gritito. La música se detuvo al instante.

—¿Ves? ¡Una vela sería muy útil ahora! —le solté, reprochándole.

Oí la risa de Riccardo mientras escuchaba el sonido de su silla arrastrándose contra el suelo de piedra.

—¡Ay!

—¿Estás bien, Riccardo? —Me preocupé al ver que intentaba moverse en la oscuridad.

—Sí, todo bien —dijo con tono tranquilo.

—Okay.

Ni siquiera habían pasado treinta segundos cuando se me ocurrió una idea:

—¿No tienes el móvil? ¡Puedes usar la linterna!

Apenas terminé de hablar y, para mi alivio, las luces se encendieron. Como Riccardo ya no estaba frente a mí, giré el cuerpo para buscarlo y encontré a mi novio muy cerca de donde yo estaba.

Mi corazón dio un brinco al notar varias emociones cruzar por su rostro, especialmente la ansiedad.

—Riccardo... —murmuré, desconcertada por todo.

—Levántate —ordenó con ese tono que solo funcionaba en la cama.

—¿Qué?

—Por favor, *sirena*...

—¡Okay!

Arrastrando la silla para hacerme espacio, me puse de pie justo cuando una música romántica volvía a flotar en el aire.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y mi mente entró en una especie de torbellino, impidiéndome pensar con coherencia...

¿Él iba a...?

Dios... ¿Iba a...?

No, no, no.

Seguro que era solo algo creado por un deseo secreto que ni siquiera sabía que tenía.

—¿Riccardo? —Apenas escuché mi propia voz temblorosa.

—Yo no imaginé que el amor fuera una cosa tan graciosa. No tiene día ni hora para suceder. No le importa el tiempo, ni la distancia... —dijo con voz ronca.

¡Dios!

¿No era una fantasía tonta?

¿Realmente iba a hacer eso?

Mi cuerpo empezó a temblar casi de forma convulsiva.

—Al menos mi amor por ti nunca se preocupó por eso. Existió desde la primera vez que te vi. El azar pudo haber intentado separarnos, pero este sentimiento superó todas las barreras que la vida nos impuso. Volverte a encontrar hizo que el amor echara raíces aún más profundas en mí, adueñándose de todo mi cuerpo, de mi alma.

No pude contener mis lágrimas con sus palabras.

—Este amor es tan fuerte que ya no sé lo que es respirar sin amarte, Juliana. Soy y siempre he sido tuyo desde el primer momento en que te vi.

—Y yo soy completamente tuya, Riccardo —susurré entre lágrimas y sonrisas.

—Entonces, sé mi esposa —pidió con un tono desesperado al sacar con manos temblorosas una cajita de terciopelo del bolsillo del pantalón y, al abrirla, extender la joya engastada con varios diamantes—. Sé la esposa de un hombre enamorado de ti que promete ser siempre tu amigo, ser fiel a tu cuerpo y a tu alma. Que cuidará de ti incluso cuando nuestros cabellos se vuelvan blancos. Que será tu pilar siempre que lo necesites y que intentará hacerte feliz todos los días de su vida.

—¡Sí! —sollocé, intentando contener el llanto, pero no lo logré. La emoción, la alegría de recibir una propuesta de matrimonio del hombre que amaba, me tenía en un estado de euforia—. Te acepto, Riccardo.

—¿Estás segura? Creo que podrías encontrar a un italiano más romántico que el que ya tienes... —bromeó.

—Imposible... —Le empujé suavemente el hombro, haciéndolo soltar un “ay” exagerado—. Ningún italiano guapetón sería capaz de preparar una propuesta tan romántica como esta.

Puso una mueca, como si estuviera celoso.

—Ni de jurar que cuidará de mí cuando sea viejita... —hice una pausa dramática antes de bromear—: Aunque tengo toda la intención de teñirme el pelo cuando se vuelva blanco.

Soltó una carcajada eufórica.

—¿Estás segura de que quieres pasar el resto de tu vida conmigo?

—Ni por un momento lo he dudado —dijo con voz seria y sensible, lo que me hizo romper a llorar otra vez—. Dame tu mano, *sirena*.

Le tendí mi mano temblorosa, que él tomó con los dedos igualmente inestables. Aun con la vista nublada, lo vi deslizarse el anillo de compromiso en mi dedo y dejar un beso sobre mi falange, emocionándose aún más.

Sin pensarlo mucho, salté al regazo del hombre que amaba, oyendo la silla crujir por el impacto, mientras Riccardo reía al tiempo que yo rodeaba su cuello, como si eso pudiera evitar que nos cayéramos. Él pasó un brazo alrededor de mi cintura, sujetándose.

Antes de que pudiera quejarme de la actitud de mi prometido, que se divertía a mi costa, su boca encontró la mía en un beso suave, pero capaz de jugar con todos mis sentidos, dejándome ansiosa por más. Infiltrando mi mano entre su cabello espeso y sedoso, lamí los labios de Riccardo antes de saquear su boca con avidez, profundizando el beso.

Nuestras lenguas se encontraron y tragué el sonido ronco, cargado de deseo, que escapó de la garganta del hombre que amaba y reverberó por todo mi cuerpo, excitándome aún más cuando su mano fuerte acarició mi columna.

Por instinto, rocé mi pelvis contra el bulto que crecía debajo de mí. Solté un quejido cuando ese movimiento hizo que él detuviera las caricias, trayéndose de vuelta a la razón, ya que no estábamos solos.

Me dio un último beso corto antes de sostener mi rostro con la mano en forma de cáliz, manteniendo mi mirada atrapada en la suya.

—Gracias por aceptarme tal como soy, *sirena*. Con todos mis defectos, con todos mis errores, con todo tu amor...

—Tú convertiste mi vida en un cuento de hadas, Riccardo...

Sonreí, luchando por no romper a llorar otra vez, lanzando una mirada encantada a mi anillo, que era extremadamente hermoso, además de pesado.

—Incluso gané un castillo y diamantes... —completé entre suspiros.

Él se rió de mi broma sin gracia.

—¿Te gusta? —Se refería al aro de metal, y parecía inseguro.

—Es precioso. El sueño de cualquier mujer.

—Hummm... —Sus ojos brillaron—. Te amo, futura señora Mazoni, ahora y por todo el tiempo que exista mi alma.

—Yo también te amo, Riccardo.

Volví a unir nuestras bocas, demostrándole todos mis sentimientos a través de un beso urgente.

—¿Vamos a la cama? —susurré al oído de Riccardo, con picardía, acariciándole la nuca.

—Pensé que estabas hinchada de tanto comer... —me dio una palmada en el trasero.

—Sí... —Puse un puchero.

—Pero podemos ver una película mientras te *deshinchas* —me provocó.

—Ni modo... —seguí, haciendo un poco de drama.

—Lo bueno es que tenemos toda la eternidad juntos, amor...

—Sí. —Sonreí.

Le robé un beso antes de bajar de su regazo y, tomando la niñera electrónica, entrelacé nuestros dedos para caminar juntos hacia nuestra suite.

La alegría parecía desbordar con cada paso que daba, haciendo que mi corazón cantara.

Iba a casarme con él. Con el hombre que me amaba. Con mi príncipe azul... ¡Con el padre de mi bebé!

Un encuentro con un desconocido que debía haber sido solo una noche de sexo casual, pero que se convirtió en un lazo para toda la vida.

Sin poder contenerme, mi risa resonó por el pasillo cuando un Riccardo ansioso y risueño me alzó en brazos. En el momento en que intentó cruzar el umbral de la puerta de nuestra habitación, anticipando nuestra noche de bodas, haciendo que la propuesta de matrimonio y las promesas de amor eterno se volvieran aún más reales para mí, la felicidad estalló en mi pecho y me sentí la mujer más afortunada del mundo.

Nunca dudé de que aquel hombre me haría sonreír todos los días de mi vida, durante nuestro eterno “para siempre”.

fin

Agradecimientos

Encontrar palabras diferentes para escribir mis agradecimientos para ti, mamá, se ha vuelto cada vez más difícil. Tu autora favorita tiene cada vez más libros escritos y publicados, y se está volviendo complicado encontrar formas distintas de decir cuánto te amo y cuánto te echo de menos. Tal vez no necesites palabras, pero, una vez más, intento immortalizar nuestro amor en cada línea que escribo. El amor de Riccardo y Juliana por Lucca no es nada comparado con el tuyo por tus dos globitos. Te amo, mamá, y ni siquiera tu ausencia física nos separa. Somos tres almas, para siempre.

Amanda, el pilar que me sostiene y no me deja caer. Mi alma gemela, muy gemela.

No tengo palabras para agradecer tu amor, tu paciencia al escuchar siempre la misma cantaleta mía sobre el trabajo, que parece no tener fin. Soy repetitiva, pesada, siempre haciéndome de menos. Gracias por no solo escucharme hablar del trabajo, de mis tramas, sino por ser mi apoyo emocional, por ser la motivación que me hace levantarme cada día. Te amo, hermana.

Ana Roen y Pedro Roen, mi hadita y mi duendecito —me he inventado eso para que combine, jajajaja—. Estamos a muchos kilómetros de distancia; no siempre hablamos, con el ajetreo del día a día y tantos problemas. Pero la amistad entre nosotros, como la relación de Riccardo y Juliana, es cosa del destino. Dudo mucho que el destino sea tan cruel como para separarnos, pero si llegara a pasar, estoy segura de que siempre volveremos a encontrarnos en algún momento. Y que sepáis que os amo a los dos, y no veo la hora de una nueva aventura juntos. Hadita, una vez más, gracias por entregarte tanto a mi trabajo incluso en medio del caos. Todos mis libros también llevan un trocito de ti.

A las chicas de Taradas por Capas —realmente tenemos un serio problema con las portadas—, gracias por el intercambio de ideas, por el ánimo y también por los tirones de orejas. Gracias por aguantarme.

A las chicas de mi grupo de WhatsApp, mis amigas repartidas por todo Brasil, gracias por estar siempre conmigo, por animarme, por hablar de cosas aleatorias, por hacerme sentir querida y amada. Un beso para Denise, Ziza, Tayná, Amanda R., Franciara, Geudyvania, Dirce, Kamys, Daniela, Eulália, Dina, Danny, Patrícia, Rafa, Valdete, Iandra, Gisele, Edna, Fernanda, Nedja, Débora,

Cristina, Ionara, Gleí, Yslai, Ju, Leila, Thaty, Wilzanete, Helenir, Helineh, Tatiane, Talita, Rosi, Eryka, Mari, Roseane, Elisângela, Dri, Vânia, Thais A., Valéria, Jennifer, Ellen, Caroline C., Mônia, Athina, Adriana, Larissa, Patrícia A., Abigail, Michelly, Caroline, Regina, Jéh, Nalu, Rosana, Naiane, Cris, Danusa, Maria, Juscelina, Bianca, Lauryen, Laís, Natália, Luciana (Nana), Amanda L., Márcia, Isabella, Kelliane, Bárbara, Karol, Roseane, Rose, Adriana, Edi, Beeh, Sirleni, Kaká, Jéssica Luiza, Vanessa, Paulinha, Fabi, Erika, Juhh, Thamy, Sueli, Lizzi, Cami, Kelly, Naiane, Vera, Isis, Ariane, Naira, Fátima, Fernanda, Eugênia, Lara, Eliaci, Emily, Lindce, Sandra, Laysa, Magda, Sabrina, Rose, Rafaela, Rosario, Patrícia, Sirleni, Thayná, Eloíza, María C., Marcela, Karina, Simone Mijon, Ingrid, Frânia, Helia, Isabelle A., Eryka, Emily, Ellen, Ellen, Cláudia, Carmen, Carla, Anna C., María Cristina, Andrea, Aline, Ana Paula, Claudilene, Patrícia, Patrícia Almeida y Simone.

A ti, lectora, que me diste una oportunidad por primera vez; a ti que siempre acompañas mi trabajo; que vienes a charlar o dejas un comentario precioso en mis publicaciones o en privado; o que eres tímida y nunca interactuaste conmigo: muchísimas gracias. Esta autora solo es autora gracias a vosotras, que, entre tantas opciones, eligieron leer su libro.

Con mucho amor,

Aline.

[1] Mierda o Joder.

[2] Dios.

[3] Joder.

[4] Sirena.

[5] En portugués sería Jengibre.

[6] En portugués sería Paloma.

[7] Maldición.

[8] Sí.

[9] Joder, La hostia.

[10] Maldición.

[11] Perfecta, mi sirena.

[12] ¡Dios, mujer!

[13] Mi pequeño.

[14] *Joder o Hostia.*